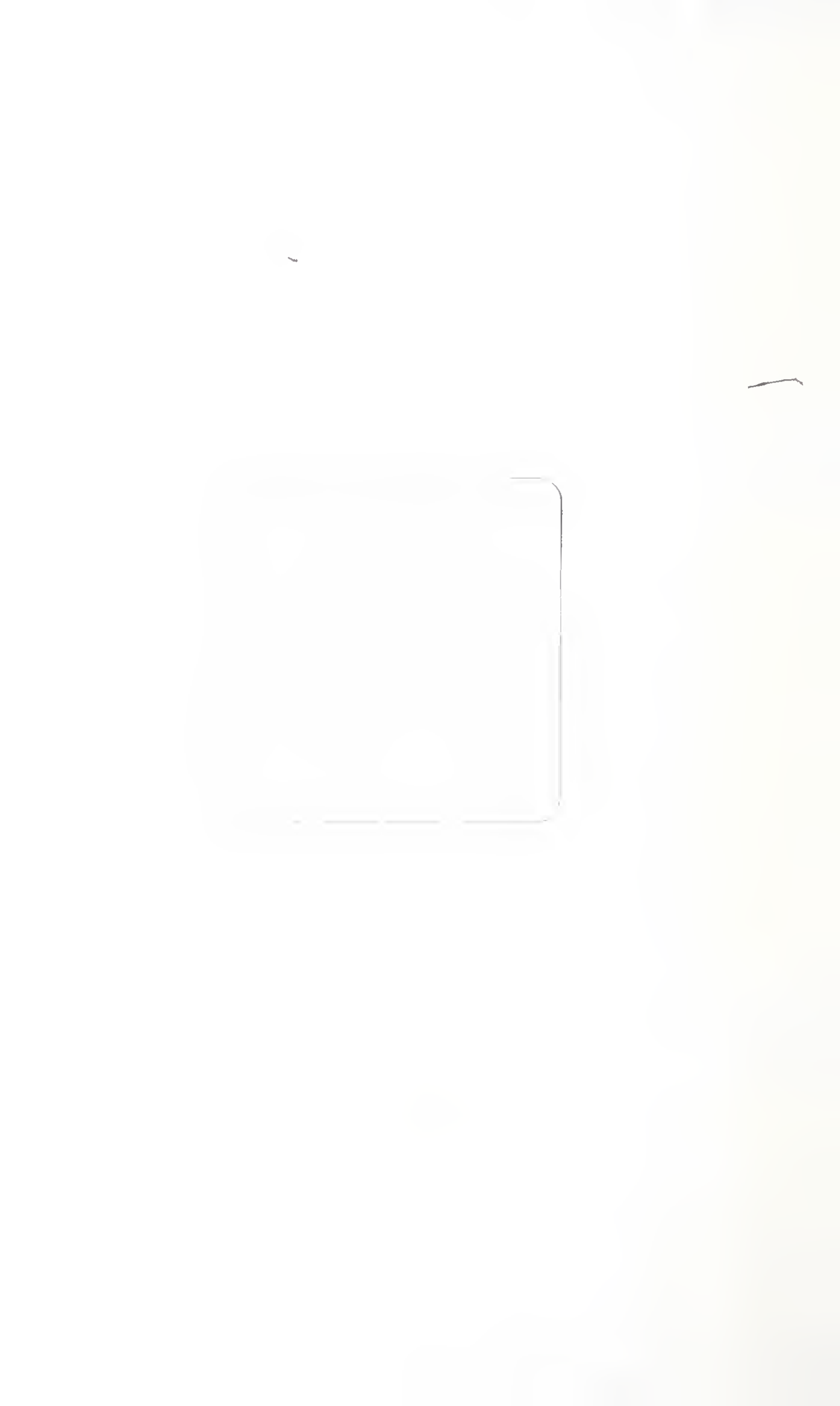


Costumbres Mortuorias de los Indios de Chile y otras partes de América

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).



Soc. IMPRENTA-LITOGRAFÍA "BARCELONA"

SANTIAGO-VALPARAÍSO

1915



COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE Y OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

INTRODUCCIÓN

La falta de monumentos indígenas en la mayor parte de América ha sido uno de los motivos principales por qué la arqueología del continente ha sido muy imperfectamente estudiada. México, Centro América y el antiguo Perú son las regiones que más han llamado la atención de los arqueólogos, porque allí están más visibles las reliquias de las antiguas poblaciones. Por largo tiempo se creyó que las demás zonas serían estériles para los propósitos arqueológicos, y que los países sólo habitados por salvajes (así llamaban



ANIMISMO

El hombre primitivo y su modo de pensar.—La naturaleza animada.—Fetiquismo.—Transformismo.—El otro «Yo».—Sueño y las ideas derivadadas de ellos.—El ánima y su indestruetilibidad.—La inmortalidad de alma entre los pueblos primitivos.—Magia y sus eausas.—Costumbres y ereencias.

La idea de la religión no se encuentra en los pueblos muy primitivos. Nace durante el desarrollo de la inteligencia. Los andamaneses no tienen idea de un Dios, ni ningún concepto de orden espiritual (1).

Cuando se descubrieron las islas Marianas, sus habitantes estaban sin culto, sin templos y sin sacerdotes (2).

En Nueva Caledonia, Cook no halló la menor huella de religión (3) e igual cosa se puede decir de los tasmanianos, los arafouras de Varkay, los hotentotes, los cafres, etc.

Decker, Darwin, Fitzroy, Weddel y King están acordes en asegurar que los fueguinos carecen de ideas religiosas, y Azara (4) menciona otras quince tribus que estaban en el

(1) Cook.—Voyages of Discovery. 2nd voyage. Agosto 1777.

(2) Laharpe.—Abrégé de l'histoire générale des voyages; tomo III.p. 487.

(3) Cook.—Ibid 2nd voyage. Agosto 1774.

(4) Azara.—Viajes en América Meridional.

mismo estado. Ni los patagones ni los araucanos ni los esquimales tenían noción de Dios. Estas citas podrían multiplicarse y sirven para indicar la condición mental del hombre primitivo.

En su estado primitivo, no se le ocurre al hombre la idea de que sea un ente superior de la naturaleza; se concibe sólo como uno de los muchos seres animados o inanimados que pueblan el mundo a su rededor. No puede todavía imaginar ningún objeto inánime. Para él, son todos dotados de las mismas cualidades, sentimientos y pasiones que percibe en sí mismo y en general los considera empeñados en hacerle daño o en causarle contrariedades. Estos sentimientos no son siempre activos, pero él cree que existen latentes, esperando una oportunidad propicia para dañarle. No percibe, en la mayoría de los casos, la relación entre causa y efecto y atribuye las consecuencias de los fenómenos más sencillos a las brujerías o malas intenciones. Su vida, la pasa en lucha constante con los elementos; el sol que le quema, el frío que le hiela, el torrente que impide su paso, el viento que vuelca su choza, los animales que destruyen sus siembras, las espinas que laceran su carne al pasar por los matorrales, los mosquitos que le molestan y todas las diversas manifestaciones de la naturaleza le enseñan que todo lo que ve a su contorno es su enemigo y en constante acecho para hacerle perjuicio.

La personificación de todos los objetos y fenómenos naturales y la dotación de ellos de sentimientos humanos que ceneralmente supone antagónicos a sus intereses, hace que el hombre primitivo mire todo con desconfianza, y sus pringipales esfuerzos se dedican a propiciar los elementos que pueden perjudicarle.

Estas concepciones fueron la gran fuente, de donde nacieron las supersticiones, las mitologías y las religiones.

Después de dotar de volición y conciencia a todos los objetos, era sólo un paso imaginarlos poseídos de poderes sobrenaturales que podían usar en su beneficio en el caso de

ganarles su buena voluntad. Esto dió origen a los fetiches, elejidos por los individuos para su especial protección personal. El fetiche podía ser un animal o un objeto cualquiera, puesto que en la mente del salvaje, todos eran dotados de iguales poderes. Una vez elejido, el fetiche llegaba a ser el objeto de su mayor veneración, el que era preciso propiciar por todos los medios que ocurriesen a su imaginación.

El fetiquismo en su forma más primitiva fué siempre inspirado por objetos especiales y singulares, porque la percepción del hombre es especial y concreta.

Pero el desarrollo mental conduce a que el hombre, por una evolución espontánea e innata, establezca tipos entre la inmensa variedad de objetos y fenómenos y estos tipos son las formas específicas de todas las cosas que son parecidas, análogas o idénticas. En vez de sentir temor o veneración por un objeto especial. llega a temer o a adorar todos los objetos de la misma especie.

Esta personificación de especies da nacimiento al politeísmo antropomórfico, que era la única religión a que habían llegado los pueblos más cultos de América al tiempo de su descubrimiento por los europeos, quedando la mayor parte de ellos sumida en el estado de más absoluto fetiquismo. Sin embargo, el fetiquismo: como todas las demás manifestaciones de la actividad mental; sufre una evolución y se encuentran diferentes fases entre las diversas tribus que la practican. En su forma inicial o primitiva, el animal u objeto se mira simplemente como la forma externa de una potencia que resida en ellos; es decir, el fetiche es concebido sólo como una fuerza intrínseca. Pero cuando pasamos de esta forma a otra más avanzada, cuando el hombre no sólo teme y mira con desconfianza los demás seres y objetos de la naturaleza, sino que los dota de poderes extrínsecos y los venera por su capacidad de hacerle bien o mal, aun a una distancia, entonces encontramos la génesis de otro orden de ideas; la creencia en las ánimas.

En el primer caso el poder existe inseparable del objeto

mismo, después se duplica o se multiplica con la facultad de alejarse del objeto que le sirve de cobertura externa y visible.

Esta idea originó en la observacion por el hombre de su propia personalidad y luego la aplicó a todos los seres y objetos de la naturaleza circundante.

La sombra arrojada por su cuerpo, su reflejo en el agua, el eco que retumbaba en las montañas y en los bosques, la reaparición de los muertos durante sus sueños y su ins tinto innato que le hace vivificar todo lo que ve, produjeron lo que se puede llamar la reduplicación de sí mismo, y dieron origen a la teoría primitiva del ánima o alma.

Al principio se creía que las ánimas se multiplicaban indefinidamente, y que había una para cada manifestación de los fenómenos naturales; pero poco a poco se iba reduciendo el número, y se clasificaban los atributos y facultades en cada grupo.

La creencia de la multiplicidad de las ánimas o espíritu todavía persiste entre muchos pueblos poco civilizados, y era el fundamento de las ideas religiosas de todos, en tiempos pasados, aún de los que son hoy más civilizados.

Los antiguos egipcios ascribieron al hombre cuatro espíritus: «Bas, Akha, Ka y Khaba»; los romanos le dieron tres: «*Bis duo sunt homines, manes, caro, spiritus, umbra*».

La misma creencia se encuentra en casi todos los pueblos salvajes o semi-salvajes. Los figianos distinguen entre el espíritu que se sepulta con el muerto, la más ténue que se refleja en el agua y la que frecuenta la localidad en que ocurre la muerte.

Los madagascares creen en tres espíritus, los algonquinos en dos, los dacotas en tres, los indios de Colombia Británica en varios.

La elaboración de ideas tan complejas es lenta por su naturaleza; porque envuelve la preconcepción de muchas manifestaciones mentales, entre ellas el libre tránsito del ánima, que da lugar a la creencia en la transmigración del

espíritu, la que en su forma más desarrollada constituye el transformismo.

La transmigración del alma humana fué concebida en primer lugar como el paso del espíritu del moribundo al cuerpo de un niño recién nacido. Los algonquinos sepultaban los cadáveres de los niños al borde de los senderos más traficados, para que sus espíritus pudiesen entrar con facilidad a los cuerpos de las mujeres preñadas que pasaban por allí (1).

Algunas de las tribus norte-americanas creyeron que la madre veía, en su sueño, al deudo muerto que iba a imprimir su semejanza al niño que llevaba en su vientre.

Los pueblos primitivos e ignorantes no perciben una diferencia precisa entre el hombre y los animales y creen fácilmente en la transmigración del espíritu humano al cuerpo del animal y viceversa. La mayor parte de las tribus americanas creen que ellas se derivan de algún animal o ave, que llaman su hermano mayor y generalmente lo adoptan como su *totem*.

Varias tribus de Norte América tienen la idea que los espíritus de los muertos pasan a ocupar el cuerpo de los osos y no matan a estos animales, o cuando lo hacen es con grandes ceremonias expiatorias.

Una viuda esquimal se negó a comer la carne de una foca porque creyó que el alma de su marido había migrado al cuerpo de ese anfibio. Otras han imaginado que los espíritus de los muertos pasaban a las aves, los escarabajos y otros insectos, según el rango que ocupaban en vida.

Siguiendo estas ideas era muy fácil llegar a la encarnación del espíritu—tanto de los hombres como de los animales—en un objeto cualquiera, y de investirlo con poderes benéficos o malignos según el caso.

Algunos pueblos quedaron con estas creencias; otros avanzaron más rápidamente y llegaron a la concepción politeísta.

(1) Relations des jésuites. 1636. Por el Padre Brebeuf, p. 129.

Establecidas las convicciones de una vida aparte del cuerpo el hombre primitivo, principió a preocuparse más del último destino del espíritu y poco a poco la idea de la transmigración del alma a los cuerpos de animales u objetos inánimes perdió su fuerza.

Como siempre imperaba la idea de la indestructibilidad del espíritu, era preciso crear un lugar especial donde podrían congregar los muertos.

Todavía no se concibía la separación absoluta del ánima o espíritu, de su forma corporal. El salvaje es esencialmente materialista e imaginaba que el alma era una réplica exacta del cuerpo; pero con la facultad de hacerse invisible e intangible a voluntad. Tenía pruebas incontrovertibles de que podría mostrarse si así deseaba. Su sombra le acompañaba por todas partes; cuando miraba al agua veía su reflejo, igual en todos sus pormenores a su forma corporea, pero que escapaba siempre de sus pesquisas.

En sus sueños veía y conversaba con los muertos en la forma como siempre lo había hecho durante su vida. ¿Qué otra cosa podría imaginar, sino que existiesen otras manifesciones materiales de su ser, dotadas de los mismos atributos como su naturaleza tangible? Esta réplica llegó a ser su *alter ego*—el otro yo—que existía después de la muerte y de la corrupción de su cuerpo material. De esto tenía la más absoluta seguridad, con el ejemplo ofrecido a sus sentidos por la reaparición de los muertos durante sus sueños.

Los sueños desempeñan un rol muy importante en la vida síquica de los pueblos primitivos y hasta cierto punto gobiernan muchas de sus acciones. La idea predominante es que durante el sueño, el espíritu se desliga del cuerpo, saliendo por la boca, el pecho u otra parte, y que realmente ejecuta las acciones de que el dormido ha soñado.

Como la experiencia enseña que el cuerpo no se ha movido del lugar que ocupaba, la inferencia lógica es que el *otro yo* o ánima ha hecho estas excursiones y por lo tanto puede

ver y ser visto y ejecutar todas las acciones de que es capaz el cuerpo despierto.

Cuando sobreviene la muerte, es porque no ha podido volver el espíritu, debido a las maquinaciones de sus enemigos, siempre en acecho para hacerle daño. Por esto, para muchos pueblos no existe la muerte natural, la cual siempre se considera producida por medios malignos.

Pero los espíritus desprendidos de los cuerpos no desaparecían. Generalmente frecuentaban los lugares que solían habitar en vida, y a veces aparecían a sus deudos o amigos en sueños. Tenían las mismas necesidades y disfrutaban de los mismos sentimientos y placeres como los vivos; por consiguiente era preciso atender a esas necesidades para que nada les faltase. De aquí nació la costumbre de enterrar con los muertos todos aquellos objetos que les servían en la vida. Como todos los objetos, al igual del hombre, tenían su ánima, el muerto se servia de estas de la misma manera como se había servido de los objetos mismos.

Además de los espíritus familiares de las personas u objete los rodean, la mayoría de los pueblos primitivos creen en otra clase de ánimas que son casi siempre malévolas y que son frecuentemente relacionadas con los fenómenos de la naturaleza, que ellos no comprenden. Estas ánimas son tan variadas en sus características como lo son los pueblos que creen en ellas.

No son circunscritas por el tiempo ni por el espacio y la distancia no ejerce ningún efecto sobre ellas.

Son muy temidas por los indios a causa de sus influencias malignas, y su capacidad en este sentido es limitada sólo por la imaginación del individuo.

Una de las ideas más universales y más arraigadas respecto de ellas, es que están siempre en acecho esperando una oportunidad para entrar en el cuerpo durante la ausencia del dueño. El soñar es considerado por los indios como una excursión peligrosa y muchas son las medidas concertadas

para proteger el cuerpo dormido contra los ataques de las ánimas malignas o demonios.

Al comienzo, las ánimas de los deudos no se temian, se les ofrecía toda clase de facilidades para que volvieran a visitar sus antiguos *lares*. La vida futura era simplemente una continuación, en forma incorpórea de la vida actual, en que regían las mismas condiciones.

Más tarde se dota al ánima de cualidades anormales y aun sobrenaturales y como la mente salvaje no aprecia los beneficios que recibe, que son para él perfectamente naturales, y se concierne exclusivamente de los males que le pueden sobrevenir; toma toda clase de precauciones para impedir la vuelta del espíritu, cosa que antes le era indiferente.

Su gran recurso son las prácticas mágicas, las que en su mayoría son preventivas o propiciatorias. Con frecuencia recurre a los sacrificios, sean de animales, de objetos de valor, o aun de seres humanos.

El objeto de estos ritos es doble; primero para lograr inmunidad para sí y para el grupo a que pertenece y en segundo lugar para propiciar el espíritu del difunto y hacerle conformarse con su nuevo estado, regalándole con todo lo que puede necesitar, sin que tenga el trabajo de buscarlo.

Es preciso comprender este estado de mentalidad, que nos da la clave de muchas costumbres y ceremonias mortuorias, las cuales de otro modo nos parecerían absurdas e inexplicables.

La muerte en si, raras veces la teme el hombre primitivo, pues no se preocupa de futuras recompensas o castigos, que sólo aparecen en teogonías más evolucionadas.

Hablando de los guaycurues dice el Padre Sánchez Labrador: «Aun sube más la admiración al considerar el sosiego con que reciben la sentencia de su muerte. Oyenla como si no hablaran con ellos, o fuese alguna nueva de diversión y contento. No temen castigo en la otra vida, porque no se

extiende a tanto su entendimiento, ni esperan premio. Lo más que en este punto dice es que las almas desatadas de los cuerpos, andan invisibles por los lugares en que estando unidas anduvieron. Sumergidos en estas sombras, entran en alas de la muerte sin susto ni congojas. Según su errado concepto, quedan sobre la tierra, mejorando estado, y libres de muchas incomodidades del cuerpo. Esta es la doctrina que aprenden de sus doctores o médicos». (1)

Los lenguas, por otra parte, temen la muerte, por los pocos atractivos que ofrece la vida incorpórea.

«El indio no mira la vida futura como mejor o más feliz que la actual, tampoco tiene conocimiento de un estado de castigo dependiente de las malas acciones cometidas. Considera el cuerpo como el único medio en que puede gozar el alma y tiene muy poca idea de goces intelectuales o espirituales. Por lo tanto la vida posterior es para él vacía de verdadero placer. Cree que esto puede existir en pequeño grado, pero no le ofrece ningún atractivo. La única cosa deseable para él es la vida y sólo teme la muerte» (2).

«Vive en constante temor de los seres sobrenaturales. Algunos de estos espíritus; según se cree; están coaligados con los brujos, quienes frecuentemente aseveran que entre los *kilyikhama* (demonios) hay algunos que les ayudan en sus hechicerías.» (3).

Estos espíritus, al contar de los indios, existían anteriormente en el cuerpo y ahora andan como demonios, buscando ocasión de entrar en el cuerpo del dormido, o de ocuparlo cuando el alma vaga durante sus sueños.

---

(1) El Paraguay Católico, por el Padre José Sánchez Labrador, Tomo II, p. 39.—Buenos Aires 1910.

(2) An Unknown People in an Unknown Land.—An account of the life and customs of the Lengua Indians of the Paraguayan Chaco, with adventures and experience during twenty years pioneering and exploration amongst them. by W. Barbrooke Grubb, tercera edición, p. 116. London 1913.

(3) Id. Id., p. 119.

Además de los *kilyikhama*, los lenguas creen en los *aphangak* o ánimas de los muertos; que sólo continúan la vida actual en un estado incorpóreo.

Corresponden exactamente en forma y caracteres al cuerpo que han abandonado. Un hombre alto o uno corto permanece alto o corto en su condición de ánima. Los parientes vuelven a juntarse después de muertos y continúan en la misma vida de tribu y clan como cuando estaban en el cuerpo.

El espíritu del niño queda niño sin desarrollarse más y por esto no es temido. Un asesino—es decir un indio que mata a uno de su tribu—no sólo se ejecuta sino que se le queman el cadáver y esparcen las cenizas a los cuatro vientos. Creen que con este tratamiento, el espíritu no puede reasumir su forma humana y que vaga informe e incógnito, sin poder reunirse con sus semejantes ni participar en sus relaciones de sociabilidad. El *aphangak* caza, viaja y sigue sus antiguas ocupaciones en forma espiritual. Las ánimas de los muertos no incomodan a los vivos ni se preocupan de ellos, siempre que se cumpla con las exigencias funerarias. Los vivos no mencionan a los muertos, y tratan de olvidarlos (1).

Fric hablando de la religión de los indios de la Argentina y Paraguay dice: «La mayoría de las tribus cree que el hombre tiene una o más almas. También el caballo, el perro y el loro la tienen. Otros seres, plantas, y hasta objetos, tienen un alma inferior que los abandona en el momento que los matan o inutilizan.

El alma del indio muerto monta el alma de su caballo, arroja las almas de sus flechas con el alma del arco, mata las almas de ciervos y avestruces que sus paisanos mataron (y de aquí los rituales sobre la caza muerta), él come las almas de las batatas, de mandioca, toma el alma del agua

(1) An Unknown people, p, 121. Ob. cit.

derramada y de la chicha consumida por sus parientes en la tumba.

Esta creencia motivó la costumbre de matar esclavos, caballos, perros, quebrar arcos y flechas, inutilizar los objetos de uso del difunto, derramar agua y dar banquetes sobre su tumba. Estas costumbres son generales en todas las naciones y su origen es, sin duda, el mismo.

Para descubrir el origen de esta creencia, dije al cacique Arikisó de los Kaingangs: «¡el alma no existe!»

«¿No la ves? dijo enseñando la sombra; estás fumando y tu alma fuma el alma de tu cigarrillo y suelta el alma del humo; comes porotos y tu alma tiene alma de cuchara y come almas de porotos.»

«La sombra originó la idea del alma de un segundo yo.

Al morir el indio, el alma abandona el cuerpo con el último suspiro; para impedirlo los chaqueños clavan dos huesos en la garganta del moribundo, lo entierran vivo aun y cubren la tumba con ramas espinosas, tunas etc., para impedir que el alma salga y los persiga: abandonan a marchas forzadas el sitio y todos cambian de nombre para que el alma no les reconozca.

El terror que tienen al alma del muerto, tiene el siguiente motivo: el alma abandonando definitivamente el cuerpo, se siente desnuda, tiene frío y no puede tener mujer. Para poder volver a la vida terrestre, procura robar el alma de su pariente, la esconde en el momento y entra en el cuerpo abandonado. Este es el orígen de todas las enfermedades y de la muerte.

El único que temen las almas es el *payé* (machi) que con su calabaza puede espantarlas. Cuando éste duerme invaden el toldo y esperan que el alma de un indio dormido salga por el pecho, para sus viajes sonámbulos; la agarran y la atan en el monte.

Si el indio, en un sueño, ve a algún pariente difunto, llama al *payé*. Este mira en un pedazo de espejo o lata de sardina que tiene en los aros de las orejas y allí ve el espíritu.

Canta hasta que declara que el espíritu asustado larga el alma; después canta mas ligero para que esta encuentre el camino de regreso y tranquilice a su cliente» (1).

Los esquimales creen que hay varias *«tierras de muertos»*: los que sufren una muerte violenta van al cielo, los que mueren de enfermedades van a otra morada.

Los indios de Vancouver tienen la idea que las habitaciones de los muertos se encuentran cerca de sus propias chozas, pero que son invisibles. Sin embargo la idea más común es que el mundo de los espíritus se encuentra en el lejano occidente y para llegar a él es preciso cruzar un ancho y profundo río en canoa. Uno de los elementos comunes del folklore americano es la visita a la región de los muertos por personas durante un ataque epiléptico o desmayo (2).

Los Sía de Nuevo México tienen una curiosa a creencia este respecto: «El cuarto dia después de la muerte, el espíritu parte en su viaje al otro mundo, habiéndose entretanto rondado en la vecindad. Los trajes no deben jamás depositarse enteros en las sepulturas, sino cortados en pedazos, porque si estuviesen intactas las almas de estas prendas no podrían salir. El camino al otro mundo, que está situado al norte, es tan lleno de espíritus que estos a menudo estorban unos a otros, porque no sólo las almas de los sia, sino las de todos los indios viajan por el mismo camino. Los espíritus de los muertos vuelven al lugar de su origen y las sin nacer pasan a las aldeas, donde más tarde deben ver la luz» (3).

Lynd dice que los dacotas dan cuatro almas al cuerpo humano.

(1) Vojtech Fric.—Las religiones de los Indios de la Cuenca del Plata Actas del XVII° Congreso Internacional de Americanistas, pp. 477-8. Buenos Aires, 1910.

(2) Handbook of American Indians (art. Soul), p. 618. Tomo II. Boletin N.° 30 de las publicaciones de la Smithsonian Inst.

(3) The Sia.—by Matilde Cox Stevenson. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1894.

«El primero se supone ser material y muere con el cuerpo. El segundo es un espíritu que siempre queda cerca del cuerpo. Otro es responsable por las acciones físicas y después de la muerte se va hacia el sur según unos o al occidente según otros. El cuarto siempre permanece en la vecindad de un pequeño atado del cabello del difunto, guardado por los deudos hasta que tengan una oportunidad favorable de arrojarlo en el territorio de alguna tribu enemiga, cuando se vuelve vagabundo y lleva la muerte y las epidemias en su séquito» (1).

El animismo, o sea la veneración de las almas o sombras se encuentra muy desarrollado entre los esquimales y aleutianos y otros pueblos hiperbóreos, especialmente entre las tribus cazadoras que vivían hasta hace poco entre la Bahía de Hudson y los grandes lagos (2).

Dorsey en su estudio sobre «Los cultos de los sioux», dice: «El autor no encuentra vestigios de la creencia en la inmortalidad de los seres humanos. Aun las divinidades de los dacotas fueron considerados mortales, porque podían matarse unos a otros. Pero si se entiende por inmortalidad la existencia continua en forma de ánima, no habrá dificultad en demonstrar que las tribus siouanas mantenían semejante doctrina y que con toda probabilidad era anterior a la llegada de los blancos» (3).

Los assiniboines creen que las ánimas no siempre son visibles a los vivos, aunque a veces se dejan sentir. Ocasionalmente se materializan, casándose con los vivos, comiendo, bebiendo y fumando como si fuesen mortales ordinarios. An-

---

(1) Lynd.—Minnesota Historical Society's Collections. Vol. II. 2.ª parte, pp. 68 a 80.

(2) Rev. S. D. Peel. On the traditions of American aborigines. Journal of the Victoria Institute of Gt. Britain. Vol. XXXI, p. 221.

(3) A study of Siouan cults, by James Owen Dorsey. Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1894, p. 521.

tes de la muerte, el toldo es rodeado por las ánimas de los parientes difuntos y estos son visibles al moribundo (1).

Los indios de Popayan, según Cieza de León, no tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima; y «más creen que sus mayores tornan a vivir, y algunos tienen que las ánimas de los que mueren entran en los cuerpos de los que nacen» (2). La misma cosa cuenta de los canches del Perú (3).

Los mapuches o araucanos tienen creencias muy parecidas a las que hemos citado. El animismo y el culto de los antepasados imperan entre ellos.

No reconocen ningún Ser Supremo; pero pueblan la naturaleza con una serie de demonios o espíritus malignos contra quienes usan diversas prácticas mágicas o bien los protegen los espíritus de sus deudos.

La tierra de los muertos varía entre los araucanos según la localidad que habitan. Para las tribus sub-andinas está ubicada allende la cordillera; pero para las tribus costinas es al otro lado del océano.

Cuando las ánimas llegan al otro mundo sus ocupaciones y modo de vivir es la misma que en la tierra. Sufren de las mismas necesidades, sienten los mismos dolores, penas y placeres.

Los yahganes de Tierra del Fuego «creen que las almas de los difuntos andan vagabundas por los bosques y las montañas; inquietas y dolorosas, si durante la vida fueron malas, gozosas y tranquilas si fueron buenas.

«Los alacalufes creen que los buenos, después de su muerte, van a un bosque delicioso a comer hasta hartarse de todo lo que les gustaba durante la vida, como peces, frutos del mar, focas, pájaros, etc., mientras los malos son precipitados en un pozo profundo de donde no pueden salir más»;

(1) A study of Sio an cults, by James Owen Dorsev, Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1894, p. 485.

(2) La Crónica del Perú. Cap. XXXII.

(3) La Crónica del Perú. Cap. XCVIII.

pero es evidente que estas ideas se han adquirido despues de su contacto con los misioneros (1).

Hemos visto que entre muchos pueblos, dominaba el temor de los espíritus. Relacionado con esta idea, encontramos un sinnúmero de curiosas costumbres. Las sepulturas se hacían más seguras; y se tapaban con montones de piedra o de tirs rra. Algunas tribus sembraban sus contornos de espinas, piedras cortantes u otros obstáculos que estorbarían el paso, bajo con la impresión de que las almas de estos impedirían la salida de lánima del difunto.

Una idea muy generalizada era que las ánimas no podían pasar el agua ni las cenizas y en consecuencia, entre algunos pueblos encontramos la costumbre de enterrar los muertos en islas o al lado opuesto de los ríos que corren cerca de sus habitaciones. Otros derraman cenizas por el camino que sigue el cortejo fúnebre y vuelven por otra parte para despistar el ánima e impedir que les siguiese.

Otra costumbre era de tratar de imposibilitar la salida del ánima del cuerpo. Esto se conseguía por varios medios; sepultando vivos a los moribundos, clavándoles espinas en la garganta; por estrangulación, etc.

Otros pueblos creían que el ánima quedaba sujeta al mismo tratamiento que el cadáver, al cual no abandonaba hasta el momento del entierro. En conformidad con esta idea eran muchas las costumbres practicadas, especialmente por las tribus que habitaban ambos lados de los Andes. Al morir un individuo, el cadáver se envolvía en esteras, tejidos, cueros u otras especies y quedaba fuertemente atado con sogas o correas. De este modo, según su creencia, el ánima permanecía igualmente atada sin poder salir de su lugar de descanso, aun cuando en conformidad con sus ideas confusas y complejas, tenía libre acceso a la tierra de los muertos.

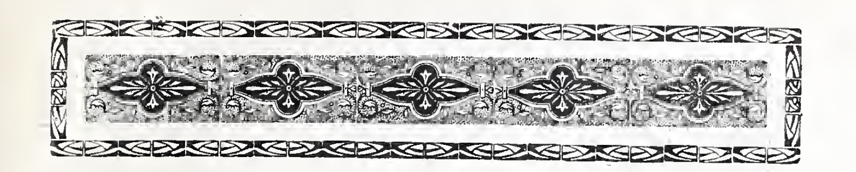
Entre otras tribus, sobre todo las de ciertas regiones de No-

---

(1) Los Indios del Archipiélago Fueguino, por Antonio Coiazzi. Rev Chil. de Hist, y Geog. Aña IV. Tomo Y, núm. 14.

te América, se recurría a la incineración o cremación de los cadáveres; convencidos de que estando quemado el cuerpo, el ánima no podría asumir una forma material y que por lo tanto no les podría molestar haciéndose visible.

Vemos entonces que la mayor parte de las costumbres y rituales funerarios de los pueblos primitivos estaban íntimamente ligados con sus creencias animísticas y sin comprender las unas no se pueden entender las otras. Sólo con un conocimiento de los motivos que las originaron podemos explicar muchas costumbres que nos parecen crueles, bárbaras o ridículas.



CULTO DE LOS MUERTOS

Universalidad del culto.—Evolución de la idea.—Abandono de los muertos.—Algunas tribus devoran los cadáveres.—Cadáveres echados a los perros.—Curiosa costumbre de algunas tribus brasileñas.—Sepultura.—Ofrendas y libaciones.—Sobrevivencias.—Mitos.

Es preciso recordar que entre las tribus más primitivas no existen ideas religiosas en el sentido de reconocer un Ser Supremo o una Causa de Causas. Como hemos visto, no relacionan causa y efecto y todas las manifestaciones naturales que perciben son para ellos obra de espíritus. Al principio, creen que las ánimas de sus muertos pueden ocupar nuevos cuerpos, sean de hombres, animales u objetos, y sólo mucho después, se desarrolla la idea de que pueden existir separadas del cuerpo y conciben la necesidad de un lugar apartado para su residencia.

Entre los cultos primitivos, es indudable que ninguno ha sido tan universal como el culto de los muertos o los antepasados. Se puede decir que esta costumbre ha sido la base de todas las religiones pasadas y actuales y casi no hay pueblo que no la haya practicado en alguna época de su desarrollo.

Este hecho se prueba por la historia, la filología y la etnografía.

Pero si la veneración de los muertos es una forma constante, manifestada en todas partes, sin embargo se encuentra entretejida con tal número de ideas míticas y creencias supersticiosas que no se la puede reducir a una sola forma de culto y únicamente se puede hablar en este sentido tomando como fundamento la idea central, considerando las ceremonias o rituales relacionadas con ella, como simples accesorios.

El culto de los difuntos, sin embargo, no se funda *a priori* sobre el concepto de la inmortalidad del alma, sino más bien, en la idea nebulosa de la transformación y perpetuidad de ser y también en el deseo que tiene el hombre de durar algo más allá de la tumba.

Para llegar a este concepto, es preciso que la mente humana haya pasado por otras etapas anteriores. Sólo después de desarrollada la idea del ánima y su poder extrínseco de separarse del cuerpo, puede nacer la idea de venerar o propiciar los espíritus. El cadáver como tal, nunca fué objeto de culto y si algunos pueblos cuidan mucho de su conservación y sepultura es con la idea de que el ánima puede volverlo a ocupar o puede enojarse si su morada corpórea no se trate con respeto y aun con veneración.

Pero hubo un tiempo cuando no había estas preocupaciones y han existido y todavía existen tribus que no prestan atención ninguna al último destino de los despojos mortales de sus muertos; algunos porque aun no han llegado a un grado de civilización suficiente para comprender las ideas abstractas encerradas en las doctrinas del animismo, o lo que es más frecuente porque consideran que desligada el ánima del cuerpo, no vuelve a ocupar este último y por lo tanto, carece de importancia.

Los cuidados que toman con los cadáveres los pueblos más primitivos y sus costumbres funerarias se derivan a menu-

do de un recuerdo mecánico no razonado, más bien que de un sentimiento de decencia o de respeto.

Los salvajes inferiores no deben sentir ningún inconveniente por la putrefacción de los cadáveres. Los grupos son muy pequeños y por consiguiente la muerte entre ellos es rara. El hombre grosero no se incomoda como el hombre delicado por las emanaciones fétidas. Vive en medio de los animales que desuella, cuyos restos son abandonados, a su contorno. Cuándo llega a ser insoportable un sitio, se muda con gran facilidad a otro (1).

Muchos pueblos, en este estado de cultura, abandonan sus muertos; otros sólo sepultan sus jefes.

Los cadáveres de la plebe son arrojados a las fieras y las aves de rapiña. Los escritores antiguos y modernos nos dan numerosas citas de tales costumbres.

Los cafres de Africa abandonan sus muertos que sirven de pasto para los lobos, las aves y los insectos (2).

Justin dice que los partianos hacían devorar los cadáveres por los perros o por las aves de rapiña y que en su país se encontraban los huesos de los muertos por todas partes.

Cicerón nos avisa que en Hyrcania se alimentaban los perros públicos con la carne de los muertos (3).

Strabón habla en estos términos de una costumbre análoga: «En la capital de los Bactrianos se alimentan unos perros. a que se dan el nombre especial de *enterradores*. Estos perros son encargados de devorar todos los que comienzan a debilitarse por su edad avanzada o por enfermedad. De allí viene que en los alrededores de la capital no se ve ninguna tumba: pero el interior de los muros es todo lleno de huesos. Se dice que Alejandro ha abolido esta costumbre» (4).

Todavía en tiempos modernos, en el Tibet se entregaban

(1) Etudes sur les facultés mentales des animaux, por J. C. Honzeau, tomo II. p. 606. Mons. 1872.

(2) Travels in Southern Africa, por Barrrow. Lóndres 1797.

(3) Cicerón. Quaestiones tusculanae, lib. I, Cap. 45.

(4) Strabon.—Geographia, libro VII.

los cadáveres a los perros después de haberlos despedazado. Se mantenían esos perros sagrados expresamente para devorar a los ricos (1).

Según Heródoto, los calliates de la India devoraban ellos mismos los cadáveres de sus deudos (2).

Otros pueblos arrojan los muertos a los rios o al mar donde son devorados por los peces o las aves.

Muchas de estas costumbres las encontramos subsistentes entre las tribus de América.

Los seris del golfo de California prestaban muy poca atención al entierro de sus muertos, que eran generalmente abandonados en el lugar donde morían; salvo cuando estaban en la vecindad inmediata de las rancherías.

En este caso el cadáver se cubría con ramas o montes; para que los animales salvajes no estorbasen el sueño de los vivos. al pelear sobre los restos (3).

Los pimas abandonan a los viejos o inválidos y los dejan morir de hambre. A veces éstos se suicidan, prendiendo fuego a las chozas que habitan (4).

Bancroft en su Historia de los Estados Unidos, dice, que entre las tribus indias de aquel territorio, era muy frecuente el abandono de los viejos y enfermos. Semejante costumbre prevalecía entre los patagones y otras tribus nómades de las Pampas y del Chaco.

Leemos en el viaje de Henry Ellis (1746) que los esquimales de la Bahía Hudson lo consideraban una obligación social estrangular a los viejos que ya no podían mantenerse; que a veces fueron enterrados; pero con frecuencia abandonados en la nieve, para que los animales devorasen sus cadáveres.

---

(1) Huc.—Souvenirs d'un voyage dans le Thibet, Tomo II, cap. 2.

(2) Heródoto.—Historia, lib. III, cap. 38.

(3) W. J. Mc. Gee.—The Seri Indians, p. 287. Seventeenth Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington, 1898.

(4) Frank Russel.—The Pima Indians, p. 192. Twenty-sixth Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1908.

Los salvajes de Tierra del Fuego, apremiados por el hambre inmolaban a los viejos que consideraban de menor importancia que sus perros y comían sus carnes (1).

Varias de las tribus del Amazonas comían sus muertos. Según los primeros descubridores, los capanahuas, cashibos carapaches y cocomas tenían esta costumbre (2). Estos últimos, después de comer la carne de sus deudos difuntos, molían los huesos y el polvo así formado los echaban a sus bebidas fermentadas. Decían que era mejor estar dentro del vientre de un amigo que estar sepultado en la tierra helada (3). Raleigh relata la misma cosa de los aruacos del Orinoco (4). Southey dice otro tanto de los ximanas (5) y Wallace hablando de los aborígenes del valle del Amazonas, dice: Los tarianos y tucanos y algunas otras tribus (entre las cuales se pueden citar los cobeus), un mes después de los funerales, desentierran el cadáver, que se encuentra ya muy descompuesto, y lo colocan en una gran paila sobre el fuego hasta que todas las partes volátiles se evaporan con un olor horrible, dejando sólo una masa carbonizada que se muele hasta reducirlo a polvo. Esto se echa en las tinajas de *caxirí* (chicha) y es bebida por los reunidos (6).

Algunas, sino todas las tribus de las costas setentrionales del Pacífico eran antropófagos y cuando faltaban enemigos a quienes comer, satisfacían su voracidad con los cadáveres de sus deudos (7).

(1) Darwin.—Narrative of the voyage of the Adventure and Beagle.

(2) Sir Clements Markham.—A list of the tribes of the Valley of the Amazon. Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol XL. 1910. Londres.

(3) Sir Clements Markham.—A list of the tribes of the Valley of the Amazon. Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol. XL. 1910 Londres.

(4) Sir Walter Raleigh.—The Discovery of Guiana. Londres, 1619.

(5) Southey.—Brazil, tomo III, p. 722.

(6) Alfred Russel Wallace.—Travels on the Amazon and Rio Negro. Londres, 1853.

(7) Viaje del capitán Jacobsens a la costa noroeste de América, pp. 48 y 50.

Por estos ejemplos, que podrían multiplicarse, se ve que no en todas partes se guardaba el mismo respeto para el cadáver.

Esto no siempre quiere decir que no existía el culto por los muertos entre las tribus que tenían semejantes prácticas, Al contrario, vemos entre los esquimales, los seris y otras, un gran temor a las ánimas, y entre otros pueblos de parecidas costumbres, hallamos ceremonias y ritos propiciatorios, practicados para complacer los espíritus de los difuntos.

Empero la mayor parte de los pueblos incluía, como parte integrante y principal de su culto, el respeto y cuidado del cadáver.

Las sepulturas se construían sobre el modelo de las habitaciones; al cuerpo se ataviaba con sus mejores adornos y prendas de vestir, y se enterraba acompañado de sus armas, si era hombre, y de los utensilios caseros si era mujer. Se colocaba en la sepultura un gran acopio de provisiones, bebidas, regalos, ropa, etc., y en el caso de un jefe u otra persona de importancia, fueron sacrificados con frecuencia sus mujeres favoritas y esclavos al igual de sus caballos y perros para que nada le faltase en su vida futura, o en su viaje a la tierra de los muertos.

Muchos pueblos creían que los espíritus no abandonaban los lugares que habían frecuentado en vida y que permanecían en la vecindad de las tumbas. Estas llegaron a ser puntos de reunión de los deudos y amigos. Allí hacían sus fiestas y banquetes, siempre dejando ofrendas a los muertos, que se suponían presentes pero invisibles. Las libaciones y ofrendas se renovaban periódicamente.

Numerosas son los costumbres curiosas que se han formado al rededor de estas ideas; muchas de los cuales sobreviven hoy entre los pueblos civilizados.

En 1781 se enterró Freidrich Kasimir, Conde Boos von Waldeck, caballero de la Orden Teutónica. Durante sus fune-

rales en Treves, se mató sobre la tumba el caballo favorito del difunto (1).

En las aldeas alemanas, como en muchas otras partes, los muertos son vestidos y calzados de sus mejores prendas antes de colocarlos en los ataudes.

En varias partes de Europa, encierran en el ataud un aguja e hilo para que el muerto pueda remendar sus vestidos. En Bretaña, los campesinos atizan el fuego antes de acostarse y dejan en la mesa los fragmentos de la cena, para que los espíritus que visitan sus antiguos *lares* puedan encontrar lumbre y alimento. El chino se siente obligado a comunicar a los espíritus de sus antepasados, cualquier acontecimiento importante que suceda en el seno de su familia. Los espíritus no sólo se encuentran presentes a toda hora, sino que se conversa con ellos y se les ofrece alimento. Cada año se celebra una fiesta en honor de los muertos y se cree que en estas ocasiones concurren las almas de todos los antepasados, y aunque invisibles, participan de la fiesta.

La decoración de los mausoleos y tumbas en el día de Todos Santos, no es más que una reliquia de la costumbre de dejar ofrendas periódicas a los muertos.

En América, casi no hay tribu que no practica en una u otra forma algunas de estas costumbres como tendremos ocasión de ver en los capítulos siguientes.

El desarrollo evolutivo del culto de los muertos lleva a la formación de mitos y más tarde al establecimiento de religiones panteístas. Las almas de los grandes jefes o los fundadores de familias que llegan a ser poderosas, son veneradas, y al rededor de ellas se forman leyendas que se hacen más fantásticas y milagrosas con el transcurso de las generaciones, hasta que estos antepasado asumen las proporciones de héroes y aun de divinidades.

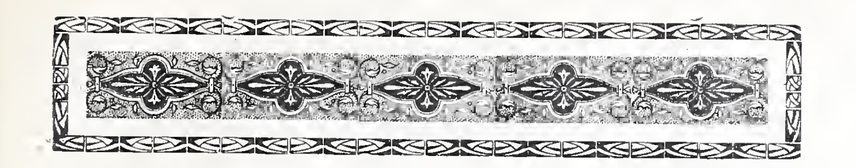
Ejemplos de esta naturaleza se hallan en la mitología peruana, muisca y mexicana, donde Manco Capac, Bochica y

(1) *Edward B. Tylor.* Anthropology, p. 347. London 1892.

Quetzalcoatl, son a la vez héroes legendarios, fundadores culturales y divinidades.

Así, algunas tribus brasileñas dicen que Tamoi, el abuelo, el primer hombre, vivió entre ellos y les enseñó a cultivar el suelo y después se fué a vivir en el cielo donde recibe y gobierna las almas de los muertos.

No seguiremos todas las transiciones de las ideas religiosas de los pueblos primitivos; tema inagotable, y sólo indicaremos de paso las que tienen una relación directa con las costumbres que estudiamos.



CAPITULO III

SUPERSTICIONES

Creencias respecto del ánima.—Propiciación.—Destrucción de la propiedad de los muertos.—Temor de habitar un lugar en que ha ocurrido una muerte.—Costumbre de sacar a los moribundos de sus habitaciones.—Algunas tribus matan a los enfermos o los abandonan.—Estratagemas para que no se contaminen las habitaciones.--Contaminados los que tocan a los muertos.—Ceremonias de purificación.—Tabú.—Temor de mencionar el nombre de los muertos y de los vivos.--Las ánimas no pueden pasar el agua.—La situación del *«país de los muertos»*.—El ánima reside en el cabello.—¿Dónde van los espíritus de los cobardes? Por que no usan sepultar los cadáveres.—El tatuaje y el ánima.—Animas remendadas.—Alma llevada por una lechuza.—Cremación.—Las ánimas de los niños llevan escobas para barrer el camino.—El ánima y la sequía.—Perros enterrados con los muertos.—Las ánimas duermen de día.—Razón para incinerar los cadáveres.—Razón para no incinerarlos.—El ánima y el fuego.

Muchas de las costumbres curiosas y a veces inexplicables de los pueblos primitivos, son derivadas de sus temores supersticiosos. Para poderlas explicar, es preciso comprender su psicología y no perder de vista la parte importante que juega en la vida la creencia arraigada respecto del poder y volición de las ánimas o espíritus, a que subordinan todas sus acciones por más insignificantes que parezcan.

Aquellas tribus que no tienen convicciones de una vida futura son justamente las que miran con mayor indiferencia la disposición última de sus muertos y que con frecuencia os abandonan a las fieras.

Otras, por lo contrario, creen que los espíritus continúan habitando la tierra y frecuentan los lugares donde antes vivían, y otras aún, que las ánimas sólo quedan en la vecindad durante un tiempo limitado y después van a una región apartada, destinada especialmente a los muertos. Pero al mismo tiempo, creen que tienen la facultad de volver para dañar a los que no los tratan con la debida consideración, o que omiten a cumplir con las costumbres funerarias establecidas. También imaginan que se aprovechan de cada oportunidad para ocupar cualquier cuerpo, cuya ánima lo haya abandonado momentáneamente, como por ejemplo, durante un sueño, un desmayo o un ataque epiléptico.

Muchos son los medios a que se recurren para evitar el regreso de los espíritus. El principal entre ellos es la propiciación. Para tener contenta al ánima, entierran con el muerto sus principales bienes, regalos, alimentos, etc., para que no le falte nada en su largo y penoso viaje. Creen que las ánimas de los objetos enterrados acompañan el espíritu del difunto y que éste se sirve de ellas. Algunas tribus destruyen toda la propiedad del muerto con el mismo fin, creyendo que las ánimas de los objetos destruídos irán a buscar el espíritu de su amo. Otras practican la misma costumbre por temor a la contaminación, que daría la muerte poder sobre ellos, y no faltan pueblos que imaginan que la posesión de bienes personales de un muerto daría al espíritu de este cierto influjo sobre su vida y acciones. Entre los esquimales, tan luego como una persona muere, todos sus efectos son arrojados fuera de la choza. Los que ocupan la misma habitación sacan al aire todas sus posesiones y a veces las dejan afuera por varios días para que pase el *olor a muerte.* En Groenlandia los parientes del difunto sacan las prendas de vestir que usaban al momento de la defunción y los botan también.

Cuando se ha sacado todo, una mujer enciende una antorcha y la agita para que el espíritu vea que todos sus bienes han sido retirjados. Creen que así no tiene para que volver a la choza, puesto que no queda allí nada que le pertenezca (1).

Los maidu de California Central no solamente quemaban la propiedad de los muertos, sino que anualmente hacían un sacrificio ceremonial de ofrendas de toda clase, a los espíritus de sus antepasados (2). Los utes de Nuevo México quemaban el rancho y toda las posesiones del muerto (3).

Las mayas tenían una costumbre parecida; como también los navahos de Arizona antes que principiaron a construir casas de piedra. Ahora llevan a los moribundos afuera, para que no expiren dentro de la habitación. Una casa o choza donde muere un individuo se llama *chindi-hogan* (casa del demonio) y no puede habitarse después por temor a las ánimas (4).

Mooney dice que en una ocasión, pasando cerca de un campamento de los indios kiowa, vió a un padre lamentando la muerte de su hijo. Estaba sentado al lado del camino, desnudo con excepción de un taparrabo. La sangre corría de numerosos tajos que se había hecho en el cuerpo. No levantó la vista cuando pasaron los viajeros, sino siguió con sus plañideras. Se había destruido toda la propiedad del difunto. Agrega el autor que estos indios quemaban los carros, arneses, toldos, frazadas y otros bienes de los muertos y que sus caballos y perros fueron muertos sobre la tumba, para que los acompañaran, en la tierra de las ánimas. De esta manera destruían a veces, bienes de valor de muchos miles de pesos (5).

(1) Holm G.—Meddelelser om Grönland. Parte 10. p. 107.

(2) Dixon R. B.—The Northern Maidu. Boletin del American Museum of Natural History. Tomo XVII. Pt. 3. 1905.

(3) Ten Kate. H. F. C.—Reizen en Onderzoekingen in Noord-Amerika Leyden, 1885.

(4) Matthews W.—Navaho Legends. New York. 1897.

(5) Mooney James.—Calendar History of the Kiowa Indians. p. 363 XVII Report. Bureau of American Ethnology. 1895-6.

Entre los pimas, cuando moría un dueño de casa, su rancho se quemaba; excelente precaución higiénica; pero costumbre perjudicial al desarrollo de la arquitectura. Las otras estructuras al contorno de la habitación, se quemaban, o se amontonaban encima de la sepultura. Las posesiones personales del difunto eran destruídas de la misma manera y si dejaba animales domésticos, estos eran muertos y comidos por los vecinos; aunque los parientes cercanos se abstenían de participar en tal alimento. Si el marido poseía dos ponchos o frazadas, la viuda podría guardar uno. El nombre del difunto no se mencionaba más y se hacía todo lo posible para borrar su memoria de la mente de los sobrevivientes (1).

Cuando moría un mohave, se practicaban las mismas costumbres y matábanse algunos de sus caballos que servían para la fiesta fúnebre, pero los de su clan no podían participar en ella (2).

Oviedo describió algunas de las costumbres funerarias de los indios de las Antillas, que también eran comunes a las tribus caribes del norte de Tierra Firme (Venezuela y Colombia). Dejan traslucir vestigios de las mismas preocupaciones respecto de la propiedad de los muertos, pero un poco más desarrolladas. Ya no se destruían estos bienes. Las casas que habían ocupado los difuntos eran abandonadas por los parientes. Los objetos personales de los muertos tampoco eran destruídos sino repartidos entre los extraños que asistían a las ceremonias fúnebres, que suponían no estarían sujetos a las mismas consecuencias peligrosas como los de la misma sangre del extinto. Durante estas ceremonias los agraciados recitaban todos los hechos importantes de la vida del difunto, ensalzando sus cualidades, contando las batallas

(1) Russel Frank. The Pima Indians. 26 th. Annual Report of the Bureau of Ethnology. pp. 194-5. Washington, 1908.

(2) Bourke. Journal of American Folklore. Vol II. p. 184, citado por Russel.

en que había peleado, etc. Los cantos mortuorios se acompañaban con bailes llamados *areitos* (1).

En Sud América existían y aún existen las mismas supersticiones. El Padre Sánchez Labrador nos informa que entre los mbayas y caduveos, «retirado el cadáver del toldo, queman las esteras y lo que tienen del difunto; quiebran las ollas y cántaros y procuran apartar de sus ojos cuanto puede refrescarles la triste imagen de la muerte. Después, todos los del cacicato mudan a un sitio algo distante los toldos, temerosos de que la muerte los recorre todos, sino la dejan sola en descampado. Esta ceremonia no se practica si el difunto es niño, porque la muerte de estos no es comparable con la de los adultos» (2).

Los lenguas también destruyen los efectos personales y los animales del muerto, con la idea que los necesitará en la vida futura. Creen que en el caso contrario, el ánima del difunto frecuentaría la localidad con el objeto de dañar a los que se habían posesionado de su propiedad. Como los mbayas, cambian el lugar de sus aldeas. Sus habitaciones, que son simples ramadas, se queman (3). Estas costumbres se hacen extensivas a todas las tribus del Chaco y Boman dice que algunos de los indios de Bolivia y del valle de Calchaquí en el Noroeste argentino hacen otro tanto.

Entre los indios susques, todos los efectos de los difuntos se llevan al río, donde se reúnen todos los miembros de la familia para lavarlos. Para esta ceremonia se lleva una llama nueva o un corderito, de color negro. Se matan estos animales, punzándoles el corazón con un instrumento afilado. Después de dejar correr la sangre, la rotura de la piel se cose con cuidado. En seguida los animales son adornados con cintas negras y se amarra un cordel negro al cuello. So-

(1) Hernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo.—Historia General de las Indias.

(2) Padre José Sánchez Labrador.—El Paraguay Católico. Tomo II p. 48.—Buenos Aires. 1910.

(3) An unknown People.—Ob. cit. pp. 122, 162 y 169.

bre las espaldas del sacrificio se amarra por medio de otros cordelitos negros, pequeños sacos que contienen comestibles y *coca.* Este llamita se denomina *maletero del alma.* El lleva las provisiones del muerto para el viaje al otro mundo. El corderito sirve de alimento al fallecido. Los dos animalitos se entierran a más o menos doscientos metros de la cabaña del difunto. En Abrapampa practican la misma ceremonia.

En el valle Calchaquí también se usa la costumbre de lavar los efectos del muerto y se baña asimismo al esposo sobreviviente. Los indios susques guardan los efectos lavados para el uso de los herederos, pero los calchaquíes no se sirven de ellos por a lo menos un año y a veces los queman, como lo hacen también muchos de los indios bolivianos.

La costumbre de lavar los bienes del difunto es esencialmente peruana, como lo demuestra la descripción de esta ceremonia, inserta en las listas de las superticiones de los indios del Perú que dan el Padre Arriaga y el arzobispo de Lima, Don Pedro de Villa Gómez. «En algunos pueblos de los llanos, diez días después de la muerte del difunto, se junta todo el ayllo y parentela, y llevan al pariente más cercano a la fuente, o corriente del río, que tienen señalado y le cebullen tres veces y lavan a la ropa que era del difunto, y luego se hace una merienda, y el primer bocado que mascan lo echan fuera de la boca, y acabada la borrachera se vuelven a casa y barren el aposento del difunto, y echan la basura fuera, cantando los hechizeros, y esperan cantando, y bebiendo toda la noche siguiente al ánima del difunto, que dicen que ha de venir a comer y beber; y cuando están ya tomados del vino dicen que viene el ánima, y le ofrecen derramándole mucho vino, y a la mañana que ya está el ánima en Zamayhuaci, que quiere decir casa de descanso, y que no bolverá más» (1)

---

(1) Boman. Eric.—Antiquités de la région Andine de la République Argentine et du Désert d' Atacama. Tomo II, p. 519, 520. París 1908.

Entre los mapuches prevalece la misma superstición, pero el uso y el instinto de la economía ha modificado un poco la costumbre. Guevara dice: «No solamente el cuerpo es objeto tabuado, sino también los muebles y la ropa que han recibido su contacto material, participan de su virtud nociva. Ningún mapuche se atreve a usar las prendas sobrantes de un muerto. Suele venderlas en otras reducciones apartadas de la suya (1).

Relacionada con el temor de habitar las casas, chozas o toldos en que había muerto alguna persona, encontramos otra costumbre, bastante repartida; que si no supiéramos su origen y motivos, encontraríamos especialmente bárbara; la de retirar a los moribundos de las viviendas para dejarlos morir afuera. Esto se hace para que no queden contaminadas las habitaciones, lo que les obligaría a destruirlas.

Hemos visto que esta costumbre obtiene entre los apaches o navahos.

Los indios de Puerto Rico, según Herrera, frecuentemente sacaban a los enfermos de sus casas, si creían que no había esperanza de que sanasen. Los esquimales hacen la misma cosa. Turner dice que cuando se acerca la muerte, los parientes más próximos sacan a los moribundos hasta el exterior de las casas para impedir que la muerte penetre en ellas (2). Boas dice la misma cosa de ellos; pero agrega que entre las tribus centrales, hacen una pequeña choza en la cual se abandona al enfermo, con una pequeña cantidad de provisiones; pero sin acompañantes. Mientras no hay temor de una muerte inmediata puede ser que los parientes y amigos le visiten, pero cuando ven que la muerte se aproxima le abandonan a su suerte. Si sucede que una persona muere en una habitación ocupada por otras, todo lo que hay adentro debe ser des-

(1) Guevara Tomás.—Psicología del Pueblo Araucano, p. 266. Santiago, 1908.

(2) Turner Lucien M.—Ethnology of the Ungava District, Hudson Bay Territory. XI. Report. Bureau of American Ethnology, p. 191. Washington. 1890.

truído o arrojado; aun las herramientas no pueden usarse más (1).

Que no son nuevas estas supersticiones entre los esquimales lo aprendemos de Ellis, quien en 1746 observó costumbres semejantes.

Dice en la relación de su viaje, que los esquimales de la Bahía de Hudson lo miraban como una obligación social, estrangular a sus parientes ancianos, que ya no podían mantenerse.

«El viejo, después de haber visto abrir la fosa que le iba a servir de tumba, bajaba a ella voluntariamente, y fumaba por última vez su pipa, declarándose luego listo para morir. Dos hombres vigorosos le torcían una soga al cuello y tiraban de los extremos en direcciones opuestas, hasta que se extinguía la vida. Se cubría el cadáver con un poco de tierra y se elevaba un montoncito de piedras encima de la tumba (2).

Los caribes de las costas del golfo de México y Mar Caribeo, cuando consideraban que una persona estaba próxima a su fin, la llevaban a los bosques y la dejaban en una hamaca suspendida de los árboles. En seguida se ponían a bailar a su rededor hasta la tarde y, dejándola suficientes provisiones y agua para alimentarse por cuatro días, se volvían a sus casas. Si se restablecía y tornaba a la población le recibían con grandes ceremonias de júbilo, pero si moría por efecto de su enfermedad o por hambre, nadie se acordaba más de él (3).

Los lenguas (como casi todas las tribus del Chaco) cuando les parece inminente la muerte, sacan al moribundo de la agrupación, y le tienden en el suelo a alguna distancia,

---

(1) Boas. Dr. Franz.—The Central Eskimo. VI. Annual Report. Bureau of Ethnology p. 612. Washington, 1888.

(2) Ellis, Henry.—Voyage to Hudson's Bay. London, 1748.

(3) Irving, Washington.—Viajes y Descubrimientos de los compañeros de Colón. Nueva York, 1860.

cubriéndole con una estera, aun cuando esté completamente conciente.

No toman en cuenta la comodidad del enfermo en este momento; se le puede quemar el sol de medio día, para aumentar sus sufrimientos; o pueden estar cayendo lluvias tropicales; o quizás le hiela el viento frío del invierno, pero esto no les importa. Cerca de él se hacen los preparativos para el entierro. El los ve y oye la discusión sobre la manera de disponer del cadáver. Se puede imaginar cuáles serán los sentimientos del pobre abandonado. Nadie le compadece, n le hacen caso. A menudo sufre las agonías de la sed; pero a nadie se le ocurre darle de beber.

Los que han sido nombrados para hacerle el entierro, esperan hasta media hora antes de la puesta del sol—salvo que el enfermo haya muerto antes— y entónces muerto o vivo; si no hay esperanza que dure hasta el día siguiente; se principia el entierro, que debe terminarse antes del oscurecer (1).

El doctor Chervin cuenta lo mismo de los Tobas y agrega que los moribundos son a menudo ultimados a golpes de macana, o sepultados vivos. Si es mujer con niño de pecho, éste se entierra vivo junto con su madre (2).

Los mundurucus lo consideran un acto de cariño matar a los individuos enfermos que tienen poca esperanza de mejorarse y los hijos matan a sus padres cuando estos no pueden gozar más de la caza, los bailes y las fiestas (3).

Los puelches de las pampas de Patagonia «sacan a los enfermos moribundos de la habitación para que no la contaminen; si alguno muere en ella todos la desamparan como

(1) An Unknown People.—Ob. cit. p. 161

(2) Chervin. Dr. Arthur.—Anthropologie Bolivienne. Tomo I, p. 139 Paris 1908.

(3) Chandless W.—Notes on the Tapajos, Purus, and Aquiry. Journal of the Royal Geographical Society. London, 1863 y 1868

apestada por el *chahuelli* (espíritu maligno) que entró en ella (1).

Los araucanos, pehuenches y patagones guardaban las mismas supersticiones y costumbres, como lo hacían igualmente los fueguinos quienes estrangulaban a los gravemente enfermos (2).

Entre muchas de aquellas tribus que no destruían las habitaciones en que había sucedido una muerte, existía una costumbre supersticiosa de tratar de engañar al espíritu. Creían que el ánima sólo podía volver a su antigua residencia por el mismo camino donde había salido el cadáver. Para evitar esto, eran diversas las medidas tomadas, algunas de ellas bastante curiosas. Una de las más generales era de abrir un boquete en uno de los muros, o de cortar un paso en los cueros que formaban los toldos. Después del entierro estos egresos eran cuidadosamente remendados, de modo que cuando llegaba el ánima buscando el camino por donde había salido se hallaba sin entrada.

Los esquimales sacaban los muertos por la ventana si era casa y por una abertura cortada en los cueros si era una tienda (3) donde habían fenecido; o a veces por el portillo dejado en el techo para el paso del humo, pero jamás por la puerta (4). Los indios tlinglit de Alaska removían los muertos por un portillo que abrían en la parte posterior de sus casas, desclavando una tabla, que tan luego como habían pasado era remachado de nuevo (5). Los navahos, que ahora

---

(1) Fonck, Francisco.—Viajes de Fray Francisco Menéndez a Nahuelhuapi, p. 62. Valparaiso, 1900.

(2) Bridges, Rev. Thomas.—Los fueguinos. Conferencia dada en Buenos Aires el 18 de Agosto de 1886 y publicada en el «Ferrocarril» de Santiago el 4 de Septiembre del mismo año.

Coazzi Antonio.—Ob. cit. Revista de la Soc. Chilena de Hist. y Geog.

(3) Nansen, Fridtjof.—Eskimo Life, p. 245, London, 1893.

(4) Nelson, E. W.—The Eskimo about Behring Strait, p. 311. XVIII Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1899.

(5) Swanton J. R.—Social condition, beliefs and linguistic relationship

construyen casas de piedra, sacan los muertos por las ventanas, que no se vuelven a abrir por un año.

Son numerosas las tribus que lo consideran una contamil nación tocar los muertos o sus posesiones y las personas obligadas a efectuar los entierros tienen que pasar por ceremonias de purificación y cierto sistema de *tabú* o prohibiciones.

La interdicción de ciertos alimentos o trabajos a los que han tenido que tocar los muertos es muy común entre los pueblos primitivos, no sólo en América sino en todas partes del mundo.

Entre los kutchines, las personas que han preparado el cadáver para su entierro y han efectuado la sepultación se someten a un baño de vapor y no pueden comer carne por cuatro días. Las mismas personas, entre los esquimales se consideran contaminados por algún tiempo y tienen que privarse de ciertos alimentos. El día en que muere una persona, a nadie en la agrupación se le permite trabajar y los parientes del difunto tienen que abstenerse del trabajo durante los tres días subsiguientes. Es especialmente prohibido durante este tiempo el uso de instrumentos cortantes o punzantes, por temor de herir o lastimar al ánima, que puede estar presente a cualquier momento, y si fuera lastimada accidentalmente pudiera enojarse y traer enfermedades o la muerte a los presentes. Tampoco deben meter ruidos repentinos o discordantes que pudiesen molestar las ánimas. Por la mañana del tercer día, antes de desayunar todos los de la agrupación, hombres, mujeres y niños se bañan en orines, que creen los purifica de cualquier efecto nocivo que puede derivarse de la proximidad del espíritu, y al mismo tiempo les endurece la carne, dejándola a prueba de futuras influencias del ánima (1).

---

of the Tlinglit Indians, p. 430. XXVI. Annual Report of the Bureau of American Ethnology. Washington, 1900.

(1) The Eskimo about. Bering strait. Ob. cit. págs. 311 y sig.

Los zuñi, los sia y otras tribus de Nuevo México y Arizona lavan el cadáver ántes de enterrarlo. Si la persona que muere es casada, el marido o la mujer que sobrevive es tambien bañado por una mujer del clan del muerto. Cuando muere un niño, ambos padres son bañados, pero no se bañan a los niños si mueren los padres (1).

Las ceremonias de purificación y los *tabus* impuestos a los parientes de los muertos por los lenguas son curiosos.

Cuando los encargados del entierro vuelven después de cumplida su tarea, beben una cantidad de agua caliente y se lavan de pie a cabeza. En seguida se encienden algunos trozos de *palo santo* que son llevados al rededor de la aldea. Se cava un hoyo para recibir las cenizas de todos los fuegos, las que son cuidadosamente recogidas y sepultadas. La razón de esta curiosa costumbre es la siguiente. Se supone que las ánimas de los muertos vuelven frecuentemente a la aldea donde murieron. Estas visitas tienen lugar invariablemente un poco antes del amanecer. El ánima siente frío y si encuentra un fuego trata de resuscitar el rescoldo. Si está completamente apagado se enoja y desparrama las cenizas y si algún indio incauto las pisa después,se expone a muchas calamidades. Para evitar esto entierran todas las cenizas cuando ha sucedido una muerte y trasladan los toldos a otra parte.

Los parientes cercanos entran a la nueva aldea muy arropados y viven aparte por un mes, comiendo solos y jamás participan de la olla común. Son mirados como contaminados hasta que termina el período del duelo, cuando son purificados con agua caliente. Solo entonces se hace la fiesta fúnebre. Después de otros ritos son permitidos participar de nuevo en la vida comunal(2). Estas costumbres son seguidas sobre poco más o menos por todas las tribus del Chaco.

(1) Stevenson, Matilda Coxe. The Sia. XI Annual Report of the Bureau of Ethnology, Wáshington, 1894.

(2) An Unknown People, Ob. cit., p. 168.

Boman menciona que los indios de la Puna de Atacama se bañan y también lavan los efectos de los difuntos, después de un entierro (1).

Los vuntakutchines de Alaska, después de haber estado ocupados en la cremación o sepultura de un muerto, no comen carne por un año, porque creen que si lo hicieran ellos tambien morirían (2).

Los guaicurus abstienen de comer pescado, carne de ciervo y ciertos otros alimentos durante los dos o más meses que dura el duelo (3).

A veces la purificación se extiende hasta el cadáver. Algunas tribus de los indios kalish de Colombia Británica, lavan el muerto, o lo bañan, arreglando el pelo y pintandole la cara en seguida. Empolvan la cabeza del difunto con el plumón o flor de la totora o junquillo, que consideran potente contra las influencias malignas que generalmente acompañan la asociación con los muertos (4). Los deudos tambien se bañaban después del entierro (5).

Es curioso ver el recelo con que los pueblos primitivos se guardan de pronunciar los nombres de los muertos. Algunas veces esta prescripción sólo dura por un período determinado; pero con frecuencia es perpetua.

Algunas tribus aun cambiaban ciertas palabras de su vocabulario, cuando, como era común, el nombre del muerto se derivaba de algún objeto o animal familiar. Entre los

---

(1) Antiquités de la Région Andine. ob. cit. p. 520. Tomo II.

(2) Schmitter. Smithsonian Miscellaneous Collections. Vol. LVI. n.º 4, 1910.

(3) El Paraguay Católico. Tomo II, p. 49, Ob. cit.

(4) Hill Tout. Charles. Report on the Ethnology of the Stlatlumh of Britich Columbia. Journal of the Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Vol. XXXV. Tomo I, pp. 126 y sig. London, 1905.

(5) Hill Tout. Charles. Etnnological report on the Stseelis and Skaulits tribes. Journal of the Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Vol. XXXIV. Tomo II, pp. 311 y sig. London, 1904.

kiowas la muerte de un individuo obligaba a todos los demás miembros de la familia a cambiar sus nombres, mientras todos los términos de la lengua que recordaban el nombre del difunto eran suprimidos durante un período de años (1).

Entre los esquimales, según Holm, el temor de mencionar el nombre del difunto es tan grande que cuando hay en la misma agrupación dos o más personas que llevan el mismo nombre, los sobrevivientes cambian los suyos, y cuando se han derivado de algún animal, objeto o idea abstracta la palabra que lo designa también se cambia.

De este modo la lengua es, sujeta a constantes cambios, porque los nuevos términos son aceptados por la tribu entera (2).

La misma costumbre se encuentra muy repartida entre los indios de Norte América, del Chaco y de la Patagonia.

Entre los indios, el nombre juega un gran papel. Es considerado como una posesión personal, una parte de la individualidad de la persona y como tal no debe ser usado indebidamente por personas extrañas. Hemos visto que algunas tribus creen que el cuerpo posee dos o mas ánimas y el nombre es casi siempre una de ellas o de alguna manera íntimamente ligado con ellas.

Los nombres, mirados como propiedad intrínseca, podrían ser empeñados, prestados, regalados, o abandonados; por otra parte podrían ser adoptados por otros sin el consentimiento del dueño y ser maltratados o ultrajados por venganza.

Por todas partes, la posesión del nombre se guardaba con mucho celo y era considerado poco cortés y aún insultante el llamar a un individuo por su nombre. Muchos indios temen pronunciar su propio nombre, y cuando alguien se lo

(1) Handbook of American Indians. (Art. Names y Naming). Tomo II 17. Smithsonian publications Buletin 30. 1910.

(2) Meddelelser om Grönland. Ob. cit., p. 111.

pregunta, se niegan a darlo o ruegan a otra persona que lo repita (1).

Los maidu, los esquimales, los araucanos y muchos otros pueblos tenían esta costumbre.

Smith, describiendo las costumbres de los araucanos relata lo siguiente: «La repulsión de dejarse retratar es universal entre este pueblo; porque como son muy supersticiosos y creen en la magia, temen que el que posee el retrato puede dañar o destruir a la persona representada. El mismo temor supersticioso se nota también en cuanto a sus nombres y pocos son los indios que le dirán como se llaman, por miedo de que, sabiéndolo, uno puede adquirir algun poder sobrenatural que redundaría en su contra. Un día pregunté su nombre a nuestro compañero indio y me contestó:—No tengo. Creyendo que no me había comprendido, le volví a preguntar, y dijo:—No sé.

Yo pensé que mi mapuche no era intelegible; pero Sánchez me dijo después que había hecho bien la pregunta y me explicó la causa por que no me había querido contestar el indio» (2).

Los stseelis, tribus de la Colombia Británica tienen tres términos distintos que emplean cuando hablan de los muertos:

Te smesteuqsetl. = La gente del otro mundo.
Sela-anita. = El finado.
Te spolakuetsa. = Espíritu, ánima, o aparición del muerto.

No hablan nunca de una persona que ha fallecido, llamándola por su nombre (3).

Esta reticencia por parte de los indios, parece deberse da parte, al hecho de que, a cada hombre como también a cane

(1) Names and aming, Ob. cit., p. 17.
(2) Smith, Edmond Reuel. The Araucanians, p. 223, New York, 1855.
(3) Ethnological Report on the Stseelis, Ob. cit., p. 321.

objeto se le supone tener un nombre propio que expresa también su naturaleza íntima, que llega a identificarse con ella y asume en sus ojos un carácter sagrado. Creen que una vez conocido el nombre, se conocen también las cualidades intrínsecas, y que este conocimiento puede usarse en su detrimento.

Por lo tanto, un individuo puede perder su principal fuerza si se divulga su nombre. Siguiendo esta idea, imaginan que los muertos tampoco quieren que se les nombre, porque al hacerlo se pudiera estorbar su tranquilidad y así provocar su mala voluntad.

Se cree también que hay una afinidad espiritual entre dos personas del mismo nombre y que las características de un muerto se transmiten a la persona que ha recibido su nombre como recuerdo, quien además, se encuentra en el caso de desafiar las influencias que han causado la muerte de su tocayo. Si éste ha muerto ahogado, el que ha recibido su nombre se encuentra especialmente expuesto a los peligros del mar, lagos o los ríos; pero no debe temerlos.

Otra curiosa superstición común a muchos pueblos, no sólo en América, sino en todas partes del mundo, es la creencia en la imposibilidad de las ánimas de cruzar el agua.

La Flesche, hijo de un cacique omaha, quien se ha dedicado a la conservación del folklore de su tribu, dice que las ánimas no pudieron cruzar un arroyo. Si una persona fuera perseguida por un ánima, corría hacia el arroyo más cercano, lo vadeaba o lo saltaba y así quedaba en salvo. Por pequeño que fuera, formaba una barrera impasable para su perseguidor (1).

Es probable que esta idea ha sido la causa porque tantos pueblos han colocado su *tierra de los muertos* al otro lado del mar o de un río, para pasar el cual las ánimas tienen que

(1) Fletcher, Alice C. y La Flesche, Francis.—The Omaha Tribe, p. 591. XXVII Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington, 1911.

valerse de la ayuda de brujas o demonios y de donde no pueden volver.

Leyenda de esta naturaleza fué la del río Estigia y el botero Caronte y se encuentran otras semejantes entre muchos pueblos.

Los chibchas creían que el país de las sombras, hallábase en el centro de la tierra y que los muertos, sombras livianas, llegaban a él después de cruzar un ancho río en un esquife hecho de tela de araña, insecto que tenían por sagrado (1).

Entre los araucanos existían numerosas leyendas al efecto. Rosales dice que era tradición, que tan luego como quedaba sepultado el cadáver, el ánima se encaminaba hasta la orilla del mar, donde una vieja llamada *trempilcahue* (transportadora de almas) convertida en ballena, la conducía al otro lado, donde había que pagar un tributo a otra vieja, quien en caso contrario se le arrancaba un ojo (2).

Casi todos los indios de las praderas de Norte América, creen que el país de los espíritus se encuentra al oeste y que para llegar a él es preciso cruzar un gran río en canoa (3).

Las supersticiones corrientes respecto de las ánimas son tan numerosas que sería tarea interminable tratar de exponerlas todas. Indicaremos algunas solamente que tienen relación directa con las costumbres funerarias. Los tetones (sioux) creen que el ánima o sombra es íntimamente ligada con el cabello. Cortan un mechón de la frente del difunto el que es guardado por los parientes más cercanos, y se supone que el ánima retiene su lugar en el círculo familiar hasta que el mechón o cadejo se sepulta. Tusan la cola y crin del caballo del muerto, y no se les permite crecer hasta que el cabello del extinto haya sido enterrado y que el ánima parta a su nueva morada (4).

(1) Geografía de Colombia, por Elisée Reclus, traducido al español por F. J. Vergara y Velasco. 1903.

(2) Rosales, Padre Diego de.—Historia General del Reino de Chile, 3 tomos. Valparaíso, 1877.

(3) Handbook of American Indians.—Art. Soul, p. 608.

(4) A Study of Siouan Cults.—Ob. cit. pp. 484-487.

Los asinniboines creen que las ánimas de los malvados y de los cobardes se encierran en una isla de donde no pueden escapar. Los cadáveres de los valientes no son depositados en los troncos de los árboles como sucede con la generalidad, sino en el suelo, porque se cree que son capaces de defenderse de todo peligro (1).

Los tetones dan tres razones para no sepultar sus muertos en el suelo: 1) los animales o personas pueden andar por encima de las sepulturas; 2) los muertos tendrían que yacer en el agua y barro después de una lluvia o nevazca; 3) los lobos podrían desenterrar y devorar los cadáveres (2).

Los dakotas creen que las ánimas de los que no han sido tatuados no pueden llegar al país de los muertos. Una vieja está apostada en el camino y examina cada ánima que pasa. Si no puede hallar las marcas del tatuaje en la frente, puños o barba, el ánima infeliz es arrojada de un alto peñón o de alguna nube y cae otra vez a la tierra. No pueden andar el camino de nuevo y permanecen vagando en este mundo, sin tener ninguna morada fija (3).

Las ideas de los esquimales respecto de las ánimas son más extrañas aún, pero son compartidas en parte por muchas tribus indias. El alma o ánima es independiente y puede abandonar el cuerpo por un tiempo largo o corto. Así lo hace todas las noches en sueños. Puede perderse o se la pueden robar por medio de brujerías. En este caso se enferma el individuo y tiene que ocupar al *angekok* (brujo) de su tribu para que la busque. Si por casualidad se le ha pasado alguna desgracia el individuo muere sin remedio.

Sin embargo, el angekok tenía el poder de proveer una ánima nueva, o de cambiar una enferma por otra sana, que obtenía de algún animal o de un niño recién nacido. Pero la cosa más curiosa era que no sólo pudo perderse el alma

---

(1) A Study of Siouan Cults, p. 487.

(2) A Study of Siouan Cults, p. 485.

(3) A Study of Siouan Cults, p. 485.

entera, sino que podían extraviarse pedazos de ella; en ese caso el angekok se llamaba para ponerle parches o remendarla (1).

Los pimas creen que el alma se la lleva al otro mundo una lechuza; por eso consideran que el grito de ese ave es un anuncio de la muerte (2).

Los ottowas del Canadá creen que el fundador mítico de una de sus tribus impuso a sus miembros la obligación de incinerar los cadáveres y de esparcir las cenizas por los aires. Si dejaban de cumplir este mandamiento, la nieve cubriría la tierra continuamente y los lagos permanecerían congelados (3).

Los calchaquíes dejaban al muerto con los ojos abiertos para que pudiera ver bien el camino al país adonde decían era llevado a gozar en abundancia de lo que acá apetecía (4).

Los aimaráes sepultan con los cadáveres de los niños una pequeña escoba de ramas, en la creencia que, como demoran varios días en el camino a la gloria, se necesitarán de una escoba para barrerlo en las partes más ásperas (5).

El mismo pueblo cree que cuando se estorban los restos de los muertos sigue una sequía. Si llueve demasiado exponen al aire una calavera sacada de las chullpas o sepulturas (6).

Cuando la Expedición Científica dirigida por los señores Sénéchal de la Grange y de Crequi Montfort hacían excava-

---

(1) Eskimo life.— Ob. cit. p. 228.

(2) Hodge, F. W.—The Pima indians—Bureau of American Ethnology Boletin N.º 30, p. 252. Washington, 1910.

(3) Relations des jésuites. Quebec, 1858.

(4) Lozano.—Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Tomo I, p. 429. Ed. Lamas.

(5) Bandalier, Adolph F.—The Islands of Titicaca and Koati, p. 85, Nueva York, 1910.

(6) Bandalier Adolph F.—The Islands of Titicaca and Koati, p. 118 y nota, Nueva York, 1910.

ciones en Tiahuanaco, los indios imputaron a esta causa la gran sequedad de la estación (1).

Una superstición común en relación con los espíritus de los niños es que solos no podrían hallar el camino al otro mundo. Como consecuencia, algunas tribus, a la muerte de un niño de tiernos años, matan un perro para que el espíritu de éste le conduzca por el sendero que debía seguir.

Egede (2) cita esta costumbre entre los esquimales y Cranz (3) la confirma.

Los aztecas mataban un perro en las ceremonios fúnebres y lo incineraban o lo enterraban junto con el difunto.

Su oficio era de conducir el ánima del muerto a través de las aguas profundas de Chiuhnahuapan en el camino a la tierra de los muertos (4).

Los tlinglits también mataban un perro para que su espíritu acompañase al muerto, para espantar los animales que pudieran encontrar en el camino (5).

Joyce dice que en algunas partes los muertos fueron escoltados al otro mundo por perros negros y que se criaban grandes números de estos animales con el fin exclusivo de sacrificarlos en los funerales (6).

Los esquimales, las tribus del Chaco y otras creían que los espíritus dormían durante el día, porque tenían miedo de la luz del sol, en la cual se hacían visibles; idea que se debe probablemente al hecho de que las sombras y las reflexiones solo se pueden ver en la luz.

Los tlinglits daban como motivo de la costumbre de cremación que prevalecía entre ellos, que si no se quemaba el cadáver, el espíritu no podría acercarse al fuego en la *casa*

(1) Anthropologie Bolivienne, Ob. cit., p. 203.

(2) Egede, Paul.—Efterretninger om Grönland, p. 109.

(3) Cranz.—Historie von Grönland, p. 301.

(4) Tylor. Prof. E. B.—Primitive Culture II, p. 472. London, 1873.

(5) Tlinglit Indians, Ob. cit., p. 430.

(6) Joyce, Thomas A.—South American Archaeology. p. 144, London 1912.

de las ánimas, y tendría que permanecer allí, tiritando de frío. A veces no se incineraba el cadáver de un hombre muy valiente porque se creía que no le gustaría quedarse cerca del fuego como la gente débil (1). Sus ideas respecto de la cosmología y los espíritus de los muertos son muy relacionadas. Como es general entre los pueblos primitivos, conciben que la tierra es plana y que el cielo es una bóveda sólida. Dentro de estos y especialmente en el espacio encerrado entre los dos, habitan innumerables huestes de espíritus, llamados *yek*. Las estrellas son casas o pueblos, la luz es el reflejo del mar. El sol y la luna son los hogares de las ánimas. El arco iris es el camino por donde pasan los espíritus de los muertos en su viaje a la otra tierra.

El ánima de una persona viva se llama *wasatu-wati*=lo que siente. Cuando un individuo queda sin sentido se le considera muerto. La otra ánima, la que sobrevive al cuerpo se llama *gayahayi*=sombra, y también significa retrato. La tierra de los muertos la pintan como un lugar de felicidad, ubicado en el sol, la luna y las estrellas. Pero el muerto no llega allí en una jornada, porque hay varias regiones intermedias. Una de ellas se llama *casa del descanso*. Aquí van todos los que mueren por violencia. Sólo se puede llegar a esta región por un portillo en las nubes, pasando por una escalera. Los que mueren sin ser vengados no pueden subir la escalera, y quedan en las nubes, arrastrados por los vientos.

Debajo de la tierra existe otra región donde van los que mueren ahogados, y cualquier alimento mandado a ellos por los deudos se echa al mar.

Los tlinglits dicen que han aprendido todo lo concerniente a estos lugares, de personas que han resucitado y que se les han contado. Aquí vemos las influencias de los sueños, o de los ataques epilépticos. Una de sus leyendas dice que murió cierta persona y hallando tan difícil el camino a la otra tierra, volvió sin terminar su viaje. Dijo que por no tener cal-

(1) Tlinglit Indians, Ob. cit., p. 430.

zado no pudo andar y por no tener guantes se laceraban las manos. Dijo que era preciso cantar para alegrar el camino para los viajeros y que se debía llevar armas para protegerse contra los osos y lobos que acechaban las ánimas. Insinuó que como había muchas casas allí y tanta gente, era necesario ir bien vestido, peinado y pintado si no querían pasar vergüenza. Les advirtió que cuando chisporrotea el fuego es porque los espíritus están hambrientos. Entonces es preciso echar bayas, grasa u otros alimentos al fuego para que estos puedan comer.

En vista de estas noticias, ahora entierran los muertos con sus mejores ropas, les ponen calzado y guantes, y colocan un cuchillo en la mano para que puedan defenderse de las fieras. Creen que en el primer paradero se reúnen todos los espíritus para dar la bienvenida al recién muerto y para participar de los comestibles que lleva; por eso entierran con los muertos, buenas cantidades de provisiones.

Creen que cuando una persona muere con una herida o cicatriz en el cuerpo, al reencarnarse su espíritu, lo que a veces sucedía, la misma marca se encontraría en el cuerpo del recién nacido.

Suponen que los moribundos pueden ver las ánimas de sus antepasados o deudos que han muerto, que en esa ocasión llenan la habitación (1).

Los zuñis dicen que siempre sepultaban sus muertos. Insisten que en caso de incinerar los cadáveres no habría lluvia, porque sus muertos son los *u'wannami* (productores de lluvia). Creen que la cremación aniquila el ser y que desaparece el espíritu. Las criaturas que se sepultan sin haberse perforado las orejas no pueden ayudar en la tarea de hacer llover y tienen que llevar canastos llenos de sapos los que dejan caer al suelo cuando están trabajando los *u'wannami*. En vez de aros llevan sapos en las orejas (2).

---

(1) The Tlinglit Indians. Ob. cit. pgs. 451 y siguientes.

(2) The Zuñi Indians. Ob. cit. p. 305.

Los omahas mantenían un buen fuego al lado de la sepultura por cuatro noches después del entierro, para que ilumine el camino de los muertos (1).

Los sioux y los assinneboines también practicaban esta costumbre. Los patagones cada vez que querían comunicarse con los muertos, encendían un fuego nuevo. En todos estos casos era preciso producir la llama por medio de un pedernal o pedazo de pirita. No se podía emplear fuego obtenido por medios usuales sin exponerse a graves peligros.

El espacio no nos permite prolongar estas citas, pero basta con las que hemos presentado, para demostrar que las principales preocupaciones de los indios, en su relación con la vida psíquica, provenían de sus creencias animísticas y el estudio de los medios de hacer inofensivos los poderes sobrenaturales de los espíritus.

(1) The Omaha tribe. Ob. cit. p. 592.



CAPITULO IV

DISPOSICION DE LOS MUERTOS

Diferentes maneras adoptadas. — Inhumación. — Ataúdes.— Canastos.— Canoas.— Cajones.— Urnas.— Cadáveres expuestos en catafalcos.— Restos humanos guardados por los deudos.—Descarne de los huesos. —Huesos pintados.—Cremación.—Desecación del cadáver.—Restos humanos sin cráneo.—Cráneos guardados como trofeos.—Cráneos de deudos, objetos de culto.—Antropofagía.—Costumbres horripilantes de los indios de Colombia.—Canibalismo de los araucanos.

Son muy variadas las maneras de disponer de los muertos entre los diferentes pueblos. Algunos abandonan simplemente los cadáveres, otros los sepultan, y otros aun los queman. Existen tribus que guardan los despojos mortales de sus deudos en sus habitaciones y los llevan consigo cuando migran a otra parte, y no faltan, como hemos visto, las que los devoran.

La costumbre más primitiva y la que parece haber sido casi universal en las primeras épocas culturales de los pueblos, era la de abandonar los muertos en el punto donde caían.

Esto lo hacían también con los enfermos cuando no podian caminar mas.

Después de la domesticación del perro, los cadáveres fueron a menudo devorados por este animal, sin que esto repugnara a los sobrevivientes; acostumbrados como estaban a considerar al hombre cuando moría como pasto para las fieras y las aves de rapiña. Después, cuando nació la idea de un espíritu como entidad independiente del cuerpo, y éste llegó a considerarse como solo la morada de aquél, se tomaron las medidas para proteger y aun para conservar el cadáver. Muchos fueron los sistemas adoptados, y variadas las razones que deducían las distintas tribus a favor de sus costumbres particulares. Sin embargo, la inhumación o sepultación de los cadáveres siempre ha sido el método más empleado, aun cuando los detalles de las ceremonias que acompañan el entierro han sido muy distintas entre los diversos pueblos, y a veces entre los diferentes grupos de un mismo pueblo.

La forma más simple de inhumación, era de cavar una fosa poco profunda y de echar el cuerpo, vestido o desnudo en ella, sin mayores ceremonias, tapándolo en seguida con la tierra que antes se había sacado. Los esquimales de Groenlandia y de Labrador hasta fines del siglo XVIII no habían avanzado mas allá en sus sepulturas. En la misma época los indios seris de California todavia no sepultaban sus muertos y solo echaban unas ramas encimas del cadáver cuando moría un individuo en la vecindad de sus chozas.

Algunas tribus como los patagones, los araucanos, las tribus pescadoras de Costa Rica, los esquimales de Baffin Bay, los charrúas de las pampas argentinas y otras levantaban un montón de piedras (*cairn*) sobre la sepultura, o bien directamente sobre el cadáver, sin hacer previamente una excavación.

Otras veces las sepulturas eran mas pretenciosas y como aquellas de las tribus costinas del antiguo Perú eran excavadas en forma de pozo profundo, que frecuentemente se forraba de piedras, de cañas, de troncos de madera y en al-

gunos casos, de adobes. Muchas de ellas eran abovedadas, o tenían una división en forma de techo para impedir que la tierra pesara directamente sobre el cadáver. Las sepulturas abovedadas eran muy comunes entre los diaguitas, los quechuas i los aimaraes; como también entre los constructores de los *mounds* y algunas tribus de los indios pueblos. Se obtiene una muy buena idea de la forma y disposición de esta clase de sepultura por los grabados del trabajo del profesor Max Uhle sobre los conchales de Ancón, Perú (1).

Algunas de las sepulturas se hacian con mayor cuidado. Las excavaciones se forraban de lajas de piedra de tamaño mas o ménos grande, generalmente bien ajustadas, y que formaban una especie de cajón o *cista*. Una vez depositado en ellas los cadáveres se tapaban cuidadosamente con otras lajas y se las cubrían de tierra. Cistas de esta clase se han encontrado en la Araucanía, pero es muy probable que pertenecían a un pueblo anterior a los actuales araucanos.

En casi todas partes se enterraba el cadáver sin ataud.

La costumbre más generalizada era de envolver al difunto en sus prendas de vestir, frazadas, mantas, ponchos, esteras, cueros, etc., con frecuencia fajarle bien con cordeles, sogas o correas y echarlo así a la tumba. En esta condición hallamos las momias del Perú, las del Desierto de Atacama y las del noroeste de la Argentina. Los restos hallados en las antiguas tumbas i las observaciones de viajeros durante los últimos tres siglos, nos demuestran que esta costumbre era general en toda la América.

Sin embargo, o por el desarrollo de sus ideas propias o por su contacto con pueblos más civilizados, algunas tribus habían comenzado a usar ataudes u otros depositorios en que encerraban los muertos antes de enterrarlos.

Gomara nos cuenta que los bogotás encerraban sus reyes en ataudes de oro (2); pero la única prueba auténtica que

1 Max Uhle. *Die Muschelhügel von Ancon, Perú*, Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists. London.

(2) Gomara, Francisco Lopez de.—Historia General de las Indias.

tenemos de esta costumbre es el hallazgo de una urna de oro engastada de esmeraldas, que contenía los huesos de un cacique. Esta urna pesaba 14 kilógramos y valía 1,700 libras esterlinas sin contar las joyas que contenía. Fué hallada por los españoles en un palacio de Tunja. Gomara nos advierte que urnas funerarias de oro y de plata también se usaban en el Perú para la sepultación de los restos de los magnates; pero no tenemos mayores noticias de la costumbre.

Cronau dice que cuando moría el monarca de Bogotá, su cadáver era embalsamado y encerrado después en un ataud de madera de palma, enchapado de oro (1).

Nezahualpilli, uno de los príncipes de los Aztecas, cuando murió, fué incinerado y sus cenizas depositadas en una urna de oro (2).

Indudablementé la madera ha sido el material más empleado en toda época para la fabricación de cajas mortuorias o ataudes; pero no ha sido el único.

Los atures del Orinoco a veces depositaban sus muertos en canastos hechos de hojas de palma. Gumilla dice que varias de las tribus caribes, como los guaranos o warraus, conservaban los huesos de los muertos en canastos decorados; costumbre que se extendió a casi todas los isleños de las Antillas (3).

En Ancon, Uhle encontró cadáveres cubiertos de canastos, para protejerlos de la tierra, (4) costumbre también hallada en Utah. Los indios takulli de Colombia Británica conservaban los restos de sus muertos en canastos. Las viudas de esta tribu fueron obligadas a cuidar por el espacio de tres

---

Historiadores primitivos de las Indias. Tomo I., p. 202. Edición Vedin. Madrid 1884.

(1) Cronau, Rodolfo. América, Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos. Tomo III p. 71. Barcelona 1892.

(2) Prescott, *The conquest of Méjico.* Cap. VI. nota,

(3) Gumilla, Padre José. *El Orinoco.* Madrid 1745.

(4) Uhle, Max ob. cit. p. 32.

años, los canastos que contenían las cenizas de sus maridos difuntos y llevarlas consigo cuando salían. Durante este tiempo no podían volverse a casar. Debido a esta costumbre a tribu recibió el nombre de *cargadores* (1).

Aquellos pueblos que ocupaban el litoral o las orillas de los ríos navegables y se dedicaban a la navegación, con frecuencia usaban sus canoas o piraguas como ataudes. Podían ser un tronco de árbol ahuecado, como entre los araucanos (que tienen el mismo nombre para canoa y ataúd); de corteza de árboles, usada por los fueguinos y las tribus indias del Canadá y la Colombia Británica; de cuero como las balsas de los changos; o de tablones, como lo fueron las *dalcas* de los chilotes.

Los más antiguos ataúdes de los araucanos eran las rudas piraguas formadas de un tronco ahuecado, con las cuales acostumbraban pasar los ríos. Esta costumbre no se derivó de la necesidad que sentían de proteger el cadáver, sino de la idea de enterrar con el muerto los objetos de que se había servido durante la vida; pero poco a poco la práctica se hizo general y cuando el difunto no tenía canoa los parientes fabricaban una para contener los restos, talvez con la idea que le serviría para cruzar el océano al país de los muertos. Frecuentemente los ataudes actuales de los mapuches no son otra cosa que troncos ahuecados y llevan el nombre de *huampu* que también significa canoa.

Morice hablando de los indios dénés de la Colombia Británica, dice que cuando muere un indio de alguna importancia, colocan sus restos sobre un catafalco y los cubren con su canoa hecha de corteza de abedul, o ahuecan un tronco para el mismo propósito. A veces suspenden el ataúd con el cadáver, de las ramas de un árbol (2).

---

(1) Handbook of American Indians. ob. cit. p. 670.

(2) Morice A. G. Notes, archaeological, industrial, and sociological, on the Western Dénés. Transactions of the Canadian Institute, Vol. IV. Toronto 1895.

Los indios seminolas de Florida, partían por el centro dos troncos de *palmetto*, de tamaño conveniente y colocaban los trozos partidos en el suelo en forma de cajón, en dirección de oriente a poniente. En este marco ponían un piso que cubrían de una frazada, sobre la cual se tendía el cadáver, cuidadosamente envuelto en otra frazada y cubierto de hojas de palmetto. El cajón se cerraba con troncos y sobre la sepultura así formada se construía un techo. A cada extremo de la sepultura se encendía un fuego, que se mantenía durante cuatro días y noches (1).

Hemos visto que hace 150 a 200 años, los esquimales acostumbraban abandonar los muertos, o enterrarlos con muy pocas preocupaciones.

Ahora construyen cajones que colocan sobre postes y en ellos depositan sus muertos.

Los indios menominis, que antes habitaban la región ahora ocupada por las ciudades de Chicago y Milwaukee, encerraban sus muertos en ataúdes hechos de tablones o de corteza de abedul. Cuando no se encontraban en la vecindad árboles que pudieran proporcionarles estos elementos, utilizaban para el efecto sus piraguas, o bien las canoas de corteza y en algunos casos sepultaban los muertos en árboles huecos. Sus descendientes usan ataúdes de tablas, y sobre las tumbas erijen pequeñas estructuras en forma de cajas, en las cuales se colocan las ofrendas y el ajuar funerario (2) que suelen enterrar con los muertos.

Otra clase de receptáculo usado como ataúd, son las urnas de barro cocido. A veces son fabricadas especialmente para fines funerarios; pero a menudo se utilizan los grandes vasos destinados a usos domésticos. Esta costumbre era muy repartida en Sud América, especialmente entre las tri-

(1) Mac Cauely Clay. The Seminole Indians of Florida. V Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1887.

(2) Hoffman, W. J. The Menomini Indians. XIV Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1896.

bus del grupo tupi-guaraní y era también bastante generalizada en Norte América y en las Antillas. Con frecuencia se practicaba sólo en los entierros de niños o de los individuos sacrificados en los ritos religiosos; pero en otras partes los adultos eran también sepultados en vasijas. En la mayoría de casos sin embargo, las urnas se destinaban únicamente para la disposición secundaría de los restos: para guardar las cenizas en aquellas tribus que practicaban la cremación, o para recibir los huesos de los muertos, una vez que la parte carnosa desaparecía, debido a otros procedimientos o ante los estragos del tiempo.

La región diaguita-calchaquí, en el noroeste de la Argentina, era una de las zonas donde se practicaba esta clase de entierro y los etnólogos argentinos han hecho numerosas exploraciones arqueológicas que resultaron en las ricas colecciones de dicho material que pueden verse en los diferentes museos del país.

No en todas partes se inhuman los restos de los muertos. Muchas tribus, especialmente las que habitan las grandes llanuras del continente y pasan una vida nómade de cazadores, exponen los cadáveres en catafalcos o ramadas elevadas, donde no pueden ser alcanzadas por los animales carnívoros.

Las tribus de las praderas de Norte América practicaban comunmente este sistema de disponer de los muertos, como lo hacían también los pueblos de las pampas de Buenos Aires, Río Negro y Patagonia.

Los catafalcos se componían de cuatro o más postes plantados en el suelo, sobre los cuales se hacía una ramada. Generalmente tenían una altura de dos a tres metros; pero esto se regulaba según las especies de carnívoros que frecuentaban el paraje. Sobre la ramada se colocaba el muerto, envuelto en pieles, frazadas o esteras Con frecuencia, a pesar de estas precauciones, las fieras o las aves de rapiña lograban devorar el cadáver.

Entre algunas tribus, esta era solo una disposición pro-

visoria de los muertos y después de un año o más, o cuando los huesos quedaban descarnados, estos se sepultaban, a veces después de haberlos pintado con colores ocrosos, como sucedía entre los antiguos patagones, los mochinos y otras tribus.

El padre Techo dice que los calchaquíes tenían la costumbre de no enterrar a los muertos, sino de exponerlos en un sarcófago colocado en alto. Boman considera que esto es un error y que probablemente sería solo una disposición provisoria, porque el gran número de sepulturas halladas demuestra que la costumbre más generalizada era la inhumación.

Turner hablando de los esquimales de Hudson Bay dice que la inhumación fué introducida entre ellos por los misioneros y, que antes, acostumbraban exponer sus muertos en catafalcos o en las ramas de los árboles, costumbre que también era común entre los iroqueses.

Los mandans hacían la misma cosa. Los hidatsas siempre exponen sus muertos de esta manera. Como el *Señor de la Vida* se enoja cuando pelean entre sí o se matan unos a otros; los que han muerto a un individuo de la misma tribu son sepultados para que no se vuelvan a ver. En este caso colocan el cráneo de un bisonte sobre la sepultura para que estos animales no se acerquen, porque creen que al hacerlo podrían olfatear al malvado y no volver más. Los buenos, después de su muerte, se exponen en catafalcos para que los pueda ver el Señor de la Vida.

Los indios crow también tienen horror a la inhumación de los cadáveres (1). Algunas veces en lugar de exponer los cadáveres en catafalcos hechos expresamente, se les colocaban en las ramas de un árbol cerca de las habitaciones. Esta forma de disponer de los muertos era común entre los hurones y otras tribus de iroqueses. El Dr. Yarrow declara haber hallado la misma costumbre entre los gosiats del estado de Utah. Era también la manera usualmente empleada por las

(1) A Study of Siouan Cults. ob cit. p. 518.

tribus salish antes de la introducción entre ellos de la inhumación.

Otra curiosa manera de disponer de los muertos, era la de echarlos al agua. Los gosiats, de que acabamos de hacer referencia, se deshacían de los cadáveres de los turbulentos o desordenados de ese modo, echándolos a las vertientes o a los pantanos, donde los sugetaban con troncos o con piedras para que no pudiesen salir los espíritus (1).

Cushing dice que los zuñis practicaban primero la inhumación como medio de disponer de los muertos; pero que cuando adoptaron la costumbre de edificar sus habitaciones en forma de terrazas, y de ubicarlas en las partes más inaccesibles de las peñas, el sistema de entierro, dentro o fuera de las casas, llegó a ser impracticable y recurrieron a otros métodos, generalizándose la sepultura en el agua. Según la tradición. esto se hacía, incinerando primero los cadáveres y echando las cenizas en los vertientes o lagunas sagradas (2).

Algunas tribus de Venezuela también echaban los cadáveres de sus muertos a los ríos o lagunas.

Otros pueblos guardaban los despojos de sus muertos en sus casas y los llevaban consigo cuando mudaban de residencia, como lo hacían los nanticokes de Maryland según Heckewelder (3).

Los santées, una división de los indios dacotas practicaban una interesante costumbre en este respecto, la que nos ha descrito Lawson. Se sepultaban los muertos distinguidos en la cima de los cerritos. Sobre las tumbas construían techos soportados por postes como abrigo contra las lluvias. En los postes se colocaban los regalos ofrecidos por los pa-

---

(1) Powell J. W.—Introduction to the VI Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1888.

(2) Powell J. W.—Introduction to the V. Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. XXVII. Washington 1887.

(3) Heckewelder G. E.—An account of the history, manners and customs of the Indian nations who once inhabited Pennsylvania and the neighbour ing states. Philadelphia 1819.

rientes del difunto. Los cadáveres de las personas de poca importancia, bien vestidos y envueltos en corteza de árboles se exponían por varios días en catafalcos. Durante este tiempo uno de los parientes más cercanos enegrecía la cara en señal de duelo y montaba guardia cerca del lugar. Entretanto cantaba un elogio del muerto. El suelo alrededor se mantenía bien barrido y debajo del catafalco se colocaban las armas y otros bienes del muerto. Tan luego como se ablandecía la carne del muerto, se la sacaba de los huesos y se la quemaba. Los huesos se limpiaban con cuidado y se encerraban en una caja. El cráneo se guardaba aparte, envuelto en un paño. Todos los años se sacaban los huesos para limpiar y aceitarlos. De esta manera, algunas familias tenían en su posesión los despojos de sus antepasados de varias generaciones (1 .

Mooney, hablando del notable cacique de los Kiowas—*Setangya*—dice que aun en 1870 guardaba los huesos de su hijo, en una plataforma, eregida dentro de su toldo y con frecuencia colocaba, alimentos y agua cerca de ellos, para que el espíritu no tuviera ni sed ni hambre. Cuando se ausentaba del lugar, llevaba el atado que contenía los huesos en un animal de carga (2).

Los charrúas, al decir de Lozano, cargaban los huesos de sus parientes, llevándolos consigo de un punto a otro en sus migraciones; pero sabemos que aun cuando en algunos casos pueden haber hecho esto, tenían la costumbre general de sepultar sus muertos, a veces en urnas o vasijas, costumbre que probablemente adquirieron de sus vecinos los guaranís.

La costumbre de descarnar los huesos de los muertos an-

---

(1) LAWSON J.—A new voyage to California, containing the exact description and natural history of that country; together with the present state thereof, and a journal of a thousand miles travel thro'several nations of Indians. London 1709.

(2) MOONEY JAMES.—Calendar History of the Kiowa Indians, p. 328. XVII Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1898.

tes de darles sepelio o antes de disponer de ellos de otra manera se practicaba por varios pueblos, especialmente en la región meridional de los Estados Unidos, las Antillas y Venezuela, como también en general en aquellos distritos donde se acostumbraba sepultar los restos en urnas.

Los powhattanes (algonquinos) colocaban los restos de sus jefes en catafalcos, después de haber descarnado los huesos. La carne se secaba al sol o sobre el fuego. Entonces se hacía de ella y de los huesos un atado que se colocaba en las ramadas, con los restos de aquellos que habían muerto antes (1).

Thomas, en su magistral trabajo sobre la exploración de los mounds, dice que la costumbre de remover la carne de los huesos de los muertos antes de depositarlos en su última morada, parece haber sido más o menos común entre los constructores de los mounds y los demás indios, y agrega que los ejemplos son tan numerosos y bien conocidos que casi no vale la pena de citarlos (2).

Según Gumilla, algunas tribus de caribes colocaban sus muertos en los ríos hasta que los peces limpiaban los huesos, que entonces eran guardados en canastos en la forma que hemos ya referido.

En su memoria sobre los cementerios y paraderos prehistóricos de la Patagonia, Moreno (3) dice que encontró esqueletos pintados de rojo, lo que prueba que allí existía la misma costumbre de enterrar solo los huesos descarnados. En el Museo Nacional de Santiago existen cráneos pintados, procedentes de la Isla de Mocha y los hemos visto también de otras partes de la Araucanía.

Huesos pintados, que indican la misma costumbre de

---

(1) Smith J., True relation of Virginia. (London 160c) Reimpresión Boston 1866.

Jefferson T., Notes on Virginia, Philadelphia 1801. 4.ª Edición americana. p. 146.

(2) Thomas, Cyrus, Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology. Washington 1894.

(3) Dr. Moreno, Viaje a la Patagonia Austral. Buenos Aires 1880.

descarnarlos por medios naturales o artificiales, se han encontrado en varias otras partes. En una caverna de Ipi-Iboto, región del Orinoco, Venezuela, se encontraron varios cráneos pintados de rojo (1), otros se han encontrado en diferentes localidades del Amazonas.

En el estado de Missouri se encuentran con frecuencia en los mounds, huesos y cráneos pintados de rojo. Fowke comentando este hecho dice que en algunos casos esto puede ser un resultado accidental de la costumbre de colocar en las tumbas pedazos de minerales de fierro silicatados que después se descomponían. pero las razones que da no son convincentes (2).

Los indios pericues de la Baja California depositaban los huesos descarnados de sus muertos en cavernas o abrigos en las rocas, después de haberlos pintado de rojo (3).

Hrdlicka describe un esqueleto pintado hallado en México y ha publicado dos artículos sobre esta costumbre entre los indios de Norte América, los que desgraciadamente no hemos podido consultar.

Otras tribus, en especial las que habitan las costas del Pacífico del Norte, tienen la costumbre de pintar la cara y el cuerpo de los difuntos antes de enterrarlos. En especial hacen esto las tribus de la familia Salish de Colombia Británica.

Entre los snanaimuqs, en el caso de un matrimonio, el sobreviviente, marido o mujer, tambien acostumbra pintar de rojo las piernas y la frazada o abrigo, miéntras dura el período del duelo (4).

---

(1) Fowke, Gerard, Antiquities of Central and South Eastern Misouri Buletin 37, Bureau of American Ethnology. Washington 1910.

(2) Rivet, Dr. P. Recherches Anthropologiques sur la Basse-Californie. Journal de la Société des Americanistes, Nueva serie, Tomo VI 1909. pp. 147-253. Paris.

(3) Dr. Marcano. Ethnographie précolombienne du Venezuela, région des raudals de l'Orenoque. Paris 1890.

(4) Boas, Dr. Franz.—Report on the Northwestern tribes of the Dominion of Canada. London, 1889, p. 841.

En las sepulturas de Tacna se han encontrado cadáveres de niños pintados de rojo.

Otra manera común de disponer de los cadáveres era la de incinerarlos. Son numerosas las tribus y pueblos que tenían esta costumbre.

Gomara nos da numerosas citas al respecto. Los mexicanos del Río de las Palmas, llamados apalachen, quemaban a sus médicos (machis). Hacían polvo de los huesos y guardaban las cenizas para beberlas al cabo de un año, los parientes y mujeres (1). Esta costumbre se halla entre otras tribus de Venezuela.

El rey de México, como también otras personas de alto rango cuando morían, eran quemadas y sus cenizas se guardaban en urnas o cajas de madera ricamente decoradas.

Los chibchas, los ottowas, los shastas de California, los atapascas, los kutchines, los fueguinos, muchas tribus del Amazonas, etc., etc., cremaban a los muertos.

En la región de los mounds se encuentran cenizas y huesos quemados, con mucha frecuencia, en las urnas funerarias, como referiremos en su debido lugar.

Otras tribus, en vez de incinerar a los muertos, los desecaban al sol o sobre el fuego.

Relatando las costumbres de los indios de Darien, dice Gomara:

«Entiérranse generalmente todos, aunque en algunas tierras, como en la de Comagre, desecan los cuerpos de los reyes i señores al fuego poco a poco hasta consumir la carne. Asanlos en fin, después de muertos, y aquello es embalsamar.

«Dicen que duran así mucho tiempo; ataviándolos muy bien de ropa, oro, piedras y plumas; guárdanlos en los oratorios del palacio colgados o arrimados a las paredes» (2).

En otra parte el mismo cronista nos da un conjunto de

(1) Historia de las Indias, ob. cit. p. 182.

(2) Historia de las Indias, ob. cit., p. 1991.

las costumbres de las Antillas, la que por ser corto y curioso, la reproducimos aquí:

«Endechan los muertos, cantando sus proezas y vida; y o los sepultan en casa, o *desecados al fuego*, los cuelgan y guardan; lloran mucho al muerto fresco. Al cabo del año, si es señor él que se enterró, júntanse muchos que para esto son llamados y convidados, con tal que cada uno se traiga su comer, y en anocheciendo *desentierran el muerto* con muy gran llanto. Trábanse de los piés con las manos, meten las cabezas entre las piernas, y dan vueltas al rededor; deshacen la rueda, patean, miran al cielo y lloran voz en grita. *Queman los huesos* y dan la cabeza a la más noble o legítima mujer, que la guarda por reliquias en memoria de su ma; rido. Creen, juntamente con esto, que la ánima es inmortal- empero que come y bebe allá en el campo donde anda y que es el eco que responde al que habla i llama» (1).

Todavía el mismo autor nos da otro ejemplo de la costumbre de desecar el cadáver; el de los indios de Panamá, que según dice «secan al fuego los cuerpos de sus caciques, que es su embalsamar» (2).

Esta costumbre la hallamos confirmada por Oviedo:

«Asimismo en la dicha Tierra-Fírme acostumbran entre los caciques, en algunas partes de ella, que cuando muere, toman el cuerpo del cacique y asentándole en una piedra o leño, y en torno de él, muy cerca, sin que la brasa ni la llama toque en la carne del difunto, tiene muy gran fuego y muy contino hasta tanto que toda la grasa y humedad se sale de las uñas de los pies y de las manos, y se va en sudor y se enjuga de manera, que el cuero se junta con los huesos, y toda la pulpa y carne se consume; y desque así enjuto está, sin lo abrir (ni es menester) lo ponen en una parte que en su casa tienen apartada, junto al cuerpo de su padre del tal cacique, que de la misma manera está puesto» (3).

(1) Historia de las Indias, ob. cit., p. 279.

(2) Historia de las Indias, ob. cit. p. 279.

(3) Sumario de la Natural Historia de las Indias, Cap. X.

Cieza de León cuenta la misma costumbre en casi idénticas palabras, de los indios de Ancerma (1) y de Popayan (2).

Vergara y Velasco en sus anotaciones de la Geografía de Reclus dice que entre los chibchas de Bogotá se encontraba la misma costumbre; de modo que vemos que casi todas las tribus colombianas la practicaban.

Los couparis y los macureos del Orinoco eran otros pueblos que desecaban sus muertos y los guardaban en sus cabañas.

Pero no solo en Colombia y Venezuela existía esta práctica; sino también es corriente en este país entre los araucanos, hasta en la actualidad.

Recordamos haberla visto en dos o tres ocasiones (3). El cadáver, una vez removido la víscera i los intestinos es suspendido en un armazón de cañas sobre fuego de leña verde y dejado allí hasta el entierro que a veces dura por muchos días y hasta meses.

Guevara observa lo siguiente: «Colgados del techo de la habitación hay constantemente unas zarandas de colihues (*chusquea quila*) que denominan *llangi*. Se baja una, se tiende en ella el difunto envuelto en pieles o en un colchón; se rodea de provisiones, como carne, manzanas, *mudai* (licor); se le echa encima sus piezas de vestir. Por último se suspende y se amarra a las vigas, más o menos cerca del fuego. Algunas familias colocan el muerto cerca de la casa, en una enramada especial.

Este aparato fúnebre se llama en las reducciones del norte *pillhuai* y en el sur *pillai*.» (4).

Pillhuai es el nombre usado por las tribus de las pampas para expresar el catafalco o ramada en que colocan sus

(1) Cieza de León.—La Crónica del Perú. Cap. XVI.

(2) Cieza de León.—La Crónica del Perú. Cap. XXXII.

(3) Latcham, R. E.—Ethnology of the Araucanos. Journal of the Royal Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Vol. XXIX, 1909-p. 367.

(4) Psicología del Pueblo Araucano, ob. cit., p. 263.

muertos, y es evidente que fué introducido al idioma araucano, por los mapuches, quienes son a todas luces una raza pampina.

Usauro Martínez (1) también da noticias sobre la costumbre de los araucanos de desecar el cuerpo del difunto y dice que se encerraba entre dos maderos y se colgaba en la casa frente al fuego.

Ha llamado mucho la atención de los arqueólogos que en sus excavaciones encuentren un número considerable de restos humanos sin cráneos; y en otras partes la misma abundancia de cráneos sin los correspondientes huesos del cuerpo y de las extremidades.

Esto se debe, en gran parte, a la costumbre de llevar como trofeo las cabezas de sus enemigos muertos en la guerra.

Son tan numerosas las citas dé esta costumbre que seria imposible darlas todas. Diremos que casi todas las tríbus de Colombia y Venezuela la practicaban y era igualmente común en otras partes del continente, especialmente entre las tribus mexicanas.

Cieza de León dice que los indios de Antioquía, junto a la puerta del cacique Nutibára y lo mismo en todas las casas de sus capitanes, tenian puestas muchas cabezas de sus enemigos que ya habían comido (2).

Según el mismo autor los de Ancerma, de Arma, de Pozo, de Picara, de Carrapa, de Quimbaya, de Cadi y muchas otras tenían idéntica costumbre.

Los uvailakis (una tribu de atapascas) de Califormia cortaban las cabezas de sus enemigos y los llevaban como trofeos bailando con ellos en sus ceremonias.(3).

Cook en sus viajes dice que los indios de Nootka trajeron para vender los cráneos y otros huesos de sus enemigos (4)

(1) La verdad en campaña.

(2) Crónica del Perú. ob.cit. cap XI.

(3) Handbook of American Indians .ob. cit . p. 894 tom. II

(4) Cook's voyages. 3.rd Voyage. 1778.

En las Antillas, los cráneos y otros huesos fueron envueltos en paños de algodón o en canastos y bien guardados como objetos de culto. Los cráneos a veces se colocaban en figuras hechas de algodón, con forma humana y se guardaban en las casas de los caciques. Esta costumbre se extendía hasta los caribes del Orinoco. Según Herrera, los parientes de los muertos les cortaban las cabezas, las que eran cuidadas con muchas veneración (1).

Ambrosetti encontró que los antiguos calchaquíes tenían la costumbres de separar la cabeza del tronco. Hablando de las excavaciones hechas en Pampa Grande dice:

«Pero lo más sorprendente del caso, consiste en que los cráneos se hallaban solos, sin los cuerpos correspondientes, y por más que allí se escavó, fué imposible dar con ellos.»

«Aqui vendríamos, con esto, a encontrarnos en presencia de esas curiosas inhumaciones de cráneos sueltos ó muy separados de los cuerpo, que el Sr. Methfessel halló en sus excavaciones de Loma Rica, y que dió a conocer por primera vez el Dr. Moreno (*a*) y más tarde el Dr. Ten Kate (*b*) sin que aún se haya dado explicación satisfactoria al respecto (2).

La razón es como hemos dicho, la costumbre qué tenían muchas tribus de separar la cabeza del tronco 1.º como trofeo quitado de los enemigos; 2.º de los prisioneros de guerra, sacrificados en su ceremonias ó comidos por aquellas tribus que practicaban la antropofagía; y 3.º como objeto del cul-

(1) Fewkes, Jesse Walter.— The Aborigines of Porto Rico and Neighboring Islands. XXV Ann. Rep. Bur. of Eth. Washington, 1907.

(2) Ambrossetti Juan B.—Exploraciones Arqueológicas en la Pampa Grande (Provincia de Salta). Revista de la Universidad de Buenos Aires. —Tomo VI. 1906.

a) Exploración Arqueológica de la Provincia de Catamarca Primeros datos sobre su importancia y resultados. Revista del Museo de la Plata. —Tomo I.p. 217.

b) Anthropologie des anciens habitants de la Région Calchaquie. Anales del Museo de la Plata, 1896 p. 16.

to o de veneración por algunas tribus que incineraban sus muertos, conservando solo el cráneo que se guardaba, o se sepultaba con ritos especiales.

Del primer caso hemos dado numerosos ejemplos: del segundo, los antiguos templos de México présentan la mejor prueba: Gomara en su descripción del teocalli Uitcilopuchtli dice que en el gran patio que tenia forma de teatro» estaba un osar de cabezas de hombres presos en guerra y sacrificados a cuchillo, a la cabeza y pie del teatro había dos torres hechas solamente de cal y cabezas los dientes afuera... Andrés de Tapia y Gonzalo de Umbría, los contaron un día y hallaron 136000 calavernas en la vigas y gradas. Las de las torres no pudieron contar» (1).

Cieza de León, Gomara, Oviedo, y muchos otros escritores antiguos y modernos se han encargado de demostrarnos que la cabeza o cráneo del muerto y a veces el cadáver momificado se conservaba como objeto de culto, como sucedió entre los antiguos peruanos en las personas de sus monarcas (2).

La costumbre de conservar el cráneo de los enemigos no era desconocida por los araucanos. Rosales dice: «Cuando en la guerra matan a un general o persona de importancia *y le cortan la cabeza*, le toca el guardarla al toqui general, como presa de grande estima y que pasa de padres a hijos como vínculo de mayorazgo y en las ocasiones de guerra o de alzamientos la saca como estandarte real que quitaron al enemigo.

Guardan el casco después de haberlo pelado y descarnado en agua caliente, y en las borracheras de mucho concurso lo sacan para beber en él por grandeza (3).

La antropofagía o canibalismo fué tambien muy generalizado entre una gran parte de los indios americanos, especial-

(1) Gomara, Francisco Lopez de. Conquista de México. 2.ª parte de la crónica General de las Indias. Edición Vedia. Tomo I. p. 350. Madrid, 1884.

(2) Historia General. ob. cit. Tomo I. p. 123.

(3) Crónica del Perú, ob. cit. cap. XII.

mente en Colombia, Venezuela, Brazil y el interior del antiguo Perú, extendiéndose a las Antillas y en menor grado a México y otras partes de Norte América.

Puede ser que esta horripilante costumbre haya originado en ciertos ritos religiosos; pero en muchas regiones había asumido proporciones y caracteres tales que hace dudosa semejante hipótesis.

Por ejemplo, Cieza de León da algunas descripciones que si son verídicas, nos hacen ver que lejos de tener un fin religioso, no era más que un nefando vicio.

«La segunda vez que volvimos por aquellos valles, cuando la ciudad de Antiocha fué poblada en las sierras que estan por encima dellos, oí decir que los señores ó caciques destos valles de Noré buscaban de las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, las cuales traídas a sus casas, usaban con ellas como con las suyas propias; y si se empreñaban dellos, los hijos que nacían los criaban con mucho regalo hasta que habían doce o trece años, y desta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor, sin mirar que eran de su sustancia y carne propia; y desta manera tenían mujeres para solamente engendrar hijos en ellas, para después comer; pecado mayor que todos los que ellos hacen.»

Cita como testigo de este hecho al licenciado Juan de Vadillo. Agrega que oyó decir al mismo licenciado que los prisioneros que tomaban en la guerra los hacían sus esclavos «a los cuales casaban con sus parientas y vecinas, y que los hijos que habían en ellas aquellos esclavos, los comian; y que después que los mismos esclavos eran muy viejos y sin potencia para engendrar, los comían también a ellos» (1).

Aun cuenta atrocidades mayores todavía. Hablando de las costumbres de los indios de la provincia de Arma, dice: «Son tan amigos de comer carne humana que se ha visto haber tomado indias tan preñadas que querian parir y con ser de sus mismos vecinos, arremeter a ellas y con gran presteza

(1) Crónica del Perú. ob. cit. cap. XIX.

abrirles el vientre con sus cuchillos de pedernal o de caña, y sacar la criatura; y habiendo hecho gran fuego, en un pedazo de olla tostarlo y comerlo luego, y acabar de matar la madre y con las inmundicias comérsela con tanta prisa, que era cosa de espanto.»

Nos informa el mismo autor que los indios de Pozo eran «tan carniceros de comer carne humana como los de Arma, porque yo les ví un dia comer mas de cien indios y indias de los que habían muerto y preso en la guerra andando con nosotros, estando conquistando el adelantado don Sebastian de Belcázar las provincias de Picara y Paucura, que se habían rebelado» (1).

Bernal Díaz, Fernando Cortés, en sus cartas al Rey, Gomara y todos los primeros cronistas que hablan de la conquista de México, atestiguan a las costumbres antropófagas, que bajo el velo de religión, practicaban en aquel imperio; y era tan repartida la costumbre en las Antillas y en Tierra Firme que el nombre *Caribe* llego a ser sinónimo de antropófago.

Los araucanos y los puelches, según el Padre Rosales, eran también antropófagos. Este cronista da varias citas en apoyo de su aserto, lo que por otra parte es confirmado por otros escritores. Recordaremos aquí lo que dice Góngora Marmolejo de la muerte de Pedro Valdivia: «hicieron los indios un fuego delante de él (Valdivia) y con una cáscara de almejas de la mar, que ellos llaman *pello* en su lengua, le cortaron los lagartos de los brazos desde el codo a la muñeca; teniendo espadas, dagas y cuchillos conque podello hacer, no quisieron por dalle mayor martirio, i los comieron asados en su presencia» (2).

El mismo autor dice que después de que Villagra hizo

(1) Crónica del Perú, ob. cit. cap. XXI.

(2) Góngora Marmolejo, Alonso de.—Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año 1575. cap. XIV. Colección de Historiadores de Chile Tomo II, Santiago 1862.

desamparar la ciudad de Concepción y devastar los campos, los indios no teniendo qué comer «se comían los unos a los otros ¡cosa de grande admiración! que la madre mataba al hijo y se lo comía, y el hermano al hermano; y algunos hacían tasajos, y los daban un hervor en algunas ollas con agua de arrayan, y después puestos al sol y secos los comían» (1).

Hemos visto en otra parte que los fueguinos también comían carne humana y que muchos pueblos no solo mataban sus enemigos para comerlos, sino que también devoraban los cadáveres de sus propios deudos. Muchas de estas costumbres indudablemente no obedecían a ningún culto, sino eran destinadas simplemente a satisfacer apetitos bestiales.

Habían muchas otras maneras de disponer de los difuntos, algunas curiosas, otras horripilantes, pero basta con las que hemos citado para demostrar la poca uniformidad que había en este respecto. Muchas veces varía entre los diferentes grupos de una misma tribu como entre los sauks (Michigan) que tenían seis distintas maneras, y otros pueblos que tenían aun más.

(1) Góngora Marmolejo, Alonso de.—Historia de Chile, desde su descubrimiento hasta el año 1575. Cap. XIV. Colección de Historiadorès de Chile Tomo II. Santiago 1862. cap. XX. p. 57.



COSTUMBRES Y RITOS

Factores determinantes.—Las enfermedades y la magia.— Barbarismo para con los agonizantes. — Sepultura de los vivos.—Sacrificio de mujeres.—Matan a los ociosos. — Infanticidio. — Entierro con llanto. — Su extensión geográfica. — Su relación con el saludo con llanto. — Es un estado psicológico de los pueblos primitivos.—Probable origen. —Autopsia del cadáver.—Peligro que corren los médicos o machis. —Rito de correr los demonios.—Trepanación de los cráneos. —Razones para este rito. — Trepanación (perforación) de los objetos funerarios. — Matan el objeto, quebrándolo. — Esta costumbre en Chile. — Libaciones a los muertos. — Renovación de ofrendas. — Disposición de la propiedad del difunto. — Máscaras mortuorias. — Representaciones humanas colocadas encima de las sepulturas. — Semejanza de costumbres no siempre implica contactos o relaciones.

No solo son muy diversos y curiosos los diferentes procedimientos empleados por los distintos pueblos en la disposición de los muertos; sino que las costumbres y ritos practicados para su consumación son igualmente variadas e interesantes.

Generalmente dependen de dos factores principales: el concepto que se ha formado del ánima: y la relación que se supone existir entre ésta y el cuerpo que ha abandonado.

Algunos pueblos temen mucho a las ánimas y se valen de numerosos medios para propiciarlas. Sus ritos funerarios son generalmente largos y complicados, y encierran la idea de agradar al muerto y darle facilidades para que se aleje, al mismo tiempo que toman toda clase de precauciones para impedir que el cuerpo sea ocupado por algún espíritu maligno que ande buscando donde albergarse.

Como creen que la otra vida no es más que una prolongación de ésta, y que en ella rigen las mismas o semejantes condiciones, tratan de proporcionar al muerto todas las comodidades y regalías a que estaba acostumbrado cuando vivo, aumentándolas en cuanto sea posible, para que no eche de ménos la vida que abandona. Sus ideas animísticas las enseñan que todos los demás seres y objetos de la naturaleza también tienen sus ánimas correspondientes. Consecuentes con esta hipótesis entierran con el muerto, todos aquellos objetos y seres que suponen puede hacerle falta allende la tumba, creyendo que las ánimas de estos se juntan con la del difunto y vuelven a servirle.

Por un progreso evolutivo algunos pueblos han llegado a la condición de continuar estos ritos solo simbólicamente y en vez de enterrar los verdaderos objetos o animales, los reemplazan por efigies o por partes de los artículos usados por el difunto, como el crin de su caballo, el cabello de su mujer, alfarería en miniatura, representaciones en madera de los objetos de mayor valor, etc. Pero en ninguna parte de América se ha encontrado un estado de cultura en que se había desprendido completamente las ideas animísticas y de la necesidad de propiciar a los difuntos, aun cuando se hallaron en algunas partes, tribus tan atrasadas que todavía no se preocupaban seriamente de la suerte de los muertos; y entre las cuales apenas vislumbraban la posibilidad de una vida futura.

Volvemos a repetir que es preciso tomar muy en cuenta estos estados de desarrollo mental, para formar un juicio sobre el alcance y motivo de las costumbres funerarias de

los indios, que a veces nos parecen ridículas, asquerosas, brutales o horripilantes.

Es necesario recordarse también que las facultades y sentimientos, tanto físicos como morales de estos pueblos, se han desarrollado en otro ambiente que los nuestros, y su punto de mira es muy diverso. Cosas que repugnan o chocan a un civilizado, parecen perfectamennte natural y esencial a un salvaje. Sentimientos como el asco, la piedad, etc., son muy poco desarrollados entre ellos y sus impresiones mentales son generalmente ménos marcadas que las nuestras.

Basta fijarnos en sus métodos de tratar a los enfermos y a los moribundos. La generalidad de los pueblos primitivos no alcanzan a comprender las causas de las enfermedades y las atribuyen comunmente a las prácticas mágicas o brujerías de sus enemigos, entre los cuales incluyen los espíritus malignos o demonios. Su único recurso, es de combatirlas con la magia y con encantaciones que creen potentes para remover la causa y sanar al enfermo. Si fallan sus métodos es porque la magia opuesta a ellos es más poderosa que la suya.

Muchos escritores han creído que las prácticas mágicas de los salvajes son simples supercherias y engaños de los médicos o machis. Esto puede ser y probablemente lo es en muchos casos; pero no explica el profundo arraigamiento de la convicción, manifestada por las costumbres comunales de las sociedades secretas y fraternidades esotéricas que se encuentran entre tantas tribus, en que grupos enteros se dedican a estas prácticas, imponiéndose muchos sacrificios, con el único fin de beneficiar el grupo a que pertenecen. Tampoco explica las tremendas ceremonias de expiación, que se basan en la magia, como *el baile del sol*, tan repartido entre las tribus de Norte América, en el cual los adeptos se exponen a terribles tormentos que con frecuencia resultan en la muerte.»

Si fallan sus prácticas mágicas, los indios se encuentran impotentes y esperan la muerte con la mayor resignación, seguros de que no hay medio de salvarse.

Convencidos de que el enfermo no puede recobrar su salud, sus deudos abandonan la lucha y principian a preocuparse de las ceremonias fúnebres; muchas veces a vista y paciencia del moribundo

Entre algunas tribus, no esperan el desenlace fatal sino que lo provocan, generalmente con el consentimiento del paciente: pero en algunas ocasiones sin consultarle. Hemos mencionado algunos casos en que el moribundo se estrangulaba, en otras partes se enterraba vivo, o se ultimaba de otra manera. No faltaban tribus en que el temor a la muerte era más fuerte que los sentimientos de la compasión y en que sacaban a los enfermos de sus habitaciones y los abandonaban para que muriesen solos.

Veamos lo que dice el Padre Sánchez Labrador respecto de las ceremonias de los guaycurús para con los agonizantes:

«Como los Guaycurús tienen por indefectibles los dichos de sus médicos creen sin rastro de duda que morirá el paciente, de cuyo inminente fallecimiento son mejores indicios los preliminares de cadáver que se leen en su rostro. Luego al punto las mujeres de la parentela del moribundo se aplican a dar muestras de su amor y sentimiento. Si es varon, le pintan con *Nibadena* la cara, brazos y pecho: le cuelgan del labio inferior el *Lapidigi* o barbote que tenía más largo y curioso; pónenle los zarcillos y al cuello los collares de cuentas de vidrio. En una palabra les engalanan con cuanto en salud les fué de uso; así cuando el alma vaga al lugar de los muertos, la reconocerán estos por rica y de provecho. Si el agonizante es mujer, la primera diligencia es tusarla bien el pelo, componerle el copete, pintándola a su modo. Para estas ceremonias les dan tanto vuelcos, que ellos sobran para acelerarles la muerte. El médico, mientras se hace todo esto, entra y sale en el toldo como hombre suspenso y ocupado de un gran pensamiento. A veces se llega al moribundo y le aprieta el estómago tan fuertemente, que aunque no estuviera en riesgo de muerte por lo que digo, moriría por sus hechos. Con esto, su profecía logra de lleno el cumplimiento

acabando el enfermo, más no el médico; aquél la vida, y éste sus embustes y enredos (1).»

Nansen, citando a Dalager, dice de los esquimales:

«Sucede a veces con una mujer de poca importancia, cuando se enferma de gravedad, que se le sepulta viva.

Un caso horrible sucedió cerca de aquí hace poco. Varias personas dijeron que sintieron sus gritos por mucho tiempo después del entierro, pidiendo algo que beber. Si se les inculpa de su crueldad inhumana, contestan que como no puede sanar la paciente, es mejor que quede colocada en su tumba, para que los sobrevivientes no sufran al observar su agonía. No obstante, si se trata así a un hombre el caso cambia y es considerado como asesinato.

La verdadera razón de esto se encuentra en el intenso temor de tocar los cadáveres y esto hace que vistan a los moribundos—hombres o mujeres—con sus prendas mortuorias, mucho antes que ocurra la muerte y que preparen todo para los funerales, a la vista del paciente. Por la misma razón cuando creen que puede sobrevenir la muerte, no ayudan a los que sufren accidentes en el mar, por temor de tocarlos despues de que hayan expirado» (2).

Turner dice que los esquimales de Hudson Bay creen que si la muerte ha sido natural, el espíritu continúa su residencia en la tierra, después de un descanso de cuatro años en la tumba; pero que los que fallecen de una muerte violenta, o de hambre, y las mujeres que mueren de parto van a una región en las nubes, donde faltan muchas de las comodidades que se encuentran en la tierra. Todos desean entonces quedar en este mundo, donde pueden comunicar con los vivos, privilegio que se niega a los que van a las nubes (3).

---

(1) El Paraguay Católico. ob. cit. Tomo II. pp. 41-42.

(2) Dalager Grönlandske Relationes. Copenhague, 1752, citado por Nansen en Eskimo Life. ob. cit. pp. 136.7.

(3) Turner, Lucien M.—Ethnology of the Ungava District, Hudson Bay. Territory. pp. 192.3. XI. Annual Report. Bur of Ethnology. Washington 1894.

La costumbre practicada por algunas tribus de sepultar vivos a los agonizantes se debe al temor de tocar los cadáveres, o a veces al miedo de encontrar el ánima al momento que abandona el cuerpo; momento en que ofrece mayor peligro.

La misma idea hacía que se tomaran precauciones para que no sucediera la muerte de noche; cuando se suponia fuese más activa y maligna la potencia sobrenatural que poseía el espíritu. De aquí nacieron las prácticas de matar a los que agonizaban; de llevarlos a lugares apartados y abandonarlos; o bien de sepultarlos vivos si se consideraba probable que la muerte sucediese durante la noche.

Hemos citado un caso que ocurrió entre los esquimales. Grubb nos refiere otro que presenció entre los lenguas. Cierta vieja se enfermó de gravedad, pero se creyó que pudiera vivir hasta el dia siguiente. Sin embargo durante la noche se empeoró de tal manera que se temió un desenlace fatal. Apresuradamente fué sacada de su rancho y llevada fuera de la aldea hasta el punto donde debe hacerse el entierro. Aquí se efectuó la parte esencial de la ceremonia fúnebre. Se hizo un tajo en el costado de la moribunda y se insertaron piedras calientes en la herida. Entonces fué abandonada en la sepultura.

Por la mañana su cadáver fué encontrado a muchos metros de distancia del lugar donde habia sido abandonada; la tierra a su contorno estaba rasguñada y las puntas de sus dedos estaban laceradas. Era evidente que no estaba muerta cuando se hicieron los ritos de mutilacion (1).

A veces se hacían enterrar vivos a los niños o los adultos, como expiación en tiempo de gran sequedad, de hambre o de calamidades nacionales. Esta costumbre, sin embargo, parece pertenecer a las naciones de culto más desarrollado, como los mayas, aztecas, peruanos, diaguitas, etc., quienes tenían una teogonía más o menos establecida. Los numerosos restos de párvulos, enterrados en urnas, parecen indicar

(1) An Unknown People. ob. cit. p. 170.

que ellos fueron en gran parte víctimas de esta clase de sacrificios.

Entre los chibchas existía la costumbre de sepultar a doncellas vivas debajo de los cimientos de los templos o palacios (1) y, según Posnansky (2), igual costumbre deben haber tenido los constructores de Tiahuanaco (3).

Las vírgenes del sol del imperio incaico, también se enterraban vivas, si fuesen sorprendidas en relaciones sexuales con algún hombre y sus compañeros eran ahorcados o descuartizados. Las citas de las mujeres sepultadas vivas en las exequias de sus maridos son demasiado numerosas para reproducirlas todas. Sólo referiremos algunos casos.

Cieza de León dice que los indios de Uraba, Antioquía, Ancerma, Arma, Pozo, Picara, Carrapa, Popayán, Pasto, Quito, Tumebamba, Guayaquil, Trujillo, Arequipa, Cuzco, etc., enterraban las mujeres vivas en las sepulturas de sus maridos yprueba que existía la costumbre en toda la costa desde Panamá hasta Tarapacá, como también en el antiguo Collasuyo; aunque en esta última provincia como en Charcas y en las regiones habitadas por los Diaguitas y Atacameños, generalmente mataban las mujeres antes de enterrarlas.

Esta manera de sacrificar a las mujeres era muy extendida y la encontramos en diferentes partes del continente.

Muchas veces se exigía que ellas mismas se inmolaran, pero a menudo se les mataban a pesar suyo.

Los natchez del valle del Mississipí lo tenían por tradición, que a la muerte de sus caciques, las mujeres de éstos

---

(1) Simón Fray Pedro.—Noticias Historiales de las Conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales. Cuenca, 1626.

(2) Posnansky Arturo.—Una metrópoli Prehistórica en la América del Sur, Tomo I. Berlín, 1914.

(3) Crónica del Perú, Capítulos VIII, XII, XV, XVI, XXI, XXII, XXIII, XXXII, XXXIII, XLI, XLIII, XLVIII, LI, LXII, LXIII, etc.

debieran ofrecer sus vidas y los padres a sus hijos, para acompañar a su señor en el otro mundo (1).

A la llegada de los europeos, la mayor parte de las tribus del Chaco sacrificaban a las mujeres en los entierros de los jefes; pero, debido tal vez a las influencias de los misioneros jesuítas, a principios del siglo XVIII la costumbre casi había desaparecido.

Lozano dice que a la muerte de sus maridos las mujeres charrúas frecuentemente se sacrificaban voluntariamente y las que no querían hacerlo fueron despeñadas de una alta eminencia (2). Igual práctica tenían los calchaquíes.

Oviedo relata que cuando moría un cacique de las Antillas, a veces se enterraba viva a una de sus mujeres. Al entierro de Behechio, cacique de Haití, se sepultaron con él dos de sus mujeres (3). Gomara dice que hacían otro tanto en la Isla Española.

«Entierran con los hombres, especial con señores, algunas de sus más queridas mujeres o las más hermosas, ca es gran honor y favor; otras se quieren enterrar con ellos por amor» (4).

En otra parte cuenta la misma cosa de los antiguos mexicanos (5). Los centroamericanos casi sin excepción sacrificaban sus mujeres de igual modo.

Sarmiento, Jerez, Solís, Balboa, Bandalier, Markham, y muchos otros escritores o cronistas, dan detalles relacionados con esta costumbre, observada en otras tantas partes del continente.

Antes de dejar el tema de los sacrificios humanos, llamaremos la atención hacia una curiosa costumbre practicada en ciertas ocasiones por los sencis, tribu guerrera que habita el valle del Ucayali. Son muy industriosos y los ociosos son

(1) Handbook of American Indians. Art. Natchez. p. 36, ob. cit.

(2) Historia de Paraguay. ob. cit.

(3) Historia General de las Indias. ob. cit.

(4) Historia de las Indias. ob. cit. p. 173.

(5) Historia de las Indias. ob. cit. p. 437.

ultimados por ellos, por considerarlos miembros inútiles de la comunidad (1).

No damos aquí la lista de sacrificios humanos ofrecidos por los diferentes pueblos en sus ritos religiosos, por no corresponder a la índole de este ensayo, ni hablaremos de la práctica de infanticidio tan común entre los pueblos de poca cultura; sólo diremos que en algunos casos esta última costumbre tenía un significado ritualístico, como entre los jimanas, que mataban al primogénito, fuera hombre o mujer, y los muiscas que exigían que el mayor de los hijos fuera varón y mataban a todas las hijas que nacieran antes. Cuando nacían mellizos, era costumbre entre todas las tribus matar a uno de ellos y a veces ambos.

Una de las costumbres repartidas por casi toda la América es la del *entierro con llanto.* No referiremos a las señales usuales de pesar de los deudos o amigos íntimos del difunto, sino a un llanto organizado e impuesto por la tradición como duelo nacional o tribal. A veces se acompaña de lágrimas, pero no era de rigor sino entre los parientes más próximos del muerto. Los llantos son verdaderos plañidos o lamentos oficiales practicados por una gran parte o toda la tribu. Sánchez Labrador describe cómo practicaban esta costumbre los mbayas: «Luego que ven expirar al enfermo, levantan el grito los parientes, permitiendo al corazón algún desahogo por los ojos. Concurren muchas mujeres del cacicato y en presencia del cadáver lloran cantando y hablando. Traen la memoria las prendas en que sobresalió el sujeto de sus lágrimas. Las que no acuden, plañen en sus esteras. El tono en que explican sus sentimientos es, al paso que tierno, muy expresivo. Las mujeres empiezan las cláusulas con estas voces: *guayema piguidi*, que en su ¡Ay! desdichado de mí! Los hombres expresan lo mismo con éstas: *hatanaga mya.* Han de llorar todos los de la parcialidad, ceremonia que dura al-

(1) Smyth Teniente R. N.—Journal from Lima to, Pará 1832, cit. por Markham. A list of trebes. ob. cit. p. 124.

gunos días al amanecer, y que ni con los ausentes se dispensa. Cuando éstos vuelven al toldo, han de llorar manifestando sus penas. Lloran también por la tarde, antes que el sol se ponga. Dura el llanto casi una hora. No por esto interrumpen sus tales cuales faenas, a excepción de la que lleva el coro, que no se ocupa en otra cosa» (1).

Los chanas, vecinos de los mbayas, según el mismo autor, tenían parecida costumbre (2) como también la tenían los lenguas (3) y abípones (4) y probablemente otras tribus chaqueñas

Cieza de León hace frecuentemente mención de ella entre los diversos pueblos de indios de Colombia, por ejemplo los de Uraba, de Antioquía, de Ancerma, de Pasto, de Quito, de Puerto Rico, de La Loja, de Cuzco, etc.

Describe la ceremonia tal como la practicaban los chinchas. «Y cuando los señores morían, se juntaban los principales del valle y hacían grandes *lloros*, y muchas de las mujeres se cortaban los cabellos hasta quedarse sin ningunos, y con atambores y flautas salían con sones tristes cantando por aquellas partes por donde el señor solía festejarse más a menudo, para provocar a llorar a los oyentes. Y habiendo llorado, hacían más sacrificios y supersticiones, teniendo sus pláticas con el demonio. Y después de hecho esto, y muértose algunas de sus mujeres, los metían en las sepulturas con sus tesoros y no poca comida, teniendo por cierto que iban a estar en la parte que el demonio les hace entender. Y guardaron y aún ahora lo acostumbran generalmente, que antes que los metían en las sepulturas *los lloran* cuatro o cinco o seis días, o diez, según es la persona del muerto, porque mientras más señor es, más honra se le hace y ma-

(1) El Paraguay Católico. ob. cit. Tomo II. p. 46.

(2) El Paraguay Católico. ob. cit. Tomo II, p. 292.

(3) An Unknown People. ob. cit. p. 169.

(4) Dobrizhaffer Martín. Historia de Abiponibus, equectri, bellicosa que Paraquariae natione. Viena, 1784.

yor sentimiento muestran, *llorándolo con grandes gemidos* y endechándolo con música dolorosa, diciendo en sus cantares todas las cosas que sucedieron al muerto siendo vivo. Y si fué valiente, *llévanlo con estos lloros*, contando sus hazañas, y al tiempo que meten el cuerpo en la sepultura, algunas joyas y ropas suyas queman junto a ella, y otros meten con él» (1).

Gomara refiriéndose a los indios del Rio de las Palmas en el Golfo de México dice de ellos: «Regalan mucho a sus hijos, y si se les mueren, tíznanse y *entiérranlo con grandes llantos*. Dúrales el luto un año, y lloran tres veces al día todos los del pueblo, y no se lavan los padres ni parientes en todo aquel tiempo» (2).

Dice que la misma costumbre la halló en Venezuela, (3) y en la descripción que da del entierro de los reyes de México cita la misma práctica (4).

Wallace en su descripción de las costumbres de los uaupés, del río Amazonas dice que lloran los muertos con grandes lamentaciones (5) y Von Sprix cuenta idéntica cosa de los omaguas (6) como lo hace también Raleigh de los tiuitiuas del Orinoco (7).

En su relación de los assinniboines, Smet dice: «la ceremonia de enterrar a los muertos termina con lágrimas, lloros, lamentaciones y maceraciones de la carne».

Los indios choctaw de Louisiana lloraban sus muertos y al final del duelo, que duraba, según la edad y categoría del

---

Smet, Pierre J. de Western Missions and Missionaries. p. 243. New York, 1863.

(1) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXIII.

(2) Historia de las Indias. ob. cit. p. 182.

(3) Historia de las Indias. ob. cit. p. 203.

(4) Historia de las Indias. ob. cit. p. 436.

(5) Travels on the Amazon. ob. cit. Cap. XVII.

(6) Sprix und Martins. Reise in Brasil. 1820.

(7) Discovery of Guiana. ob. cit. p. 70.

difunto, tres, seis o aún doce meses, notificaban a los del grupo que ya debía de terminar. Por tres días seguidos lloraban o plañían tres veces al día y pasado este tiempo celebraban una gran fiesta (1).

En las Relations des Jésuites 1636. pp. 128-139 encontramos una larga e interesantísima narración de las ceremonias funerarias de los hurones, escrita por el Padre Brebeuf.

Entre otras cosas dice: «Después de cumplir con estos deberes (la preparación del cadáver) todos los que se encuentran en la cabaña principian a emitir suspiros, llantos y lamentaciones. Nadie, al verlos llorar y plañir, creería que estas eran *sólo lamentaciones ceremoniales*; unen las voces de un acuerdo en tono lúgubre hasta que alguien que tiene autoridad les manda cesar, y el capitán manda anunciar por todas las cabañas que fulano ha muerto. Cuando llegan los amigos, resúmen sus lamentaciones... El día del entierro toda la gente de esta y otras agrupaciones se reunen y se renueva el llanto.

Parry, (2) Lyon (3) Klutschak, (4) Boas, (5) Nansen, (6) y otros relatan que parecida costumbre prevalece entre los esquimales.

Aprendemos de Mc. Gee, que los indios seri hacen una la-

---

(1) Bushnell, David I. The choctaw of Bayou Lacomb. St. Tammany Parish Louisiana, p. 27. Buletin número 48. Bureau of American Ethnology. Wáshington. 1909.

(2) Parry. Capt. Wm. Ed. Journal of a Second Voyage for the discovery of a Northwest Passage from the Atlantic to the Pacific performed in the years 1821-22-23 in his Magestys ships Fury and Hecla. London, 1824.

(3) The private journal of Cap. G. T Lyon of H. M. S. Hecladuring the recent voyage of discovery under Cap. Parry. London 1824, p. 369.

(4) Klutschak. Heinrich W. Als Eskimo unter den Eskimos. Eine Schilderung der Erlebnisse der Schwatka, schen Franklin-Aufsuchungs Expedition in der Jahren 1878-1880. Leipzig. 1881. p. 21.

(5) The central Eskimo. ob. cit. p. 614.

(6) Eskimo Life. ob. cit. p. 249.

mentación nocturna después de la muerte en combate de sus guerreros o de sus mujeres (1).

El padre Techo (du Toict), cuenta que entre los diaguitas el entierro siempre se hacía con llanto y agrega que había plañideras profesionales que acudían a todos los entierros para hacerse cargo del duelo. Lozano confirma el hecho y dice que estas mujeres se llamaban *preficas*.

El entierro con llanto es todavía común entre los chiriguanos y se repiten las lamentaciones periódicamente por todo el tiempo que dure el duelo.

Thouar, en la relación que hace de sus exploraciones en Sud América en busca de los restos de la misión Crevaux, dice que cuando muere un chiriguano, la viuda debe lamentar cinco o seis veces al día, durante la época del duelo, que generalmente se mantiene por un año.

Los zuñis también lloran al muerto durante la ceremonia de preparar el cadáver y en el entierro; las lamentaciones a la salida y a la puesta del sol continúan por algunos meses más, hasta que el jefe de la familia declara terminado el duelo.

Hennepín halló esta costumbre entre los sioux, (2) en la tribu Santee la misma que guardaban los huesos de sus antepasados, sacándolos una vez al año para limpiar y aceitarlos. También tenían la costumbre de saludar a los forasteros con llanto, costumbre a que tendremos que referir en seguida (3). Era tan arraigada entre ellos el hábito de plañir, o recitar con llanto y lamentaciones en todas sus ceremonias por trivial que fuesen, que los *voyageurs* (tramperos), canadienses les dieron el apodo de *pleureurs* o llorones (4). En este res-

(1) The Seri Indians. ob. cit. p. 292.

(2) HENNEPIN, PADRE LOUIS.—La description de la Louisianie, nouvellement decouverte au sudoùest de la Nouvelle France. París 1683.

(3) Véase también LAWSON, ob. cit.

(4) HENNEPIN. ob. cit.

pecto eran igualados por muchas tribus de Brasil y del Chaco.

En Chile hasta hace poco, también se encontraba esta curiosa ceremonia. Ruiz Aldea nos ha conservado una buena descripción de la manera cómo lo practicaban los araucanos a mediados del siglo XIX. «El escuadrón mujeril representa por su parte otra escena no menos singular. Como entre los indios es desconocido el llanto, para suplirlo apelan a las mujeres plañideras, que tienen el oficio de llorar. Estás mujeres lloronas están sentadas en frente de las viudas del cacique; y como su oficio es llorar. de cuando en cuando sueltan el llanto a gritos, como si las tuviesen azotando, cuya pantomina imitan las otras con pestañeos muy rápidos para humedecer los ojos.

Cuando no hay plañideras, las mismas mujeres de la casa hacen el duelo, entonando un cántico lúgubre y patético; pero sin hacer los visajes ni representar la farsa de las otras. Estas pobres mujeres son las únicas que en aquella reunión manifiestan un profundo y verdadero dolor.» (1).

El día del entierro el féretro va precedido por las plañideras y las mujeres del cacique.

La misma cosa nos cuentan los cronistas de los siglos XVI, XVII y XVIII, y así vemos que no era una costumbre nueva adquirida después de la llegada de los españoles, sino que existía entre ellos desde tiempos anteriores.

No sabemos si las otras tribus de indios chilenos la practicaban igualmente; porque ninguno de los cronistas da detalles de los araucanos o tribus de ultra Bio-Bío.

Pero el Padre Ovalle, Molina, Núñez de Pineda, González de Nájera y Rosales, están acordes en que el entierro con llanto era una de las costumbres mapuches.

El Abate Molina dice al respecto: «Luego que uno ha

---

(1) Ruiz Aldea P.—Los araucanos y sus costumbres, Los Angeles 1868. Santiago 1902. p. 46.

muerto, sus parientes y amigos, sentados sobre la desnuda tierra, al rededor del cadáver, *lloran por un gran rato*, y después lo exponen vestido de su mejor ropa, sobre un alto átaud que llaman *pilluay*: así lo tienen toda la noche, la cual pasan *parte llorando*, y parte comiendo y bebiendo, en compañía de aquellos que han venido a consolarlos. Esta junta se llama *curi cahuin*, esto es, el convite negro, porque este color es también entre ellos símbolo de luto.

El día siguiente, y talvez el segundo, o el tercero después de la muerte, llevan el cadáver procesionalmente al *eltum*, o sea al cementerio de la familia, que por lo común es situado es un bosque, o sobre una colina. Dos jóvenes a caballo, corriendo a rienda suelta, preceden el acompañamiento. Los parientes principales llevan el ataud, *el cual es rodeado de muchas mujeres que lloran al difunto a modo de las plañideras de los Romanos*. Otra mujer entre tanto, va esparciendo en el camino, detrás de el féretro, rescoldo, para que el alma no pueda volver más a la casa.... Hecho esto, *se despiden con mucho llanto* del muerto» (1).

Hasta ahora no se ha perdido la costumbre entre los araucanos y se ha arraigado de tal manera que no solo se nota en sus entierros y durante el duelo, sino que ha impermeado tanto su modo de ser, que aún en su oratoria no pueden desprenderse de la cadencia lúgubre y llorosa, y al oir sus discursos, uno que no entiende su lengua, se imagina que están lamentando sus desgracias o recordando incidentes de un gran pesar, tan triste es el sonsonete con que los pronuncian.

Guevara comentando la costumbre dice: «Es un llanto cantado en una escala que se desarrolla de las notas altas a las bajas y vice-versa. No se conoce entre las indias el llanto de sollozos, propio de los pueblos civilizados.

El concierto de lamentaciones de las mujeres alrededor

(1) Molina, Abate Juan Ignacio—Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile, escrito en italiano y traducido al español por Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Madrid 1795. Tomo II págs. 90-91.

del muerto no es únicamente una práctica fúnebre, sino una serie de maldiciones contra el matador, mágicamente eficaces en algunas ocasiones; la venganza toma esta forma a falta de otra más positiva» (1).

No solo ha existido la costumbre entre los indios y otras razas primitivas, sino también entre los pueblos civilizados y en épocas, bastante recientes.

Era común entre los griegos y romanos, y no hace muchos lustros era igualmente común en España y en los países latino americanos. Todavía viven personas que recuerdan la práctica en Chile. Respecto al Perú reproduciremos algunos párrafos debidos a la pluma de Ricardo Palma: «Existió en Lima, hasta hace cincuenta años, una asociación de mujeres cuyo oficio era gimotear y echar lagrimones como garbanzos. Lo particular es que toda socia era vieja como el pecado, fea comó un chisme y con pespunte de bruja y rufiana. En España, dábanlas el nombre de plañideras; pero en estos reinos del Perú se las bautizó con el de *doloridas* o *lloronas*.

No bien moría un prójimo que dejase hacienda con qué pagar un decente funeral, cuando el albacea y deudos se echaban por esas calles de Dios en busca de la llorona de más fama, la cual se encargaba de encontrar a las comadres que la habian de acompañar.

El estipendio, según reza un añejo centón que he consultado, era de cuatro pesos para la plañidera en jefe y dos para cada una subalterna. Y cuando los dolientes, echándola de rumbosos, añadían algunos realejos sobre el precio de tarifa, entonces las doloridas estaban también obligadas a hacer algo de extraordinario, y este algo era acompañar el llanto con patatuces, convulsiones epilépticas y repelones. Ellas esperaban, la puerta del templo la entrada y salida del cadáver para dar rienda suelta a su aflicción de contrabando.

No concluía aquí la misión de las lloronas. Quedaba aún el rabo por desollar, esto es, la ceremonia de *recibir el duelo* en

(1) Pscología del Pueblo Araucano, ob. cit. p. 271.

casa del difunto durante treinta noches. Enlutábanse con cortinajes negros la sala y cuadra, alumbrándola con un fanal o guarda brisa cubierto por un tul que escasamente dejaba adivinar la luz, o bien encendían una palomilla de aceite que despedía algo como amago de claridad; pero que realmente no servía sino para hacer más terrífica la lobreguez». (1).

Desde las siete hasta las ocho de la noche se reunían los amigos y amigas de la familia pero guardaban un profundo silencio, el que era interrnmpido solo por las lamentaciones y jemidos de las lloronas.

Aún existe la costumbre entre los indios fueguinos del extremo sur del continente. Coazzi nos asegura que en la actualidad tanto los onas como los yahganes la practican. Al efecto escribe: «También entre los yahganes, como entre los onas, los parientes del difunto abandonan la choza en que murió, y abandonan por algún tiempo la localidad. Parece que no conservan largo y doloroso recuerdo de sus muertos, y que los gritos y las heridas que se hacen por la muerte de algún pariente son más bien efecto de costumbre que de verdadero dolor.» (2).

El hecho es confirmado por Cañas Pinochet quien dice: «cuando un indio está enfermo, sus compañeros de choza se ponen a cantar con una entonación triste y monótona, siempre repetida por largas horas.

Cuando el enfermo ha fallecido, los parientes y los amigos prorrumpen en gemidos lastimeros, acompañados por una melopea tierna y suave; rasgúñándose las piernas, haciéndose una serie de tajos, por los cuales derraman abundante sangre. Son las mujeres en especial las que manifiestan su dolor en esta forma. El llanto se prolonga por largas horas durante las cuales derraman abundantes lágrimas. Las lamentacio-

---

(1) Palma, Ricardo. Las lloronas del Viérnes Santo. Cuadro tradicional de costumbres antiguas. Valparaíso. *La Patria* N.º 3,510, enero 15 de 1875; reproducido después en Tradiciones Peruanas.

(2) Los Indios del archipiélago Fueguino. ob. cit. p. 27. Segunda parte.

nes se oyen a larga distancia y producen impresión su misma monotonía y tristeza.» (1).

Es una costumbre tan repartida que casi no hay nación en el continente en que no se practica por algunas de sus tribus. La encontramos en las regiones antárticas entre los fueguinos y en las más septentrionales entre los esquimales. La hallamos igualmente entre los colombianos y peruanos de las costas del Pacífico como entre las tribus que bordean el Atlántico; en la parte central del continente en ambos hemisferios; en las montañas y en los llanos.

Entre muchas tribus sobre todo entre las más salvajes del continente, el hábito está tan inherente en la psicología del indio que se hace patente en todos sus actos ceremoniosos en su manera de saludar a los forasteros o a los que han estado por largo tiempo ausente, como también en sus rituales religiosos y hasta en su oratoria.

No es, como han opinado algunos autores, una prueba de tristeza de la raza; porque se encuentra practicada por por pueblos de más diverso índole y carácter y que en otras ocasiones son de alegre disposición.

Tampoco es especial a un sólo grupo de naciones como ha supuesto Friederici (2) talvez por insuficiencia de datos); porque como hemos visto, es una costumbre esparcida por todo el continente.

Es verdad que este etnólogo ha considerado sólo una fase de la cuestión; la relacionada con el *saludo* con llanto, como también lo hizo Schuller en su crítica del artículo. Ni el uno ni el otro se ha fijado que la costumbre que describen no es más que el corolario de otra mucho más generalizada y que se ha conocido no sólo en América sino también en Europa y

(1) Cañas Pinochet Alejandro. La Geografia de la Tierra del Fuego y noticias de la antropología y etnografía de sus habitantes. Trabajos del IV Congreso Científico (1.º Pan Americano). Vol. XI. Trabajos de la III Sección. Tomo I. p. 362. Santiago de Chile 1911.

(2) Friederici Georg. Der Tränengruss der Indianer. Globus. Tomo XXXIX N.º 2. pp. 30-40. Braunschweig 1906.

las demás partes del mundo. No se puede separar de una manera arbitraria las diferentes fases de una expresión psicológica, como ha tratado de hacerlo el etnólogo alemán. Todos los seis casos de saludos con llanto citados por él, eran observados en pueblos donde también existe el entierro y el duelo con llanto y donde es probable que otras ceremonias también se efectuan con lamentaciones. Es verdad que son muy numerosas las citas de las ceremonias funerarias en que toman una parte activa las plañideras, mientras que son más escasas las que mencionan el saludo con llanto; pero esta omisión no autoriza la opinión que sólo ha existido en una área limitada o entre pocos pueblos. Por otra parte existen muchas citas que parece haber ignorado Friederici, y encontramos la fase que le llamó tanto la atención mucho más repartida de lo que él sospechaba.

Por ejemplo entre los araucanos también se practica; pero la mayor parte de los cronistas y escritores omiten toda mención de ella.

Sólo Guevara nos da algunas noticias al respecto, dice: «Se ha podido comprobar que antiguamente se agregaba el llanto al saludo de parentesco o amistad. Esta costumbre alcanzó a llegar en forma atenuada a la época moderna.

El odio a la raza conquistadora y el orgullo guerrero, los obligaban a ocultar esta costumbre a los españoles; pero en su trato íntimo la practicaban como regla ordinaria.

A medida que el tiempo avanzaba, desde la conquista a nuestros días, el saludo con llanto iba perdiendo lentamente de intensidad».

En seguida da un caso concreto que le fué contado por un indio que lo presenció y termina diciendo que «antes de la pacificación de la Araucanía, aun se practicaba por ausencias cortas» (1).

No lo creemos muy difícil explicar el orígen de tan extraña costumbre. Si estudiamos las seis tribus citados por Friede-

(1) Psicología del Pueblo Araucano, ob. cit. pág. 63.

ricie (charrúas, tupis, lenguas, tejas, caddos y santees), vemos que todos eran nómades o semi-nómades y que sus principales ocupaciones eran la caza y la guerra. Sucedía a veces que partidas de cazadores o guerreros se ausentaban de las tolderías, alejándose por distancias considerables y por períodos más o menos largos. Con frecuencia algún individuo perdía la vida durante la expedición, o moría algún miembro de los que se habían quedado en la toldería. En semejantes ocasiones, cuando se volvían a reunirse, era de rigor que todos lamentasen la pérdida, como nos enseña el padre Sánchez Labrador, quien dice que entre los mbaya «han de llorar todos los de la parcialidad, ceremonia que dura algunos días al amanecer y *que ni con los ausentes se dispensa. Cuando estos vuelven al toldo han de llorar manifestando a todos sus penas*» (1).

Es probable que esta idea forma la base del saludo con llanto y se prolongaría todo el tiempo que duraba el duelo, renovándose cada vez que llegaba a la toldería, una persona que no hubiese estado en el momento de la defunción, fuese o no de la agrupación. Poco a poco se iría cristalizando la costumbre hasta hacerse general como saludo para todos los que veían por primera vez o que les visitaba después de una prolongada ausencia.

El hecho de hallar esta costumbre tan repartida, no sólo en este continente, sino también en Asia y en Polinesia, hace evidente que no se trata aquí de una cuestión de contactos o relaciones, sino más bien de un estado psicológico inherente en los pueblos de civilizaciones no muy avanzadas.

Los pueblos de cultura primitiva no alcanzan a comprender el efecto de las enfermedades. Para explicar los males a que está sujeto el cuerpo humano, recurren a las ideas supersticiosas respecto de los poderes sobrenaturales y generalmente malignos de las ánimas, los demonios y aún de personas vivas, como los brujos, etc. Sus medios de comba-

---

(1) El Paraguay Católico. Tomo II. p. 46. ob. cit.

tir las enfermedades son casi siempre mágicos, destinados a contrarrestar estas causas por el exorcismo, por incantaciones o por acciones expiatorias.

Cuando a pesar de sus ritos, muere el enfermo, la ley de talión les obliga descubrir al malhechor que haya causado la muerte. Generalmente consideran necesaria la autopsia del cadáver a fin de averiguar quien fué el causante; operación ejecutada por los médicos; que son los principales practicantes de los ritos mágicos.

Generalmente se consideran como farsantes, estos médicos (o médicas) que se ocupan exclusivamente de engañar a sus clientes. Esto es verdad en parte y no cabe duda que con frecuencia abusan de la credulidad del vulgo para satisfacer venganzas personales, para fines políticos, para peculio o para otros motivos privados. Pero sería un error creer que son todos embusteros y que no existe ningún fundamento para su ciencia o prácticas.

Para juzgar estas, es preciso colocarse al nivel de sus oficiadores, y mirar las cosas desde el punto de vista de ellos. Hay que reconocer, antes de todo, el poder que los sueños ejercen sobre su mente. Para ellos son hechos reales, percibidos por sus propios sentidos y contra los cuales no hay apelación.

Las prácticas de los médicos casi siempre tienden a producir un sueño hipnótico, un emborrachamiento por medio de drogas, humo, narcóticos etc., estados de ánimo en que son muy predispuestos a las alucinaciones. En esta condición, producida artificialmente, ven personas, animales, séres grotescos o terroríficos y todas clases de visiones parecidas a las producidas por el *delirium tremens*.

Generalmente se imputa la culpa de la enfermedad o de la muerte a los seres que aparecen en estas visiones. A veces sucede que en este estado de éxtasis o de sueño hipnótico el médico ve a una persona conocida de la agrupación a que pertenece el difunto o de otra vecina. Denunciado el hechor, los parientes del muerto se preparan a tomar sumaria ven-

ganza que frecuentemente resulta en la muerte de la persona inculpada y origina una guerra de represalias entre una y otra familia o tribu.

Un hecho curioso relacionado con estas superticiones es, que con frecuencia el acusado cree que puede haber cometido el crímen que se le imputa. Recuerda el autor de estas líneas que hace algunos años conversaba sobre este punto con un mapuche, a quien se le habían acusado de dañar con sus brujerías a otro indio de la misma reducción. Afortunadamente en este caso no murió el individuo; pero se despertó entre los parientes del injuriado un sentimiento tan hóstil que el supuesto brujo tuvo que abandonar la agrupación.

Preguntándole si verdaderamenee había cometido la supercheria de que se le acusaba, contestó que no se recordaba, pero posiblemente durante un sueño lo había hecho, pues el machi (doctor) no tendría motivo para culparle si hubiese estado inocente, porque siempre habían guardado buenas relaciones.

La carrera de médico entre los indios no carece de peligros. Casi siempre se hace de enemigos, quienes se aprovechan de cualquiera oportunidad favorable para vengarse de él, venganza solo restringida por el temor de sus poderes sobrenaturales.

Entre algunas tribus el médico corre otro peligro. En el caso de que haya sido llamado para atender a algun cacique de importancia y este muere a pesar de sus artes, el mismo pueblo se encarga de correrle de la reducción y aun en ciertos casos de darle muerte por incompetente.

Esto sucede con frecuencia entre los fueguinos, los mbayas y otras tribus del Chaco, especialmente cuando mueren dos o tres enfermos en corto tiempo. Debido a esto, en muchos lugares el médico vive apartado de la tribu o aun en algunos casos se niega a atender a los enfermos de su propia agrupación y es casi el único freno que existe para que no abusen de los poderes con que la imajinación popular los dota.

Naturalmente, mezclado con sus supersticiones y con sus verdaderos conocimientos, se encuentran muchos engaños y patrañas voluntarias, especialmente los juegos de prestidijitación que emplean para mostrar a los expectadores los objetos como piedras, huesos, espinas e insectos que extraen de los enfermos y que aseguran hayan sido la causa de la enfermedad.

Acaecida la muerte, son numerosas y complicados los ritos y ceremonias que generalmente preceden el entierro o última disposición del cadáver. Una de las preocupaciones principales es la de impedir que los demonios o espíritus malignos entren en posesión del cuerpo, y muchos de los ritos están destinados a ese fin. Los parientes rodean la habitación, o recorren la vecindad, a pié o a caballo, blandiendo sus armas en medio de una gritería y sonajera de instrumentos musicales, mientras los médicos hacen sus incantaciones para ahuyentar los espíritus o descubrir el culpable.

Otra preocupación, que daba lugar a muchas curiosas y bárbaras costumbres y ritos, era el temor que tenían algunas tribus del ánima del muerto, que resultaba en el alejamiento del difunto, y en el abandono o destrucción de la habitación que ocupaba.

Sin embargo, existían algunos pueblos que se empeñaban en dar toda clase de facilidades al ánima, para su libre tránsito y no temían su proximidad. No faltaban los que creían que el espíritu, bajo ciertas circunstancias, no podía escapar del cuerpo, y esto originó la costumbre de la trepanación *post-mortem* practicada por algunas tribus del antiguo Perú. La costumbre de trepanar el cráneo en el caso de enfermedades del cerebro era bastante común en esa región (1) y se derivaba de la idea de que el cuerpo estaba posesionado de un espíritu maligno, al que obligaban a salir por la perfora-

(1) Muñiz, Manuel Antonio and. Mc. Gec. W. I. Primitive Trephining en Perú. XVI Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washigton, 1897.

ción practicada en el cráneo del enfermo. Cuando moría el enfermo antes de poderse hacer la operación, esta se hacía después de la muerte, para dar paso al espíritu encerrado.

Cráneos trepanados también se han hallado en las faldas de la cordillera argentina. Recordamos un caso citado por Aguiar, de un cráneo trepanado hallado en una antigua sepultura huarpe. Este cráneo había sido trepanado durante la vida del individuo y no le causó la muerte como era frecuente en esta clase de operaciones, porque los bordes del portillo practicado, demostraban señales de una parcial suturación posterior (1).

Muchas otras explicaciones traumaturgas o terapéuticas se han dado como motivo de esta curiosa costumbre y es probable que muchas de ellas sean verídicas en ciertos casos; pero al mismo tiempo no cabe duda que la razón principal es la que hemos mencionado.

Esta idea se hacía extensiva a los objetos y encontramos en muchas partes la práctica de quebrar o de perforar (trepanar) los objetos enterrados con los muertos para que pueda escapar su ánima.

Ten Kate en un informesobre sus excavaciones en el noroeste argentino dice que con frecuencia encontró perforaciones redondas en los objetos de cerámica desenterrados, o bien quebraduras al parecer intencionales. Al principio no dió importancia al hecho, pero asombrado por su frecuencia llegó a la conclusión de que se trataba de la costumbre común entre los shiwis de *matar la vasija* (2).

Baxter, citado por Ten Kate, hablando de este pueblo zuñi dice: «Salvo que la urna mortuoria se haya fabricado especialmente para este propósito, es *muerto* por la perforación de un portillo en el fondo, o por la quebradura parcial;

(1) Los Huarpes. ob. cit. pág. 292.

(2) Ten Kate, Hernan.—Rapport Sommaire sur une Excursion Archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta. Revista del Museo de la Plata. T. V. pp. 347. 358.

para permitir escapar su alma con la de la persona que contiene» (1).

Cushing trata en detalle la misma cuestión (2).

Ambrosetti cita todos estos casos y dice que en Pampa Grande encontró la misma costumbre en siete sepulturas y publica entre los grabados de su obra las fotografías de las piezas en referencia (3). En la Paya encontró ollas nuevas quebradas al enterrarlas (4).

El Dr. Fonck descubrió la misma costumbre en Chile y refiere el númeors de objetos hallados por él. en las diversas sepulturas examinadas, que al parecer habían sido quebrados intencionalmente antes del entierro. Estos objetos consistían especialmente de morteros de piedra (5).

Medina dice que entre los objetos más usuales en las sepulturas de los indios chilenos debemos contar muy especialmente la piedra de moler, que según parece, *se quebraba en señal de duelo*, pues en todas las huacas hemos encontrado siempre roto este utensilio» (6).

Nordenskiöld observó la misma costumbre en Perú y Bolivia (7).

En aquel epítome de costumbres curiosas, *El Paraguay Católico*, donde encontramos una explicación lucida de tantas cosas extrañas, el Padre Sánchez Labrador nos da una detallada descripción de los entierros de los payaguás. Entre

(1) Baxter Sylvester.—The Old New World. An account of the Hemmenway Southwestern Archaeological Expedition. Salem. 1888.

(2) Cushing T. H.—Compte-rendu de la septiéme session du Congrés International des Américanistes a Berlin. 1888. pp. 172-174.

(3) Pampa Grande. ob. cit. pp. 43-45.

(4) Ambrosetti, Juan B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de La Paya. Dos tomos. Tomo I. p. 165. Buenos Aires. 1907.

(5) Fonck, Francisco.—La Región Pre-histórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu. Valparaíso 1910.

(6) Medina José Toribio.—Los Aborígenes de Chile. p. 259. Santiago 1882.

(7) Nordenskiöld Erland.—Arkeologista undersökningar i Perus och Bolivias gränstrahter. 1904-1905. Upsala y Stockholm. 1906.

otras cosas dice: «Lo que no se puede penetrar es por qué debajo de los cántaros grandes había dos o tres chicos de la misma forma; también por qué unos tenían suelo (fondo?) y otros no; y finalmente por qué en todas las sepulturas *estaba un cántaro de éstos con tres agujeros*, uno a un lado, otro en medio y otro en el fondo. *Ofrecióse que dichos agujeros servían para que el espíritu metido en su tinaja, tenga sol, viento y comodidad para registrar lo que pasa por afuera y por dentro de la sepultura, cuando gustare vivir en retiro* (1).

Goeldi hace referencia a la costumbre, que encontró entre los cunanis de la Guayana holandesa y dice que encontró un lebrillo que tenía pequeños agujeros en el fondo (2).

Mc. Gee hablando de esta costumbre entre los indios seris de California dice que la práctica «expresa la idea de *matar el objeto* que sirve para los sacrificios mortuorios, para asimilarlos a la condición del difunto; como también la intención subentendida de preservar el sepulcro contra depredaciones» (3).

El profesor Uhle, por otra parte, cree que la mayor parte de las piezas de alfarería perforada que se hallan en las tumbas, han sido horadadas para permitir las libaciones, pero aun cuando admitimos que en algunos casos este puede haber sido el motivo, no creemos que lo era en general. Los testimonios son demasiado numerosos para que todos los observadores se hayan equivocado, sobre todo si tomamos en cuenta que la costumbre se hacía extensiva a tantos otros objetos como morteros, arcos, flechas y otras armas que en ningún caso podrían haber servido para libaciones. Hemos visto en otro capítulo, como entre algunas tribus era muy generalizada la costumbre de romper los objetos sepultados con los muertos para permitir que escapasen sus ánimas.

Obedece la misma orden de ideas, la costumbre de dejar

(1) Ob. cit., Tomo II. p, 94.

(2) Goeldi E. A.—Memoria del Museu de Historia Natural y Etnologia do Para. 1900.

(3) The Seri Indians. ob. cit. p. 291.

aberturas en las tumbas para el libre egreso e ingreso de las ánimas (1), de dejar intactas las habitaciones y ajuar antes ocupadas por el muerto, para que las halle listas para su uso si el espíritu desea volverlas a visitar.

Con el tiempo el temor a las ánimas desterró estos sentimientos hospitalarios y aun cuando guardábanse toda clase de consideraciones y respeto a las supuestas necesidades del difunto, sin embargo, se tomaban todas las precauciones posibles para asegurar su permanencia en la sepultura, o por lo menos para impedir que su alma volviera a la tierra de los vivos.

Con este objeto inventaron varios métodos de asegurar el cadáver. A veces lo amarraban fuertemente con sogas, o bien lo envolvían en muchas fajas o mantas y aun lo cosían dentro de bolsas de cuero. Hacían sepulturas hondas, las que cubrían con montones de tierra o de piedras; encerraban el cadáver en cajones, ataúdes o urnas y algunas tribus incineraban sus muertos y guardaban solamente las cenizas. Vestigios de la mayor parte de estas costumbres todavía sobreviven entre las naciones más civilizadas.

Enterrábanse juntos con el cadáver, alimentos, ropa, armas, utensilios de su profesión, o caseros y con frecuencia se sacrificaban sus mujeres, esclavos y animales favoritos para que no se sintiera olvidado o abandonado en su nueva morada.

La atención a sus necesidades no terminaba con esto. Como los vivos necesitaban comer a menudo, así también lo harían los muertos; como a aquéllos les gustaba reunirse en banquetes y fiestas, éstos también tendrían los mismos gustos. En consecuencia, se renovaban las ofrendas de comidas y bebidas y la sepultura a menudo llegaba a ser el punto de reunión de los deudos en sus ocasiones festivas.

---

(1) Weiner Charles.—Pérou et Bolivie. Paris 1880. p. 537. Habla de las ventanas dejadas en las tumbas del cerro de Sigsá para el paso del muerto,

Cieza de León nos pinta un interesante cuadro de cómo los indios de Ecuador precavían estas libaciones póstumas. Después de describir su modo de entierro, prosigue: «Hecho esto, ponen encima de la sepultura una caña de las gordas que ya he dicho haber en aquellas partes, y como sean estas cañas huecas, tiene cuidado a sus tiempos de les echar deste brebaje, que éstos llaman azúa, hecho de maíz o de otras raíces; porque, engañados del demonio, creen y tienen por opinión (según yo lo entendí dellos) *que el muerto bebe deste vino que por la caña le echan*» (1).

Describe también una costumbre parecida practicada por los collas (aimaras), «haciendo con sus ilusiones demostración de algunas personas de las que eran ya muertas, por las heredades, parecíales que los veían adornados y vestidos como los pusieron en las sepulturas; y para echar más carga a sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto a las sepulturas, y queman mucho sebo de corderos; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas sepulturas, y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana (2 .

Zárate dice que en el Perú tenían la misma costumbre que describe Cieza en el Ecuador; «los parientes derramaban sobre el lugar de la sepultura, esa bebida que llaman chicha, la que por medio de unos tubos llegaba hasta la boca del muerto» (3).

La costumbre de renovar las ofrendas es muy común por toda la América y no tenemos para qué ir detallando tribu por tribu, las que la practicaban.

Los esquimales según Boas, visitan las sepulturas tres días después del entierro y dan tres vueltas al rededor de

(1) Crónica del Perú. ob. cit., cap. LI.

(2) Crónica del Perú, ob, cit., cap. CI

(3) Zárate Agustin.—Historia del descubrimiento y conquista del Perú. Tomo I. Libro I. Cap. 12.

ella, conversando con el muerto y prometen llevarle alimentos. Preguntan si ha tenido bastante que comer, si ha llegado a la tierra de las sombras, sí se encuentra bien de salud, etc. Estas visitas se repiten un año después de la muerte y llevan a veces alimentos para el ánima del difunto los que este debe devolver con creces (1).

Las tribus del Chaco también renuevan las esteras con que cubren las sepulturas, para impedir que entre el agua durante las lluvias y que sienta frío el difunto.

Tampoco faltan costumbres parecidas entre los araucanos. Entierran con los muertos todo lo que creen puede hacerles falta y renuevan las libaciones y ofrendas un año después.

La manera de disponer de la propiedad de los difuntos varía según la tribu o nación. Las que tienen más miedo de las ánimas, creen que si guardan en su posesión los objetos que han sido del muerto, da a este cierto poder sobre ellos y si, como es probable, se enoja por esta causa, puede causarles mucho daño. Para evitar que esto suceda, se queman o se destruyen todos los bienes del difunto y algunas tribus llevan tan léjos la práctica que aun llegan a matar los animales que deja (2). Otras tribus venden dichos bienes en agrupaciones apartadas, donde los moradores no tienen conocimiento de la defunción, o donde creen que no han de llegar las ánimas. Esta costumbre se practica por los araucanos. Algunos pueblos creen que las ánimas de los muertos sólo pueden ejercer sus influencias sobre los de la misma familia o sangre. Entre ellos los bienes que deja el difunto (salvo los que se entierran con el cadáver) son repartidos entre los extraños que asisten a los funerales. Entre los shastas de California y muchas otras tribus donde la sucesión se cuenta por línea materna, el marido no hereda las posesiones que deja su mujer y estas vuelven a las parientes consanguíneas de ella (3).

Las mujeres de un hombre casado eran consideradas como

(1) The Central Eskimo, ob. cit, p. 614.

(2) *An Unkenown People*, ob. cit. pp. 162-169.

(3) Hale Horatio.—Ethnology and Philology. Philadelphia, 1846.

de su propiedad personal y entre muchas tribus la disposición de ellas después de la muerte de su marido dependía en gran parte de las ideas animísticas del grupo a que pertenecían. A veces eran sacrificadas sobre la sepultura del difunto o enterradas vivas en la tumba. La mayor parte de los pueblos les concedían libertad para contraer nuevo matrimonio después de haber terminado el duelo y de haber cumplido con el *tabú* o las restricciones impuestas por la costumbre en tales casos. Empero, en algunas partes donde la idea de la propiedad se extendía hasta incluir las mujeres, estas se heredaban junto con los demás bienes dejados por el finado. Entre algunas tribus los herederos eran los hijos del difunto y en este caso la madre del beneficiado se exceptuaba y recobraba su libertad. En otros casos eran los hermanos del muerto los que heredaban y todas las mujeres que dejaba este inclusas las hijas, pasaban a formar parte de la familia del nuevo dueño.

Esta costumbre existía hasta hace poco entre los araucanos, pero en la actualidad ha caído en desuso.

La costumbre de la purificación de los que preparaban el cadáver o que de algún otro modo se ocupaban directamente en la ceremonia fúnebre, era muy generalizada entre muchos pueblos. En la mayoría de los casos la ablución desempeñaba el principal papel en estos ritos y los contaminados se lavaban y se bañaban en agua fría o caliente. La ceremonia de purificación era de rigor entre las tribus del Chaco; pero otras, como los araucanos, se preocupaban muy poco de semejante rito.

Una costumbre practicada por varias tribus de las costas del Pacífico, desde Alaska hasta el Perú, era la de cubrir la cara del difunto con una máscara. Las máscaras mortuorias se fabricaban de diferentes materiales, empleándose la madera, las pieles, el metal, etc. y eran por la mayor parte adornadas o engalanadas con pintura, piedras de colores, plumas, colgajos de lana y otras cosas. No se sabe a ciencia cierta el origen de esta costumbre, algunos etnólogos creen

que nació en el deseo de engañar a la muerte cuando venía a buscar al moribundo; pero estimamos que debe desecharse esta idea por cuanto el hombre primitivo no conceptuaba la idea abstracta de la muerte y por consiguiente no podía atribuirla funciones alegóricas.

Es más probable que se derivó de la costumbre de acompañar al muerto con todos los objetos de su uso personal o que podrían serle de utilidad en la otra vida. Como entre las naciones de las costas del Pacífico, sus principales fiestas, ceremonias y ritos eran intimamente ligadas con las representaciones dramáticas, en que la máscara jugaba un importante papel; sería considerado una falta muy grave que se omitiera del ajuar funerario un objeto tan esencial.

Esta costumbre se practica especialmente en el litoral del Pacífico; sin embargo se encuentra esporádicamente en otras regiones de América, al este de la gran cordillera que cruza de norte a sur todo el continente; como por ejemplo entre los zuñis y los mexicanos, en Yucatán, en la región diaguito-calchaquí y el interior de Brasil.

A veces sucede que la máscara, no es artificial, sino hecha de la piel de la cara humana, con o sin los huesos e integumentos, preparada de una manera especial para conservar en cuanto sea posible las verdaderas facciones del individuo, cuyo cráneo servía para este fin.

Frecuentemente para fabricar esta clase de máscara no se removía sino la parte posterior del cráneo, dejando la cara y el cuero cabelludo intactos.

La más conocida de las máscaras de esta categoría es probablemente la que existe actualmente en el Museo Británico en la colección Christy, llevada a España un poco después de la Conquista, desde México.

Excelentes reproducciones de esta máscara que está incrustada con piedras preciosas y fragmentos de concha, existen en numerosas publicaciones, de las cuales citaremos la obra, *Monuments Anciens du Mexique* por el Abbé Brasseur

de Bourbourg. (Plancha 43 p. VIII, y *Mexican Archaeology* por Thomas A. Joyce. (London 1914, frontispicio).

Reiss y Stübel en su publicación sobre el Necrópolis de Ancón en el Perú, figuran varias momias con la cara cubierta de máscaras (1) y Uhle en un estudio sobre la misma región dice que entre los objetos extraídos de las tumbas más antiguas del llano, encontró momias con máscaras de madera del estilo de Tiahunaco (2).

Los Mexicanos según Gomara ponían una máscara al cadáver de sus reyes: «Poníale una máscara muy pintada de diablos, y muchas joyas, piedras y perlas».

Después de incinerados los restos del monarca hacían una figura de bulto, muy ataviada con ricos vestimentos y joyas y colocaban una máscara. Esta figura se sepultaba junto con la urna que contenía las cenizas del difunto (3).

Los esquimales de Alaska, como también los aleutianos ponen máscara de madera sobre la cara de los muertos. Dall dice que los aleutianos lo hacían para protegerlos contra la mirada de los espíritus durante su viaje al país de los muertos (4).

Los hopis fabricaban máscaras de algodón crudo que representaban nubes y con ellas cubrían la cara de los difuntos.

Decían que era un rito simbólico, porque los muertos eran los que se preocupaban de las lluvias y veían que estas cayesen a su debido tiempo (5).

---

(1) Reiss W. und Stubel A.—Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Berlin 1880-1887. planchas 14. 15. 18. 19.

(2) Uhle Max.—Die Muschelhügel von Ancon, Perú, ob cit. p. 34 y 44.

(3) Conquista de México. ab. cit. p. 436-437.

(4) Dall, William Healey.—On Masks. Labrets. and certain aboriginal customs, with an enquiry into the bearing of their Geographical distribution. III Anual Report of the Bureau of Ethnology. p. 139. Washington. 1884.

(5) Fewkes Jesse W. The group of Tusayan Ceremonials called Katcina. XV Anual Report of the Bureau of Ethnology. p. 312. Washington. 1897.

En Chile también se han encontrado máscaras mortuorias. Recordamos el caso de un niño cuyo cadáver se encontró en una sepultura de Punta Pichalo. La cara se cubría de una mascarilla detierra verde mezclada con una substancia resinosa, dura y compacta y adornada de una larga cabellera.

En el Museo Nacional de esta ciudad se encuentran varias máscaras de madera y una formada de la concha de una tortuga, todas procedentes de sepulturas de diferentes partes del país. No sabemos si en estos casos fueron colocadas en la cara de los muertos o simplemente enterrados con el cadáver como parte del ajuar fúnebre.

Otra costumbre que practicaban algunas tribus era la de colocar sobre las sepulturas, figuras de madera de forma humana, que probablemente representaban las personas enterradas allí.

Dichas figuras eran generalmente toscas y de poco mérito artístico y a veces se reemplazaban por representaciones de otras cosas y en algunos casos por cruces. Estas últimas son generalmente de época post-española y denotan influencias cristianas, pero al mismo tiempo está bien comprobado el empleo de la cruz como símbolo y adorno antes de la conquista.

Según Gomara, cuando los españoles llegaron a Yucatán, hallaron cruces de latón y de palo colocadas en las sepulturas indígenas (1). Elisée Reclus nos cuenta que entre los chibchas, los que morían de la mordedura de culebra eran enterrados, poniéndose además una cruz sobre el túmulo funerario» (2).

Los araucanos todavía colocan estas figuras de madera sobre sus sepulturas, pero varían en forma según la localidad. Smith en su viaje por la Araucanía en 1853 dedicó especial atención a los diferentes tipos de sepulturas que vió. Describe varias de estas figuras.

---

(1) *Historia de las Indias*. ob. cit. p. 184.

(2) *Geografía de Colombia* ob. cit. E, Reclus.

Dice: «La comarca situada entre los ríos Cholchol y Cautín es fértil y bien poblada. Son numeresos los cementerios y notamos otra diferencia más en la manera de distinguir las sepulturas; las cuales en vez de indicarse por cierros de tablones, se señalan por postes toscamente labrados y adornados en su parte superior; algunas con una figura parecido a un sombrero de copa y otros con una escultura, que con un poco de imaginación puede describirse como aguila de dos cabezas.

No pude averiguar lo que quería representar esta última figura; pero es indudablemente la misma vista por los españoles cuando visitaron esta región, por primera vez. Concibieron que representaba el águila imperial de Austria y le sugerió el nombre de Imperial que dieron a la ciudad que fundaron en la vecindad» (1).

Más al sur el mismo viajero vió otro tipo de figura. Encontró un grupo de sepulturas que supuso pertenecía a un cacique y a sus mujeres en número de ocho o diez. «Sobre cada sepultura se había plantado un tronco de diez o doce pies de alto, rudamente esculpido para representar el cuerpo humano. El cacique—porque sin duda habría sido algún jefe—se encontraba en el centro del grupo, sin más vestido que un sombrero y una espada, y por ambos lados estaban alineadas sus mujeres *in puris naturalibus*. Cualquiera que fueran las otras faltas en que había incurrido el escultor, no había dejado lugar a duda respecto del sexo de sus figuras y esto parece haber sido su principal empeño» (2).

Los esquimales del estrecho de Bering también colocaban postes esculpidos sobre las sepulturas. Decían los naturales que las levantaban en memoria de aquellas personas que habían muerto en el mar y cuyos cadáveres no se habían vuelto a ver (3).

(1) The Araucanians. ob. cit. p. 290.
(2) The Araucanians. ob. cit. p. 309.
(3) The Eskimo abont Bering Strait. ob. cit. p. 318.

Champlain dice que los algonquines plantaban postes sobre las sepulturas y que los pintaban de rojo en la parte superior. El mismo autor, hablando de los ottowas de la isla de Alumettes, dice que pintaban o esculpían los postes con una grosera representación de la persona enterrada. A veces cubrían las sepultura con tablones en los cuales pintaban el retrato. Si el sepultado era hombre, le dibujaban con su rodela, una lanza y una macana, un arco y flechas; le colocaban una pluma en la cabeza y si era cacique le agregaban la insignia de su rango. Cuando se trataba de un niño solo pintaban una flecha y si fueran mujeres y niñas las sepultadas, representaban teteras, ollas, cucharas u otro utensilios domésticos y un remo, porque las embarcaciones se tripulaban por las mujeres (1).

Los crees esculpían la efigie de los muertos distinguidos y la colocaban sobre la tumba. Pintaban y engrasaban la imagen periódicamente en el mismo estilo como acostumbraba hacer con el individuo antes de su muerte. Esta costumbre también la practicaban los dakotas y otras tribus de sioux.

Los algonquines y otros indios de Alaska y Colombia Británica colocaban sobre las sepulturas postes esculpidos que representaban los animales o aves que eran sus *totems.*

Los playsanos (sección de là tribu kauvuya) de California del Sur, levantaban tablones sobre las tumbas y los pintaban con pictografías que indicaban las buenas cualidades del muerto. A veces usaban lajas de piedra, las que grababan con los mismos símbolos (2). Los menominis, los chinooks y muchas otras tribus acostumbraban señalar las sepulturas

(1) Champlain Lesieur Samuel de.—Les voyages de la Nouvelle France Occidentale, dicte Canada, faits par le Sr. de Champlain Xaintangeois, Capitaine pour le Roi de la Marine du Ponant, & toutes les Descouuertes qu'il a faites en ce païs depuis l'an 1603 iusques en l'an 1629. etc.

Primera edición. París 1632.

(2) Mallery, Garrick.—*Picture Writing of the American Indians.* Tenth Annual Report of the Bureau of, Ethnology. p. 519. Washington, 1899.

con postes pintados o esculpidos. Schoolcraft describe los postes usados por los sioux y chippewas y hace notar que los totems representados en ellos se hallan invertidos en señal de la muerte de los individuos a que pertenecían (1).

Se podría llenar volúmenes enteros con relaciones de las diferentes costumbres encontradas en las varias regiones de América. Muchas de ellas se encuentran repartidas entre diversas tribus en diferentes partes del continente. Otras son locales y algunas se encuentran esporadicamente en zonas aisladas. A menudo se puede trazar la línea que han seguido en su migración, pero frecuentemente no hay indicio de que las diferentes tribus que las practican hayan estado en contacto unas con otras o que se deben a las mismas influencias.

La índole de todos los puebles no es igual y los fenómenos de la naturaleza no se presentan siempre bajo el mismo aspecto; de modo que no es de extrañarse al encontrar tantas distintas creencias agrupadas al rededor de una manifestación tan misteriosa como la muerte.

No es facil dar una explicación satisfactoria de todas las costumbres y supersticiones que observamos y por el momento solo se puede decir que la mente de ios pueblos primitivos obra independientemente, y sus ideas se forman bajo una multitud de condiciones que no siempre son iguales o parecidas y asi da lugar a la gran diversidad que en ella notamos. Por otra parte, cuando las condiciones son semejantes, encontramos un paralelismo entre la mentalidad de pueblos que viven muy apartados unos de otros. Esta semejanza se nota no solo en su modo de pensar, sino también en sus inventos, sus costumbres, sus industrias, su técnica y en todas las múltiples actividades de su vida diaria y es lógico encontrarla también en sus costumbres mortuorias y en la lenta evolución de sus ideas respecto del animismo y de la vida futura.

(1) Schoolcraft, Henry R.—Information respecting the History Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States. Tomo II p. 54. Philadelphia.



CAPITULO VI.

EL DUELO Y EL TABÚ.

Los afectos entre los pueblos primitivos.—Exteriorización.—Cortar las articulaciones de las extremidades en señal de duelo.—Otras mutilaciones.—Baños para disminuir el pesar.—Cortar el pelo en señal de duelo.—Tiznar la cara y el cuerpo.—Supersticiones.—Tabú.—Prohibiciones impuestas a los viudos y a las viudas.—El duelo entre los esquimales.—Curiosas costumbres al respecto.—El llanto en el duelo y en el saludo.—Apreciaciones al respecto.—Costumbres de los fueguinos.—Las costumbres de los pueblos primitivos semejantes por el mundo entero.

Algunos escritores presumen que la sensibilidad de los afectos entre los pueblos primitivos es menos desarrollada que entre los civilizados y que sus sentimientos son más superficiales y poco duraderos. Citan en prueba de ello muchas de las costumbres que hemos pasado en revista; costumbres que nos parecen crueles y horribles. Sin embargo no es fácil saber hasta qué punto sean exacta estas apreciaciones.

Las acciones de los salvajes y los semicivilizados se rigen

por una serie de factores que no tienen fuerza entre la gente de mayor desarrollo psíquico. No por eso debemos desestimarlos, porque tienen un valor real para los que se encuentran en otro ambiente mental.

Muchas veces las tribus. que practican costumbres bárbaras para con los enfermos y agonizantes, lamentan muy de veras la muerte de los a quienes se sienten obligados a ultimar, pero la superstición y las leyes sociales que inculca pueden más que el sentimento personal y las prácticas originadas en el temor o el instinto de la preservación siguen su curso. Las costumbres del duelo y del *tabu* o la sanción moral impuesta a los deudos del muerto por el sentimento popular, nos enseñan que no carecen de afectos familiares aun cuando por sus hechos aparentan no tenerlos.

Debe recordarse que entre los pueblos poco cultos, la expresión delos sentimientos se exterioriza por medio de privaciones, sacrificios, mutilaciones voluntarias y otros medios que a menudo nos parecen absurdos o bárbaros. Algunos pueblos, tanto en Norte como en Sud América cortaban una articulación de los dedos de las manos o de los pies cuando moría uno de sus deudos y entre ellas se encuentran individuos que han perdido de esta manera la mayor parte de sus extremidades digitales.

Varias tribus del Chaco practicaban esta costumbre. Los charrúas; pueblo desaparecido, que ocupaba la Banda Oriental de Uruguay también se mutilaban en seña de gran dolor: por cada pariente que moría se cortaban la articulación de un dedo de la mano o del pie (1). Lafone Quevedo dice que los mbeguas, y timbues tenían esta práctica (2) como también

(1) LOPEZ DE SOUZA, PEDRO.—Diario da Navigaçao (de 1530 a 1532). edic. F. A. Varmhage (Revista Trimensal do Instituto Histórico Geográfico o Ethnográphico do Brazil.) Tomo XXIV. Río de Janeiro. 1861.

(2) LAFONE QUEVEDO SAMUEL A.—Etnologia Argentina. La Universidad Nacional de La Plata en el IV Congreso científico (1.º Panamericano) Buenos Aires 1909. p. 190

la tenían los yaros según Techo (1) quien agrega que «a algunos de estos indios faltaban todos los dedos de las manos.»

Lafone Quevedo opina que los mocoretaés derivaban su nombre de esta costumbre. Dice: «En Mocoretá yo advierto la raíz *Mbo*=mano, y hetá o etá=cercenado=que le falta: sin duda un apodo de gente que se cortaba los dedos, como los charrúas y algunos timbues» (2).

Madero, citando a Ramírez habla de esta costumbre entre los timbues: «Las mujeres de los timbues tienen por costumbre cada vez que se les muere algún hijo ó pariente cercano se cortan una coyuntura de un dedo, y tal mujer, ay de ellas, que en las manos ni en los pies no tienen cabeza en ningún dedo, y dizen lo hazen a causa del gran dolor que sienten por muerte de tal persona» (3).

Famin dice que además de esta bárbara costumbre las mujeres charrúas se cortan la piel y las carnes de los brazos y de las piernas en signo de duelo (4).

La costumbre de mutilarse en señal de duelo y pesar también se encuentra entre algunos tribus de Norte América. Mooney dice que durante el verano de 1892, los Kiowas fueron visitados por una epidemia de alfombrilla que causó grandes estragos entre las tribus. «La condición de los indios era lastimosa en extremo; casi todas las mujeres tenían el pelo cortado completamente, y habían hecho profundos tajos con cuchillos en los brazos y cara en señal de duelo; mientras algunos *habían cortado un dedo* como prueba de dolor por la pérdida de algún hijo predilecto» (5).

---

(1) Techo, Nicolas del.—Historia de la Provincia de Paraguay. Libro VII. cap VII.

(2) Lafone Quevedo Samuel A.— La raza pampeana y la raza guarani. 1.ª Reunión del Congreso Científico Latino americano Tomo V p. 45. Buenos Aires. 190.

(3) Madero, E.—*El Puerto de Buenos Aires.* p. 342. Buenos Aires 1900.

(4) Famin, César —Chile, Paraguay, Uruguay, Buenos Aires.

(5) Mooney james.—Calender History of the Kiowa Indians. XVII Annual Report of the Bureau of Ethnology. p. 363. Washington 1898.

Los numerosos pueblos que forman la gran familia sioux incluyendo los dacotas, asiniboines, omahas. ponkas, osages, kansas, kwapas, iowas, otos, missouris, winnebagos, mandans, hidatsas, crows, tutelos, biloxis, catawbas, y otros son especialmente adictos a mutilarse y lacerarse, no sólo en señal de duelo, sino también en todas sus ceremonias rogatorias (1).

Smet, hablando de algunas de estas tribus (mandans e hidatsas) y también de los arikaras de la familia caddo, dice:

«Cortan sus dedos y hacen profundas incisiones en las partes carnosas del cuerpo, antes de partir a la guerra, para obtener los favores de sus falsos dioses. En la ocasión de mi última visita a los ricaries, minataries y mandans no pude encontrar a un solo hombre, algo avanzado en años, cuyo cuerpo no fuese mutilado, o que poseyera el número completo de sus dedos» (2).

Hablando de los assiniboines prosigue: «Algunos queman tabaco y presentan al gran espíritu las mejores presas de la carne de búfalo, echándolas al fuego; mientras otros hacen profundas incisiones en las partes carnosas del cuerpo y aun cortan las primeras articulaciones de los dedos para ofrecerlas como sacrificio» (3).

Seler en su trabajo sobre las antigüedades de Guatemala, habla de las excavaciones efectuadas por Sapper y Dieseldorff, en La Cueva cerca de Santa Cruz y dice que hallaron numerosas vasijas de greda que contenían falanges de dedos humanos, pero supone que eran trofeos quitados a los enemigos muertos o prisioneros (4).

Los indios sacs se preocupan mucho de las demostraciones exteriores de su pesar para los deudos o amigos que mueren. Estas consisten en ennegrecer la cara con carbón, en ayunar, en no usar el rojo de sus pinturas corporales, y en abstener

(1) Dorsey.—A study of Sionan Cults. ob. cit .p.

(2) Smet.—Western Missions and Missionaries. ob. cit. p. 92.

(3) Smet.—Western Missions and Missionaries ob. cit. p. 134.

(4) Stevenson.— The sia. ob. cit. p. 145.

de adornarse, etc. También hacen incisiones en los brazos, las piernas y otras partes del cuerpo; no con el propósito de mortificar la carne, ni de producir un dolor, que por absorber su atención borre el recuerdo de la pérdida sufrida; sino exclusivamente con la idea de que siendo interno el pesar, la única manera de hacerlo salir es hacerle aberturas por donde pueda escapar (1). Esta explicación de la práctica ha sido confirmada por las labores del *Bureau of Ethnology* de los Estados Unidos; y no queda duda de que entre muchas tribus la costumbre de aliviar los dolores internos por los mismos medios era muy arraigada. Estos hechos constituyen una nueva prueba de que, en el concepto de los pueblos primitivos, las enfermedades, dolores, pesares y aun la muerte se deben a las maquinaciones de los hechiceros o de los espíritus malignos y para librarse es preciso expulsarlos de cualquier modo. Entre los antiguos peruanos se recurría a la trepanación del cráneo, que en el principio no se practicaba con fines quirúrgicos, sino simplemente para facilitar la salida del demonio que se había posesionado del paciente.

La repartición de semejantes costumbres entre tantas distintas tribus que habitan las llanuras de continentes diferentes, separadas por miles de kilómetros, nos da otro ejemplo del desarrollo, por líneas paralelas, del mismo modo de pensar, cuando las circunstancias son parecidas.

Mientras algunas tribus tratan de amortiguar sus penas por medio de sufrimientos corporales, otras procuran obtener los mismos resultados por abluciones o ceremonias de purificación.

Un ejemplo de esto nos ofrece la costumbre prevaleciente entre los Sia y los Zuñis. «Cuando se le muere el marido, la esposa es bañada, después del entierro, por una de las mujeres del mismo clan de ella: si es la esposa que muere el marido es bañado por una mujer de su propio clan.

---

(1) Seler, Eduard.—Antiquities of Guatemala, in Mexican Antiquities. Buletin num. 28 del Bureau of American Ethnology. pp. 105 106.

Esto se hace para que el sobreviviente sea limpiado de su pesar y tristeza» (1).

En muchas tribus, los parientes del muerto cortan el pelo en señal de duelo, en otras tiznan de negro la cara.

El negro parece ser el color más usado por los indios en sus ritos funerarios, pero algunos usan además otros tintes, en especial para las ceremonias mágicas que emplean para espantar las ánimas o demonios que pueden estar en acecho.

Entre los pimas, los hombres cortan el pelo, que usan muy largo, al nivel de la cintura; las mujeres cuando se les muere el marido o algún hijo suelen cortarlo a la altura de las orejas y en el caso de una viuda anciana que tiene poca esperanza de volverse a casar, esta lo corta completamente, porque ella más que nadie debe sentir la pérdida de su marido. El pelo que se corta se sepulta en el lecho del río. No se lo debe quemar, porque se cree que esto produciría dolores de cabeza tan violentos que pudiesen ocasionar la muerte de la persona trasquilada. Las viudas observan el duelo por cuatro años y durante este tiempo deben quedarse en la casa, no lavarse la cabeza y se las impone como obligación llamar al difunto todas las mañanas al amanecer. Antes que principiaban a usar las faldas actuales se envolvían en frazadas. Mientras duraba el duelo no les era permitido cubrir el busto y andaban con el pecho y los brazos desnudos y después de que se acostumbraban usar camisolas, estas se dejaban a un lado en semejante ocasión, aún durante el tiempo más helado (2).

Los indios tlingit mostraban el pesar que sentían por la muerte de un deudo cortándose o chamuscándose el pelo al nivel de las orejas (3).

En Sud-América prevalece la misma costumbre entre los

(1) Long, Stephen Harriman.—Narrative of an expedition to the Washington 1904 source of the st. Peters River in the year 1823 Compiled by William H. Kealing. 2 vols. Philadelphia 1824.

(2) The Pima Indians. ob. cit p. 195.

(3) The Social condition etc. of the Tlingit Indians. ob. cit. p. 429.

indios del Chaco y de Bolivia oriental. Los lenguas, al principiar el duelo pintan de negro la cara, generalmente con una mezcla de grasa y carbón y debajo de los ojos pintan rayas que representan lágrimas. Se corta el pelo de raíz y cubren la cabeza con un paño. Mudan de sitio sus tolderías después de una defunción y los parientes cercanos del muerto, al entrar la nueva aldea, se arropan bien para que nadie vea su rostro. Viven aparte por un mes, comen solos, de viandas preparadas especialmente y no se les permite participar de la olla común. Se les considera contaminados hasta que termina el período fijado por el duelo, que varía según la importancia del muerto. Entonces se ejecuta la ceremonia de purificación, que se hace lavándolos con agua caliente y sólo después de terminada esta función se da por suspendido el duelo y se celebra la fiesta mortuoria.

En el caso de infanticidio no hay ritos ni duelo. Cuando se ejecuta a un asesino, no se observa el duelo, el cadáver se incinera, las cenizas de la pira fúnebre son desparramadas y los instrumentos usados para la ejecución son mostrados a los parientes del reo, todo manchados de sangre, a fin de probar que la venganza se ha cumplido y en seguida son sepultados porque no se pueden usar otra vez para ningún propósito (1).

El Padre Sánchez Labrador nos da, como siempre, un cuadro muy interesante del duelo entre los mbayas:

«Mudados los toldos, los parientes del difunto continúan su duelo con nuevos ritos. Las mujeres se tusan el pelo a su modo y no le vuelven a cortar hasta que les crece y llega casi a los hombros. Los hombres hacen lo mismo y dura la ceremonia los meses de su duelo, que suelen ser dos o más, según la calidad del difunto. Todos los de la parentela se abstienen de algunos alimentos, como pescado, carne de ciervo, etc.; reducidos a comer palma y legumbres si las pueden conseguir. No juegan ni concurren a las borracheras, que son sus

(1) An Unknown People. ob. cit. p. 169.

fiestas. Tampoco se pintan; ni se ponen adorno alguno de sus cuentas o planchitas. Guardan un retiro, para infieles, muy estrecho, pues no salen de su toldo sino a lo muy preciso. Los hombres están sentados en ademán de absortos, haciendo flechas etc., o echados de dolor, rendidos.

Las mujeres se entretienen en sus cuotidianas labores. Duran estas señales de dolor hasta que el cacique les manda alegrarse. Envíales a decir que se diviertan y coman como los demás del toldo; que se pinten y que se engalanen y que no den lugar a que les consuma la tristeza. Con este aviso cesan los lutos y entra la alegría en los corazones afligidos, y valen tanto las palabras de su príncipe como si fuera una revelación del feliz estado de sus difuntos» (1).

Hill Tout, describiendo las costumbres de los indios stlatlumh de Columbia Británica, dice que en la mañana del quinto día de las ceremonias fúnebres, todos los miembros de la familia del difunto salen de las chozas y hacen cortarse el pelo por el shaman a cargo de los ritos. Se les corta primero el lado derecho por ser ese el lado de más honra en todos sus asuntos. Una vez trasquilados vuelven a las chozas, se pintan la cara y vuelven nuevamente a la fiesta. Se forman pelotas del pelo cortado, las que son llevadas al bosque y amarradas a las ramas de los árboles; pero siempre por el lado oriente (2).

Los stseelis, descritos por el mismo autor y que pertenecen a la misma familia étnica, también se cortan el pelo en señal de duelo. La manera de efectuar esta operación indica el grado de parentesco que tienen con el difunto o expresa la profundidad de su pesar.

Los parientes lejanos solo cortan la punta; los más inmediatos, al nivel de las orejas; pero cuando quieren expresar profundo dolor se trasquilan completamente.

La duración del duelo varía entre un mes y varios años,

---

(1) El Paraguay Católico, ob. cit. pp. 48-49.

(2) Report on the Ethnology of the Stlatluhm. ob. cit. p. 138.

según la importancia del difunto. Entre ellos el cortarse el pelo tiene el mismo significado que el llevar luto entre nosotros (1).

Los menominis ennegrecen la cara con carbón o con cenizas. Antes se acostumbraba mezclar estos ingredientes con resina de pino para que no se borrasen con tanta facilidad, y no se permitía a las viudas volverse a casar hasta que hubiera desaparecido completamente. En los casos de gran dolor, se cortaba el pelo sobre la frente (2). Varias tribus de los iroqueses teñían la cara en seña de luto y lo hacían también con el cadáver. El padre Tomás Falkner cuenta que entre los moluches «las viudas se obligaban a mantener el duelo y de ayunar por un año después de la muerte de sus maridos. Consiste esto en mantenerse encerradas en sus toldos sin comunicarse con nadie y sin salir sino para hacer sus necesidades. No podían lavarse ni la cara ni las manos, las que se ennegrecían con hollín» (3).

Dice Schuller que los «paisanos» o campesinos del interior del Brasil tienen apego a las costumbres tradicionales y que no se afeitan ni se cortan el pelo durante todo el tiempo que *llevan el pañuelo negro*, es decir, que llevan luto. Los deudos no salen de sus casas por el término de ocho días; y durante este tiempo también quedan cerradas las puertas y ventanas (4).

En las costas del actual territorio de Texas, al norte del Golfo de México, Pánfilo de Narváez, cuando fué a poblar y conquistar el Río de las Palmas, con título de adelantado y gobernador, encontró indios apalaches. Gomara dice de ellos: «Dúrales el luto un año, y lloran tres veces al día todos los del pueblo, y no se lavan los padres ni parientes en todo

---

(1) Ethnological Report on the Stseelis. ob. cit. p. 320.

(2) The Menomini Indians. ob. cit. p. 241.

(3) Falkner, Padre Tomás.—A description of Patagonia and the adjoining parts of South América. London. 1774. p. 119.

(4) Schuller, Rodolfo R.—Sobre el origen de los charrúa. Anales de la Universidad de Chile. Tomo CXVIII. p. 487. Santiago. 1906. 1.º semestre.

aquel tiempo. No lloran a los viejos. Entiérranse todos, salvo los físicos, que por honra los queman, y entre tanto que arden, bailan y cantan. Hacen polvo los huesos, y guardan la ceniza para beberla al cabo de año los parientes y mujeres; los cuales también *se jasan* (se sajan) entonces» (1).

Entre los zuñis y los pimas, el sobreviviente de los esposos es bañado por los padres y hermanas del difunto, quienes también le acompañan por las cuatro noches en que suponen estar el ánima en la vecindad. Se colocan debajo de la cabeza del doliente, un grano negro de maíz y un pedazo de carbón, para protejerle contra los sueños. Creen que si soñara del muerto y despertara de repente, vería el ánima y esta podría causarle daño (2).

Los seminolas de Florida continúan los ritos funerarios durante cuatro días y en seguida resumen sus ocupaciones acostumbradas. Las viudas no se peinan por un año después de la muerte de su marido ni pueden volverse a casar durante ese período (3).

Entre los indios de Norte América como también entre algunos de los de Sud-América se encuentra muy repartida la idea de que el ánima del recién muerto frecuenta la vecindad por cuatro días después de la defunción y sólo terminado este período, inicia su viaje al otro mundo. Esta idea originó probablemente en la creencia de que el ánima no puede alejarse del cuerpo, mientras este no se haya sepultado y como las ceremonias mágicas relacionadas con el entierro son generalmente demorosas y no se sepulta el cadáver hasta que los deudos se han despedido del muerto, el tiempo que media entre la defunción y el entierro, nunca era menos que los cuatro días mencionados.

Posteriormente, cuando muchas de las ceremonias se suprimieron y el entierro se hacía con mayor brevedad, persistía

(1) Historia de Indias. ob. cit. p. 182.
(2) The Zuñi Indians. Ob. cit. p. 307.
(3) The Seminole Indians of Florida. ob. cit. p. 522.

la creencia de que el ánima quedaba en los contornos basta terminar los cuatro días.

Se creía también que las ánimas no podían iniciar su viaje al otro mundo, de noche, por estar obscuro el camino. Los seminolas, y otras tribus que sepultaban sus muertos en posición tendida, colocaban el cadáver con los piés hacia el oriente, porque el sendero por donde tendrían que viajar principiaba en el punto donde aparecía el sol por la mañana y si el cadáver fuese dejado en otra posición el ánima no podía divisar dicha punto y se perdería en la obscuridad (1).

Entre los omahas era costumbre que los viudos y las viudas esperasen de cuatro a siete años antes de volverse a casar. Si lo hacían antes, los parientes del difunto las golpeaban y las maltrataban, quitándoles sus posesiones (2).

En las Antillas y todas las costas vecinas al Mar Caribe los indios solían cantar canciones lúgubres rememorando los hechos y cualidades del muerto; alternando los cantos con bailes mortuorios, llamados areitos. Estas ceremonias de duelo fueron continuadas por los parientes por quince o veinte días después del entierro. El hijo del cacique heredaba la posición y las mujeres de su padre (3).

Las costumbres de los esquimales son muy interesantes en este respecto y varían según la localidad, probablemente debido a su contacto con los diferentes pueblos que deslindan con ellos.

Entre los que ocupan la región central de la parte septentrional del continente, las costumbres y tabús relacionadas con el duelo son complicadas y numerosas.

Cuando muere un niño, durante un año a lo menos, la madre, cuando sale de la choza, debe cubrirse la cabeza con un gorro o una piel. Cada vez que ella pesca una foca, debe bo-

---

(1) The Seminole Indians, of, Florida, ob. cit. p. 522.

(2) Dorsey, Revd. J. Owen.—Omaha Sociology. III. Annual Report of the Bureau of Ethnology. pp. 267-8. Washington 1884.

(3) Oviedo, Gumilla Solis y otros cronistas.

tarse el gorro que lleva y hacerse otro nuevo. Los padres, cuando viajan, llevan el calzado del niño muerto y lo sepultan en el lugar donde se detienen, debajo de la nieve y las piedras. No se les permite a los padres comer carne por un año después de la muerte. La madre debe prepararse su comida en una olla que se destina exclusivamente a ese objeto. Para que ella pueda entrar en una choza donde hay hombres es preciso que ellos salgan primero. Si quiere salir de una choza cuando hay hombres presentes debe pasar por detrás de todos ellos.

Sus costumbres en el duelo por los adultos no son menos curiosas. El cadáver debe ser llevado a la sepultura por los parientes más cercanos. En el caso de emplear trineos, no pueden ser arrastrados estos por los perros como se hace en general, sino por los mismos deudos. Raras veces emplean el trineo; porque en tal caso tendrían que dejarlo con el cadáver; pues no se lo podía volver a usar.

Después de regresar a la choza, los parientes se encierran por tres días, para lamentar al muerto.

Durante este tiempo no se peinan y tapan las ventanillas de la nariz con pedacitos de cuero (1). Después de los tres días se abandona para siempre la choza, pero antes de hacerlo echan los perros, para que coman lo que pueden encontrar. No los echan por la puerta sino por la ventana. Por algún tiempo después los deudos deben preparar su comida en ollas aparte.

Por tres o cuadro días después de una defunción, los habitantes de una aldea no deben ocupar los perros en los trineos, y por un día a lo ménos no pueden salir a cazar. Las mujeres tampoco deben ocuparse en ese día de ninguna faena doméstica. Sólo después del cuarto día, las parientes pueden aventurarse sobre el hielo.

(1) Es probable que esto se hacía en un principio para impedir que el ánima les entrara al cuerpo; pués varias tribus creen que el espíritu, durante los sueños, entra y sale por la nariz; relacionando el ánima con el aliento: idea común entre los pueblos primitivos.

Al viudo se le permite guardar solo la carne de la primera foca que caza después de la muerte de su mujer; el cuero, la gordura, los huesos y los intestinos deben arrojarse al mar. Todos los parientes deben vestirse de nuevo y la ropa que usaban al tiempo de la muerte es botada. No se les permite entrar en ninguna choza ajena sin permiso, ántes que hayan cumplido con esta restrición (1).

Lyon, hablando de las mismas tribus, (los iglulik, esquimales de la tierra de Baffin), dice respecto de estas costumbres: «A las viudas se les prohibe durante seis meses comer carne que no se haya cocido. No pueden usar el pelo trenzado, y cortan una parte de sus largas cabelleras en señal de dolor, la parte que dejan queda suelta sobre los hombros sin peinarse. Después de los seis meses de duelo pueden comer carne cruda y trenzar de nuevo su pelo; como también casarse de nuevo; pero entretanto cohabitan con sus futuros maridos; si los encuentran; o de no, distribuyen sus favores de un modo más general.

El viudo en compañía de sus hijos permanece en la choza donde murió su mujer durante tres días. Pasado este tiempo muda a otra. No se le permite cazar en toda la estación, ni contraer nuevo matrimonio durante el mismo período» (2).

Las tribus de la vecindad de la Bahía Hudson no permitían que los deudos fumasen durante el tiempo que se mantenía el duelo. No quitaban, ni de día ni de noche, la capucha de pieles que les cubría la cabeza, y colocaban en ella las plumas del *Uria grylle*, y amarraban otras en cada brazo, por encima del codo. Todos los hombres usaban un cinturón y guantes durante el duelo (3).

(1) The Central Eskimo, ob. cit. pp. 611 a 615.

(2) A. Private Journal, etc., ob. cit. p. 368.

(3) Hall, Charles F.—Narrative of the second Arctic Expedition made by Charles T. Hall: his voyage to Repulse Bay, sledge journey to the straits of Fury and Hecla and to King Willums Land, and residence among the Eskimos during the years 1864-69. London. 1879.

Entre los esquimales del Estrecho de Behring nadie trabaja el día en que ocurre la defunción, y los parientes del muerto no deben trabajar durante los tres días siguientes. Es especialmente prohibido durante ese período usar instrumentos cortantes o punzantes, porque creen que se puede cortar o lastimar al ánima que ronda por sus antiguos *lares*. En estos días los deudos deben ocupar sus puestos acostumbrados en las chozas, pero el lugar ocupado por el muerto debe llenarse de otros objetos para que no lo vuelva a ocupar (1).

Murdock dice que entre los esquimales de Norton Sound, los parientes de los muertos no deben cortar leña por cinco días después de una defunción; ni usar martillos, ni otras herramientas que pudieran lastimar las ánimas (2).

Todos los autores están de acuerdo en que, por el tiempo que dure el duelo, los parientes del muerto deben dejar de comer ciertos alimentos; sobre todo, la carne cruda; y que al encontrarse con un conocido o un amigo que ven por primera vez después de la defunción, le saludan con llantos y lamentaciones; aun cuando haya pasado mucho tiempo. Nansen, tratando este punto, dice: «Deben llorar y mantener el duelo por el difunto durante un período fijo (3), y cuando se encuentran con amigos o parientes que no han visto después de la muerte, deben—aún habiéndose pasado largo tiempo—llorar y aullar tan luego como el recién llegado haya entrado en la casa. Estas escenas de lamentaciones son en extremo burlescas, y no dejan de ser mera comedia, que termina en un banquete consolatorio (4).

---

(1) The Eskimo ahont Bering strait. ob. cit. p. 312.

(2) Murdoch John.—Ethnological results of the Point Barrow Expedition. IX Annual Report. Bureau of Ethnology. p. 424. Washington. 1892.

(3) Dicho período duraba de pocos meses a un año, según la categoría del difunto.

(4) Eskimo Life, ob. cif. p. 249.

No solo pasaba esto con los amigos y parientes, sino también con todos los que visitaban la agrupación, aunque fuesen forasteros o aun extranjeros.

Es ésta la práctica, indubablemente, que ha llamado la atención de los viajeros que han descrito la costumbre de saludar con llanto, cuyo verdadero alcance no han llegado a comprender.

Los conquistadores, los descubridores y los viajeros que han visitado los indios, luego después de la muerte de uno de sus deudos, se sorprenderían al ser recibidos con un saludo, a su modo de ver, tan extravagante y no dejarían de llamar la atención hacia el. Los que visitaban estas mismas tribus en tiempos normales no verían nada de semejante costumbre y por consiguiente no la mencionarían y por eso se ha supuesto que era solo localizada en dos o tres centros aislados; pero la verdad es que era común a la mayor parte de las tribus del continente y ha existido en otros tiempos casi por el mundo entero.

Los indios crees tenían la costumbre de prevenir a los ausentes de la muerte de un individuo de la agrupación, por medio de un poste plantado en el camino por donde se esderaba su llegada. Se colocaba en este poste el objeto de que el difunto derivaba su nombre; es decir su totem su pictografía o cualquiera cosa que pudiera indicar quién era el difunto.

Esto lo hacían con el doble propósito de advertir al viajero e impedir que pronunciara el nombre muerto que desde ese momento quedaba *tabú*, como también para que al llegar a vista de la ranchería prorrumpiera en llanto y lamentaciones como era rigor entre ellos (1).

Los chiriguanos del Chaco boliviano quebran el espinazo del muerto, creyendo que al hacer esto no vuelve el espíritu; pero es probable que la costumbre originó en la necesidad de acomodar el cadáver en la urna de greda que sirve de féretro.

(1) Relations Jésuites, ob. cit. Tomo II. p. 48.

La misma tribu, como varias otras emparentadas con ellos, llevan a exceso la costumbre de llorar al muerto con llanto y lamentaciones. Si muere un hombre, su mujer, o si es soltero, su madre principia el llanto y todos los concurrentes la hacen coro.

Cada persona que asiste a los funerales, ayuda en las lamentaciones y hace un elogio del muerto en tono lastimero y lloroso. Esto dura por varios días y noches, sin ningún descanso; tornando los presentes, que en general son todos los de la reducción. Entre tanto, no beben ni comen; hasta los niños ayunan.

Después del entierro, todos los asistentes van juntos al río o agua corriente más cercana, se lavan, se bañan y vuelven corriendo a la choza, en un rincón de la cual se ha hecho la sepultura. Se sientan al rededor de esta y cortan el pelo de la viuda lo más corto posible. El cabello lo arrojan sobre la tumba. La viuda de rodillas, llora y solloza hasta regar con sus lágrimas toda la tierra recien removida, golpea el suelo i no deja de plañir. Después cubre la cabeza con todos los trapos viejos que puede encontrar en la cabaña. El duelo dura por ló menos un año, durante el cual no asiste a ninguna reunión o fiesta. Todos los días debe plañir cinco o seis veces. La tribu la mira con malos ojos si vuelve a casarse antes del término acostumbrado del duelo; caso que le es harto difícil (1).

Los calchaquíes también lloraban a los muertos de una manera parecida. Dice Techo que cuando un individuo se enfermaba de gravedad i se encontroba agonizante, se reunían todos los parientes y mientras duraba con vida se cerraban a beber, día i noche plantando flechas en el suelo a contorno del lecho para espantar la muerte. Inmediatamente después del último suspiro, las personas presentes, principiaban a lamentar en voz alta. Las ceremonias duraban ocho

---

(1) Thouar A.—Explorations dans l'Amérique Sud, á la recherche des restes de la mission Crevaux. pp. 46-53. París. 1891.

días antes de efectuar el sepelio. Después del entierro se quemaba lo choza donde ocurrió la muerte. El duelo duraba un año y el color usado para los vestidos durante este tiempo era el negro (1).

Las costumbres del duelo entre los araucanos las trataremos en detalle, más tarde.

Coazzi nos da la descripción siguiente de los rítos fúnebres de los yaganes: «Al acercarse la muerte, los miembros de la familia y todos los presentes prorrumpen en gritos terribles.

Después de la muerte, los parientes más cercanos se tiñen el rostro y las manos de negro, se arrancan el pelo y se hieren el cuerpo con conchas o cuchillos.

El cadáver, envuelto en harapos, es enterrado con sus armas, si es hombre, con sus cestas y útiles de pesca, si es mujer.

Antiguamente los yaganes solían cremar el cadáver en el bosque cerca del lugar donde había ocurrido la muerte; y Bove que afirma ésto, dice que la precipitación con que se ejecutaba esta operación daba lugar a desagradables sorpresas.

Por ejemplo, un indio «acompañaba a la hoguera a un pariente suyo creído muerto. Muchas fueron las lágrimas y grande la desesperación cuando el *yacamush* (médico) dió al difunto el extremo adios y puso fuego a la *pira*, sobre la cual yacía el cadáver, pero ¡oh espectáculo! no bien las llamas empezaron a chamuscar las carnes, el muerto dió un salto... El calor lo había vuelto en sí: la muerte no había sido más que un largo desmayo, al cual parece que los fueguinos están muy sujetos».

«Pero ahora los yaganes han abandonado el sistema de la cremación cuando la persona muere en localidades extranjeras y esto a fin de que... ¡los enemigos no hagan de los huesos harpones para la pesca! También entre los yaganes, como entre los onas, los parientes del difunto abandonan la choza

---

(1) Historia de Paraguay. ob. cit. Lib. V. cap. XXIII.

en que murió y abandonan por algún tiempo la localidad» (1).

La mayor parte de las costumbres concernientes, el duelo y el tabú son comunes a muchas otras tribus que no hemos mencionado, por no extendernos demasiado.

Así los winebagos, tiñen de negro la cara y el cuerpo, andan descalzos por un año, y cortan el pelo en señal de dolor.

Todos estós ejemplos recalcan el hecho de que el modo de pensar y de obrar de los pueblos primitivos es semejante por todas partes y que no es preciso recurrir a hipótesis insostenibles de contactos o de descendencia común en épocas lejanas para explicar costumbres que vemos esparcidas, no sólo por todo el continente: sino por el mundo entero entre pueblos de un estado cultural más o menos parecido.

Todas las costumbres que hemos citado hasta aquí se encuentran en otras partes del mundo, entre los australianos, los micronesios, los polinesios, los pueblos asiáticos y africanos y al estudiar la historia primitiva de los pueblos hoy civilizados, vemos que no hace muchos siglos se encontraban en igual condición.

---

(1) Los indios del Archipiélago Fueguino. ob. cit. parte 2. pp. 37-8.



CAPITULO VII

COSTUMBRES Y CREENCIAS CURIOSAS

Costumbres basadas en animismo.—Antropofagía.—Desollar el cuerpo o la cara.—Pieles humanas rellenas de cenizas u otras cosas.—Muertos llevados como estandartes.—Veneración a las momias de los antepasados.—Costumbres de los chibchas.—Resurrección simbólica.—Cadáveres sujetos a estacas.—Rojo, el color sagrado.—Sacrificios humanos.—El cráneo objeto de culto.—Curiosa manera de conservar los cadáveres.—Osarios.—Costumbres mortuorias de los moluches y otras tribus de las pampas.—Se quiebra el espinazo del muerto para que no vuelva.—Sepultura de vivos entre los chinooks.—Supersticiones.—Manera primitiva de abovedar las sepulturas,—Curiosa disposición de los muertos.—Supersticiones de los sia, omahas, dacotas, zuñis, tlingits y esquimales.—El duelo entre los choctaws.—Supervivencias.

Además de aquellas costumbres y creencias que hallamos repartidas en grandes zonas y entre muchas naciones, tanto en el norte como el sur del continente, existen otras locales, o menos generales, que también ofrecen mucho que es curioso e interesante para el estudiante de la psicología. Como las demás que hemos pasado en revista, estas también tienen su base en el animismo y las ideas despertadas por el respeto o

temor de los espíritus de los muertos. Hasta las costumbres más horripilantes y crueles; para con los propios y los enemigos; en el fondo están relacionadas con estas ideas; pero a menudo quedan como reliquias, mucho después de que las creencias que les dieron nacimiento hayan evolucionado y los que las practican hayan olvidado su significado real o simbólico. Asi la antropofagía o canibalismo, que en su principio era un rito supersticioso basado en la idea del traspaso de las cualidades de la víctima al participante; continuó entre muchas tribus como práctica abominable de gula mucho después de haberse perdido su significado primitivo.

La costumbre de cortar y conservar la cabeza de los enemigos muertos en combate, se inició con la idea de que era un gran fetiche que daría a su poseedor la astucia, fuerza o valor del muerto y en este sentido formaba un objeto cultural. Al perderse poco a poco esta estimación, se siguió la práctica con la idea de conservarla como trofeo, sin que se borrara completamente la alusión simbólica: puesto que todavía se usaba con frecuencia como ofrenda a los espíritus de los antepasados, o como sacrificio a los seres sobrenaturales de su teogonía.

Otro tanto se puede decir de la costumbre de desollar todo o parte del cuerpo de los enemigos y los diferentes destinos dados a estas pieles. En su orígen se debe a la misma orden de ideas y su primer objeto era ritualístico; y no como creen muchos simple exhibición de pasiones brutales.

El motivo de otras costumbres queda obscuro y ni los que las practican pueden explicar su significado, conformándose a menudo con decir: «asi hicieron nuestros padres y abuelos». El conservantismo, o conservación de las costumbres de los antepasados es una de las características de todos los pueblos poco civilizados y muchas son las reliquias de antiguos ritos y creencias que encontramos en todos los países, cuyos motivos y orígenes están hoy completamente perdidos.

Por ejemplo, encontramos entre los lenguas una serie de ritos, no comprendidos por los indios que los continúan hoy,

únicamente, porque sus antepasados lo hacían. No es difícil adivinar el motivo de algunos de ellos; pero solo se puede hacerlo después de comprender las ideas propias a las diferentes etapas de la evolución mental de la humanidad, en sus primeras tentativas de descubrir los enigmas de la naturaleza.

Los lenguas casi siempre colocan brasas o rescoldo debajo de las plantas de los pies y en la cabeza del muerto, probablemente con la idea de impedir su vuelta de la tierra de las sombras. Si el difunto ha sentido dolores de cabeza durante la enfermedad que causó la muerte; al colocar el cadáver en la sepultura, despedazan el cráneo a golpes de macana. Si fuese el corazón el atacado, disparan sus flechas a ese órgano. A veces se clava una estaca debajo del omóplato, atravesando el cuerpo y fijándolo en la tierra por este medio. En el caso de que la enfermedad haya sido la hidropesía, el cadáver recibe una lluvia de flechas y el jefe del duelo lleva en la mano un atado de yerbas, las cuales son quemadas en seguida y cada miembro del cortejo fúnebre inhala un poco del humo. Un rito muy común y que casi nunca se omite, es el de abrir el costado del cadáver e insertar en la herida piedras calientes, las uñas de armadillo, huesos de perro u hormigas; y no siempre está muerto el individuo cuando se ejecuta la operación, sobre todo si hay apuro; porque para ser eficaz la conjuración es preciso que se haga antes de que el ánima haya abandonado la vecindad del cuerpo (1).

Es probable que la destrucción de la parte afectada sea motivada por la idea de estar alojado en ella el espíritu maligno que ha causado la muerte.

Las uñas de armadillo, según sus creencias, cavan bajo el suelo hasta que dan con el brujo culpable. Entonces le entran en el cuerpo y lo destruyen (2).

De la costumbre de desollar el cráneo del enemigo como

(1) An Unknown People. ob. cit. p. 162.
(2) Id. id. id. p. 163.

trofeo de guerra, de la de llevar la cabeza entera y de la de desollar el cuerpo, existen muchísimas citas, y Friederici ha resumido muchas de ellas en un notable tratado sobre este punto (1).

Los antiguos cronistas de las cosas de América abundan en esta clase de detalle. Gomara nos describe cómo los indios de Pánuco mataron a muchos españoles, comiéndolós en seguida «y aún los desollaron, y pusieron los cueros bien curtidos en los templos por memoria y ufanía» (2).

Esto sucedió en 1518. Cinco años tarde, Francisco de Garay mandó otra expedición al mismo punto, la que corrió idéntica suerte y según Gomara de setecientos, los indios mataron cuatrocientos; muchos de los cuales «fueron sacrificados y comidos; y sus cueros puestos por los templos, curtidos o embutidos; que tal es la cruel religión de aquellos, o la religiosa crueldad» (3).

Cortés cuando fué a castigar a los indios de Pánuco, tres años más tarde, halló estos lúgubres despojos y dice que tenían «las caras propias de los españoles desollados en sus oratorios, digo los cueros dellas, curados en tal manera que muchos de ellos se conocieron» (4).

Herrera dice lo mismo: «las Caras, con las Barbas desolladas, curtidos los cueros y pegados por las Paredes, y algunos fueron conocidos, que movieron a lágrimas a sus amigos» (5).

El virrey don Antonio de Mendoza (1542-1543), escribiendo de los chichimecas de Jalisco y Mechuacan dice que «desuéllanles las caras y cabezas, estando vivos» (6).

---

(1) Freiderici Georg.—Scalpieren und ähnliche Kriegs gebräuche in Amerika. Braunschweig 1906.

(2) *Historia de las Indias*. ob. cit. p. 183.

(3) *Historia de las Indias*. ob. cit. p. 183.

(4) *Cartas de Hernán Cortés.*—Carta fechada en Pámuco 1820.

(5) Herrera.—Décadas III. p. 107. II.

(6) Citado por Schuller R.—Desollar la piel del cráneo. p. 95. Rev. de Hist. Natural. Mayo 1907. Santiago.

Los indios de Colombia también desollaban a sus enemigos.

Refiriéndose a las costumbres de los indios de Cali, dice Cieza de León: «abríanlos con cuchillos de pedernal y los desollaban, y después de haber comido la carne, henchían los cueros de ceniza y hacíanles caras de cera con sus propias cabezas, poníanlos en la tabla de tal manera, que parecían hombres vivos. En las manos a unos les ponían dardos, y a otros lanzas, i a otros macanas» (1).

Encontró la misma costumbre en Ecuador (2) y en la provincia de Jauja en el Perú entre los indios guancas, de quienes dice «a los que tomaban en las guerras desollaban, y henchían los cueros de ceniza, y de otros hacían atambores» (3).

Sarmiento de Gamboa relatando la conquista de los collas por el inca Tupac Yupanqui cuenta cómo capturó las plazas fuertes de Llallana, Asillo, Arapa y Pucara. Tomó prisionero a los principales capitanes y al comandante en jefe chucachucay Pachacutí Coaquiri, a quienes hizo matar y convirtió sus pieles en tambores (4).

Parece que esta era costumbre entre los incas, porque el mismo autor nos cuenta que cuando Huayna Capac dominó la rebelión de las tribus del norte y de Ecuador, ordenó hacer un tambor de la piél del cacique Pinto de los cayambis; quien había sido apresado por sus soldados (5).

Cieza de León en la segunda parte de su Crónica del Perú; obra que desde el error de Prescott, fué generalmente imputada a Sarmiento, describe un rito curioso, ordenado por el Inca Yupanqui, después de la derrota de los chancas. De-

(1) La Crónica del Perú. ob. cit. p. 380. Cap. XXVIII.

(2) La Crónica del Perú. ob. cit. p. 403. Cap. XLIX.

(3) La Crónica del Perú. ob. cit. p. 432. Cap. LXXXIV.

(4) Sarmieneo de Gamboa, Pedro.—History of the Incas p. 145, traducción de Sir Clements Markham. Cambridge 1907.

(5) Sarmiento de Gamboa, Pedro.—History of the Incas. p. 165, traducción de Sir Clements Markham. Cambridge 1907.

cretó que todas las tropas incas que habían caído en la batalla fuesen sepultadas con las ceremonias de costumbre; pero para los chancas, hizo construir una gran casa sobre el mismo campo de batalla, como mausoleo; donde se colocaron los restos como recuerdo. Hizo desollar los cadáveres y rellenarlos de ceniza o de paja y dejándolos en posturas naturales; algunas con tambores y otros con flautas. Agrega Cieza, que Alonso Carrasco y Juan de Pancorvo le contaron que ellos y muchos otros que llegaron con Pizarro y Almagro habian visto esos cueros rellenos de cenizas (1).

En el tercer tomo de Cronau, encontramos esta curiosa relación de los indios de Virginia. «Al lado se veía otro edificio también sin ventanas, destinado a panteón de los caciques, cuyos cadáveres eran depositados sobre un armazón de madera de tres metros de elevación. Dichos cadáveres estaban armados artificialmente, para lo cual empleaban el siguiente procedimiento. En cuanto fallecía el individuo le abrían el vientre y le sacaban los intestinos: después desollaban el cuerpo y mondaban la carne de los huesos, la secaban al sol y, envuelta entre esteras, la ponían más tarde al pies de la momia. Los descarnados esqueletos conservaban unidos sus huesos por medio de los tendones, que durante la operación se procuraba con exquisito cuidado no cortar, y después toda su osamenta era revestida de cuero hasta darle la verdadera forma del cuerpo humano. Por fin volvían a poner la piel verdadera sobre aquellas momias, y hecho esto las colocaban en el lugar correspondiente» (2).

Barros Arana, hablando de las barbaridades de los araucanos, dice que desollaban vivos a algunos de los prisioneros, «comiendo en seguida sus carnes y moliendo los huesos que no podían utilizar. Guardaban algunos indios, como prenda de gran estimación, la piel del rostro de sus víctimas, para usarlas como máscaras en sus fiestas y borracheras, una

(1) Cieza de León.—Segunda Parte de la Crónica del Perú. Cap. XLVI. Madrid 1880.

(2) Cronau. Rodolfo.—América. Tomo III. p. 211. Barcelona 1892.

mano, o a lo menos una tira de cuero que empleaban para amarrarse los cabellos» (1).

Varios de los cronistas citan estas costumbres bárbaras de los araucanos.

Los indios de Tunja en Colombia practicaban una operación semejante a la empleada por los de Virginia para preparar los cádaveres de sus caciques valientes, los que fueron llevados a la guerra como estandartes.

Dice Gomara: «Llevan a la guerra hombres muertos que fueron valientes, para animarse con ellos, y por ejemplo que no han de huir más que ellos, ni dejarlos en poder de los enemigos; los tales cuerpos estan sin carne, con sólo el armadura de los huesos asidos por las coyunturas» (2).

Otras tribus de Colombia hacían la misma cosa con los cadáveres embalsamados de sus antepasados (3).

Los incas y los indios de Jauja, conservaban las momias de sus antepasados, sacándolas en ocasión de sus grandes ceremonias y tributában los honores y veneración y aún sacrificios humanos.

Describiendo los diferentes modos de entierro hallados en el Perú, Cieza de León habla de los de Jauja en estos términos: «En la provincia de Jauja, que es cosa muy principal en estos reinos del Perú, los meten los muertos en un pellejo de una oveja fresco (llama), y con él los cosen, formándole por de fuera el rostro, narices, boca y lo demás, y de esta suerte los tienen en sus propias casas, ya los que son señores y principales ciertas veces en el año los sacan sus hijos y los llevan a sus heredades y cacerías en andas con grandes ceremonias, y les ofrecen sus sacrificios de ovejas y corderos, y aún de niños y mujeres» (1).

---

(1) Cronau Rodolfo.—América Tomo III. p. 211. Barcelona 1892.

(2) Barros Arana, Diego.—Historia General de Chile. Tomo I. pág. 90. Santiago. 1884.

(3) Historia de las Indias.—Ob. cit. p. 202.

(4) Piedrahita Dr, Lucas Fernández.—Conquista del Nuevo Reino de Granada. Amberes 1688.

Azara nos cuenta que los payaguás del Chaco, enterraban sus muertos parados, dejando la cabeza fuera de la sepultura y cubriéndola con una olla de barro» (1).

Entre las costumbres curiosas relacionadas con la muerte, se puede incluir la de los antiguos chibchas, de hacer responsable al marido cuando la mujer moría de parto y de considerarle criminal. Su suegro le quitaba la mitad de sus bienes, salvo que sobrevivía el hijo, caso que era muy excepcional, entonces le dejaban algo para la crianza de la criatura. Si el hombre no tuviera nada, los parientes de la mufer difunta podrían darle muerte (2).

Entre estos mismos pueblos, las largas y costosas ceremonias de inhumación, diferían según la zona, y las castas: en unos puntos se extraían las vísceras para rellenar el cuerpo con objetos preciosos: en otros se exponían los cadáveres en catafalcos construídos en torno de los templos para que se secasen al sol; otros los secaban a fuego y algunos los echaban al agua; pero estas operaciones sólo se efectuaban en el caso de personas de calidad. Los pobres se enterraban en el acto, en el suelo, con los objetos que poseían y encima de la sepultura se plantaba un árbol para evitar que fuese profanada. «Los cadáveres de los adúlteros se corrompían sin entierro, para mayor escarmiento» (3).

Los salivas y pijaos arrojaban sus muertos al río, despues de encerrarlos en un féretro, llorándolos primero con bailes por tres días y sólo daban sepultura a sus jefes. En las sepulturas de los caciques de los pijaos se han encontrado planos de los territorios que gobernaban, grabados en lajas de piedra (4).

(1) La Crónica del Perú.—Ob. cit. p. 416. cap. LXIII.

(2) Azara, Felix de.—Geografia Física y Esférica de las Provincias de Paraguay. Anales del Museo Nacional de Montevideo 1904. p. 347.

(3) Reclus. E.—Geographie Universelle. Traducción de la parte referente a Colombia, por Vergara y Velasco.

(4) Geographie Universelle.—Ob. cit. y notas de Vergara y Velasco.

Los chibchas enterraban a sus caciques con mucho secreto, probablemente con la idea de impedir la profanación de la sepultura, por los ladrones. «Desde que algún cacique toma la posesión de sus dominios, iban los *jeques* (sacerdotes) secretamente a cavar su sepultura en un lugar retirado y oculto, del que no llegaba a tener conocimiento ni aún aquél señor a quien estaba destinada. Abrían un hoyo profundo en medio de los bosques, en las espesas sierras o en lugares donde, después de enterrar el cuerpo hacían correr agua de los ríos, o lagunas para cubrir la fosa. de manera que no quedase rastro alguno que pudiera revelar su existencia.

Los jeques hacían secretamente el entierro, y si alguna otra persona llegaba a saber el lugar de la sepultura, y lo revelaba, la amarraban a un palo y la flechaban, y premiaban al que le acertara más pronto al corazón o a un ojo.

Al rededor del cuerpo quedaban las *múcuras* de chicha y los bollos de maíz. Cubrianlo todo con una capa de tierra, encima de la cual sepultaban vivas tres o cuatro de las mujeres más queridas del cacique. Echaban luego otra capa de tierra, y sobre ella ponían los esclavos que mejor le habían servido. Finalmente llenaban la superficie de tierra para que el odioso sepulcro quedara oculto (1).

En los dominios del hunsa cuando fallecía alguna persona noble o principal que no fuera cacique, le vaciaban el vientre, secaban el cuerpo a fuego lento sobre una barbacoa, lo henchían de oro en tejuelas y en otras formas, y de esmeraldas, y lo envolvían en mantas con muchas ligaduras. En este estado lo colocaban sobre una especie de camas grandes, un poco altas, que tenían en uno de los lados interiores de sus templos (2).

Oviedo, hablando de esta costumbre dice: «E por la diligencia e manos de nuestros soldados fueron después digestos

(1) Geographie Universelle.—Ob. cit. y notas de Vergara y Velasco.

(2) Restrepo, Vicente.—Los Chibchas antes de la Conquista Española pp. 116-117. Bogotá. 1895.

é alimpiados aquellos estómagos e vientres rellenos, en que se ovo mucha cantidad de oro e de esmeraldas, que allí estaban perdidas con el oro» (1).

Los indios neutrales (iroqueses), cuando morían su grandes capitanes o las personas notables por su valor o talento, los resucitaban simbólicamente por la sustitución de otro individuo parecido al difunto en edad, persona y carácter. La elección se hacía por todo el clán, reunido en consejo. Una vez elejido el sustituto todos los miembros de la tribu se reunían para presenciar los ritos. El maestro de ceremonias, que era generalmente el shaman, bajaba la mano suavemente al suelo, y figuraba el levantamiento del muerto, representado por el candidato elegido y le daba nueva vida. El resucitado quedaba investido del nombre y dignidades del fallecido y se aclamaba jefe en lugar de éste (2).

Los quapaues (sioux) a menudo entierran los muertos de la siguiente manera. Plantan en el suelo una estaca, a la cual amarran el cadáver en posición sentada. Encima amontonan tierra y piedras hasta formar un túmulo (3). Los sauks también amarran el cadáver a una estaca pero lo dejan abandonado sin cubrirlo de tierra (4).

Los sekanis a veces colocan sus muertos, en posición parada, en los árboles huecos, o excavan algún tronco para que sirva de ataud y lo dejan colgado verticalmente a las ramas de un árbol (5).

Hemos mencionado la costumbres de algunas tribus de pintar los huesos de los muertos, y que el color usado para este objeto era casi siempre el rojo. Entre muchas tribus el rojo es el color sagrado y se encuentra muy empleado en

(1) Id. id. id.

(2) Brebeuf. ob. cit.

(3) Kip. W. Ingraham The Early Jesuit Missions in North America. Albany 1866.

(4) Handbook of American Indians. ob. cit, (Art. Sauk) Tomo II p. 479.

(5) Morice. Notes on Western Dénés. ob. cit.

otras ceremonias mágicas o religiosas. Muchos de los objetos sacrificados en sus ritos, como plumas, paños, etc. son de este tinte.

En Punta Pichalo cerca de Pisagua, se han encontrado momías pintadas de rojo y lo que es más curioso, los cuerpos llenados de tierra de ese color. Es verdad que en la misma localidad se han encontrado cadáveres de niños pintados de otros colores (1), y en el Museo Nacional de Santiago se encuentran dos cráneos procedentes de la Isla de la Mocha, pintados de color gris plomo y los bordes de las órbitas de negro.

La mayor parte de los indios ofrecían sacrificios a los seres superiores, dioses o elementos de la naturaleza, y muchas veces esos sacrificios eran seres humanos. Algunos pueblos sacrificaban a los prisioneros después de terminada una guerra.

En tiempos pasados, los kansas arrojaban los corazones de los muertos en batalla, al fuego, como sacrificio a los cuatro vientos. Los hurones quemaban las vísceras y una porción del cuerpo de las personas que morían ahogadas, para propiciar el dios de las nubes, a quien suponían enojado. Los taensas cuando uno de sus templos fué destruído por el rayo, arrojaron cinco niños a las llamas a manera de sacrificio para ganar la voluntad del dios ofendido.

Los iroqueses sacrificaban a un niño recién nacido, disparando sus flechas en el cuerpo; molían los huesos y los bebían en agua; antes de partir, a una expedición de guerra, creyendo que este acto traería buena suerte (2).

En otras partes como en México, Centro América, Colombia y el Perú, los sacrificios humanos, se hacían en enorme

---

(1) Canales Pedro P.—*Los Cementerios Indígenas en las costas del Pacífico.* Actas del XVII° Congreso Internacional de Americanistas. Buenos Aires 1912. p. 293.

(2) *Handbook of American Indians.* ob. cit. Tomo II. pág. 404. Artículo «Sacrifice.»

escala, sin hablar de las mujeres muertas o enterradas vivas en las sepulturas de sus maridos.

La cabeza o el cráneo de los muertos ha sido considerada por algunas tribus como objeto de culto o de especial reverencia. Asi lo hemos visto entre los payaguas. Dixon observó que entre los Tlinkit la manera de disponer de sus muertos era de separar la cabeza del tronco, y que éste se colocaba en cajones soportados sobre cuatro postes, (como también lo hacen los esquimales de Alaska). La cabeza se conservaba separadamente en una caja esculpida y adornada o pintada de varios colores, que se guardaba en un armazón colocado encima del cajón que contenía el resto del cadáver. A veces el cuerpo se quemaba y solamente las cenizas se guardaban en el cajón; pero siempre se conservaba intacta la cabeza en la forma dicha (1).

En las pequeñas islas de Guañape y Macabi, situadas en la costa del Perú, entre Chimbote y Salaverry, se encontraron cementerios muy antiguos considerados sagrados.

A varias profundidades se hallaron momias de mujeres, todas sin cabeza, que parecen haber sido víctimas de los sacrificios.

El depósito de huano en estas islas tenía en partes una altura de 730 piés y se han hallado antigüedades a más de cien pies debajo de la superficie (2).

Una curiosa costumbre se conserva todavía entre los quechuas de la altiplanicie, de la región comprendida entre Uyuni, Potosí y Toropalca. Estos indios han adoptado en apariencia las prácticas cristianas, llevan sus muertos a la iglesia y los entierran según los ritos católicos; pero a pesar de todo esto conservan la mayor parte de sus antiguas supersticiones y muchas costumbres añejas, algunas de las cuales practican conjuntamente con los ritos de la iglesia.

Cada año, en el día de Todos Santos, los parientes del di-

---

(1) Dixon.—Voyage round the world p. 175. y 181. London 1789,

(2) Markham sir clements. The Incas of Perú. p. 118 London 1910.

funto levantan pequeños altares dentro de la iglesia parroquial, en los cuales colocan representaciones de los cráneos y huesos de los muertos, y pagan al cura para que cante *responsos* (1). Este rito es evidentemente un recuerdo del tiempo cuando hacían ofrendas de verdaderas cabezas o cráneos a las ánimas de los muertos.

Otra curiosa manera de conservar los muertos se encontraba entre los alentianoe del archipiélago de Sitkau.

Para los ricos o personas de importancia adoptaban un procedimiento especial. Se sacaban las vísceras y en seguida se limpiaban bien el cuerpo, extrayendo toda la grasa posible en agua corriente, se lo secaba bien y se lo envolvía en cueros y esteras de esparto, colocándolo después en una cueva. A veces se lo colocaba en postura natural; como si fuese ocupado en alguna tarea, como la pesca, la caza, o en el caso de mujeres en los quehaceres domésticos. Con ellos se colocaban representaciones de los animales que cazaban. Al cazador se le vestía con su armadura de palo, con su enorme máscara adornada de plumas con vísceras de focas, mechones de pelo, etc., y con un sinnúmero de pendientes de madera, pintados de diversos colores. Todos los animales eran de madera y hasta las armas en las manos de los muertos eran de la misma materia (2).

Entre los iroqueses y algunas otras naciones, existen osarios comunes, donde los huesos de los muertos son echados periódicamente. Entre los hurones esta ocasión ocurre cada doce años y se celebra una gran fiesta de los muertos por toda la tribu y miembros de otras, especialmente invitados. Todos los cadáveres, sepultados en diferentes partes del territorio son cuidadosamente desenterrados y llevados con el mayor respeto y veneración al punto donde se hace el común sepulcro.

La carne se saca de los huesos y se arroja al fuego junto

(1) Anthropologie Bolivienne. ob, cit. Tomo I. p. 202.
(2) Masks and Labrets. ob. cit. p. 139-140.

con la ropa y las esteras en que habían sido sepultados los cadáveres. Después se limpian bien los huesos, éstos se envuelven en sacos de cuero o en frazadas nuevas.

La nación de los hurones era antes muy grande y a veces se juntaban centenares de cadáveres u osamentas. Se cavaba una enorme sepultura dentro de la cual se echaban todos los huesos y duraban las ceremonias por varios días. En seguida se llenaba de tierra la sepultura y encima de ella se levantaba un gran túmulo (1).

Una costumbre algo parecida existía entre las tribus que habitaban las pampas argentinas durante el siglo XVIII y probablemente perduró hasta mucho más tarde. Falkner nos da una lucida descripción de las costumbres mortuorias de estas tribus, la que reproducimos aquí por estar relacionada con las costumbres de los indios chilenos.

«La sepultura de sus muertos, y la reverencia supersticiosa que prestan a su memoria, son atendidas con gran ceremonia. Cuando muere un indio, una de las mujeres más distinguidas es elejida para convertir el cuerpo en esqueleto. Esto se hace, abriendo el cuerpo y sacando las entrañas, que se queman. En seguida se quita la carne de los huesos, los cuales se dejan tan limpios como es posible. Después son sepultados hasta que los restos de carne se pudren completamente, o hasta que son removidos a las sepulturas de sus antepasados (lo debe hacerse dentro del año; pero que a veces no demora ni dos meses).

Esta costumbre se observa estrictamente entre los moluches (araucanos argentinos), los taluhets y diuihets (indios pampas); pero los chechehets (puelches) y los tehuelhets

(1) Por una descripción detallada de estas ceremonias referimos al lector la narración del Padre Jean Brebeuf, Relation des Jesuites, ob. cit. 1636, pp. 128 a 139. Esta relación ha sido traducida al inglés por la señorita Nora Thomas, y reproducido como nota suplementaria al artículo de su padre el Prof. Cyrus Thomas, sobre «Burial Mounds of the Northern Sections of the United States: publicado en el V° Annual Report of the Bureau of Ethnology, Washington. 1887. pp. 110 a 119.

(tehuelches) o patagones colocan en alto los huesos, sobre cañas o ramadas, para secarse y emblanquecerse al sol e intemperie.

Mientras dura la operación de producir el esqueleto, los indios rondan el toldo, cubiertos de largas mantas de pieles y con las caras teñidas de negro; llevando en las manos largos palos o lanzas; cantando en tono lúgubre y golpeando el suelo para espantar los *valichu* o seres malignos. Algunos van a visitar y a consolar a la viuda o viudas y los otros parientes del difunto; eso es, si existe la probabilidad de sacar algún provecho; porque no se hace nada desinteresadamente. Durante esta visita de condolencia, lloran, aullan y cantan de la manera más lastimosa; forzando lágrimas, clavando los brazos y muslos con espinas hasta que corra la sangre. Por esta demostración de duelo son pagados con cuentas de vidrio, cascabeles de latón y otros cachibaches parecidos que son muy estimados entre ellos. Los caballos del difunto son también sacrificados, para que tenga en que andar en el *Alhue Mapu* o país de los muertos; reservando unos pocos solamente; para servir en las últimas pompas funerales y para llevar los restos a su sepulcro especial.

La viuda, o las viudas del difunto son obligadas a continuar el duelo y de ayunar por un año después de la muerte de su marido. Consiste esto en mantenerse encerradas en sus toldos sin tener comunicación con nadie, ni salir sino para las absolutas necesidades de la vida: en no lavarse la cara ni las manos que se tiñen de hollin; en llevar trajes viejos; en no comer carne de caballo, de vaca, de avestruz ni de guanaco; pero todo lo demás pueden comer.

Durante el año del duelo, es prohibido que se casen, y si durante este tiempo se descubre que una viuda haya tenido comunicación con un hombre, los parientes del marido difunto matan a ambos, salvo que pueda probar que ha sido violada. Pero no descubrí que estas condiciones se imponían a los viudos.

Cuando remueven los huesos de los difuntos, los empaque-

tan en un cuero, y los colocan en uno de los caballos favoritos del fallecido, que han guardado para este propósito y que adornan de la mejor manera posible con mantas, plumas etc., y viajan de este modo, aunque sea una distancia de trescientas leguas; hasta que llegan a su propio cementerio donde ofician la última ceremonia.

Los moluches, taluhets y diuihets sepultan sus muertos en grandes pozos cuadrados de unos dos metros de profundidad. Los huesos se juntan en su debida colocación respecto al esqueleto y son sujetos por amarras. En seguida son vestidos con las mejores prendas y adornos de cuentas, plumas etc., que son limpiados o mudados una vez al año.

Son colocados en hilera, sentados, con espada, lanza, arco, flechas, bolas, y cualquier otra cosa poseída por el muerto. Los pozos se cubren con troncos, cañas, o entretejidos de ramas sobre los cuales echan la tierra. Cada tribus elije una vieja para cuidar estas sepulturas, y a causa de su ocupación es mirada con veneración. Es su deber abrir todos los años estas tristes habitaciones, vestir y limpiar los esqueletos. Ademas, todos los años vacian sobre las tumbas unos jarros de la primera chicha que fabrican y beben otros a la salud de los muertos.

Los cementerios generalmente no son muy alejados de sus habitaciones normales y colocan al contorno de los muertos, los esqueletos de sus caballos apoyados por puntales.

Los tehuelhets o patagones meridionales, difieren en algunos respectos de los demás indios. Después de secar los huesos de sus muertos, los llevan a una gran distancia de sus habitaciones, al desierto del litoral; y después de arreglarlos en la forma descrita, los colocan sobre el suelo debajo de un toldo o una ramada que levantan con ese fin, con los esqueletos de sus caballos ubicados en contorno» (1).

Falkner incluye entre sus moluches los araucanos de Chile;

(1) FALKNER TOMAS. A Description of Patagonia and the Adjoining parts of South America. p. p. 118-120. Hereford 1774.

pero aun cuando es casi seguro que eran del mismo estirpe, es probable que sus costumbres se habían modificado en algo, al este de la cordillera. De todos modos, no sabemos nada sobre sus ritos funerales durante el primer siglo después de la llegada de los españoles y es muy posible que cuando los vienen a describir los cronistas de los siglos XVII y XVIII, se hallaban influenciados por contactos extraños. Los indios de las pampas, como eran más independientes y alejados de los centros españoles, con toda probabilidad guardarían sus costumbres antiguas con mayor conservantismo.

Entre muchas tribus era costumbre tener cementerios fijos, donde sepultaban sus muertos, generación tras generación. Parece que cada familia tenía sepulturas especiales en estos cementerios, donde encerraban los muertos uno tras otro, hasta que el hacinamiento de restos era tan grande que la tierra se llenaba de huesos y éstos quedaban esparcidos al contorno con cada nuevo entierro. A causa de esto el estudio sistemático del contenido de las sepulturas se hace muy dificultoso, porque los restos humanos y los objetos enterrados con ellos, pertenecientes a una época, se revolvían con los de las siguientes, sin que se pueda distinguir los unos de los otros (1).

La costumbre de sacar y limpiar los huesos de los muertos, descrita por Falkner tiene su réplica en Norte América, donde. como hemos visto, los santees los guardan en cajas y los sacan para limpiar y aceitarlos todos los años.

Una manera común de llevar los muertos a la sepultura, entre aquellas tribus que los enterraban en posición tendida era la practicada por les seminolas. El cadáver se suspendía de un largo palo, al cual se sujetaba por medio de corde-

(1) Esto pasa en los cementerios de atacameños en Calama y Pisagua, y sólo un conocimiento profundo de la secuencia de culturas en esas zonas, permite hacer una clasificación de los restos arqueológicos; por otra parte muy abundantes, hallados en ellos. En alguna parte de la región calchaquí sucede la misma cosa.

les o correas pasados al rededor del cuello, cintura, muslos y tobillos (1).

Hemos hecho mención de cómo los chiriguanos quebraban el espinazo de los recién muertos, para evitar la vuelta del ánima al cuerpo. Lafone Quevedo nos asegura que esta costumbre se practicaba en los agonizantes en la región diaguita, no hace muchos años.

«En aquellos tiempos cuando recién llegué al país, había ciertas mujeres que solían ser llamadas para ultimar como enfermeras, a esos desgraciados que prolongaban demasiado la agonía de la muerte.

Los curas y autoridades perseguían esta horrenda costumbre, pero se hacía con gran sijilo; la del hecho no creía pecar ni venialmente, y muchos infelices anticipaban su viaje a la eternidad con un movimiento de artista que les quebraba el espinazo.

Es horrible este cuadro pero, más tarde, los llorones, a gritos, hacían honor al muerto y el Padre Nuestro y otras oraciones cantadas antifónicamente, reproducían ceremonias del tiempo de la idolatría, vestidas con algo de los símbolos del cristianismo que ponía remedio al mal» (2).

Otro cuadro bárbaro que encierra algunas de las costumbres que ya hemos anotado, nos da un testigo ocular, que lo presenció entre los indios chinooks, de la boca del Río Colombia.

«Acabo de volver de una visita al país de los chinooks, donde presencié una ceremonia horrorosa, la de sepultar los vivos con los muertos. Uno de los caciques perdió a su hija, mujer de buena presencia que tenía unos veinte años. La envolvieron en una estera de juncos, junto con todos sus adornos personales y la colocaron en una canoa. El padre hizo atar de pies y manos a un esclavo indio y le amarraron al cadáver, envolviendo los dos en otra estera, dejando sólo la

(1) The Seminola Indians, ob. cit. p. 522.

(2) Lafone Quevedo, Samuel.—Londres y Catamarca, p. 124. Buenos Aires 1888.

cabeza del vivo afuera. Los indios cargaron la canoa usada como ataúd y la llevaron a la cúspide de un alto farellon y allí la abandonaron. Acostumbran dejar en esta condición durante tres días al esclavo que sacrificaban y entonces si no había muerto, otro esclavo lo estrangulaba por medio de un cordel. También mataban el caballo favorito del difunto y le enterraban a la cabeza de la canoa» (1).

Otras tribus del Oregón tenían prácticas parecidas. Algunas de las supersticiones de los indios conducen a la adopcion de curiosas costumbres. Muchas son las tribus que creen que cualquier daño causado al cadáver o a la osamenta, según el caso, lo siente el ánima en igual grado. Hemos visto que los moluches tapaban la sepultura primero con ramas que no descansaban sobre los huesos del muerto, sino sobre el borde de la sepultura, apilando la tierra sobre esta especie de techo. Este procedimiento fué adoptado por numerosos pueblos. En las sepulturas de las costas peruanas es un factor casi constante. Los caribes de Venezuela cuando sepultaban sus muertos, cruzaban tablones sobre la boca de la fosa antes de echar la tierra (2).

En las Antillas existía la misma preocupación. La mujeres fueron encargadas de la sepultura de sus maridos. Se colocaba el cadáver sobre una especie de banca en el fondo del sepulcro y se sujetaban los costados de éste por medio de puntales para que no se derrumbasen, y tapaban la boca de la fosa con gruesas ramas, sobre las cuales amontonaban la tierra (3).

La misma superstición fué observada por Parry entre los

---

(1) Schoolcraft, Henry R.—Information respecting the History, condition, and Prospects of the Indian Tribes of the United States. 5 tomos. Philadelpia 3/f. Tomo II. p. 79.

(2) Ballet, J.—Les caraïbes. Congrés International des Americanistes Compte-rendu de la 1.ª Session. Nancy 1875. Tomo I, p. 438.

(3) Cornilliac J. J. J.—*Anthropologie des Antilles* Congrés International des Americanistes. Compte-rendu de la 1.ª Session. Nancy 1875. Tomo II, p. 160.

esquimales. Creían que todo peso que cargaba sobre el cadáver podría causarle una sensación dolorosa. En otro país más favorecidos esta creencia habría conducido a la construcción de una bóveda (en la forma que hemos observado en otras partes); pero entre las tribus polares solo resultó en que la capa de tierra echada encima de los muertos, fuera muy delgada y fué causa de que las sepulturas fuesen a menudo abiertas por los perros, zorros, lobos, etc. (1).

Esta idea fué, posiblemente, una de las razones porque muchas tribus, especialmente en aquellos territorios donde predominaban los grandes llanos, no adoptaron la costumbre de enterrar los muertos, dejándolos expuestos en catafalcos o ramadas.

Entre las maneras curiosas de disponer de los muertos, podemos citar una empleada en el condado de Sha en el estado de Arkansas. Robert H. Poynter describe así la sepultación de un indio que presenció en 1834: «La casa en que vivía la familia era construía de palos redondos y estucada de barro. En el centro de la choza se enterró el extremo de un tablón hasta una profundidad de un metro, y el viejo fué amarrado a éste, por medio de correas, en postura sentada. con la barba entre las rodillas y las manos cruzadas y atadas a las piernas. El cadáver se cubrió de barro que fué amoldado en forma de túmulo, con la superficie lisa. Se hizo un gran fuego encima, el que se mantuvo hasta que el barro se coció. Seis meses después la familia mudó a otra parte y se abrió la sepultura encontrándose el cadáver en buen estado (2).

Otro ejemplo de esta costumbre nos da Yarrow. Dice que en la vecindad de Tillmore (Utah) se excavó un mound que presentó un caso admirable de una habitación convertida en sepulcro. Es probable que el dueño de la casa murió en ella

---

(1) Citado por Sir John Lubbock, Prehistoric Man.

(2) Citado por Cyrus Thomas, Report on the Mound Explorations of the Bureau of Ethnology. Washington 1894, p. 678.

y que fué abandonada por la familia. La casa era construída de adobes y antes de formar el mound se quitó el techo. El cadáver se colocó en el suelo y se cubrió de una pasta de arcilla humedecida; sobre la cual se colocaron las ofrendas mortuorias, armas, utensilios y alimento. Se apiló encima de todo, ramas y leña las que fueron encendidas, de manera que la arcilla se coció y muchos de los objetos quedaron carbonizados. Después se cubrió de tierra toda la estructura, para formar el mound o túmulo (1).

Algunas tribus celebran periódicamente *Fiestas de los Muertos*, grandes ceremonias a las cuales no solamente acuden los vivos, sino segun sus supersticiones, también las ánimas de sus antepasados. Esta costumbre existe entre los sias. Los muertos tienen cuerpos idénticos a los que tenían cuando vivos, son invisibles para los vivos, pero no para los otros espíritus, quienes reconocen a sus parientes y amigos. Pocos llegan a la fiesta durante el día, pero durante la noche llegan en grandes números. Solo quedan una noche y se van antes del amanecer. Los maridos no duermen con sus mujeres porque creen que si lo hicieran sufrirían los vivos.

La luna es el padre de los muertos y el sol el de los vivos. Mientras viaja el sol descansan los muertos porque entonces no ven nada; y es solo cuando él se acuesta que los espíritus trabajan y andan en la tierra para visitar sus antiguos hogares.

Al sepultar los muertos, estos indios hacen tajos en las prendas de vestir, para permitir que salga su alma (2).

Los omahas creen que cuando el rayo mata a una persona, ésta debe sepultarse boca abajo y partirse las plantas de los

(1) Citado por Powell en la introducción del «6th Annual Report of the Bureau of Ethnology. Las obras del Dr. Yarrow sobre las costumbres mortuorias de los indios, me habrían sido de la mayor utilidad, pero desgraciadamente no las he podido consultar, por estar agotadas y porque no existen en ninguna de las bibliotecas de Santiago.

(2) The Sia. ob. cit, p. 144-145.

pies. Cuando esto se hace sale el espíritu y va directamente a la tierra de los muertos, sin molestar más a los vivos. Creen también que los antecesores de los indios son los animales de que han tomado su totem o nombre, y qué al morirse, van a juntarse con ellos (1).

Los dakotas se oponen a retratarse porque creen que el ánima o espíritu puede quedarse en el retrato después de la muerte del individuo, en vez de ir al país de los muertos. También creen que otra de las ánimas, (cada persona tiene cuatro), la sombra, reside en el cabello. Los padres, a veces cortan un cadejo de la frente del difunto y lo guardan por algún tiempo cuando quieren que conserve su lugar en el seno de la familia. Hasta que se entierra el cadejo, no puede alejarse la sombra (2).

Los mismos indios tienen muchas otras supersticiones respecto de las ánimas. Antes de la muerte de un individuo, el toldo es rodeado por los espíritus de sus parientes muertos, quienes son visibles al moribundo.

Si un ánima llama a una persona querida y esta contesta, morirá dentro de poco tiempo. Si se siente llorar fuera del toldo es señal que alguno de sus ocupantes morirá luego. Si, durante una fiesta fúnebre, alguien come antes de que se haya apartado la porción que corresponde al ánima, todos los espíritus se enojan y le castigan. La comida caerá al suelo cuando está comiendo, derramará el líquido que quiere beber, o se cortará la boca con su cuchillo (3).

Los zuñis creen que la tierra es regada por las ánimas de sus muertos, quienes son controlados por un consejo que se compone de los dioses abuelos. Las ánimas recojen el agua en jarros y calabazas de las seis grandes fuentes del mundo, y pasan entre cielo y tierra protegidas por máscaras, que son las nubes. De aquí nace la costumbre de tapar la cara de

---

(1). A study of Sionan Cults. ob. cit. p. 420.
(2). Id. id, id. p. 484.
(3). A study of Sionan Cults. ob. cit. pp. 486-489.

los muertos con máscaras de algodón crudo, simbólicas de las nubes (1). Creen que si incineraban los cadáveres, no habría lluvia.

Los niños que se sepultan sin haberse perforado las orejas no pueden ayudar a regar la tierra, y llevan canastos de sapos y renacuajos en la cabeza, que dejan caer a la tierra mientras las ánimas de los adultos están produciendo la lluvia; estos niños no llevan en las orejas zarcillos de turquesas como los demás, sino sapos. Esto se considera una desgracia y a los que no las tenían perforadas antes, las perforan al enterrarlos (2).

Los pimas creen que los pobres que mueren sin tener nada que echar a la sepultura, andan vagando en el espacio hasta que alguna persona caritativa deja algún óbolo en su tumba (3).

La razón que da los tlinglits para quemar sus muertos es que el difunto pueda encontrarse cerca del fuego en la *Gran Casa de los Muertos*. Si no se cremaba tendría que quedarse alejado del fuego tiritando de frío (4).

Los esquimales creen que las almas de los hombres quedan con los cuerpos hasta el quinto día; pero las de las mujeres solo hasta el cuarto día. Dicen que encierran los cuerpos en cajas para impedir que anden vagando las ánimas, como antes solían hacer, causando espanto a los vivos.

El primer niño que nace en una aldea después de la muerte de uno de los habitantes, recibe el nombre de éste y lo representa en las fiestas que después se dan en su honor. Si no nace ningún niño, uno de los que ayudó a preparar la sepultura recibe el nombre del difunto y abandona el suyo propio.

Si muere una persona y no hay nadie que le haga una

---

(1). Tusayan Katchinas. ob. cit. p. 312.
(2). The Zuñi Indians. ob. cit. p. 305.
(3). The Pima Indians. ob. cit. p. 195.
(4). The Tlingit Indians. ob, cit. p. 430.

fiesta o que adopte su nombre, creen que queda olvidado, su espíritu no puede asistir nunca a las fiestas, y permanece pobre y sin amigos en la tierra de las ánimas.

Los esquimales guardan los orines en baldes para sus baños y para curtir sus cueros. Nelson nos cuenta que cuando muere un shaman (médico o machi) todos los hombres de la aldea toman su tina y derrama un poco de la orina al suelo delante de la puerta de su choza; diciendo, «esta es nuestra agua; ¡beba!». Creen que el ánima, si volviere durante la noche, probarían el agua y hallándola mala se iría. La segunda noche se introducía la tina que contenía los orines a todos los rincones de la choza, para correr el ánima. El tercer día, en ayuna, todos los de la aldea, hombres, mujeres y niños, se bañaban en orines, que los limpiaban del contagio y, les consevaban contra toda influencia ordinaria del ánima (1).

El *aya huasca*, o soga de la muerte, es un bejuco que los indios ticunas beben en infusión y que les procura los mayores deleites que son capaces de experimentar. Los efectos del bejuco son maravillosos. El indio lo bebe cada vez que quiere conversar con los muertos o con los ausentes. Produce un efecto parecido al que se siente tomando el hashish de los árabes.

El indio predispuesto a ver visiones y de considerar reales y verdaderas todas las fantasías conjuradas por su imaginación sobreexitada recurre a este medio para ponerse en comunicación con todos aquellos seres que se le presentan mientras esté en ese estado (2).

Los choctaws conservaban una curiosa costumbre relacionada con el duelo. El período que duraba esto, variaba según la categoría del difunto.

Cuando una persona deseaba descontinuar el duelo, plantaba en el suelo, de manera que formaban un triángulo, tres palos, cada uno de varios pies de largo, unidos en su

(1). The Eskimo about Bering Strait. ob. cit. pp. 311-314.

(2). Lobo Toledo, Julio. La Región Amazónica: Memorias de un viajero «El Mercurio» de Santiago. Lunes 16 de mayo de 1910.

parte superior por un pedazo de tela o cinta de color resaltante. Este objeto se colocaba cerca de la entrada del toldo e indicaba que el dueño quería abandonar el luto.

Durante los tres días siguientes los deudos lloraban con llanto, tres veces al día; al amanecer, a medio día y a la puesta del sol. Mientras lamentaban se envolvían la cabeza en sus frazadas, sentados o arrodillados en el suelo. Durante estos tres días se reunían los amigos y principiaban una fiesta con bailes y banquetes que duraban por otro día más. Entonces se declaraba suspendido el duelo (1).

Es curioso notar que entre los pueblos primitivos se principia y termina el duelo con ceremonias que casi siempre tienen por parte principal, fiestas i banquetes, a los cuales se supone asistan, halagadas, las ánimas de los muertos. Estos banquetes se continúan aun entre algunos pueblos más civilizados, si es verdad, que muchas de las supersticiones relacionadas con ellos han desaparecido.

De la manera como sobreviven las antiguas costumbres y supersticiones, aun cuando el pueblo que las practican ha progresado en otros sentidos, tenemos un ejemplo en los funerales de los indios de la Puna de Atacama, que en nombre son cristianos y practican los ritos de la Iglesia Católica. Sin embargo, no se han desprendido de sus antiguas ceremonias, muchas de las cuales se encuentran entremezcladas con el ritual del cristianismo. Esto se ve especialmente en sus entierros. Después de las ceremonias de la iglesia, el cadáver es llevado otra vez a la casa, donde permanece el tiempo necesario para cavar la sepultura, operación que cumplen cuatro amigos de la familia; quiénes lo mismo que los campanilleros, que tocan las campanas de la iglesia todo el día, reciben razones especiales de *coca* y de *chicha*. La fosa debe ser exactamente del largo necesario; si es demasiado largo vuelve el muerto. Terminada la excavación de la sepultura,

---

(1) The choctaw of Bayou Lacomb. ob. cit. pág. 27.

se revuelve unos puñados de coca con la tierra sacada, en el interior de la tumba. Todas las personas presentes desparraman hojas de coca, como igualmente sobre el cadáver, depositado sobre el fondo, sin ataúd y envuelto sencillamente en un tejido gris, llamado *barchila*, fabricado especialmente para la ocasión.

El muerto lleva sus *usutas* (ojotas), pero se coloca la ojota derecha sobre el pie izquierdo y vice-versa. Se baja el cadáver a la fosa por medio de cordeles de lana negro, y se desparrama sobre él más hojas de coca; operación se continúa mientras se rellena la sepultura, para mezclar bien la tierra con dichas hojas.

Cuando queda relleno el sepulcro, todas las personas sacan con el dedo, *el acullico* o mascada de coca, que tiene en la boca y lo arrojan sobre la tumba, arrodillándose en seguida para recitar sus oraciones. Se planta una cruz sobre la sepultura y después de algunos otros ritos paganos, se retiran los deudos para terminar la ceremonia con una gran borrachera (1).

Supervivencias de esta naturaleza son muy comunes y las observamos en muchas de las costumbres ordinarias de la vida, sin que se nos ocurre muchas veces que pueden tener un origen lejano, basado en ideas muy diferentes a las profesadas hoy día.

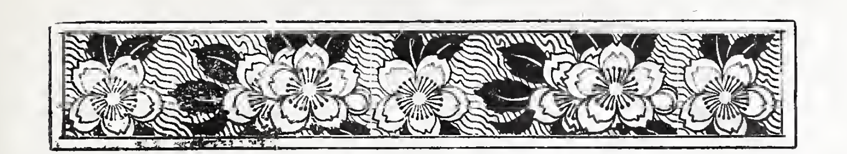
Por ejemplo: el temor o la desinclinación de pronunciar el nombre del difunto, empleando cualquier otro término indirecto; subsiste aun en la forma, y hablamos del *finado*, cuando la razón de éste se ha olvidado.

Una ceremonia que incluye muchos de los antiguos ritos practicados en los entierros de niños, sobrevive en los velorios de *angelitos*, todavía comunes en el pueblo bajo de muchas naciones que se jactan de cultas.

Si examinamos una por una las supersticiones y costumbres

(1) Antiquités de la région Andine. ob. cit. pp. 517-18. Tomo II.

populares de los diversos pueblos, por más civilizados que sean, encontramos en todas un *substratum* de las antiguas creencias animísticas que se nos parecen ridículas hoy; sin embargo, en un tiempo, tenían un real significado y despertaban serias preocupaciones por parte de aquéllos que vivían en constante temor y recelo de los seres invisibles que poblaban esta tierra y la otra.



CAPITULO VIII

MANERA DE ENVOLVER LOS CADÁVERES

Observaciones.—Los esquimales.—Mortajas de pieles.—La Fiesta de los Muertos entre los iroqueses,—Mortajas de corteza de árboles, de esteras y tejidos de lana.—Telas de algodón.—Costumbres de diferentes tribus.—Los sias.—Los pimas y zuñis,—Los chichimecas y otras tribus mexicanas.—Los mayas.—Los caribes.—Las momias del Perú.—La preparación de las momias, según Barrera,—Momias en Pisagua y Tacna.—Los calchaquíes.—Las tribus del Chaco.—Los bororos.—Los tehuelches.—Los fueguinos.

La mayor parte de los pueblos inhuman o sepultan el cadáver de sus difuntos. Algunos como hemos visto, los abandonan y otros los incineran; pero forman la minoría. Aún los que descarnan los huesos, o que los exponen en catafalcos, suelen darles sepultura después, y tienen mucho cuidado en tratarlos con respeto y veneración.

Los cadáveres o los restos esqueletales son generalmente envueltos con esmero, y muchas veces con un lujo de detalle. Son muy variadas las maneras de preparar los envoltorios y no menos diversos los materiales empleados, pero casi siempre son los mejores que la economía doméstica del indio

permite. Algunas tribus emplean pieles, otras esteras, corteza de árboles, tejidos groseros o finos según el caso, frazadas, prendas de vestir, etc. Los atados o envoltorios comunmente encierran además del cadáver las joyas o adornos personales del difunto, ofrendas mortuorias dejadas en recuerdo, o para ganar la buena voluntad del ánima que parte.

Un estudio de los diferentes envoltorios nos da una buena idea, no sólo del estado mental de los pueblos que las usaban, sino también de su condición cultural y del estado de sus industrias en general. Así quedan beneficiadas tanto lo arqueología como la etnología.

Principiando por el norte del continente, encontramos a los esquimales con una cultura bastante primitiva, a causa de que el país que habitan no se presta a otra más desarrollada. Sin embargo, dentro de sus limitadas industrias, han adquirido una destreza manual y una variedad de productos, rara veces igualadas por otros pueblos en semejante situación.

Sus prendas de vestir son hechas casi exclusivamente de pieles. No es de extrañarse entonces, que emplean idénticos materiales para envolver a sus muertos. El modo más común de preparar el cadáver para el entierro es de vestirlo con el mejor traje que posee. Esto por razones que hemos expuesto, se hace con frecuencia antes que muera el enfermo. En seguida se le envuelve en pieles que son cosidas o amarradas hasta formar un paquete. Muchas veces las piernas son dobladas de tal manera que los talones quedan juntos a la cintura. Sin embargo, la costumbre varía de una localidad a otra. Entre los unalits de la vecindad del estrecho de Behring, se viste al cadáver en un traje que no ha sido usado jamás, y se lo coloca en postura sentada, con la barba entre las rodillas y los brazos cruzados sobre el abdómen. En seguida se le envuelve en cueros, o en esteras de esparto, que son atados con sogas.

En vez de enterrarlos, estas atados fúnebres son coloca-

dos en cajones cuadrangulares elevados sobre el suelo en postes.

Los utensilios y otras posesiones del muerto se colocan en el mismo cajón o en el suelo al lado, o en el caso excepcional de un entierro, dentro y encima de la tumba.

Las mismas costumbres son practicadas por todas aquellas tribus que habitan las regiones polares o semi-polares, donde las pieles forman el principal material para sus trajes; como igualmente entre las del extremo sur del continente, como los fueguinos y patagones y entre las cuya ocupación principal es la caza y que aún no saber tejer, como algunas tribus del Chaco y las del interior del Brasil.

Los yahganes envuelven el cadáver en viejos pellejos de nutria y lo sepultan en los montones de conchas delante de la puerta de la choza (1), los alacalufes usaban la misma clase de envoltorio, pero depositaban los muertos en cavernas o en los abrigos de las rocas.

Algunos de los aleutianos momificaban el cadáver después de extraer las vísceras e intestinos, y en seguida los vestían con sus mejores prendas, colocándolo en las grutas mortuorias, en posicion natural como si fuese ocupado en las tareas de la vida; o bien, lo envolvían en cueros o pieles a la usanza de los esquimales.

La costumbres de amortajar a los muertos en pieles era probablemente la más generalizada en ambas Américas; porque la vemos empleada tanto en los bosques como en llanuras, sobre una enorme extensión de norte y sud América; en donde la mayor parte de las tribus eran cazadoras.

El algunas partes había árboles, cuya corteza era fácil sacar en grandes planchas que tenían una flexibilidad relativa. En dichos lugares se valía con frecuencia de este material para formar ataudes; pero generalmente envolvían al muerto en sus frazadas o abrigos de pieles, antes de enterrarlo con esta cobertura.

---

(1) Hyades P. et Deniker J.—Mission Scientifique de Cap. Horn. 1882-3. Tomo VIII. p. 379. Anthropologie Ethnographie, Paris 1891.

Algunos indios, como ciertas tribus de las familias iroquesa y sioux; practicaban dos y hasta tres sepulturas sucesivas. Primero, exponían los cadáveres en catafalcos o ramadas, hasta que se descarnaban los huesos, o bien se desecaban los cuerpos, para luego enterrarlos. Pero esto no fué su último destino; sino una sepultura provisoria, hasta la próxima *Fiesta de los Muertos* o enterratorio comunal de todos los que habían muerto en el seno de la tribu después de la última celebración.

Dichas fiestas se practicaban periódicamente, a intervalos que variaban entre diez y treinta años.

Hemos referido la descripción que da el Padre Brebeuf de esta ceremonia entre los hurones. En un librito anónimo, escrito en francés y traducido al español (1) encontramos la siguiente narración de la misma costumbre; entre los nadowessinas, otra tribu de los indios iroqueses:

«Cuando cayó la hoja de los árboles se prepararon mis hermanos a la gran función de los muertos que celebraban cada treinta años para transportar los huesos de sus padres a la gran caverna, situado a las orillas del río. Un héroe pregonó por orden del consejo que había llegado el día: a su voz re-

(1) Este libro tiene por título: *Oderay, usos, trajes, ritos, costumbres y leyes de los habitantes de la América Septentrional.* Traducidas del francés e ilustradas con varias notas críticas, históricas y geográficas, por don Gaspar Zavala y Zamora. Madrid 1804.

Refiere la narración de un joven franeés, cautivado por los indios y adoptado por ellos en la tribu, pero oculta su verdadero nombre. Como la traducción no lleva ni prólogo ni prefacio, nada sabemos respecto de su publicación original, pero sospechamos que puede ser la traducción de un manuscrito, escrito en francés pero que solo se publicó en ese idioma en 1864, editado por el padre J. Tailhan. En tal caso el autor sería Nicolás Perrot, y la edición francesa lleva el siguiente título: Mémoire sur les meours, constumes, et religión des sauvagos de l'Amérique Septentrionale, par Nicolas Perrot; publie pour la premiére fois par le R. P. J. Tailhan, Leipzig et Paris, 1864.

Desgraciadamente no hemos podido cotejar las dos ediciones y conocemos personalmente, solo la española; de modo que avanzamos esta sugestión solo como hipótesis.

tumbaron en toda la comarca los lamentables ecos, presentando escenas de desesperación y de llanto. Cada uno lloraba a sus amigos y deudos, que habían fallecido desde la fiesta anterior; y esto renovó la pena de mi padre, y mis amigos, de modo que se revolcaban en sus esteras, y se destrozaban sus brazos y piernas con espinas de pescados, como hicieron en la muerte de mi querida Oderay.

Salieron luego de sus tiendas para ir a buscar en el bosque los cadáveres que había pendientes de los árboles (1), los cuales llevaban a las orillas del río, después de quitar la carne y, quemarla, a fin de trasladar solo el esqueleto a la caverna de los muertos.

Era un espectáculo horroroso y desagradable el ver los grados de putrefaccion que ofrecían aquellos cadáveres, sepultados unos hacía treinta años, y otros el día antes, desnudos enteramente y conducidos por hombres de todas edades. La generación presente llevaba la pasada al sepulcro mismo, a que ella había de descender. La madre al hijo que poco antes había tenido en sus brazos; el esposo, a la tierna esposa, que había estrechado en su seno; la joven amante, al guerrero que consintió sentar sobre su estera. Sus cabezas descarnadas caídas sobre los hombros de los que lo sostenían, iban rozando con sus mexillas sonrosadas, ofreciendo el horroroso contraste de la vida y de la muerte, de los despojos de la humanidad al lado de la frescura de la juventud lozana. Yo vi a Ourahoo mi padre cargado con el cadáver de su hija, que él llevaba a sus espaldas asido por las manos: la larga cabellera cubria su rostro; y la bañaba con sus lágrimas. El aire se llenaba de lastimeros gritos, y cada familia entonaba la canción de la muerte.

---

(1) Esta tribu acostumbraba envolver los muertos en pieles y luego dejarlos colocados en las ramas de los árboles cerca de sus habitaciones hasta la fiesta de los muertos que aquí se detalla. Laceraban sus cuerpos y cortaban sus cabellos, los que dejaban suspendidos del árbol en que se dejaba al muerto.

Ellos se encaminaron a la gran caverna, y yo qu dé solo en el bosque, en tanto que volvían» (1).

Cada vez que se cambiaba el lugar de sepultura de los restos, se solía mudar completamente los vestidos y envoltorios de los muertos y generalmente se hacía gran acopio de pieles, ponchos, etc., en anticipación de estas grandes fiestas.

Encontramos una costumbre parecida entre las antiguas tribus de las pampas argentinas y de la Patagonia. Todos los años llevaban los despojos de sus difuntos a los sepulcros ancestrales, situados casi siempre en el litoral; y a veces tenían que emprender largos viajes con este propósito.

Las tribus que vivían en la vecindad de los grandes ríos y lagos y que se dedicaban a la navegación de ellos, acostumbraban depositarel atado mortuorio dentro de la canoa del difunto, o en el caso de que éste no tuviera, de fabricar una nueva con este objeto.

Los pueblos que usaban esteras tejidas de juncos, esparto o fibras vegetales, empleaban estas para amortajar a los muertos. Así hacían muchas tribus del norte de México, del sur de los Estados Unidos, del Chaco y de otras partes.

Con la llegada de los europeos y con la introducción en América de la oveja, los tejidos de lana poco a poco reemplazaron las pieles y esteras como artículos de vestir y por consiguiente como prendas mortuorias.

El arte de tejer fué conocido en América, mucho antes de los viajes de Colón. Los mexicanos, los mayas, los chibchas y otros pueblos fabricaban hermosas telas de algodón y sustancias vegetales; los peruanos y otras naciones andinas aprovechaban estos materiales como también la lana del llama, vicuña, alpaca y guanaco para sus géneros, que eran de muchas diversas calidades. Todos ellos guardaban los me-

(1) Desgraciadamente el autor no presenció y por lo tanto no describió la manera de disponer de los muertos, ni los ritos o ceremonias que acostumbraban practicar en estos entierros comunales, que suponemos debían ser parecidos a los descritos por el padre Brebeuf.

jores de sus productos para hacer honor a los muertos y los ataviaban con las prendas mas escogidas.

En general se puede decir que en toda América, los materiales usados para confeccionar los envoltorios de los cadáveres eran los mismos empleados en la fabricación de las vestiduras.

La manera de formar el atado mortuorio variaba de una parte a otra. Esto dependía en parte del modo de colocar el cadáver y en parte a otros factores. Muchas tribus exponían o sepultaban sus difuntos en posición tendida, otras adoptaban la postura sentada o encogida y a veces descoyunban o quebraban los huesos del muerto para darle la forma de ovillo que consideraban conveniente.

En los entierros secundarios de los huesos, también prevalecían diferentes métodos. A veces se esmeraba en dar a cada hueso su ubicación correspondiente, ligándolos con tiritas de cuero en el caso de haberse desprendido de los cartílagos; en otras ocasiones formaban un atado sin orden ninguno, solo preocupándose de que estuvieran entera la osamenta.

No siempre, los envoltorios se dejaban en la sepultura. En la descripción que nos da el Padre Brebeuf del entierro comunal de los hurones, dice que a pesar del gran lujo gastado en llevar los restos del osario, las ricas prendas usadas para esta ceremonia no fueron dejadas allí sino llevadas por sus dueños; lo que demuestra que la pompa en estas ocasiones era simplemente ocasionada por el deseo de aparentar riquezas.

Los hurones y otras tribus iroqueses usaban para este propósito, sacos de cuero o de pieles que cubrían con sus más ricas mantas o frazadas.

No es solamente entre los iroqueses que encontramos sepulturas comunales sinó también en casi toda la parte central de los Estados Unidos, en Virginia, Wisconsin, Florida, Illinois, Georgia, Carolina, Missouri, Arkansas, etc.

Los indios menominis envolvían sus muertos en largos

pedazos de la corteza interior del abedul; los de Carolina en esteras del junco, los winnebagos en el cuero del animal que formaba el totem del gens a que pertenecía el difunto. Los seris vestían a los muertos en sus mejores trajes, que consistían principalmente de los cueros de aves marinas. Hacían bultos mortuorios en forma de las momias peruanas, fuertemente ligados por correas y sepultados debajo de conchas de tortugas de mar en tumbas de poca profundidad que se cubrían de quiscos, ramas espinudas y piedras.

Los choctaws adornaban los muertos con todo el lujo que podrían juntar, lo que se les quitaba en el momento del entierro. Estos objetos se usaban exclusivamente para semejantes ocasiones y pasaban como herencia de una generación a otra.

Los seminoles de Florida vestían el difunto con ropa nueva y al momento de colocarlo en la sepultura lo envolvían en una frazada.

Entre los sias no se acostumbra vestir el cadáver. El traje del difunto se corta en tiras que se depositan encima del cuerpo. Se coloca un poco de alimento debajo del brazo izquierdo y en seguida se hace el atado mortuorio.

El cadáver, tendido de espaldas, con los brazos estirados a lo largo del cuerpo, se envuelve en una frazada que sobresale en los dos estremos. Con la punta de un cordel largo se amarra el extremo por encima de la cabeza y se hace otro nudo corredizo alrededor del cuello. Se enrolla el cuerpo con el cordel y se hace una tercera amarra por las rodillas, otra por los tobillos y por último se amarra el estremo opuesto de la frazada, por debajo de los pies. Los mismos hombres que amortajan al muerto y que deben ser de otra fratría o división de la tribu, son los que lo llevan a la sepultura donde lo entierran sin más ceremonía.

Los pimas forman un atado mortuorio con el cadáver en postura sentada, envuelto en frazadas y atado con cordeles de lana con mucha seguridad. Tapan la cara con un paño, pero dejan la cabeza fuera del atado. En esta forma lo en-

tierran pero cruzan palos sobre el cadáver, diagonalmente, desde el piso por un lado hasta la boca de la sepultura por la otra, formando así una especie de techo para que al rellenar la tumba la tierra no cayese sobre el difunto.

La manera de envolver a los muertos en uso entre los zuñis es casi idéntica a la empleada por los sias. Cuando una frazada no alcanza para para hacer el atado usan dos o aun tres, pero el modo de atarlos es el mismo.

Los chichimecas del norte de México a menudo practicaban la cremación de los cadáveres de sus jefes o reyes. Las cenizas se empaquetaban en paños costosos hasta que asumían la forma de un ovillo, sobre el cual colocaban una cabeza artificial con cabello y máscara. Esta figura se encerraba en una gran urna que se sepultaba al pie de las gradas que subían al templo. La sepultura se techaba, y la tierra se amontonaba encima en forma de túmulo.

Los que morían en la guerra también se quemaban y sus cenizas se llevaban a la ciudad natal donde se sepultaban en urnas. La gente común se sepultaban simplemente, en posición sentada envueltas en paños de algodón bordados o pintados.

Los alcohuas, los otomies y otras tribus mexicanas tambien incineraban a los muertos; como lo hacian con frecuencia los aztecas, quienes sin embargo generalmente inhumaban los cadáveres; empaquetándolos en la forma de las momias del Perú. Hecho el atado, este se adornaba con una máscara y con los símbolos que indicaban la profesión del difunto; en el caso de un guerrero con su yelmo emplumado y sus armas, coraza y rodela. Dentro del atado colocaban cantidades de papel de agave, que suponían daba facilidades al difunto para vencer las numerosas dificultades que encontraba en su viaje al otro mundo.

Los mercaderes de la fraternidad de Pochteca recibían un tratamiento especial; el cadáver se envolvía en papel, y se le decoraba la cara con pinturas negra y roja; se agregaban sus adornos personales y se terminaba el envoltorio con los

tejidos más finos. El atado se colocaba en una anda y se llevaba a la cima de una montaña donde quedaba expuesto en un lugar inaccesible.

Entre los mayas de Centro América las costumbres mortuorias eran muy parecidas a las mexicanas. Ellos también empleaban los dos sistemas de cremación y de inhumacion. En el último caso, el cadáver se envolvía en telas que variaban en riqueza según la calidad del difunto. El cadáver se replegaba antes de fajarlo. A veces se dejaba la cabeza afuera cubriendo la cara con una máscara de madera o de plumas; pero con frecuencia las telas que formaban el envoltorio encerraban totalmente el cuerpo, cabeza y todo.

Después, con las influencias aztecas, las personas de alto rango se incineraban y sus cenizas se depositaban en urnas, o en la cavidad dejada en la cabeza de una figura esculpida en madera, que representaba el muerto. Se dice que antes de incinerar el cuerpo, se cortaba la cabeza. La parte facial, arreglada con facciones artificiales se colocaba en una estatua que se guardaba en el templo. En las Antillas el cadáver se fajaba con largas tiras de paño, tejidas expresamente para ese fin a manera de vendas. Generalmente el cadáver e colocaba en una hamaca suspendida entre las ramas de los árboles, o bien en la bóveda que formaba su sepultura. Esta costumbre se practicaba en toda la región caribe. Viguier describiendo el modo de enterrar en uso entre los indios payas de Darién, dice que la sepultura era cuadrangular. La hamaca con el cadáver se suspendía de estacas, en la parte superior. En el piso se colocaba el ajuar fúnebre. La sepultura se tapaba con un techo de tablones sobre el cual se amontonaba tierra (1).

Sin embargo, entre los caribes, estos entierros eran generalmente solo provisorios y a la vuelta del año, cuando esta-

(1) Viguier Dr. C. Notes sur les Indiens de Paya. Memoires de la Société d'anthropologie de Paris. Tomo I. 2.ª serie, p. 411 y sig. Año 1873.

ban descarnados los huesos, los sacaban y los empaquetaban en canastos o envoltorios tejidos de las hojas de palma, y los guardaban en sus chozas como objetos de reverencia. Cieza de León nos describe la manera cómo los indios de Popayan envuelven los cadáveres. Dice: «Los muertos que son los más principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, (mantas gruesas de algodón) que son tan largas como tres varas y tan anchas como dos. Después que los tienen envueltos en ellas, les revuelven a los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tienen más de doscientas brazas; entre estas mantas ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas» (1).

Según el mismo cronista las de Jauja envolvían los muertos en pieles de llama o de vicuña porque dice: «los meten en un pellejo de una oveja fresco, y con él los cosen, formándoles por defuera el rostro, narices, boca y lo demás, y desta suerte las tienen en sus propias casas» (2).

En la región de los Andes y en las costas del Pacífico abarcando toda la zona del antiguo imperio de los incas, desde Ecuador hasta Atacama, encontramos que predominaba la costumbre de hacer atados mortuorios de los cadáveres, envolviéndolos con telas de algodón y de lana. Debido al buen estado de conservación en que se han encontrado estos cadáveres se ha acostumbrado a llamarlos momias; pero no lo son en el sentido de que hayan sido conservados por medios artificiales; pues son solamente desecados por el clima seco y la falta de infiltraciones de humedad en el suelo.

Si es verdad que el sistema general, durante los tiempos pre-españoles, era de hacer atados mortuorios; sin embargo, los detalles de estos variaban de una época a otra; como también en las diferentes localidades. La posición sentada con el cuerpo replegado, era la universalmente adoptada, pero la forma del atado y los materiales empleados en su

(1) La Crónica del Perú. ob. cit. Cap. XXVI.
(2) id. id. Cap. LXIII.

confección, cambiaban según la región y la época a que pertenecían. A veces eran rectangulares, a veces cónicos, ovoides o periformes. Sería muy largo detallar todas sus diferencias y señalaremos aquí sólo los tipos más usuales. En los kjökkenmöddinger o iconchales de la costa, se encuentran los que son probablemente los más antiguos. El cadáver amarrado con sogas para mantener su posición, son simplemente envueltos en toscos géneros y sepultados bajo un canasto o montón de redes de pescar.

Pertenecientes a una época posterior, son los atados en forma de huevo que son compuestos de numerosas envolturas de algodón y lana, de tejido muy fino, adornados de los más hermosos colores y dibujos; y probablemente son aun más modernos los a que se han agregado una cabeza falsa con máscara de madera, tipo hallado, tanto en la cordillera como en la costa.

En algunas partes, especialmente en la vecindad del lago de Titicaca los atados eran envueltos en esteras de totora, o bien con largas trenzas de este material.

Pero cualquiera que fuera la forma del atado, la región o la época a que pertenecía, el cadáver que contenía siempre se encontraba encogido en la posición de un feto en el vientre de su madre.

En la costa, con frecuencia se han encontrado dos o más cadáveres en el mismo atado y en general el envoltorio es más complicado y elaborado que en el interior.

Reiss y Stübel dicen que en Ancón se envolvían separadamente los dedos de los pies y las manos. En seguida se entornaba el cuerpo con numerosas fajas; generalmente de algodón; a veces de paños de lana, mantas etc. Se agregaba al contorno, cantidades de algodón en rama, hojas de plantas, esparto, o algas marinas, envolviendo todo en mantas, tiras de género, o esteras (1 .

(1) Reiss W. und Stübel. A. Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Berlín, 1880-1887.

Todos los atados se sujetaban con sogas trenzadas de lana o de totora.

Rivero y Tschudi (1) dan una interesante descripción de la manera de envolver las momias, pero como parece adaptada de la de Barrera, preferimos dar esta última por ser original y a la vez menos conocida. Es verdad que Barrera cree que la conservación de los cadáveres se debe principalmente al embalsamiento artificial, y da a ciertas operaciones *post-mortem* de su preparación un significado que parecen no tener, pero esto no es del caso; sólo deseamos reproducir la descripción de esta preparación tal como lo escribió el autor.

«Los profesores ejecutaban la operación de varios modos. Imitando a los antiguos egipcios extraían el cerebro por las narices, convenciéndolo así la falta del pequeño hueso que separa las ventanas y la fractura hecha en la sutura que une a éste con el coronal, facilitando el paso interior del cráneo. Conservaban otras veces este pequeño hueso faltando enteramente el cerebro, sin notar reliquia capaz de manifestar la corrupción que podía haber producido, si lo hubieran dejado sin tocar, convenciéndose de aquí que poseyendo buenos conocimientos en anatomía hacen sus extracciones de este órgano de diferentes modos y por distinto lugares. Les sacaban los ojos como compuestos de partes muy corruptibles, llenaban las órbitas de algodón y otras materias ingeniosamente colocadas, que disimulaban la falta cuando les juntaban los párpados; todo ejecutado con primor, sin alterar las facciones de la cara de aquel aire que tuviesen en el estado de la vida.

La lengua con todas sus partes era arrancada con el pulmón por una pequeña cortadura hecha del ano al pubis, después de vaciar por él todos los intestinos, quedando el vientre inferior y pecho libres de las partes que podían ser putrescibles. La capacidad de ambas regiones la llenaban de

(1) Rivero M. E. y Tschudi J. J. Antigüedades Peruanas. Vienna 1851.

un polvo sutil, color de hígado, que exhalaba un ligero olor a trementina en el instante que se saca y se pierde después de un rato de puesto en contacto con el aire libre. Absuelve la humedad, hace una pequeña efervescencia en el agua fría; presumiendo por estos datos que la composición parece hecha de resina de molle, cal y alguna tierra mineral. Les ungían la cara, pies y manos con un líquido oleoso, color de naranja, cubriéndola después con algodones; unían antes las manos a las mejillas; las rodillas al pecho, dejando de la parte de afuera los codos sujetando los miembros con fajas hasta que tomaban la apetecida posición.

La colocación de las diversas mantas en que están envueltos los cuerpos y compostura de sus partes, hace admirar la prolijidad y el arte. En la boca una pequeña rodaja de oro, plata o cobre, envolviendo la cabeza con tres diferentes pañuelos cosidos cada uno separadamente, de los cuales dos eran blancos, siendo el tercero siempre de color a listas de un tejido fino y transparente a imitación del velo. De la garganta abajo sobreponían hojas de diversas plantas aromáticas, en que se nota la yerba-buena con más frecuencia; cubriéndolo todo con una manta blanca ajustada y cosida para que permaneciese en su colocación; en este estado les ponían algunos un ídolo en el pecho, de tierra cosida o madera, y los muebles de toda especie que más usaban en la vida, por los costados, abras de los brazos con la mayor simetría, envolviéndolo en dos mantas más y la última de color.

Adaptábanles dos cañas por cada costado que mantenían fuertemente con una faja doble que daban vuelta de abajo arriba, también de color, cubrían el todo de una estera de totora o junco, quedando en esto tan dilatada operación.

En este estado los ponían en el centro del sepulcro, sirviéndole de apoyo las cañas, para que se quedara en posición vertical; con la cara hacia el mar si está situado en el llano, o mirando el campo si por su clase estaba colocado a la falda de un cerro. Armaban por delante dos filas de platos de cuatro a ocho en cada una cubiertas con otros que contenían

habas, maiz, cuyes, dos a cuatro cántaros de agua a los costados, cerradas las bocas con tazas y vasos, y algunas ollas que habían tenido uso en la cocina. Cubrían con arena casi pura, el espacio desde el plan hasta dejar oculta la cabeza, ponían entonces ropa de toda especie como mantas, ponchos, colchas en que se admira el primor con que matizaban de colores las figuras y dibujos hechos del mismo tejido con particular gusto y delicadeza, llenando por último el espacio que quedaba» (1).

Esta forma, con pocas diferencias, era, la empleada en todo el Perú antiguo. Los aimarás y los atacameños practicaban el mismo sistema.

En Pisagua se han encontrado momias, que tenían una sustancia calcárea, colocada dentro del atado entre las envolturas interiores y exteriores y que tenían la cavidad abdominal rellena de tejidos de lana.

Algunas de ellas llevaban las cabezas envueltas en turbantes de paja tejida, o de lana en madejas, de gran tamaño, que en forma recuerdan aquellos de los hindúes. También se las ha encontrado con máscaras pintadas de resina vegetal, con cabellera artificial. Por otra parte, los atados son hechos de una manera parecida a la que hemos descrito más arriba.

En el mismo lugar se encuentran cadáveres que evidentemente pertenecen a una época anterior. Son sepultados en posición tendida, costumbre común entre los changos y otras tribus pescadoras de las costas chilenas. Estos cadáveres se envolvían en cueros de foca, o de pelícanos, que se encuentran a veces intactos con su plumaje.

En 1872 se hallaron, en el sitio de la casa que en Pisagua

---

(1) Barrera Francisco. Antigüedades Peruanas, publicado en el Tomo II del Memorial de Ciencias Naturales y de Industria Nacional y Extranjera redactado por M. de Rivero y N. de Piérola. Lima sin fecha, pp. 101 a 111.

Este Memorial fué publicado probablemente a fines del año 1828 o principios de 1829, en la Imprenta de la Instrucción Primaria regentada por Pedro Casal.

ocupaba la Agencia de Vapores, algunas sepulturas antiguas de indígenas. Una momia llamó la atención por algunos detalles curiosos. Era de un hombre con su cuerpo completo, de espaldas y con sus brazos estirados. En partes tenía la carne destruída o carcomida hasta el hueso. La piel y músculos muy duros, en perfecto estado de momificación. Llevaba puesto un poncho de algodón, grueso, con dibujos a cuadritos pintados de negro, amarillo, colorado y blanco. Encima le habían colocado un gran caparacho de tortuga de setenta centímetros de largo que le cubría completamente la cara y el pecho.

Aquí, a diferencia de los changos de más al sur, los cadáveres son casi siempre envueltos en tejidos de lana. También se encuentran momias de niños pintados con diferentes colores Parece ser una especie de tierra; con la cual se han llenado los cuerpos (1).

Hablando de los cementerios de Tacna, Canales da una breve descripción de un cementerio de niños y dice:

«Los cuerpos se hallan envueltos en una tela gruesa; de lana o algodón, y no pocos estan metidos en una alforja perfectamente conservada; ni más ni menos que los usados hoy por los indios que venden yerbas por todas las ciudades de América (indios chachapoyas). Y todavia más, este envoltorio se ha guardado en una red de soga hecha de totora o batro con mallas como las redes de los pescadores.... En otra tumba se halló el cadáver de una mujer; encima del cráneo se halló un gorro de plumas negras i cortas, como para procurar blandura para conducir algún peso. La cabeza con todo su pelo, arregladas en dos trenzas puestas cuidadosamente alrededor del cráneo; parece que las mujeres eran peinadas con esmero al tiempo de enterrarlas, porque todas esas momias se encuentran con el pelo dispuesto en la misma forma» (2).

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico. ob. cit. pp. 279-281.

(2) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico. ob. cit. pp. 279-281.

Los calchaquíes no practicaron la costumbre de formar atados funerarios a semejanza de los peruanos y tampoco los cadáveres se encuentran en tan buen estado de preservación. La mayor parte de los entierros que se conocen parecen haber sido secundarios, por la confusión notada en los huesos, faltando i con frecuencaalgunos de estos. La falta de tejidos en las sepulturas, si bien puede deberse a la destrucción natural del tiempo, nos parece más seguro indicio de que ha sido así en muchos casos, y el constante hallazgo de restos humanos en urnas de greda en las cuales no cabría el cuerpo de un adulto confirma más bien esta idea.

¿Cuál habrá sido la manera de sepulturas primarias o provisorias? La ignoramos, como también ignoramos la manera de envolver a los muertos. Techo nos dice simplemente que «revestían al cadáver en prendas regaladas por los amigos» (1). El mismo cronista dice que los indios de Londres (Catamarca) no enterraban sus muertos sino que los guardaban en un sarcófago elevado sobre el suelo; lo que puede significar que tenían la costumbre de exponer los muertos en un catafalco, como hemos observado entre otras naciones. Si fuera efectivo esto, sería una explicación de los entierros segundarios a que nos hemos referido más arriba.

Pasando al Chaco, encontramos que la mayor parte de las tribus tenía la costumbre de formar atados mortuorios de los cadáveres. El Padre Sánchez Labrador no ha olvidado describir la manera de hacer esto entre los mbayas. Al respecto dice:

«Satisfecha la primera obligación con las lágrimas, se sigue la de amortajar al difunto. El modo es liarle en una manta en postura de sentado en cuclillas. Atavíanle con cuanto pueden, si el médico les dejó algo, y sino, lo buscan para este desempeño. Luego cargan el cuerpo sobre uno de

---

(1) Historia del Paraguay, ob. cit. Libro V. Cap. XXIII.

los caballos que en vida sirvió a su dueño. Llévanle a un sitio retirado que en su idioma se llama *napoig* y es lugar de enterramiento» (1).

Los bororos de Brazil Central, descritos por Von den Steinen, una vez descarnados los huesos de sus muertos los llevan al cementerio de la tribu, envueltos en greda i adornados de plumas. Las sepulturas en que entierran estos despojos no son mas que hoyos pequeños, cuyos muros son sostenidos por palos. Cada semana mandan echar agua sobre las tumbas (2).

Estos mismos indios creen en la transmigración del alma al cuerpo del animal que contiene el espíritu de sus antepasados. Las ánimas de las mujeres que mueren van a los cuerpos de los jaguares. Por lo tanto cuando un viudo desea casarse de nuevo, debe primero matar un jaguar para librar el espíritu de su primera mujer. Las ánimas no tienen mas que un sexo, son todas femeninas.

El entierro se hace con llanto como entre tantas otras tribus. Muerto un individuo, dejaban cubierto el cadáver con mantas, por dos dias. Entónces se le envolvía en esteras fabricadas de hoja de palma y se le enterraba al lado afuera de la choza, dejándolo allí unos veinte dias o un mes. En este tiempo los huesos quedaban completamente descarnados. Se los llevaban al arroyo para limpiarlos bien i prepararlos para su sepultura definitiva, en que variaba de una región a otra. Cerca de Santa Catalina los enterraban en la manera descrita arriba, pero en otras partes encerraban los huesos en canastos. El cráneo lo colocaban en dos canastos semiesféricos y los demás huesos en otro de mayor tamaño. El canasto que contenía el cráneo se decoraba de plumas y los deudos se laceraban las carnes y dejaban gotear

(1) El Paraguay Católico, ob. cit. Tomo II. Cap. XXV. p. 46.

(2) Steinen, Karl von den. Unter den Naturvölkern Zentral. Brasiliens. Reiseschilderung und Ergebnisse der zweiten Schingú-Expeditionen 1887-1888. Berlin 1894.

la sangre en él. Las mujeres arrancaban el cabello hasta quedar completamente peladas. Los canastos que contenian el cráneo y los huesos se encerraban en otro grande y en seguida se incineraban los restos, o los echaban al río.

Toda la propiedad del muerto se quemaba, apilándola en la casa que había ocupado, que entonces se incendiaba (1).

Parece que con el tiempo, se modificaron algunas de las costumbres mortuorias de los Tehuelches o Patagones, porque dice el Capitán Musters que en su permanencia entre estos indios en 1869 no vió la exposición de los cadáveres en catafalcos, ni tampoco la exhumación de los huesos y su traslado a otra parte (2), pero es posible que si esta costumbre, descrita por Falkner y otros, todavía existiera, él no la vería debido al corto tiempo que duró su visita. Por otra parte, Beerbohm que estaba en esa región por un año en una época posterior (1877-78) tampoco la menciona (3).

Para terminar este capítulo describiremos una sepultura de fueguinos hallados en Orange Bay.

«A treinta centímetros de profundidad, bajo una capa superficial de conchas que se separaban fácilmente con la mano, descubrimos sucesivamente cuatro o cinco ramas verdes de haya; más abajo un plano hecho de cortezas, y troncos de árboles que cubrían el cadáver que estaba enteramente envuelto en vestidos viejos que provenían de algún buque lobero, una camisa de tela y una chaqueta cubría la cabeza y el pecho, otra chaqueta cubría el vientre y las piernas y él todo estaba ligado con un cordel de piel de lobo que partía del cuello, donde formaba un nudo corredizo sobre la envoltura de la cabeza, cruzándose varias veces por delante y por

(1) Landor Henry Savage. *Across Unknown South America,* 2 vols. London 1913.

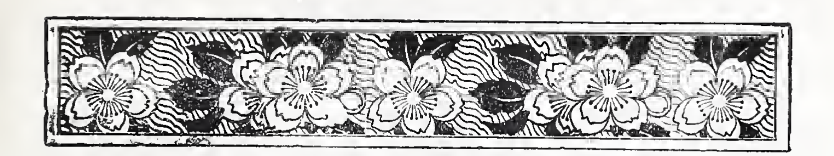
(2) Musters, Cap. George Chatworth. *At home with the Patagonians.* London 1871.

(3) Beerbohm, Julius. Wanderings in Patagonia, or Life among the Ostrich Hunters. London 1880.

detrás y abrazando igualmente la envoltura de los pies. Acostado de espaldas con los pies hacia el norte, no tenía más adornos que una cinta de piel de foca en los tobillos de cada pie».

Lo que se desprende de este examen es que era general por todo el continente vestir al muerto con sus mejores ropas para las ceremonias funerales, y que además era costumbre casi universal formar con el cadáver un atado, envolviéndolo en pieles, frazadas, esteras, etc., los cuales eran bien asegurados por medio de sogas o correas.

Parece que esta costumbre tenía doble objeto, primero incluir varias prendas para que el muerto no llegase pobre o desnudo a la tierra de las ánimas; y segundo, lo que era de mayor importancia para los que quedaban, asegurarse por medio de envolturas y amarras contra su vuelta de ultratumba.



CAPITULO IX

INHUMACIÓN

Observaciones: Sepultura en cavernas.—Cairns, o sepultura bajo montones de piedras.—Túmulos o mounds.—Túmulos en forma de pirámides.—Inhumación simple.—Sepultura en cistas.—Dólmenes y chupas.—Sepulturas abovedadas.—Nichos.—Sepultura en urnas.—Entierros segundarios.—Temor a las imánas y costumbres sepulcrales derivadas de este sentimiento.

Parece que, por el mundo entero, en toda época despues de la concepción de la idea de la existencia de un ánima qué podía independizarse del cuerpo; el sistema más universalmente adoptado para la disposición de los muertos, fué el de la inhumación, en una u otra de sus formas. No ha sido el único, y probablemente no fué el primero. Como hemos dicho, muchas tribus abandonaban sus muertos a las fieras y es posible que la mayor parte de los hombres, en su estado más primitivo, haya hecho otro tanto. Luego, cuando principiaron a convencerse de que la vida no se acababa con la destrucción del cuerpo, sino que persistía después, albergándose en la forma de algún otro ser y que el cuerpo no era más que la habitación animada, pero temporal del espíritu; co-

menzaron a comprender la necesidad de guardar el cadáver por el mayor tiempo posible. Esto lo hacían por dos razones; primero, porque el espíritu pudiera desear volver y luego por respeto al ánima, que pudiera sentirse ofendida, si no se cuidase de sus despojos. Después, cuando se atribuyeron poderes sobrenaturales a las ánimas, llegó a ser imperioso precaverse contra su vuelta y las sepulturas se hacían con más proligidad y más seguras.

Es probable que la primera forma de sepultura haya sido la colocación del cadáver dentro de las grutas o cavernas que servían de abrigo y de habitación. Como en un principio, el hombre primitivo no tenía el miedo de los difuntos y el temor a las ánimas que después le sobrevinieron, debe haber guardado los cadáveres en los rincones de las mismas cuevas que habitaba. No es argumento en contra de esta costumbre, la descomposición y los consiguientes olores pestilenciales que tendría que soportar, porque vemos que tribus, como los seris, los fueguinos, los esquimales y otras viven rodeadas de toda clase de putrefacción, sin que les llame la atención o que les moleste.

Más tarde cuando comenzaban a construír chozas y abandonaban el uso de las grutas como habitaciones, continuaban utilizándolas como lugares de sepultura. Que esta costumbre era casi universal lo prueba las numerosas grutas sepulcrales halladas en casi todos los países de la tierra.

Sepulturas en cavernas.—En América encontramos que las cavernas fueron usadas como lugares de sepelio, desde el extremo norte del continente, sobre las playas del océano Artico. Dixon, Swan, Lisiansky, Langsdorff, Billings y muchos otros las encontraron en Alaska (1).

Abundaban también en las islas Aleutianas (2). Pinart pu-

(1) Véase tamhién. Dall. W. H. Tribes of the extreme North West. Contributions to North American Ethnology. Tomo I.

(2) Remains of later prehistoric man obtained from caves (etc.) of the Aleutian Islands. Smithsonian contributions to Knowledge núm. 318. Washington 1878.

blicó un elegante volumen en que describió la exploración de una de estas cavernas y lo ilustró con grabados representando las colecciones que pudo hacer en ella (1). Hemos mencionado algunas de estas cavernas, en las cuales se colocaban los cadáveres momificados en posiciones naturales.

Entre los iroqueses era frecuente el uso de las cavernas como osarios o cementerios ancestrales, donde se depositaban periódicamente los huesos de sus muertos.

Por todo el largo de las Montañas Rocosas, las tribus Atapascas, Shoshones y otras sepultaban sus muertos en las grutas naturales de la cordillera y sus ramales.

Igual cosa pasaba en Arizona, Utah, Nuevo México, etc. Mooney exploró una serie de grutas sepulcrales en Aguas Calientes mas o menos 200 millas al suroeste de la ciudad de Chihuahua en México septentrional e hizo una colección de objetos hallados en ellas que incluye una momia, que se ha depositado en el Museo Nacional de Washington (2).

Lumholtz, que exploró la misma región, años más tarde, describe estas cavernas, en muchas de las cuales hizo investigaciones; pero también extendió sus exploraciones más al norte, en el territorio de los indios tarahumares, una de las tribus más numerosas de México.

No sólo encontró cadáveres momificados en las cuevas, sino también sepulturas cavadas en el suelo de ellas; «en forma oblonga o circulares, revestidas de una capa de zacate y lodo y como tres pies de profundidad. Aparentemente no se había puesto tierra sobre el cadáver mismo, sino que sólo se le había rodeado de tablas longitudinales a manera de caja. Los cuerpos están inclinados y tendidos de costado. Sobre las tablas superiores se había extendido una capa de corteza, de pino como de una pulgada de espesor, cubierta a su vez

---

(1) Pinart Alphonse. La caverne d'Ahnañh, Isle d'Ounga, París. 1875

(2) 19. th Annual Report of the Bureau of Ethnology. Administrative Report p. XVII. Washington 1900.

por otra capa de tierra y escombros de tres pulgadas de grueso, y ésta se había revestido con la mezcla de zacate y lodo en forma de un sólido disco de cuatro o cinco pulgadas de grueso, cuyo borde por sobresalir ligeramente de la fosa, se alzaba a nivel un poco más alto que el suelo» (1).

Encontró muchas momias en cavernas en el Valle de las Cuevas, Río de Piedras Verdes, al noroeste de Chiluahua; como también en el territorio de los indio huichols.

Todos los indios pueblas, zuñis, hopis, utes, pimas, moquis, como también los cheyennes, los arapahos y otros de las fronteras mexicanas, antiguamente sepultaban sus muertos en cuevas, y lo hacen aun en muchos casos.

En las Antillas también existía la costumbre.

Sir Hans Sloane dice que en Jamaica se encontraban numerosos esqueletos tendidos en el piso de las cuevas (2).

Oviedo habla de los troglodites de Haití, y se han encontrado cavernas sepulcrales en Cuba y Puerto Rico según dice Fewkes en su «Aborígenes de Puerto Rico». p. 41.

En Venezuela, sobre todo en la antigua Guayana española, entre el Atlántico y el Essequibo, son abundantes las grutas funerarias. En una caverna en el cerro de la Luna, se encontraron restos de 52 hombres y 43 mujeres; en otra en Ipi-Iboto 24 hombres y 25 mujeres; algunos de los cráneos pintados de rojo. En otra cueva en Cucurital se encontraron sepulturas en urnas (3).

---

(1) Lumholtz Carl. *El México Desconocido*. Cinco años de exploración entre las tribus de La Sierra Madre occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascas de Michoacan.

Traducido del inglés por orden del Gobierno de México por Balbino Dávalos. New York. 1904.

(2) Sloane, Sir Hans. Avoyage to the islands of Madcira, Barbadoes, Nieves, St. Christopher and Jamaica, 2 vols. London 1725.

(3) Marcano, Dr. G. *Ethnographie précolombienne du Venezuela. Valles de Aragua et de Caracas.*

Memoires de la Société d'Anthropologie de París. Tomo IV, 2.ª serie. 1889-1893.

Reclus nos dice que en Cundinamarca, en la región de los antiguos chibchas «ciertas grutas sagradas encerraban centenares de muertos, todos sentados en círculos y con las manos juntas» (1). Comentando esto dice Vergara y Velasco que «en el norte de Santander abundan las grutas llenas de osamentas: en ellas se encuentran en gran número, vasijas de barro colmadas de ceniza y algunas veces instrumentos de música. Entre los pijaos se hallan cámaras mortuorias, talladas en las rocas» (2).

Las caras y los scyris de Ecuador, empleaban las grutas naturales como lugares de sepultura y frecuentemente los hacían artificialmente para el mismo propósito (3).

Son muy numerosas las cavernas usadas como lugar de sepultura en el Brasil. Mencionaremos en este respecto, las famosas cavernas de Lagôa Santa, la no menos célebre de Babylonia, las de Macahé en la Provincia de Río Janeiro, las de Río Nova y tantas otras halladas en diferentes partes del territorio (4).

Nordenskiold halló en el Alto Perú numerosas cavernas y abrigos en la roca que habían servido de sepulturas de los indios de la región. Una de estas grutas, situadas en el valle de Queara a una altura de 3,400 metros sobre el nivel del mar, contenía más o menos doscientos esqueletos. No se encontraban jamás enterrados, sino simplemente colocados sobre el piso de la gruta, en posición sentada (5).

En las provincias de Junín y Ayacucho, la plebe, según Rivero se colocaban en hileras o semicírculos en las cavernas, fisuras de las rocas, o en las terrazas formadas por pe-

(1) *Geographie de Colombie:* ob. cit.

(2) id. id. ob. cit. notas

(3) Velasco, Juan de. Historia del reyno de Quito. 1789.

(4) Lacerda filho e Rodrigues Peixoto. Contribuições para o estudo anthropologico das raças indigenas do Brazil.

Archivos do Museu Nacional. Vol. I, Rio de Janeiro, 1876.

(5) Nordenskiöld Erland.— Arkeologiska undersökningar y Perus och Bolivias gränstraker 1904-1905. Upsala 1906.

ñascos sobresalientes (1), y Cieza de León dice que en el valle de Pacasmayo habían sepulturas de la misma clase (2).

En la Sierra eran comunes. Las cavernas naturales frecuentemente se agrandaban por medios artificiales y los cadáveres se colocaban en contorno de los muros o en nichos excavados con ese fin. Muchas de estas cuevas mortuorias se encuentran en la frente de algún peñasco inaccesible y los muertos deben haberse bajado allí por medio de cordeles (3).

Wiener dice que estas sepulturas, grandes y pequeñas, son pircadas con gran cuidado y que generalmente la entrada es tapada con montes, o se halla en lugares inaccesibles. Dice que después de hacer el entierro, los sepultureros destruían el único camino de acceso (4).

Esto refiere igualmente a Bolivia, donde los indios teníau costumbres semejantes a los del Perú.

En el Noroeste de la Argentina son numerosos los vestigios de los entierros en cavernas.

Bomán abunda en citas de esta naturaleza y son también mencionadas por Moreno y por Ten Kate. La Misión Sueca de Von Rosen y Nordenskiöld, el profesor Max Uhle y otros han explorado y descrito las grutas funerarias de la Puna de Jujuy, donde Bomán examinó las de Sayate, Casabindo, Pucará, Chacuñayo, Chulin, Sanjuanmayo, Chacrahuaico y otros. En la Sierra de Córdoba también han sido encontrados. Más al sur, en la región ocupada por los indios huarpes o alentiaks son igualmente numerosas.

Aguiar habla de grutas utilizadas como cementerios en la vecindad del pueblo de Rodeo y en otras partes de la región, en Calingasta, Cerro Negro, etc. (5).

---

(1) Antigüedades del Perú. ob. cit. cap. VIII.

(2) La Crónica del Perú. ob. cit. cap. LXVIII.

(3) JOYCE, THOMAS A.—South American Archaeology. London 1912.

(4) WIENER, CHARLES.—Pérou et Bolivie, recit de voyage. Paris. 1880.

(5) AGUIAR, DESIDERIO 2.º—Los Huarpes. 1.er Congreso Científico Latino Americano. Tomo V. Buenos Aires. 1900.

Moreno descubrió cavernas mortuorias en la Patagonia con sus paredes pintadas (1). Darwin nos asegura que los fueguinos tenían idéntica costumbre, hecho que después ha sido confirmado por muchos otros escritores.

En Chile también se han encontrado en varias partes. El capitán Simpson describiendo las exploraciones hechas por la corbeta *Chacabuco* habla así de los Chonos: «sus habitaciones eran cuevas y a veces chozas circulares, cuyas estacas he visto. A menudo enterraban los muertos cerca de estas habitaciones; pero por lo común preferían colocarlos en cuevas, tapándolos con ramas. En varias de éstas se encontraron momias acondicionadas en ataudes de cortezas de ciprés, en forma de huevos, pero todos han sido ya removidos o destruídos» (2). Algunas de estas momias existen en el Museo Nacional de Santiago.

Grutas funerarias han sido encontradas en Nahuelbuta, Antuco, Tinguiririca, Vichuquén, Constitucion y otras partes del país, pero desgraciadamente la mayor parte de ellas no han sido descritas.

Los indios pericues de la península de California colocaban sus muertos en las grutas o en los abrigos de las rocas y una vez descarnados los huesos los pintaban de rojo (3).

Anthony y Rivet encontraron restos precolombianos en las grutas de Paltacalo en el Ecuador (4).

Goeldi halló cavernas con la boca tapada de donde extrajo 18 urnas conteniendo restos humanos; en Igarope, Guayana

---

(1) Ameghino, Florentino.—La Antigüedad del Hombre en el Plata. Tomo I. p. 505. Paris. 1880.

(2) Simpson, Capt. Enrique.—Exploraciones hechas por la corbeta *Chacabuco* en los Archipiélagos de Guaitecas, Chonos y Taitao. Anuario Hidrográfico de Chile, 1879.

(3) Recherches anthropologiques sur la Basse. Californie. ob. cit. p. 1.

(4) Anthony, R. et Rivet., P.—Etude anthropologique des races précolombiennes de la République de l'Equateur. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris. 5.ª serie. Tomo IX. pp. 314-430. Paris. 1908.

Holandesa (1). Dice que los cunanyuaras usaban como repositorios de los restos mortales de sus deudos, cavernas artificiales, y las halló también en Serpa (Amazonas).

Markham dice que entre los incas, los orejones y otras personas de importancia se enterraban generalmente en cavernas (*machay*) con dos cámaras, una para la momia y la otra para su propiedad y para las ofrendas llevadas por sus dependientes y deudos. Las cavernas se hallaban en lugares desiertos, o en las faldas de las montañas. Las alturas que dominan el hermoso valle de Yucay, llamadas Ttantana Marca son completamente socavadas con un inmenso número de cavernas funerarias. Todas han sido desecradas por los españoles en busca de tesoro (2).

Hutchinson dice la misma cosa de la Quebrada de Cocha-Huakra cerca de Chosica (3).

Doctor Sapper halló numerosas cavernas en Guatemala que habían sido usadas como sepulturas (4).

Seler dice que era costumbre entre los zapotecas, mixtecas, cuicatecas y mixes, de sepultar sus jefes y nobles en cavernas y observa que probablemente había una doble razon para esta costumbre. Por el mundo entero las cavernas se han considerado como las entradas al interior de la tierra. Entre los zapotecas y mixtecas existía otra creencia además, que también se encuentra entre otras tribus americanas. Imaginaban que sus antepasados, los fundadores de la raza habían salido de las entrañas de la tierra a la lúz del sol. Hasta cierto punto las cavernas pertenecían al reino de sus progenitores y eran por lo tanto consideradas como sagradas.

En el país de los mixtecas, la caverna de Chalcatongo, situada en una alta montaña, servía como lugar de sepultura para los reyes y hombres de nota.

---

(1) Memorias del Museo del Perú, ob. cit.

(2) The Incas of Peru. ob. cit. p. 112.

(3) Two years in Peru. ob. cit. Vol. II. p. 51.

(4) Antiquities of Guatemala. ob. cit. pp. 89-90.

Los zapatecas también tenían sus cavernas sagradas en las montañas de Yoopaa o Mictlan, donde enterraban los reyes y sacerdotes. El antiguo polacio de Mictlan estaba comunicado con una gran caverna, donde acostumbraban sepultar los cadáveres de las víctimas de los sacrificios y los jefes que caían en batalla (1).

Estas citas, tomadas al azar entre los centenares que existen, son suficientes para demostrar que el empleo de las cavernas como lugares de sepultura ha sido bastante generalizado por todo el continente; sino por todas las tribus, al menos por la mayor parte de aquellas cuyo territorio ofrecía esta clase de abrigo.

Cairns o sepulturas bajo montones de piedras.—Cuando el hombre, abandonando los valles de los ríos, donde generalmente establecía su albergue en las cavernas y abrigos proporcionados por sus barrancos, aventuró a las llanuras, no se halló con las mismas facilidades para disponer de sus muertos. Muchas veces hacía largas peregrinaciones para llevarlos a las cavernas ancestrales; pero no siempre le era fácil o conveniente. No sabía aún, cavar el suelo, de manera que tuvo recurso a otro sistema. Colocaba el cadáver en el suelo, en postura sentada o tendida y lo cubrían con montones de piedras, como defensa contra los ataques de las fieras o aves de rapiña.

En las regiones heladas del norte, cuando la tierra se encuentra tan conjelada y dura que no se puede abrir fosas en ella, los esquimales y otras tribus que habitan aquella zona, recurren con frecuencia a esta práctica.

Después se acostumbraba hacer una excavación de poca profundidad, en la cual enterraban el cadáver, pero continuaban colocando las piedras encima.

(1) Seler, Eduard. Wall paintings of Mitla, a Mexican picture writing in fresco.

Buletin 28 del Bureau of American, Ethnology. pp. 247 a 324. Washington. 1904.

Más tarde, cuando la modesta pila de piedras se convirtió en grandes montones de tierra, estos túmulos o mounds llegaron a ser casi universales.

La sepultura bajo cairns es especialmente común en la Patagonia. Son generalmente circulares y a veces elípticos. Ocasionalmente las piedras que las componen han sido pintadas de rojo—el color sagrado—lo mismo que los huesos que contienen.

Musters dice que el tamaño del cairn depende de la importancia del difunto (1).

Los charrúas y otras tribus del Chaco, también levantaban cairns sobre sus sepulturas.

Los araucanos generalmente enterraban sus muertos en las cimas de las lomas o morros y levantaban sobre ellos montones de piedras que más tarde asumían las proporciones de verdaderos túmulos.

Esta misma clase de sepultura según Bomán, se encuentra con frecuencia en la región diaguita.

«Los caras de Ecuador no abrían sepulturas como hacían los quitus. Colocaban el cadáver al haz del suelo, en lugar separado de las poblaciones, y poniendo en contorno las armas y alhajas, levantaban al rededor del cuerpo una pared baja de piedras brutas, cubierta de una bóveda, encima de esto levantaban un montículo de tierra y piedras» (2).

En época posterior, estas sepulturas tomaban grandes proporciones y formaban los túmulos conocidos con el nombre de *tolas*.

«Es muy fácil encontrar sepulturas antiguas en cualquier punto del territorio de Costa Rica, las cuales se manifiestan unas veces con cuadrados de piedras colocadas de punta; otras por montones de piedra, también del río, pero hacinadas con tal profusión, que llegan hasta formar verdaderos

---

(1) At home with the Patagonians. ob. cit. p. 187.

(2) Cevallos, Pedro Fermín. Resumen de la Historia del Ecuador. Guayaquil. 1886.

túmulos elípticos, que miden algunos metros en su diámetro mayor.

En Sardinal, cerca del viejo pueblo de Diría, hay como doscientas sepulturas indígenas, indicadas por simples aglomeraciones de piedras pues esa era la costumbre antiguamente establecida en aquella parte del país» (1).

El doctor Bovallino encontró grandes cairns o túmulos de piedras en la isla Zapatera del lago de Nicaragua (2).

Los cairns al igual de los mounds o túmulos eran comunes por toda la parte central y meridional de los Estados Unidos y hay frecuente mención de ellos en muchas otras partes del continente.

Túmulos.—Los túmulos o montones de tierra y piedras elevadas sobre el lugar de sepultura se encuentran esparcidos por todo el continente en enormes números. Varían en tamaño, desde el pequeño montículo, hasta llegar a las proporciones de un verdadero cerro, y cubren sepulturas en las más diversas formas. Generalmente circulares o elípticas, sin embargo en algunas partes como en la región de los *mounds* en los Estados Unidos, asumen formas especiales y aún se les encuentra como grandes diseños de animales.

A veces son elevados sobre simples entierros, otros cubren sepulturas construídas como dólmenes, cistas, pozos, pircas, etc.

En algunas ocasiones no contienen sino un sólo cadáver, en otras son verdaderos cementerios y los hay que cubren centenares de muertos.

En Patagonia se encuentran algunos túmulos, en aquellas regiones donde escasean las piedras, principalmente en las zonas de los médanos, territorio donde los indios puelches tenían sus sepulturas. Los restos humanos que el señor Moreno encontró en este punto, estaban en dos círculos de ocho cadáveres cada uno, sentados perpendicularmente y juntos

(1) Alfaro Anastasio. Antigüedades de Costa Rica. San José 1896.
(2) Id. id. id. p. 14.

uno a otro. Cada círculo, de 1 metro 50 centímetros de diámetro, estaba cubierto por una pequeña eminencia o montecillo convexo, que naciendo sobre los cráneos, se elevaba progresivamente hasta cerca de sesenta centímetros en el centro.

El montecillo funerario que cubre los esqueletos se presenta más perfeccionado y de dimensiones mucho mayores en las costas del Río Chubut y del Santa Cruz (1).

En la provincia de Entrerríos se encuentran numerosos túmulos de tamaño considerable, llamados por los habitantes «cerritos». Lista exploró dos de ellos y de uno extrajo los restos de nueve esqueletos. En el Museo Etnográfico de Buenos Aires existen objetos arqueológicos extraídos de los túmulos de Gualeguaychú de la misma provincia, como también de Mazaruca.

En Chile son relativamente numerosos los túmulos, pero han sido muy poco explorados o estudiados.

Fonck examinó algunos en San José de Piguchen, cerca de Putaendo y dice que había en la vecindad inmediata más de treinta. «Se observa en ellos cierto tipo invariable, a lo menos en la parte central del país, de pequeñas eminencias muy fáciles de reconocer por su agrupación bastante densa, su forma circular y su perfil de cono sumamente tendido.

Las excavaciones hechas en cuatro de las tumbas indicadas permitieron encontrar a dos metros de profundidad, dos esqueletos completos, aunque bastante descompuestos y un gran número de ollas de barro bien conservados (2).

En 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos en la Punta de Teatinos, al norte del Puerto de Coquimbo. Estos túmulos formados, como todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierra y piedras, cuando

---

(1) La antigüedad del hombre en el Plata, ob. cit. p. 386-488. T. I.

(2) Fonck, Francisco. Las sepulturas antiguas de Piguchen. *El Mercurio* de Valparaíso, 18 de Diciembre de 1896.

no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono y su altura dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban (1).

Hemos hablado de las primitivas *tolas* o cairns del norte de Ecuador. A medida que progresaba la cultura de los caras, más complicadas y extensas llegaron a ser las tolas hasta que asumieron las proporciones de verdaderos mausoleos, cubiertos por túmulos. Eran de diferentes formas, circulares, ovalados o cruciformes y a veces contenían más de un cadáver.

En la región de la costa de Manabí y Esmeraldas, los muerros se sepultaban en grandes túmulos, que a veces tenían un piso de tierra cocida o de adobes. Eran frecuentemente rectangulares u ovalados y planos por encima con superficies que llegan hasta quince metros por diez. Con frecuencia tenían un monolito a ambos extremos y un altar de greda cocida. Los cadáveres se encuentran esparcidos por todo el túmulo (2).

Wiener encontró la misma clase de túmulo en las costas del Perú y dice: «estos túmulos son cerritos o bien colmenas de muertos; pequeños mausoleos que son cubiertos de tierra y que a su vez sirven de base de una nueva serie que se vuelven a cubrir de la misma manera formando así varios pisos» (3).

Cieza de León observó esta clase de sepultura en la vecindad de Antioquía en Colombia y las describe de esta manera: «hacen una sepultura tan grande como un pequeño cerro, la puerta della hacia el nascimiento del sol. Dentro de aquella tan grande sepultura hacen un bóveda mayor de lo que era menester muy enlozada, y allí meten al difunto lleno de mantas, y con el oro y armas que tenía, etc.» (4).

(1) Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago. N.º 1. 1880.
(2) Saville M. H. Antiquities of Manabi. New York. 1907-10.
(3) *Perou et Bolivie.* ob. cit. p. 329.
(4) *Crónica del Perú.* ob. cit. Cap. XII.

Los antiguos kakchiquels, quichés y mayas de América Central levantaban túmulos de importancia sobre las sepulturas de sus jefes y colocaban encima una estatua de la persona enterrada.

Los lacandones de Chiapa y Tabasco construyen sus túmulos de una manera que merece citar. El cadáver se extiende de espaldas en una fosa de más o menos una vara de profundidad. Sobre el abdomen se coloca maíz triturado para que el muerto pueda fabricar harina tostada y tortillas; lo recubren en seguida de hojas de palma. Sobre estas echan tierra hasta rellenar la fosa, formando un montículo de tierra sobre la sepultura y cubriendo todo con una capa de cenizas. En los cuatro puntos cardinales se colocan figuras de un perro, fabricadas de hoja de palma. Estas son los guardianes del muerto. En seguida se colocan al contorno del túmulo un número de pequeños candiles de cera. Cada uno de los deudos hombres, encienden tres o cuatro de estos y las mujeres y los niños dos cada uno. Por último se construye encima del túmulo un abrigo de hojas de palma, del techo del cual suspenden tres calabazas, una con harina tostada, otra con agua y la tercera con tortillas (1).

Un gran número de túmulos funerarios se encontraron en el Norte de Honduras Británica, muchos de los cuales fueron explorados por Tomás Gann (2).

En Costa Rica también existen túmulos funerarios. Cerca de Cartago en un lugar denominado Los Limones, Hartman halló dos mounds de grandes dimensiones, pero de poca altura. En el primero hallaron 26 cistas y en el otro 39. En otro que halló en Orosi descubrió 65 cistas o sepulturas de piedra. Cerca de Santiago un túmulo de forma elíptica contenía

(1) TOZZER, A. M. A comparative Study of the Mayas and the Lacandones. Archaeological Institute of America. New-York 1905.

(2) GANN, THOMAS. Mounds in Northern Honduras. 19 th. Annual Report of the Bureau of Ethnology. T. II. Washington 1900.

o menos la mitad de los sepulcros eran también de este tipo.

En Chircot, suburbio de Cartago, antigua capital de Costa Rica exploró 205 sepulturas, todas de cistas, muchas de las cuales por su tamaño pequeño, solo pueden haber servido para entierros segundarios. En los Limones, a seis kilómetros de Cartago encontró dos mounds que contenían, el primero 26 cistas y el segundo 39 (1).

En el Alto Perú, Nordenskiöld, encontró cistas en el valle de Quiaca. Tenían la especialidad de ser cubiertas de lajas, sobre las cuales se habian colocado columnas macizas de piedra labrada, coronadas por otras lajas (2).

Cistas fueron encontradas en el Perú, en Chosica y Parará por Hutchinson, quien da una breve descripción de ellas en su obra (3).

Cronau dice: «Los restos más antiguos de habitantes originales del Perú son los sepulcros construídos de cuatro o más lozas, de 1.66 metro de alto por 10 a 20 centímetros de espesor, cubiertas con otra loza, y además, para mayor seguridad de los cadáveres, a los que estas cajas de piedra sirven de última morada, con un montón de tierra y piedras. Estos sepulcros antiguos se encuentran en gran número cerca de Acora y en las inmediaciones del lago Titicaca» (4).

Bandalier describe numerosas cistas que examinó en la isla de Titicaca. Dice que abrieron y midieron 85 de ellas. Algunas eran pequeñas y servían sólo para los restos de niños. La cabeza del cadáver se colocaba invariablemente hacia el Oeste (5).

La región de Titicaca y toda la altaplanicie perú-boliviana abundan en esta clase de sepulcro.

---

(1) Hartman C. V. Archaeological Researches in Costa Rica. Stockholm. 1905.

(2) Arkeologiska untersökningar. ob. cit.

(3) Two Years in Peru. Tomo II, pp. 45 y 49. ob. cit.

(4) América. ob. cit. Tomo I, p. 110.

(5) Bandalier, Adolph F. The islands of Titicaca and Koafi. New York 1910.

En la región Diaguita, provincia de Catamarca, en los antiguos cementerios de Fuerte Quemado, Carlos Bruch halló un tipo de cista bastante curioso. Reproducimos su descripción de ellas: «Todos los sepulcros son más bien pequeños, de forma más o menos circular u ovalada, a veces rectangular, con sus ángulos mal definidos, y cuyo interior casi nunca excede de 1.50 metro a 2 metros de diámetro y un metro de altura; mejor dicho de profundidad. Sobre el propio piso del sepulcro descansan los restos fúnebres, y se alzan las paredes formadas por lajas muy delgadas y largas, de un solo tamaño, y colocadas como *duelas de barril;* a menudo estas paredes son inclinadas de tal modo que el diámetro de la parte de arriba supera al de abajo, diferencia que les ha valido el nombre local de *hornos.*

En ciertas ocasiones hemos observado que por la falta de lajas laterales bastante largas, se sobrepone a éstas una pirca de piedras colocadas horizontalmente; en este caso el diámetro máximo está en la parte donde descansa la pirca sobre las lajas.

Por lo que se ve, y sin excepción alguna, todas estas construcciones se han tapado con piedras muy grandes y chatas, que estarían o no a la vista; pero que hoy por hoy se hallan cubiertas por una capa de ripio y pedregullo de medio metro y más de espesor (1).

Tambien halló cistas en Hualfin, de la misma zona.

En Antofagasta de la Sierra en la Puna de Atacama el señor Gerling halló entierros en cistas, de un tipo especial. Refiriéndose a ellas dice Ambrosetti: «Los sepulcros explorados por el señor Gerling tenían una profundidad de un metro por uno y treinta centímetros de diámetro, completamente redondos; las paredes laterales estaban formadas por piedras paradas unas al lado de otras, y el techo, como hemos dicho más arriba, por largas lajas.

(1) Bruch, Carlos. Exploraciones Arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca, p. 50. Buenos Aires, 1911.

Lo interesante y característico de estos sepulcros era un revoque hecho con una tierra roja arcillosa, bastante dura, que parecía una especie de cemento.

Estas tumbas tenían, según el señor Gerling, la forma de un horno enterrado, con una puerta al oriente, cerrada por una piedra bien ajustada.

En la superficie del suelo no había señal alguna y sólo se denunciaban por una pequeña elevación.

Esta forma de sepulcros no fué observada por él sino en la parte alta de la Cordillera» (1).

Sepulcros en forma de cistas se han encontrado también en varias partes de Chile.

Hace algunos años examinamos algunas sepulturas de este tipo que se descubrieron en Tirúa, en la costa de la provincia de Arauco, pero que eran de una época anterior a la ocupación de esa comarca por los actuales araucanos y se deben con toda probabilidad a los cuncos que parecen haber sido los habitantes primitivos de la región.

Las cistas de nuestra referencia tenían más o menos un metro setenta centímetros de largo por sesenta centímetros de ancho y cincuenta de profundidad, medidas interiores. Se componían de lajas plantadas de canto, dos o tres por cada costado longitudinal. La cabecera y el pie se formaba generalmente por una sola piedra; pero en un caso con dos. El piso era el mismo suelo, y se tapaban con otras lajas. Los cadáveres se colocaban en ellas tendidos de espaldas y entre las piernas, hacia los pies, había unos jarritos de greda y otros objetos. Se encontraban como a cuarenta centímetros debajo del suelo.

En 1904 di cuenta de una cista hallada en las faldas de los Andes, en la provincia de Coquimbo, que era en todo respecto semejante a los de Tirúa. Los restos hallados en ella

---

(1) Ambrosetti, Juan B.—Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama. pp. 18-19. Revista del Museo de La Plata. Tomo XII. La Plata. 1905.

pertenecían a una mujer y el cráneo, que estudié en detalle, era casi microcefalico (1).

El Padre Amberga publicó una breve descripción de algunas cistas halladas por él en la región de Carahue (al sur de Tirúa). Dice que las encontró «a unos veinte centímetros de profundidad: con precaución sacamos la capa de tierra que las cubría y aparecieron dos piedras muy bien ajustadas, en forma de tapa; cada una de treinta centímetros de largo por 20 de ancho. Sacadas esas piedras apareció un hueco de 25 centímetros de profundidad con las paredes y el fondo formado de las mismas piedras. Contenía algunos restos en forma de tierra negra, pero sin ningún signo que pudiese indicar el origen de las sepulturas. En seguida abrimos unas cuantas más, cuyas medidas eran todas más grandes que la primera; variaban entre 50 centímetros y 1 metro 50 de largo, pero todas de poca profundidad.

Me interesaba ante todo encontrar un cráneo, o siquíera huesos; pero no hallamos absolutamente nada» (2).

Según Canales hay numerosas cistas en la vecindad de Tacna.

Hemos tenido noticias del descubrimiento de cistas en otras partes del país, en Petorca, en San Félix y en Paihuano, pero sin poder averiguar los detalles. Sin embargo, con las citas que hemos dado, resulta probado que entierros de esta clase, si no muy comunes en el continente, eran al menos bastante conocidos, y su construcción probablemente dependía de la existencia en la localidad de materiales apropiados, más fáciles de emplear que muchos otros de los sistemas adoptados.

Dólmenes y chulpas.—Relacionados muy de cerca con las

---

(1) Latcham R. E.—Notes on an Ancient Skull from the Chilian Andes. Man. Tomo IV, p. 85-83. London. 1904.

(2) Amberga, Fray Jerónimo de.—Sepulturas de cajas (cistes) Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. Tomo VI, N.º 10. Santiago de Chile. 1913. pp. 340-341.

cistas son los dólmenes, que se encuentran en algunas partes del Norte y Sud-América. El dolmen se construye de una manera idéntica con las cistas, sólo en vez de ser subterráneo se erige sobre el suelo. No son muy comunes y casi la única parte donde se encuentran en algunos números, es en el antiguo Collao, o sea en los altiplanos que rodean el lago de Titicaca. Más tarde los collas dieron mayor desarrollo a las sepulturas *superterráneas* y construyeron torres más imponentes, que a veces tenían grandes dimensiones. Tanto a los dólmenes como a las torres dieron el nombre de *chulpa*, que sin embargo se emplea generalmente por los escritores para referir a estas últimas, aun cuando los indios emplean el nombre para referir a todas las sepulturas preincaicas, construídas sobre el suelo.

Markham, al escribir sobre Colla-suyo, dice que «los collas sepultaban sus muertos en *cromlechs* que consistían de enormes bloques de piedra y que algunas todavía existen. Más tarde construyeron torres circulares de hermosa mampostería con una frisa en la parte superior. Algunas eran cuadradas. Los mejores ejemplares se encuentran en Sillustani, cerca de Hatun-colla, probablemente el lugar de sepultura de los jefes collas» (1).

El mismo autor, en una obra anterior habla de una visita que hizo a Sillustani, donde exploró algunas de las torres y halló en algunas de ellas numerosas osamentas humanas (2).

Cronau da una corta descripción de estas torres. «Hay chulpas cuadradas y redondos y figuran coma monumentos arquitectónicos entre los más notables de la América del Sur. Las hay construídas en parte de piedra sin labrar y en parte de piedra labrada; a veces solían cubrirlas con una capa de barro, otras con estuco, y probablemente las pintaban.

(1) Markham, Sir Clements.—The Incas of Peru, London. 1911.

(2) Markham, Clements R.—Travels in Peru aund India. London. 1862. p. 111.

En su interior tienen cámaras y nichos destinados a los cadáveres. En la región del Titicaca se encuentran grupos de 20 y hasta de 100 torres de esta clase, que se elevan generalmente sobre las eminencias del terreno, como en los mogotes, estribaciones y lomas, dando un aspecto caracteristico al paisaje, sobre todo cuando se destacan atrevidas del fondo terso y diáfano de la atmósfera.

Igualmente se encuentran semejantes torres en la península de Sillustani, que penetra hasta muy adentro en el lago de Umayo. Allí se ven algunas que miden más de 5 metros de diámetro y más de 13 de altura. La entrada de estos sepulcros suele ser tan baja que sólo permite el paso de un cuerpo humano. El interior presenta, o bien una sola cámara abovedada o bien diferentes compartimientos abiertos en el suelo y cubiertos con losas, o en fin, algunos nichos para recibir los muertos» (1).

Cieza de León fué el primero que describió estas torres mortuorias y dólmenes que todavía empleaban en su tiempo. Dice que «tienen sus puertas que salen al nacimiento del sol, y junto a ellas acostumbran hacer sus sacrificios y quemar algunas cosas, y rociar aquellos lugares con sangre de cordero o de otros animales» (2).

Más adelante prosigue: «cerca de los pueblos estaban las sepulturas destos indios (collas) hechas como pequeñas torres de cuatro esquinas, unas de piedras sola y otras de piedra y tierra, algunas anchas y otras angostas; en fin, como tenían la posibilidad o eran las personas que las edificaban. Los chapiteles algunos estaban cubiertos con paja, otros con unas losas grandes; y parecióme que tenían las puertas estas sepulturas hácia la parte de levante» (3).

Dice Cieza que en las provincias de Paria y Charcas se encontraba la misma clase de sepultura.

(1) América. ob. cit. Tomo I. pp. 110-111.
(2) *Crónica del Perú.* ob. cit. Cap. LXIII.
(3) *Crónica del Perú.* ob. cit. Cap. C.

Neveu Lemaire las encontró hasta Oruro por el sur y Nordenskiöld las halló en el noroeste de Bolivia y en el sureste del Perú. Por fin, parece haber sido comunes en toda la región de los collas.

Nordenskiöld ha hecho un estudio especial de esta clase de construcción en las provincias de Sandia y Caravaya en el Perú y en la de Caupolicán en Bolivia, después de examinar detalladamente las de la región de Titicaca y La Paz.

Combate la idea que han servido en primer lugar para almacenes o habitaciones de los antiguos pobladores, teoría avanzada por Von Tschudi y después apoyada por Bandalier y Posnansky.

Dice que las más antiguas sepulturas de esta clase son verdaderos dólmenes. Eran pequeñas construcciones de más o menos 1 metro 50 de altura. Los muros son a menudo formados de grandes lajas de piedra schistoide; otros edificados de pircas (o muros de piedra en seco) con una laja grande para techo. El suelo de estas pequeñas construcciones se encuentra intacto; los cadáveres estaban siempre colocados en el interior de ellas, y jamás enterrados en el piso. Cada sepultura contenía generalmente tres o cuatro esqueletos. Estos edificios sepulcrales se encuentran casi siempre sobre altura, visibles desde lejos. Sin embargo, algunos estaban construídos contra las rocas que las servían de muro posterior.

Cree que la mayor parte de estas sepulturas pertenecen a la época pre-española, y, que sin duda eran construídas por los antiguos aimarás o collas (1).

Disce que no cabe duda que fueron construídas expresamente para servir como mausoleos. Comentando la idea que las chulpas construídas como torres hayan servido primariamente como habitaciones o almacenes, llega a la conclusión que es erronea y que si después algunas de ellas se han utilizado

(1) Arkeologiska unders kningar, etc. ob. cit.

de esta manera, ha sido solo accidentalmente y como empleo secundario.

Nuestra idea coincide con la de Nordenskiöld. Quedan numerosas relaciones del descubrimiento de restos humanos en estas sepulturas, en condiciones que dejan de manifiesto que en estos casos sólo han servido de mausoleos. Luego tenemos el testimonio de Cieza de León que vió su construcción y destino y que declara enfáticamente que eran sepulcros. Markham no es menos preciso, cuando describe su exploración en 1860, de las chulpas de Sillustani, en que encontró los cadáveres *in situ* 1).

Nordenskiöld explica el hallazgo en algunas de ellas de alfarería rota, huesos de animales y otros desperdicios de cocina que se encuentra generalmente en las antiguas habitaciones, y que servían de fundamento a los autores citados para considerarlas como casas: por la costumbre que tenían los indios y que aún tienen de quebrar todos los objetos que pertenecían a los muertos y de dejarlos juntos con las provisiones en las sepulturas.

Agregaremos, que las chulpas también servían de puntos de reunión para los deudos donde celebraban algunas de sus fiestas, para que las ánimas de los muertos pudieran participar en ellas.

Esta costumbre era común entre muchos pueblos, no sólo de América sino también en Europa y otras partes del globo.

Cieza de León nos da una descripción muy concreta de esta costumbre, la que arroja mucha luz sobre la cuestión. No habla de cosas o ceremonias antiguas sino de las que se practicaban en el tiempo de su estadía en aquellos parajes; la mayor parte de las cuales pudo presenciar personalmente en su viaje a Charcas.

Pero es mejor cederla palabra a nuestro autor, quien dice:

«Cuando morían los naturales en este Collao, llorábanlos con grandes lloros muchos días, teniendo las mujeres bordo-

(1) Travels in Peru and India. ob. cit., p. 111.

nes en las manos y ceñidas por los cuerpos y los parientes del muerto traía cada uno lo que podía así de ovejas, corderos, maíz, como de otras cosas, y antes que enterrasen al muerto mataban las ovejas y ponían las asaduras en las plazas que tienen en sus aposentos. En los días que lloran a los difuntos, antes de los haber enterrado, del maíz suyo, o del que los parientes han ofrecido, hacían mucho de su vino o brebaje para beber; y como hubiese gran cantidad deste vino, tienen al difunto por más honrado que si se gastase poco. Hecho pues su brebaje y muertas las ovejas y corderos, dicen que llevaban al difunto a los campos donde tenían la sepultura; yendo (si era señor) acompañando al cuerpo la más gente del pueblo, y junto a ella quemaban diez ovejas, o veinte o más o menos, como quien era el difunto; y mataban las mujeres, niños y criados que habían de enviar con él para que le sirviesen conforme a su vanidad, y estos tales, juntamente con algunas ovejas y otras cosas de su casa, entierran junto con el cuerpo en la misma sepultura metiendo (según también se usa entre todos ellos) algunas personas vivas; y enterrado el difunto desta manera, se vuelven todos los que le habían ido a honrar a la casa donde le sacaron, y allí comen la comida que se había recogido y beben la chicha que se había hecho, saliendo de cuando en cuando a las plazas que hay hechas junto a las casas de los señores, en donde en corro, y como lo tienen de costumbre, bailan llorando. Y esto dura algunos días, en fin de los cuales, habiendo mandado juntar los indios y indias más pobres, les dan a comer y beber lo que ha sobrado; y si por caso el difunto era señor grande, dicen que no luego en muriendo le enterraban, porque antes que lo hiciesen lo tenían algunos días, usando de otras vanidades que no digo.

Y para echar más cargo a sus difuntos, usaron y usan estos indios hacer sus cabos de año, para lo cual llevan a su tiempo algunas yerbas y animales, los cuales matan junto a las sepulturas y queman mucho cebo de corderos; lo cual hecho, vierten muchas vasijas de su brebaje por las mismas

sepulturas y con ello dan fin a su costumbre tan ciega y vana» (1).

Dadas estas costumbres no es raro encontrar en los chulpas restos de desperdicios culinarios y aún otros objetos que pudieron hacer creer que algunas de ellas se hubiesen ocupado como habitaciones, o para guardar provisiones.

En Tinti, valle de Lerma en el noroeste argentino, Boman halló un tipo curioso de cámara mortuoria que puede incluirse entre la clase de dólmenes. Eran semisubterráneas y pegadas a las habitaciones; cilíndricas en forma y construídas de piedras sin mezcla, como pircas. Interiormente eran revestidas de lajas. El piso se formaba de piedras planas y eran tapadas por una gran losa. Las dimensiones interiores eran de 70 centímetros a 1 metro de diámetro por 70 centímetros de altura. Los cadáveres se colocaban en ellas en posición replegada (2).

En el distrito de los mounds de los Estados Unidos y en otras partes del continente, los túmulos se han amontonado sobre construcciones; que no son otra cosa que dólmenes sepultados; edificadas sobre la superficie del suelo y después cubiertos para mayor seguridad. Algunos de ellos tienen puertas y aún galerías de acceso. En otras partes, donde faltaban las lajas o losas para hacer esta clase de sepulturas, ellas han sido reemplazadas por piedras más chicas y los muros construídos en forma de pirca y techados de palos, totoras, ramas o cueros.

Esta forma de construcción se aplicó igualmente a los sepulcros excavados ya sean de pozos o de fosas. Se forraban los costados de estos hoyos con muros o pircados y sobre ellos tendían un techo que después servía de plataforma para amontonar la tierra extraída de la fosa.

Sepulturas abovedadas.—Consecuente con la idea de que el peso de la tierra, cargada sobre el cadáver podría moles-

---

(1) *Crónica del Perú*, ob. cit. Cap. C. y CI.

(2) Antiquities de la Région Andine. ob. cit. Tomo I., p. 313.

tar o lastimar al muerto, muchas tribus inventaron métodos para impedir este inconveniente. El primer paso en este sentido fué probablemente un rudo abrigo de ramas, seguida por la colocación de éstas sobre la boca de la sepultura, antes de echar la tierra. A medida que progresaban sus medios de labranza, estos métodos primitivos también mejoraban. Troncos o tablones reemplazaban las ramas y en aquellas partes donde abundaban lajas de piedra de grandes proporciones, éstas, a causa de su mayor firmeza, se usaban preferentemente.

El último desarrollo de la idea de protección del cadáver sería el encierre de éste en algún receptáculo, canasto, urna o ataúd, antes de colocarlo en la tierra o la sepultura. Sin embargo, algunos pueblos consideraban que, con proteger la cabeza del muerto era suficiente i vemos que cuando la sepultura se hubiera llenado hasta la altura de la cabeza (estando el cadáver en posisión sentada) colocaban una laja, una piedra grande y a veces una olla, por encima del cráneo, para después seguir el relleno.

Entre los pueblos más cultos, sin embargo, las sepulturas iban poco a poco asumiendo la forma de una bóveda, que dejaba una cámara libre, dentro del sepulcro, donde se depositaba no sólo el cadáver, sino también todo el ajuar fúnebre que consideraban menester.

Muchas de estas bóvedas no eran más que un simple techo, formado de la manera que hemos indicado; pero en otros casos se construían de una manera ingeniosa, que demuestra que ya tenían conocimientos arquitectónicos, bastante avanzados.

En la mayoría de los casos, la fosa sepulcral se forraba de pircas de piedras en seco, o como en la región de la costa del Perú se reemplazaba la piedra por adobes. Cuando los muros, generalmente en forma circular, llegaban a la altura uecesaria, principiaba la formación de la bóveda o techo.

Esto se conseguía empleando piedras planas sobresaliendo cada hilera un poco sobre la de más abajo y en dirección al

centro de la tumba. El ajuste de las piedras unas contra otras impedía que cayesen. Se seguía de esta manera hasta que sólo quedaba un portillo de tamaño reducido, el que se cubría con una piedra de mayor tamaño, que servía de tapa.

Esta clase de sepultura era sobre todo común en la región diaguito-calchaquí y en toda la región de los Andes, donde abundaba la piedra.

Algunas veces eran cuadradas, o rectangulares, pero generalmente con las esquinas redondeadas.

Una sepultura de esta forma encontrada en la Paya (1) fué descrita por Ambrosetti en 1902. La rica cosecha arqueológica hecha en este sepulcro, llevó a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, a emprender una exploración científica en este lugar, los resultados de la cual fueron más tarde publicados (2).

La expedición abrió sesenta y dos tumbas dentro del perímetro de la antigua población. He aquí lo que dice el señor Ambrosetti respecto de la construcción de ellas: «Las tumbas en su gran mayoría son pozos de forma circular de un metro o metro y medio y excepcionalmente de dos metros de diámetro y de profundidad variable dentro de las cifras indicadas. Las paredes se hallan revestidas con pirca de piedra rodada, formando algo así como el brocal de un pozo.

Estos pozos se cubrían con lajas de piedras, pizarras, o esquistos pizarrozos, extraídos de los cerros cercanos, formando una especie de bóveda; como fueron cubiertas después con tierra, dejaron al rededor de las mismas algunas piedras ya sea rodados o lajas formando círculo, a objeto seguramente de reconocer en cualquier tiempo su ubicación» (3).

---

(1) AMBROSETTI, JUAN B.—El sepulcro de la Paya.
Anales del Museo Nacional de Buenos Aires. Tomo. VIII, (Ser. 3. t. I.) pp, 119-148. Buenos Aires, 1902.

(2) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de la Paya. 1906-7. 2 tomos. Buenos Aires, 1907.

(3) AMBROSETTI, JUAN B.—Exploraciones Arqueológicas en la ciudad Prehistórica de la Paya. 1906-7 2 tomos. Buenos Aires, 1927. p. 82.

Bruch, describiendo las sepulturas de Hualfín, dice: «Son estos los sepulcros más abundantes y característicos de aquellas regiones. Todos han sido muy bien ejecutados y sobre la superficie del suelo se distingue la parte superior de la tumba, que termina con una elevación bien redonda; muchas veces la acompaña un semi-arco de piedras.

La construcción de todos estos sepulcros es cuidadosa y muy sólida, hecha en forma de una bóveda de piedras grandes, bien elegidas y ajustadas sin ninguna otra clase de material.

El semi-arco está colocado con preferencia con la abertura hácia el este, que correspondía siempre a la cabecera de los individuos enterrados. En algunos casos está colocado al nivel del suelo y construído por una simple hilera de piedras, mientras forma en otros casos una pared vertical que llega a unirse con la base de la misma bóveda» (1).

En otro trabajo Ambrosetti dice que «en los valles calchaquies y en Hualfín, los techos de los sepulcros están formados por la superposición paulatina de piedras alargadas que van poco a poco cerrando la bóveda» (2).

Aguiar dice que las sepulturas de los huarpes de Calingasta tenían la misma forma circular y abovedada (3).

En el Perú las bóvedas mortuorias eran tan comunes como entre los Diaguitas; sólo había más variedad de forma. Para una descripción de estos diferentes tipos que sería demasiado larga para incluirla aquí referimos al lector a las obras de Uhle, sobre sus excavaciones en Ancón, Ica, Pachacama, Moche, etc., que traen además croquis y cortes de los diversos tipos (4).

---

(1) Bruch, Carlos.—Descripción de algunos sepulcros Calchaquis. Revista del Museo de la Plata. Tomo p. 11 y sig. La Plata 1902.

(2) Ambrosetti, Juan B.—Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama. Revista del Museo de la Plata. Tomo XII, p. 18. La Plata 1905.

(3) Los Huarpes. ob. cit., p. 286.

(4) Para la lista de estas obras verse Bibliografía al final.

En Moche halló verdaderos mausoleos construídos con todo arte, de adobes, y techados con palos redondos sobre los cuales se había colocado también adobes.

Eran de forma rectangular y contenían varios cadáveres, sin hablar de numerosos otros objetos.

Algunos se encontraban al pie de la huaca o pirámide de la Luna y otros dentro de la base de la pirámide del Sol.

Rivero dice que los peruanos que ocupaban las faldas occidentales de los Andes usaban sepulcros en forma de hornos, hechos de adobes, pero que eran usados sólo para el entierro de las principiales familias.

En el Ecuador también se encuentran sepulturas hechas en forma de bóveda. Las tolas o mounds que construían los caras, generalmente encerraban sepulcros abovedados. Velasco dice que ellos introdujeron esta costumbre al Ecuador. El cadáver se tendía en el suelo o bien se sentaba en un asiento de piedra, y el pariente más cercano traía una piedra que colocaba a su lado; los demás parientes llevaban otras piedras que se iban dejando puestas en forma de muro, hasta que éste se completaba, incluso una bóveda, que encerraba completamente el cadáver y los objetos que con él sepultaban. Sobre esta tumba se amontonaba tierra formando así un mound o tola (1).

En Colombia, Cieza de León nos advierte que los indios de Antioquía, Ancerma y Carrapa sepultaban sus muertos en bóvedas. Los quimbayas construían sepulturas bastante esmeradas, que se componían de una o más cámaras abovedadas, comunicadas por galerías, revestidas de bloques de piedra, o estucadas con greda, que después se decoraban con dibujos pintados o grabados. La entrada a estos mausoleos se hacía por medio de escalas o galerías inclinadas, o a veces verticales. Las sepulturas se llenaban de una tierra de color diferente a la en que estuviesen cavadas y se cubrían de un túmulo que variaba en tamaño, según la importancia

(1) Historia del Reino de Quito, ob. cit.

del individuo enterrado. Las sepulturas se agrupaban, formando cementerios y ubicadas en las faldas superiores de la cordillera. Se dividían en secciones, por categorías, enterrándose juntos todas las personas de la misma casta o rango social (1).

Ocasionalmente se han encontrado bóvedas sepulcrales en Centro América y México; pero no parece haber sido un tipo de supultura muy común en aquellas regiones.

Tampoco son muy comunes en Norte-América si exceptuamos algunas localidades de la región de los mounds, y las antiguas tumbas de los esquimales de la zona central de las costas del norte.

En Chile se encuentran en las provincias del Norte en la vecindad de Tacna y Arica, aún cuando muchas de ellas son primitivas y techadas simplemente con entretejidos de cañas.

El Dr. Dagnino dice: «Los sepulcros de los personajes no eran tan sencillos. Quedaban sobre el nivel del suelo, y los hacían de adobes y en forma cilíndrica de cinco a seis pies de diámetro, de doce a catorce de alto, con bóveda como un horno. Ahí se sentaba el cadáver y lo emparedaban» (2).

Esto confirma lo que dice Cieza de León, respecto de las sepulturas de los yungas, de las costas meridionales del Perú. «De manera que en mandar hacer las sepulturas magníficas y altas, y adornallas con sus losas y bóvedas, y meter con el difunto todo su haber y mujeres y servicio, mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha o vino de lo que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da a entender que ellos tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima etc.» (3).

Nichos. Otra clase de sepultura frecuentemente empleada entre las antiguas naciones peruanas, era de colocar los

---

(1) South American Archaeology, ob. cit., p. 34.

(2) Dagnino, Vicente. El Corregimiento de Arica. Tacna 1909.

(3) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXII.

muertos en nichos, excavados en las rocas, en las pirámides o en muros macizos edificados expresamente.

Cieza de León nos da las primeras noticias sobre este tipo de sepulcro. Hablando del bajo Perú dice:

«En muchos valles destos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo más primamente que ellos pueden.» (1).

Rivero y Tschudi citan la descripción dada por el señor Juan Crisóstomo Nieto de las maravillosas ruinas de Quelap. Habla de una enorme estructura de tierra, cercada por muros de piedra, cuya base tenía 3,600 pies de largo por 570 pies de ancho. El primer muro tenía una altura de 150 pies. Esta servía de plataforma para otra de la misma forma, pero de menores dimensiones; que también tenía 150 pies de altura de modo que la estructura total tendría una altura de cerca de cien metros.

En este edificio cuyos muros exteriores eran de piedra labrada, se encontraba «una multitud de habitaciones o cámaras, construídas de piedra cortada, de 18 pies por 15 pies; y en estas cámaras, como también en los muros exteriores se hallaron nichos, formados artificialmente de una vara o menos de largo por media vara de ancho, en los cuales se depositaban los huesos de los muertos. Algunos de estos son desnudos, otros envueltos en paños de algodón muy gruesos y algunas veces bastante toscos, todos con bordes multicolores. La única diferencia entre estos nichos y los de nuestros panteones, es su profundidad; porque en vez de dos o tres varas que nosotros los damos, para colocar el cadáver en posición tendida, ellos no empleaban sino dos o tres pies, porque los replegaban de manera que la punta de la barba descansaba

(1) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXIII.

sobre las rodillas y las manos abrazaban las piernas y su postura en general se asemejaba a la de un feto de cuatro meses» (1).

En varias partes del antiguo territorio de Chimu se encuentran nichos en los gruesos muros de adobes que circundaban los templos y palacios. Weiner menciona uno de estos cementerios, que se utiliza actualmente para panteón del pueblo de Santiago de Cao, cerca de Trujillo, habiéndose ahondado los nichos que se encontraban en hileras en los gruesos muros de adobes (2).

Otros ejemplos de nichos han sido descubiertos en México y en Arica, pero sólo de una recurrencia esporádica y nó como una forma de sepultura generalizada, y podemos decir que este tipo de sepulcro existía casi exclusivamente en las tierras de las costas del Perú.

Sepultura en urnas.—El empleo de urnas o tinajas de greda cocida para depositorios de restos humanos, ha sido bastante generalizado sobre una gran porción del continente, tanto en Norte como en Sud-América, desde la parte central de los Estados Unidos hasta el grado 35 latitud Sur. Ocasionalmente se ha encontrado fuera de este radio, pero sólo en casos aislados, a veces no bien establecidos.

Este método de disponer de los muertos que consistía en sepultar los restos, incinerados o nó, en vasijas, con o sin tapa, o bien invertidas sobre los despojos, se practicaba por los indios de ciertos lugares, desde el Pacífico hasta el Atlántico, dentro de la zona indicada; pero en ninguna parte ha sido universal, o la única forma de sepultura, siempre se ha hallado acompañada de otros métodos, aun cuando en ciertas regiones como en una parte del Brasil y en el territorio Diaguita era bastante generalizado.

No sólo era costumbre precolombiana sino que persistió

(1) Antigüedades Peruanas. ob. cit. p. 273.
(2) Perou et Bolivie. ob. cit.

hasta la época histórica y entre algunas tribus como los tupis existe en algunas localidades hasta ahora.

No es éste el lugar para agitar la debatida cuestión de los orígenes de esta costumbre en Sud-América o de averiguar sí o nó se debe a influencias tupi-guaraníes; sólo daremos unos breves datos de las diferentes regiones donde se practicaba y las especialidades que presentaban algunas localidades.

En la hoya del Amazonas es casi universal la costumbre del entierro segundario en urnas; pero es muy raro encontrar que la sepultura primaria o provisoria sea de esta manera. Generalmente entierran los cadáveres en el suelo hasta que se descompone la carne, y los huesos después de limpiarlos bien, los entierran definitivamente en urnas de greda, tapadas de otras vasijas del mismo material. La costumbre de descarnar los huesos antes de darles sepultura definitiva es característica de los aruacs, los caribes y de algunas tribus de los gés que han estado en constante contacto con estos últimos.

Más al sur encontramos las tribus a que los etnólogos han puesto el nombre genérico de tupi-guaraníes, que dicho sea de paso no es una agrupación étnicamente correcta, sino que refiere a aquellas naciones emparentadas por su idioma, pero que son de diferentes estirpes.

La mayor parte de estas tribus o naciones emplean o han empleado la costumbre de enterrar sus muertos en urnas, no en la forma segundaria que hemos notado entre los pueblos de más al norte, sino como entierro primario y único, colocando el cadáver en la urna antes de darle sepelio.

Sin embargo, no se puede decir que esta diferencia de entierros primarios y segundarios haya sido absoluta en las dos regiones, porque se conocen casos en que unos y otros han modificado el sistema cuando las circunstancias así lo exigían. Las tribus tupi-guaraníes descarnaban los huesos de los que morían o caían en batalla, lejos de sus hogares, para llevarlos con mayor facilidad al lugar ancestral donde debían enterrarlos.

Algunas tribus, como los cayuas, que antes enterraban sus muertos en urnas, ahora los sepultan directamente en el suelo.

Varias naciones del Chaco (de Bolivia y de Paraguay), tambien habían adoptado la costumbre de que hablamos; suponiéndose que ésta se debe a influencias tupi-guaraníes.

Otra zona donde se encontraba bastante generalizada esta clase de sepultura, era la región Diaguita-Calchaquí en el noroeste de la Argentina. Aquí se han encontrado entierros primarios y segundarios; pero sin embargo la sepultura en urnas era sólo uno de los estilos empleados para dar sepelio a los muertos, siendo mucho más común el entierro directamente en la tierra o en sepulturas abovedadas.

En Chile, en el Perú, el Ecuador y Colombia también se han encontrado restos humanos sepultados en urnas de greda, sin que esta costumbre haya sido muy común.

En la América Central y en México, usaban con frecuencia urnas mortuorias; pero generalmente con el objeto de conservar las cenizas de aquellos jefes cuyos cadáveres habían sido incinerados. En la parte Sur de los Estados Unidos se ha empleado el mismo procedimiento para entierros primarios y segundarios, como también para guardar los restos incinerados de los difuntos.

Otro empleo de la urna, que se ha encontrado esporádicamente tanto en el Norte como en Sudamérica, es el de colocar una vasija invertida sobre los restos enteros, o bien sobre la cabeza del muerto.

Cuando las urnas se empleaban para receptáculos para los restos humanos, casi siempre se las tapaban; a veces con una piedra, pero generalmente con otra vasija, grande o pequeña, según el caso.

Las urnas mortuorias, aún cuando eran, en la inmensa mayoría de casos, fabricadas de greda, no lo eran siempre y tenemos ejemplos, como en California, donde eran de piedra. Otras veces, cuando se trataba de la conservación de las

cenizas de individuos incinerados, estas se guardaban en urnas de metal, oro o plata de preferencia.

Urnas de esta clase se han hallado en el Perú, el Ecuador, Colombia y México; pero son excepcionales.

No siempre las urnas se fabricaban expresamente para usos funerarios. A menudo se valían de vasijas que habian servido para usos domésticos y es frecuente hallarlas tiznadas de hollín o humo; porque ántes se han utilizado como ollas de cocina.

Los tucunas, tribu de los indios juris de la región de las Amazonas, fabrican grandes tinajas de boca ancha para guardar sus licores fermentados. Estos jarros que a veces tienen capacidad de ochenta o más litros, son pintados exteriormente con listas cruzadas de varios colores. Cuando mueren los dueños de casa son frecuentemente sepultados en estos jarros, los que se entierran en el piso de las habitaciones (1).

Estos indios a diferencia de la mayor parte de sus vecinos no descarnaban los huesos de sus difuntos ántes de enterrarlos.

Los omaguas que habitan la confluencia de los ríos Putumayo y Marañón, entierran sus muertos de la misma manera, como también lo hacen sus vecinos los ticunas.

En una exploración del Igaropé, tributario izquierdo del Cumany se descubrieron dos cavernas, en las cuales se hallaron dieciocho vasijas de rica y variada cerámica indígena.

Estaban colocadas de dos en dos semejantes, pero los diferentes pares eran de diversas formas y tamaños Estas tinajas en su totalidad encerraban huesos calcinados, que por su abundancia parecen haber sido de más de un individuo. Una de estas tinajas tenía forma de lebrillo o barreño, con pequeños agujeros en el fondo, otras tenían la forma de una bandeja, y eran ornamentadas en los cuatro ángulos y lados.

---

(1) Bates, Henry W. The Naturalist on the River Amazon. Tomo II p. 194. London. 1863.

Una tercera tenía la forma de un sombrero colocado sobre un pequeño cilindro; otras de forma esférica sobremontadas de un cuello alargado y amplio. La mayor parte de ellas tenían la forma de olla panzuda y baja, con largo pescuezo ornamentado con un desproporcional rostro de indio. De la panza parten brazos y piernas, casi en miniatura. En un par de estas piezas se veían orejas agujereadas y senos, lo que hace presumir que contenían cenizas o restos de sexo femenino. Todas con excepción de las barrigudas, que estaban blanqueadas con una capa de resina de *Tutahycica*, estaban ornamentas con pinturas de diversas formas y gustos (1).

El doctor Marcano dice que se encontraron urnas mortuorias en la caverna de Cucurital, en la región del Orinoco (2). Estos entierros eran segundarios.

En la caverna de Babilonia descubierta en 1875 sobre las márgenes del Río Doce, Minas Geraes, en Brasil, se encontraron igualmente urnas mortuorias con restos de niños, fajados en hojas de Vriesea. Los adultos hallados en la misma caverna estaban envueltos en sus redes (3).

Las urnas más hermosas son las halladas en las islas a la boca del Amazonas, especialmente en las de Marajo, Pacoval y Pará, como también en el río Maraca. Aquí se hallan urnas en forma de hombres y animales. Otras tienen facciones humanas pintadas en el cuello. Algunas más modernas tienen forma cilíndrica. En Pará las han hallado con facciones humanas en relieve; en Atures con asas en forma de serpientes y lagartos.

Urnas mortuorias de diversas clases se han descubierto en varios parajes de la hoya del Orinoco y otras partes de Venezuela, pero en todas estas regiones la costumbre de sepul-

---

(1) Goeldi, E. A. Memoria do Museu de Historia Natural e Ethnología da Para. 1900.

(2) Ethnographie precolombienne du Venezuela. ob cit.

(3) Lacerda Peyxoto. Contribuçoes etc. ob. cit. p. 54.

tura en urnas es sólo ocasional y es más frecuente encontrar otras clases de entierro.

En Brasil un gran número de tribus, principalmente de la familia tupi-guaraní conservaban sus muertos en grandes vasijas que enterraban en la choza donde había habitado el difunto.

Más al sur en ambas orillas del Paraná, en Misiones y en Paraguay se encontraba la misma costumbre; aún entre naciones de diferente estirpe.

Al padre Sánchez Labrador, tan minucioso en su estudio de los mbayas, no se le escapó esta costumbre y nos da una breve descripción que merece reproducirse: «Al enfermo, cuando quería agonizar, le metían en una tinaja de boca ancha; tapábanlo con un plato a modo de cobertera y así le enterraban dos veces, una antes de morir en la tinaja, y otra con la tinaja en tierra» (1).

Advierte al mismo tiempo que en 1766 esta costumbre había caído en desuso.

Las tribus de origen guarani que habitan el Chaco boliviano, los guarayos y chiriguanos, conservan las mismas costumbres que sus congéneres de Paraguay y Brasil y continúan sepultando sus muertos en urnas.

El doctor Chervin, citando a Thouar dice que «la viuda rompe por el medio una gran tinaja de barro, llamada *yambui*, que servía para preparar la chicha. Se colocaba la parte inferior en la fosa (caverna en medio de la cabaña), se mete al difunto en ella y lo cubre con la parte superior del jarro» (2).

Nordenskiöld en sus exploraciones arqueológicas del Noreste de Bolivia halló numerosos entierros en urnas entre las tribus de aquella región, así en la provincia de Sara, al

(1) El Paraguay Católico. ob. cit. Tomo I. p. 62.

(2) Anthropologie Bolivienne. Tomo I. p. 99. ob. cit. cita a Thouar A. Explorations dans l'Amerique du Sud. Paris 1891. p. 52.

norte de Santa Cruz de la Sierra, las halló en sepulturas en dos puntos del Río Palacios; en Mojos encontró numerosas urnas pintadas que habían servido de sepulcros, la mayor parte de las cuales se encontraron en túmulos o mounds. En uno de ellos que llama Mound Hermnarck halló 43 urnas. Cree que pueden ser indicios de influencias guaraníes.

Además, hace las siguientes citas de otros pueblos. En la península de Goijiro una sepultura en urnas fué hallada por Candelier, en Río Branco en Brasil por Martino, en Urucú y Corayurú por el mismo explorador, en el Río Ucayalí por Grandidier. Figueroa describe la sepultura segundaria de huesos descarnados, como practicada en su tiempo en Mainas, entre los Xeberos, Cocamas, Cocamillas, etc. Una vez limpiados los huesos «los meten en una tinaja mediana, angosta y larga, pintada y formando en ella un mascarón del mismo barro.

Bien tapada la boca de la tinaja, tienen assí los huesos en sus casas, donde varias veces he visto hileras destas sepulchros; en ellos los llevan de unas partes a otras, guardándolos hasta tanto tiempo que parece es un año; entonces entierran las tinajas con su ossamenta para olvidar a sus difuntos». (Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Magnas. Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América. Tomo I. Madrid 1904) (1).

Sobre el entierro en urnas en la región noroeste argentino hay un cúmulo tan grande de datos, que sería imposible consignarlos todos aquí. Basta decir que la mayor parte de las vasijas contenían sólo restos de niños de tierna edad; pero que en algunas partes también se han encontrado restos de adultos sepultados de la misma manera; especialmente en el Valle de Lerma y en Pampa Grande.

---

(1) Nordenskiöld, Erland. Urnengräber und Mounds im Bolivianischen Flachlaude. Baesseler Archiv für Valkerhunde. Tomo III. Entrega 5. Leipzig. 1913.

Para mayores datos sobre estas sepulturas, referimos a nuestros lectores, a la rica literatura arqueológica argentina, donde en las obras de Moreno, Quiroga, Ambrosetti, Torres, Debenedetti, Lafone Quevedo, Outes, Lehmann-Nitsche, Bruch y otros (1) hallarán un enorme acopio de datos al respecto; como también al primer tomo de la obra de Bomán donde está resumida la cuestión.

Diremos aquí, sin embargo, que aun cuando estamos de acuerdo con las conclusiones de este último autor, en cuanto a la evidencia de las influencias guaraníes en los valles de Lerma y San Francisco, no lo estamos respecto de las sepulturas de muchas otras partes de la región diaguita. Nos parece indudable que la introducción de la costumbre de sepultura en urnas en los valles nombrados y otros circunvecinos son de época relativamente moderna y se debe tal vez a la misma corriente migratoria que llevó a los chiriguanos y otras tribus guaranizadas al Chaco de Bolivia. La misma observación no se puede hacer respecto de numerosos otros hallazgos de la región diaguito-calchaquí, donde se han encontrado urnas de épocas muy anteriores y de formas y decoración que nada tienen en común con las similares guaraníes.

Tampoco estamos de acuerdo con aquellos autores que quieren hacer depender esta costumbre, dondequiera que se encuentre en el continente, de un solo origen. No vemos la necesidad de buscar siempre orígenes comunes para todas las costumbres, por extrañas que nos parezcan, que encontramos esparcidas por muchas zonas diferentes y aun en distintos continentes.

Muchas veces la existencia de costumbres o artefactos similares entre pueblos diversos, se debe indudablemente a contactos o a la expansión de influencias culturales, pero no

(1) La nómina de las más importantes de estas publicaciones se hallará en la bibliografía al final de este ensayo.

es la única manera de explicar estos fenómenos, ni siempre la manera más lógica.

Sin embargo presenta una tentación al investigador, que con frecuencia le hace incurrir en errores y causa confusión de ideas y de consideraciones.

Desgraciadamente ha sido una cuerda demasiado tocada, y estas influencias, asumidas muchas veces *a priori*, sin verdaderos fundamentos, dan lugar a teorías que copiadas de un autor a otro difunden impresiones que a menudo no tienen más base que la imaginación.

Cuando hablemos de influencias culturales impartidas por un pueblo a otro por medios directos o indirectos, debemos examinar bien las premisas, y no dejarnos llevar por la semejanza de una costumbre aislada, que puede o no haberse adquirido de afuera. Si existen otros indicios colaterales, se aumentan las probabilidades; pero aun entonces, no siempre es segura tal dedución.

Si comparamos las culturas respectivas de los indios pueblos de Arizona, Nuevo México, y la región diaguita-calchaquí; nos asombran los numerosos puntos en que se asemejan; en artefactos, en estilo artístico, en sus construcciones, costumbres, etc. Pero, ¿quién se atreverá a decir que estas semejanzas por no decir identidad; se derivan de un contacto más o menos lejano, o de influencias entre unos y otros pueblos? Sólo se puede deducir que en semejantes condiciones, existe la tendencia en el hombre de desarrollarse mentalmente de una manera parecida, adaptándose instintivamente a las necesidades impuestas por tales condiciones.

La costumbre de enterrar en urnas, la encontramos demasiado repartida, entre naciones de tantas diferentes estirpes e índoles, para creer que se ha originado sólo en un punto y extendido después a todo los demás.

Es preciso tomar en cuenta que el camino del desarrollo cultural es más o menos igual en todas partes.

Las necesidades de los pueblos son parecidas. Así notamos que con la introducción de la alfarería uno de los usos prin-

cipales de las vasijas fabricadas era de servir de depósitos para guardar las semillas, bayas, frutas y otros objetos que formaban la provisión de alimentos recogidos por sus dueños.

¿Qué más natural entonces, que, cuando el desarrollo de sus ideas sobre la nocesidad de guardar los restos de sus muertos hacía preciso buscar algún recoptáculo apropiado para este objeto, recurriesen a sus vasijas que ya le prestaban tan importantes servicios?

Más aún sería esto en el caso de las mujeres, tomando en cuenta que entre la mayor parte de las tribus la propiedad del difunto no podría volverse a usar.

Encontramos esta explicación mucho más razonable que la de buscar contactos forzados que en muchos casos no podrían establecerse. Explica también las diferencias que encontramos entre el tipo de vasija usado, el modo de emplearla, etc, puesto que con frecuencia no sería más que el remplazo de una forma de envoltura anterior.

Opina el Sr. Bomán que si exceptuamos la región diaguita y algunos casos aislados en la Puna de Jujuy, esta manera de sepultura fué práticamente desconocida en la región ando peruviana. Si refiere aquí solamente a la zona primitiva de los incas, antes de la extensión de su imperio, es indudable que tiene razón; pero si incluye en esta zona la mayor extensión de dicho imperio hallamos numerosas excepciones; algunas de los cuales, en justicia debemos declarar, se deben a descubrimientos posteriores a la publicación de su obra. Estas se aumentan si tomamos la región andina en general, y dejan establecido el hecho de que esta costumbre era más repartida de lo que se ha pensado. También es preciso tomar en cuenta que, con excepción de unos pocos puntos en la costa del Perú, no se han hecho excavaciones sistemáticas en gran escala como en la región Argentina y es probable que habrán todavía muchos nuevos descubrimientos. Por ejemplo; hasta hace muy pocos años no se conocía en Chile otro caso de sepultura en urna que el mencionado por Medina,

de Patagüilla cerca de Curicó (1). Ahora, sin embargo, se sabe que este no era un caso completamente aislado y que se han encontrado en otros puntos. El Dr. Oyarzún encontró sepulturas en urnas cerca del puerto de San Antonio. Dice: «En unos seis esqueletos que exhumamos vi que todos ellos estaban dentro de ollas de greda de unos sesenta centímetros de alto.

Estas ollas estaban todas ellas quebradas, de tal manera que sólo pudimos recoger fragmentos, sin poder reconstituir ni una sola. Su composicion era mui ordinaria y no presentaban dibujos de ninguna clase. Los cadáveres estaban en cuclillas, las rodillas alcanzaban al mentón, y los miembros superiores doblados tenían las manos al nivel de los hombros. Dentro de las mismas ollas o urnas se encontraban, acompañando el cadáver, uno, dos y hasta tres cantaritos de greda cocida ordinaria y sin dibujos.

En una urna pequeña, pero totalmente destruídas encontramos los sertos apenas aparentes de un miño muy chico o guagua» (2).

Guevara nos avisa que él ha examinado urnas usadas para sepulturas en las provincias de Malleco y Cautín en pleno territorio araucano. Dice: «los trabajos agrícolas practicados en faldas y alturas, han sacado a la superficie del suelo grandes ollas de arcilla o tinajas anchas en su base y progresivamente angostas hacia arriba, con una tapa superpuesta. Contienen estas vasijas algunos restos del cuerpo, que indican sin lugar a duda que el cadáver entero o destrozado, o bien los huesos han sido colocados antes de la cocción dentro de esta urna primitiva» (3).

Naturalmente aquí se trata de entierros segundarios.

---

(1) Medina, José Toribio. Los Aborígenes de Chile. Santiago 1884.

(2) Oyarzun, Dr. Aurelio. Los Kjoekkenmoeddinger, o conchales de las costas de Melipilla y Casablanca, p. 14. Santiago 1910.

(3) Guevara, Tomás. Psicología del pueblo araucano, p. 275. Santiago 1908.

En un trabajo anterior el autor trató del mismo punto y agrega que hay indios que conocen por tradición este hecho (1).

Hemos examinado personalmente tres urnas mortuorias que contenían restos humanos halladas todas en la región subandina, de las provincias de Coquimbo y Atacama. Son estas de tipo del todo semejante a las halladas en la región diaguita, y este hecho junto con el hallazgo de muchos otros artefactos que indican muy claramente las mismas influencias nos hace creer que el pueblo diaguita habitaba ambos lados de la cordillera. Hace algunos años hicimos una observación al efecto (2) y desde entonces hemos tenido la satisfacción de ver confirmada de otras fuentes nuestra opinión.

En la cordillera de San Juan, al atenerse a lo que dice Ameghino, también se han encontrado urnas funerarias. Dice: Los esqueletos estaban colocados en grandes vasijas de barro. El espesor de estas urnas funerarias es de cerca de dos pulgadas y su alto no excede de 86 centímetros. El esqueleto se encuentra en el interior ocupando poco más o menos la misma posición que el feto en el vientre de la madre, es decir las rodillas contra la cara, los talones al nivel de la parte inferior del tronco y los brazos cruzados sobre las tibias en su tercio superior. Generalmente tienen en la boca una pequeña punta de flecha triangular muy bien trabajada.

En el fondo de la urna se encuentran pequeños vasos de barro que probablemente habían contenido en otro tiempo el alimento destinado al viaje del difunto.

Las urnas terminan en la parte exterior de su fondo en una superficie plana o especie de pie que les permite mantenerse derechas y sólo están enterradas hasta la boca. La tapa está

---

(1) GUEVARA, TOMÁS. Historia de la civilización de Araucanía, 3 tomos. Tomo I, p. 264. Santiago 1898.

(2) LATCHAM, R. E. Los elementos indígenas de la raza chilena. Santiago 1912.

hecha de paja muy bien tejida sobre lo que hay tan solo una pequeña piedra» (1).

De modo que entre los huarpes de San Juan se encontró establecida esta misma manera de sepultar a los muertos en urnas, que se practicaba más al norte entre los diaguitas.

Aguiar confirma la costumbre entre los huarpes, pero refiere únicamente al sepelio en esta forma de niños chicos. «Si era un tierno vástago el que emprendía el *eterno viaje*, siempre la ternura de la madre encontraba algo más íntimo y más blando: colocaba el cuerpecito adentro de canastos tejidos con mimbres teñidos con bellos colores, quizá con inscripciones o epitafios tocantes y conmovedores, o *también en jarrones de barro cocido* igualmente decorados, arte en la que eran maestros irreprochables, de gusto variado y caprichoso.

El señor Ambrosetti ha hecho dibujar con el joven Holmberg varias de las piezas que conservo de esta naturaleza y que le merecieron atención por sus dibujos y estructura» (2).

Más al norte, en la vecindad de Tacna vimos dos urnas de greda que nos aseguraron se habían sacado de un túmulo encontrado pocos kilómetros al oeste de la ciudad. Según nuestros informantes ambas urnas, que tenían la forma de ollas de fabricación tosca, habían contenido huesos de niños. No hemos podido certificar el hecho; pero es significante que en esa misma vecindad, Canales halló un cementerio de niños de poca edad, a que puso el nombre de *Cementerio de guaguas* (3); como hemos relatado más adelante.

En el Perú, fuera de las pocas citas hechas por Bomán quedan otras, que no le eran conocidas, algunas de las cuales son posteriores a la publicación de su obra. Dice que Reiss y Stubel no encontraron urnas funerarias en las excavaciones efectuadas por ellos en Ancón. Sin embargo, Uhle halló se-

(1) Antigüedad del hombre en el Plata. ob. cit. p. 515.

(2) Los Huarpes. ob. cit. pp. 291-292.

(3) Los Cementerios Indígenas en la Costa del Pacífico. ob. cit. páginas 279-280.

pulturas en urnas en la misma localidad. Estas sepulturas pertenecían a los últimos períodos culturales.

Dice al efecto: «Los muertos se enterraban simplemente en sepulcros, con ofrendas; a menudo en grandes vasijas de greda, o cubiertos con grandes fragmentos de ellas, sepulturas abovedadas de familia con acceso a un lado se encontraban ocasionalmente» (1).

Berthon en sus estudios sobre sus excavaciones en el bajo Perú describe el hallazgo de urnas en los antiguos cementerios de Ancón. Dice que la excavación número 4, perteneciente al último período preincaico de Chancay, dió como resultado el hallazgo de una momia colocada en una gran urna, cubierta por un fragmento de otra de mayor tamaño. Agrega que en la vecindad de Lima se encuentran de vez en cuando grandes urnas que contienen restos de cadáveres. Cita además lo que dice Bastián respecto de la misma clase de sepultura en Cañete (2).

Gomara relata como los incas «muchas veces sacrifican sus propios hijos; que pocos indios lo hacen, por mas crueles y bestiales que sean todos ellos en su religión; mas no los comen, sino secándolos y guardándolos en grandes tinajones de plata».

El mismo cronista nos cuenta que en las provincias que ahora forman el sur del Perú se sepultaban los reyes, y magnates en urnas de oro y plata.

Pasando al Ecuador se ha encontrado la costumbre de sepultar en urnas en las provincias del norte, como tambien entre los antiguos puruas quienes, según reza, sacrificaban sus hijos mayores, conservando sus cuerpos en urnas de greda, piedra o metal. (3)

---

(1) South American Archaeology. ob. cit. p. 65. 66.

(2) UHLE. PROF. MAX. Die Muschelhügel von Ancon, Perú. XVIII Congreso Internacional de Americanistas. London 1912.

(3) BERTHON CAPT PAUL. Etude sur le Precolombien du Bas Perou. Nouvelles Archives des Missions scientifiques et litteraires, publiès sous les

Los Quimbayos de Colombia frecuentemente usaban urnas de greda para sepultar las cenizas de los muertos, reemplazándolas en el caso de notabilidades por otras de oro o plata. Esta costumbre era mucho más generalizada en Venezuela. En la vecindad de Tacarigua (Lago Valencia) se encontró un túmulo, del cual se sacó un número considerable de urnas que contenían huesos humanos.

Otros túmulos semejantes se han encontrado en los alrededores, y numerosas urnas se han sacado de simples fosas. En estas urnas se han hallado los restos de hasta ocho personas y parece que eran solo sepulturas secundarias de los huesos descarnados (1).

Los caribes de las Antillas a veces usaban el mismo sistema de sepelio. Tom Thuron lo observó en la pequeña isla de Ballineux, los indios de Jamaica colocaban sus muertos sentados en las cavernas y los enterraban en vasijas de greda. En Jamaica los negros buscaban estas ollas o urnas y las usaban en sus faenas domésticas (2).

Gann dice que huesos humanos parcialmente calcinados se encuentran a veces en urnas de greda, en el norte de Honduras (3). Esta costumbre era frecuente por toda la región Maya, en el caso de individuos de alto rango; pero parece que la práctica de cremación sólo se introdujo después de la infiltración de influencias aztecas y se han encontrado restos que no han sido incinerados, en urnas y fuentesde greda, en el territorio de los quiches y de los kakchiquels.

Entre los otomies, los chichemecas y más tarde entre los

---

auspices du Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux-arts. Nouvelle serie, fasicule 4. Paris 1911.

(1) South American Archaeology. ob. cit. p. 46.

(2) The Aborigenes of Porto Rico. ob. cit. p. 71.

(3) Gann, T. W. The ancient monuments of Northern Honduras and the adjacent parts of Yucatan and Guatemala, the former civilizations in these parts and the chief characteristics of the races now inhabiting them, with an acount of a visit to the Rio Grande ruins. London 1905.

aztecas se encontró establecida la costumbre de incinerar los muertos, cuyas cenizas fueron guardadas o sepultadas en urnas de piedra o de greda y ocasionalmente de metal. Parece que los toltecas no practicaban esta costumbre.

En los Estados Unidos, especialmente en la parte sur se encuentra muy diseminado el sistema de sepultura en urnas, tanto para los restos incinerados como para los que no lo eran (1) Sepulturas de la primera clase se han encontrado en Arizona, en Michigan, y en Georgía; y de la segunda en California, Tennessee, Alabama, Georgía, Florida, Utah, y South Carolina. En algunos estados como en Georgía, California, Arizona, Alabama y Florida, los cadáveres, o los huesos se colocaban en el suelo y se cubrían de una vasija de greda; empleándose a veces en su lugar un canasto.

En tiempos pasados los pimas acostumbraban incinerar los muertos y sepultaban las cenizas en urnas; en la actualidad, inhuman los cadáveres (2)

Encontramos entonces que entre muchas tribus de las dos Américas, la primera forma de entierro en receptáculos o ataudes ha sido el aprovechamiento o empleo de vasijas de barro, reemplazado por muchas, especialmente después de la introducción de herramientas de hierro, por cajones de madera de diferentes formas.

Entierros segundarios.—Muchos de los sistemas de inhumación se han practicado, no inmediatamente después de ocurrida la muerte, sino cuando hubiera pasado un considerable lapso de tiempo, que varía según el caso, de pocas semanas a muchos años. Entretanto se ha empleado otra manera de disponer del cadáver, por inhumación provisoria, exposición en ramadas o catafalcos, el descarne artificial de los huesos, la lenta o rápida disecación del cuerpo etc. Sin

(1) Moore Clarence B. Aboriginal Urn Burial in the United States, American Antropologist Vol. VI. N.º 5. 1904.

(2) Fewkes, Jesse W. Casa grande, Arizona. p. 109. XXVIII Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1912.

embargo en casi todos estos casos el último destino del cuerpo o de sus restos ha sido la sepultura. La sepultación en estas condiciones, cuando no ha sido la única disposición del cadáver, se llama entierro segundario.

Como hemos visto en las páginas anteriores, son numerosas las tribus, en toda la América, que, valiéndose de diversos métodos de preparar los cadáveres o restos de ellos, emplean primero una disposición, para luego darles un entierro final.

Entre muchos pueblos era considerado necesario disponer de los huesos del difunto, de diferente manera que la empleada para la disposición del cadáver y recurrían a los más diversos métodos de despojarlos de la carne que los cubría.

Es probable que era esta la costumbre referida por Gomara como existente entre los chicoranos cuando dice: «Otro dice de sus fiestas desentierran los huesos de un rey o sacerdote que tuvo gran reputación, y súbenlos a un cadahalso que hacen en el campo; llóranlo las mujeres solamente andando a la redonda, y ofrecen lo que pueden. Tornan luego al otro día aquellos huesos a la sepultura, y ora un sacerdote en alabanza de cuyos son» (1).

Hablando Cieza de León de los indios de Ancermo dice: «Cuando los señores se mueren, en una parte desta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo, se ponen una hamaca y a todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derrite con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben su vino y rezan sus salmos o bendiciones dedicadas a sus dioses, a su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataud y sin enterrarlo lo tienen

(1) Historia de las Indias, ob. cit. p. 180.

allí algunos años, y después de estar bien seco, los ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas» (1).

En varias partes los indios hacían grandes fiestas periódicas, durante las cuales recogían los restos de todos los que habían muerto en el intervalo, para enterrarlos definitivamente en los osarios comunales de la tribu.

Los galibis y palicurs, además de las naciones mencionadas en otra parte, tenían esta costumbre, porque creían que todo individuo debía sepultarse en la aldea o lugar de su nacimiento. Cuando moría una persona lejos de su tierra natal, le daban sepultura provisoria en el lugar donde acaecía la muerte; pero aprovechaban la primera oportunidad de llevar los restos a su pueblo de origen, donde les daban sepelio definitivo (2).

Los mbayas también usaban entierros segundarios en ciertas circunstancias. El padre Sánchez Labrador nos dice que: «A los que mueren en tiempo de epidemias, como sucedió en la de las viruelas, entierran cerca de donde mueren. Hacen un pequeño hoyo en que meten el cadáver, cubriéndole con una estera y algunas ramas, para que los tigres no los desentierren. Al cabo de algún tiempo, cuando juzgan suficiente para que, podrida y consumida la carne quedan los huesos, salen los parientes a recogerlos. Llévanlos al común carnero o enterramiento y después unidos en los toldos hacen el duelo. Si no hallan algún cadáver porque el tigre se lo llevó al bosque, lo toman por mal agüero, y es inconsolable su sentimiento» (3).

En su estudio sobre los mounds del Norte de los Estados Unidos, Thomas dice, que algunos de ellos parecen haberse construído exclusivamente para cubrir una masa confusa

---

(1) Crónica del Perú, ob. cit. Cap. XVI.

(2) Fauque Padre. Lettres édificantes et curieuses écrites des missions étrangère, par quelques missionaires de la Compagnie de Jesus; XXIII recueil, p. 364 y sig. Paris 1738.

(3) *El Paraguay Católico*. ob. cit. Tomo II. p. 47.

de huesos humanos, recogidos después de su descarnadura (1).

La misma observación se ha hecho por otros observadores en diferentes partes del territorio.

Algunas tribus del norte del Canadá, si muere un individuo de la agrupación durante los meses del invierno, cuando las heladas endurecen tanto el suelo que no pueden cavar sepulturas; suspenden los cadáveres a las ramas de un árbol y esperan la llegada de la primavera antes de hacer el entierro.

Las sepulturas en urnas encontradas en Chile, todas parecen haber sido entierros segundarios, porque en ninguno de los casos de que tenemos conocimiento, era la urna empleada de tamaño suficiente de haber servido para contener un cadáver entero.

A veces los entierros segundarios eran aislados, es decir que los restos de cada individuo recibía sepultura aparte; pero con frecuencia eran comunales, en los cuales se hacía un hacinamiento de los restos de todos los muertos de la tribu en un osario común o ancestral.

Es curioso notar la diferencia que existe entre las diversas tribus, respecto de la proximidad de las sepulturas a las habitaciones. Algunas procuran alejarlas lo más posible; otras entierran los muertos dentro de las casas.

El temor de las ánimas es tan grande en algunos casos que los sobrevivientes queman la casa en que ha ocurrido la muerte y mudan sus habitaciones a otra localidad; en otros parece no existir y los deudos guardan los restos en sus habitaciones y los llevan consigo cuando mudan de residencia.

Parece que el motivo de esto hay que buscarlo en sus ideas respecto de la vida futura y la ubicación que dan a la tierra de los muertos.

---

(1) Burial Mounds of the Northern Sections of the United States. ob. cit. p. 16.

Muchos pueblos creen que las ánimas no abandonan la tierra y que siguen frecuentando la localidad en que han encontrado su muerte. Cuando no se les tiene miedo y simplemente guardan cariñosos recuerdos de ellas, se procura tenerlas gratas, suministrando a sus supuestas necesidades y aún celebrando sus fiestas en la vecindad de las sepulturas, que con frecuencia se hacen dentro de las mismas habitaciones. Así pueden estar siempre presentes y participar en todas las alegrías y pesares de la familia.

Pero cuando por otra parte, el temor de las ánimas sobrepuje los sentimientos de cariño y de reverencia, los deudos huyen de toda proximidad al lugar donde pueden merodear los espíritus y abandonan la localidad por mucho tiempo.

Otras tribus, aún cuando su temor de los espíritus no es menor, no huyen del sitio en que ha ocurrido una muerte, porque creen que después de un tiempo limitado, el ánima se aleja para ir a la tierra de los muertos, que imaginan ubicado en un lugar lejano, allende las nubes, en las estrellas, dentro de la tierra o al otro lado del mar o de las montañas. Convencidos de este alejamiento de las ánimas, no sienten el mismo temor o repugnancia a la proximidad del cadáver o sus restos, que ya consideran inofensivos y aún los consienten dentro de sus propias habitaciones.

Hemos visto que los esquimales y varias tribus de Norte América, creían que el ánima principiaba su viaje al otro mundo al cuarto o quinto día y que durante ese tiempo merodiaba al rededor del cadáver. Otros creían que no se iba mientras no se daba sepultura al cadáver; y algunas tribus de sioux y dacotas imaginaban que no se podría alejarse el espíritu, entre tanto no se enterraban el cadejo de cabellos, cortado al moribundo por los deudos.

Consecuente con estas ideas, era el afán demostrado por algunas tribus, de buscar los cadáveres de los muertos en la guerra y darles sepultura, permitiendo así a las ánimas partir para su nueva morada. Mientras yacían sin sepultar los espíritus vagaban en el espacio sin descanso. De aquí se

originaban los ritos para el descanso de las almas, que aún sobreviven en las oraciones y rituales de las religiones modernas.

Enterraban los enemigos muertos con la misma escrupulosidad, cuando caían estos en la vecindad de sus reducciones, porque temían que las ánimas vagabundas aprovecharían la primera oportunidad de posesionarse de algún cuerpo ajeno cuyo dueño se descuidase o encontrase ausente en sueños, etc.



CREMACIÓN

Motivos para incinerar los muertos.—Cremación parcial.—Cremación de determinadas castas.—Venezuela, México, Cumaná, Popayán, Santander.—Los guaraicus, los mayas y los mexicanos,—La región de los mounds.—Cibola.—Los indios pueblos.— California.— Missouri —Opinión de Cyirus Thomas.—Los algonquines.—Los takullis.—Los tlingits.—Los kutchines.—Los fueguinos.—No se practicaba la cremación en Chile.

Menos generalizada que la inhumación del cadáver, sin embargo, la costumbre de incinerar el cuerpo entero o parcialmente, encontró adeptos entre muchas tribus del continente.

No hablaremos aquí de aquellas que desecaban el cuerpo a fuego para conservarlo en estado momificado, sino sólo de las que quemaban el cadáver y lo reducían a cenizas o restos carbonizados.

La cremación o incineración de los cadáveres ha obedecido a dos razones primordiales y ha persistido a veces mucho después de que los sentimientos que dieron nacimiento a la costumbre se hayan modificado o desaparecido.

La primera de estas razones está relacionada con las ideas animísticas. Creían algunas gentes que mientras existía el

cuerpo o los huesos, el ánima no abandonaba el lugar donde estaba depositado, y frecuentemente lo utilizaba como morada.

Cuando cundió el temor a las ánimas y se principió a valerse de todos los medios para alejarlas, se discurrió que no habiendo cuerpo o cadáver en donde guarecerse, el ánima tendría que buscar otro paradero, o en algunos casos andaría vagando por el espacio; pero de todos modos los vivos se verían libres de ella. Para conseguir este fin apetecido, se les ocurrió que la manera más rápida de destruir el cadáver era quemarlo.

Otro motivo fué el impedir la profanación de los restos por extraños o por animales salvajes. Las tribus nómadas, guerreras o cazadoras, que estaban casi siempre en movimiento, raras veces encontraban la muerte tranquila en sus hogares. La mayor parte de sus miembros; al menos en cuanto a los hombres; morían en la guerra o en los accidentes de su vida aventurera, a menudo lejos de la agrupación a que pertenecían. Para evitar el abandono en tierra enemiga, o para precaverse contra la posible profanación, algunas tribus quemaban el cadáver, dando sepultura sólo a las cenizas, las que con frecuencia llevaban a sus habitaciones para darles sepultura entre los suyos.

Algunos pueblos sólo quemaban partes determinadas del cadáver y disponían de otra manera de los demás restos. Esto sucedía casi siempre en el caso de personas sacrificadas, cuando el ritual exigía que se ofreciera al dios o demonio el corazón o las entrañas de la víctima. Esta clase de incineración parcial se practicaba con frecuencia en el Perú, México y la región de los mounds en los Estados Unidos.

Con todo, aún en aquellas partes donde se practicaba la cremación, esta no era costumbre muy generalizada, reservándose especialmente para ciertas categorías de personas o para casos determinados. Raras veces se encuentran pueblos que incineraban los restos de todos sus muertos; sino que la mayor parte de los difuntos se sepultan. Así, Gomara nos

cuenta que los indios del Río de las Palmas enterraban todos, menos los médicos «que por honra los queman, y entre tanto que arden, bailan y cantan» (1). En Venezuela incineraban a los señores moliendo los huesos carbonizados y bebiéndolos en sus brebajes (2), costumbre observada por Raleigh en Guayana y practicada también por los cocomas, jimanas y otras tribus del Amazonas. En México, a tiempo de los conquistadores la cremación se reservaba para los reyes, los jefes militares y aquellos guerreros que se habían distinguido en las batallas, pero entre los otomis y algunas otras tribus de los chichimecas era más generalizada la costumbre. Los cumaneses enterraban primero los cadáveres de sus caciques; pero, «al cabo de un año, y en anocheciendo, desenterraban el muerto con muy gran llanto. Queman los huesos, y dan la cabeza a la más noble o legítima mujer, que la guarde pòr reliquias en memoria de su marido» (3).

Cieza de León dice que a veces los indios de Popayan incineraban los restos de sus caciques o señores (4).

En otras partes de Colombia sobre todo entre los quimbayas se quemaban los cadáveres de las personas de importancia y depositaban las cenizas en urnas de oro o de greda.

En el norte de Santander abundan las grutas llenas de osamentas: en ellas se encuentran en gran número, vasijas de barro, colmadas de cenizas (5).

Spix und Martins dicen que los guaraníes del Amazonas todavía queman sus muertos y sepultan las cenizas en sus chozas (6).

Los mayas también practicaban la cremación, al menos para los individuos de importancia y guardaban las cenizas

(1) Historia de las Indias. ob. cit. p 182.
(2) Historia de las Indias. ob. cit. p. 203.
(3) Historia de las Indias. ob. cit. p. 209.
(4) Crónica del Perú, ob. cit. cap. XXXII.
(5) Vergara y Velasco. ob. cit. Notas de Geographie de Colombie.
(6) Reise etc. ob. cit. Tomo III. p. 1190.

en urnas o en las cavidades de grandes figuras esculpidas en madera, hechas en representación del difunto. En el caso de los sacerdotes las figuras se fabricaban de greda. Entre los kakchiquels las cenizas de los grandes se revolvían con greda para hacer los ídolos domésticos. En Honduras se han encontrado restos de huesos quemados, guardados en urnas (1).

En México varios de los antiguos pueblos cremaban los muertos; algunos como los otomies y chichemecas, comúnmente; los tarascos, los acolhuas, los aztecas, y los toltecas en el último período de su grandeza lo empleaban sólo para los personajes de importancia.

En la región de los mounds encontramos que la incineración total o parcial del cadáver era frecuente; pero no existen noticias sobre los verdaderos motivos que originaban la costumbre. La primera noticia que tenemos de la práctica es la Relación de Castañeda de la Expedición de Coronado a Cibola. En la segunda parte, en que trata de los ritos y costumbres de los pueblos por donde pasó la expedición, y en su tercer capítulo que lleva por título «Capítulo tercero de lo que es chichilticale y el despoblado de çibola sus costumbres y ritos y de otras cosas», dice: «queman los muertos echan con ellos en el fuego los instrumentos que tienen para usar sus officios» (2)

Mota Padilla describe una cremación fúnebre presenciada por los soldados de Coronado: «en una ocasion vieron los españoles, que habiendo muerto un indio, armaron una gran-

---

(1) Mexican Archaeology, ob. cit. p. 275-277.

(2) Relación de la Jornada de Cibola compuesta por Pedro de Castañeda de Naçera. Donde se trata de todos aquellos poblados y ritos, la qual fué el año de 1540.

Tomo IX de la collection de Voyages, traducidos y publicados por Henry Ternaux-Compans.

Esta relación fué copiada de un manuscrito existente en la Biblioteca Lennox de Nueva York. Fué nuevamente publicada en el españo original y

de balsa o luminaria de leña sobre que pusieron el cuerpo cubierto con una manta, y luego todos los del pueblo, hombres y mujeres, fueron poniendo sobre la cama de leña, pinole, calabazas, frijoles, atole, maiz tostado, y lo demas que usaban comer, y dieron fuego por todas partes, de suerte que en breve todo se convirtió en cenizas con el cuerpo» (1).

Cushing hablando de las excavaciones efectuadas en «Los Muertos» en Sud Arizona, dice: «En los túmulos pirales que se encuentran al lado afuera de las habitaciones comunales, cada enterro consistía de una vasija, grande o pequeña, según la edad del individuo, destinada a recibir las cenizas, junto con los restos de otros objetos de menor tamaño y de valor que habían formado parte de las posesiones de los muertos y sacrificados juntos con ellos en la cremación. Encima de cada una de estas vasijas se había colocado una fuente o pedazo de olla (a que se había dado una forma redonda por medio de golpecitos), firmemente cimentado a la urna por una mezcla de barro» (2).

Los hopis, moquis, zuñis y demás indios pueblos acostumbraban incinerar los muertos al tiempo de los primeros misioneros españoles; pero ahora inhuman todos los cadáveres.

Varios de los pueblos de California tenían la misma cos-

---

con una traducción al ingles en el XIV annual Report of the Bureau of Ethnology, publicado por la Smithsonian Institution of Washington en 1896. Tomo I.

El manuscrito que existe en Nueva York no es el original de Castañeda, sino una copia hecha a fines del siglo XVI.

Parece haberse perdido el original

(1) Mota Padilla, Matías de la. Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva Galicia, escrita en 1742, México 1870. Cap. XXXII p. 160.

(2) Cushing, Frank Hamilton. Preliminary notes on the origen working hypothesis and primary researches of the Hemenway Southwestern Archaeological Expedition.

Congrés International des Americanistes. 7me sesion 1888. pp. 151-194. Berlin 1890.

tumbre y los palaihnihans conservaban la costumbre hasta mediados del siglo XIX cuando quedaban muy pocos individuos de la tribu. Los wailaki que ocupaban la misma zona quemaban sus guerreros, caídos en batalla.

En Missouri, donde Fowke hizo exploraciones de los mounds para el Instituto Arqueológico de los Estados Unidos, se encontraron numerosos restos carbonizados o incinerados, aun de párvulos.

Es curioso notar, que en estos mounds no siempre eran carbonizados todos los huesos de un cadáver. A veces eran el cráneo y algunos de los huesos de los miembros que se habían quemado, en otras ocasiones el cráneo se encontraba entero y la parte inferior del cuerpo completamente incinerada. Raras veces todos los huesos o restos hallados en un maounds habían sufrido los efectos del fuego; con frecuencia se encontraban algunos esqueletos enteros, revueltos con los fragmentos carbonizados de otros. En algunos casos los cuerpos se habían quemado dentro de la bóveda cubierta por el mound, pero otros se habían incinerado entera o parcialmente antes de colocarlos dentro de la sepultura.

En un caso se había hecho una pequeña excavación en el piso de la bóveda, en el cual se habían colocado los cadáveres o sus osamentas. Seis de estos se habían cremado y los demás estaban intactos. A veces los restos incinerados formaban montoncitos, cada individuo en lote aparte.

En otra ocasión se hallaron pruebas de una costumbre que hemos mencionado en otra parte, la de cubrir el cadáver con una gruesa capa de barro o greda antes de quemarlo; quedando trozos de tierra cocida en forma de molde revuelto con las cenizas.

Los resultados de la exploración demostraron que mientras era muy común la incineración, no era esta el único modo de disponer de los muertos, encontrándose numerosos restos que sólo habían sido sepultados (1).

(1) Antiquities of Central & South Eastern Missouri. ob. cit.

Thomas halló huesos carbonizados en un mound en Illinois.

Dorman (1) y Wilson (2) mantienen que entre las tribus del norte de los Estados Unidos, la cremación era la manera usual de disponer de los muertos; pero parece que esta es una opinión exagerada, porque a pesar de encontrar sus vestigios a menudo, son más comunes los restos inhumados. Cyrus Thomas llega hasta el extremo de considerar dudosa la costumbre y trata de explicar la presencia de cenizas y huesos carbonizados por otras razones. El principal de éstas se refiere a la costumbre de quemar los prisioneros tomados en la guerra, despedazándolos a veces antes de quemar los despojos (3). Aun cuando esto pueda haber sucedido, no consideramos que es suficiente para explicar los numerosos restos carbonizados, encontrados en algunas regiones, ni tampoco acuerda con todos los hechos observados.

No podemos entrar a examinar detalladamente sí o nó muchos de los casos citados por los diferentes exploradores se deben a causas intencionales; lo único que nos importa por el momento, es que fuere cual fuere la causa, se han encontrado en los diferentes mounds de la región, innumerables restos parcial o totalmente incinerados, y estos casos son demasiado frecuentes a nuestro modo de ver, para considerarlos todos como casuales; sobre todo cuando hallamos la costumbre repartida entre algunas tribus de los algonquines. El Padre Sebastián Rasles, en una carta fechada en 1723, relata una leyenda de los ottawas, en que estos indios explican la costumbre de quemar los muertos por las instrucciones dejadas por uno de sus antepasados, representado como fundador de ciertos clanes. Este ordenó que sus des-

(1) Dormann, Rushton M. The Origin of Primitive superstitions and their development. p. 171. Philadelphia, 1881.

(2) Wilson, Daniel. Prehistoric Man. 2 vols. Vol II, p. 211. Tercera edicion. London, 1876.

(3) Report on the Mound Explorations. ob. cit. pp. 675-677.

cendientes quemasen los muertos y esparciesen las cenizas a los cuatro vientos. Les amenazó que, en el caso de no cumplir con su advertencia, la nieve cubriría continuamente la tierra y los ríos permanecerían escarchados (1).

Los takullis, indios de estirpe atapasca, que habitan la Colombia Británica, adoptaron la costumbre de quemar los muertos, de las tribus de la costa del Pacífico, dentro de las cuales era muy común. Hemos mencionado antes una curiosa costumbre observada entre este pueblo.

Al morir un hombre, incineraban el cadáver, colocándolo, bien envuelto en pieles, sobre una pira o montón de leña. La viuda debía acostarse al lado del cadáver de su marido, encima de la pira, hasta que las llamas alcanzaban su propio cuerpo; lo que parece ser vestigio de la costumbre de quemar a las viudas, juntas con el cuerpo del difunto. Una vez consumada la cremación, la viuda recogía las cenizas y las llevaba consigo en un canasto, durante los tres años que tenía que servir a los parientes del muerto. Sólo después de este tiempo recobraba su libertad y podía volverse a casar (2).

Los tlingits de alaska generalmente quemaban sus muertos; y daban como motivo, que si no lo hicieran, el ánima pasaría tiritando de frío en la morada de los espíritus. Antes de colocar el cadáver en la pira, lo daban vuelta cuatro veces en la dirección que toma el sol en su viaje diurno, dejándolo, finalmente, con la cabeza hacia el oriente. Esto se hacía para que su ánima pudiera nacer de nuevo. Si lo dejaban con la cabeza hacia el poniente, creían que el ánima no podría volver (3).

---

(1) Lettres édifiantes et curieuses concernant l'Asie, l'Afrique et l'Amérique. Publiées sous la direction de M. Louis Aimé Martin. Tomo IV, 106, 1819.

(2) Mackenzie, Alexander. Voyages from Montreal on the river St. Lawrence, through the continent of North America, to the Frozen and Pacific Oceans: in the years 1789 and 1793, p. 284. London, 1801.

(3) Social condition, etc. of the Tlingit Indians, ob. cit., p. 430.

Los primeros viajeros que visitaron estos indios dicen que separaban la cabeza o cráneo del cuerpo antes de quemar éste, y la guardaban en una caja ornamentada, que colocaban encima de o cerca de otra mayor que contenía las cenizas del cadáver incinerado.

Otra tribu vecina, los kutchines o vuntakutchines, también incineraban los muertos, especialmente a las personas de importancia. Las cenizas y huesos carbonizados se colocaban en una caja de madera, la que se suspendía de un árbol. Los individuos que ejecutaban la ceremonia no comían carne por un año después, porque creían que al hacerlo morirían luego. Estos indios imaginaban que cuando fallecía un individuo, su espíritu entraba en una mujer, causando el embarazo y que nacía de nuevo.

Al otro extremo del continente, entre los fueguinos, encontramos también existente la costumbre de quemar el cadáver, no como regla general, sino incidentalmente.

Bridges (1) y Coazzi (2), ambos nos aseguran, que en ocasiones, tanto los yahganes como los alacalufes, la practicaban; especialmente si la muerte acaecía durante un viaje, o lejos de sus sepulcros ancestrales. Esto se hacía para que no se profanasen por los enemigos que desenterrâban los restos sepultados para hacer de los huesos puntas de harpones, o de flechas, etc. Cuando incineraban los restos, esparcían las cenizas por los aires.

Al este de la cordillera de los Andes, sólo tenemos noticias de la cremación del cadáver, entre algunas tribus de Venezuela y del Amazonas. Parece que en el Brasil, en el Chaco y en las Pampas, nunca se practicaba; ni aun en las ocasiones de las grandes epidemias. En Chile, tampoco hemos

(1) Bridges, Revd Thomas. Los Fueguinos. Conferencia dada en Buenos Aires el 18 de agosto de 1886 y publicado en el Ferrocarril de Santiago el 4 de septiembre del mismo año.

(2) Los Indios del archipiélago fueguino. ob. cit. Parte II, p. 37.

encontrado indicio de la costumbre, con la sola excepción que hemos citado de los fueguinos.

Como se ha dicho, casi todas las naciones de América acostumbran inhumar sus muertos, en una u otra forma y algunas, como acabamos de ver, recurren en casos especiales a la cremación como ceremonia anterior. Pero existen algunas tribus que emplean otros métodos para disponer de los cadáveres, algunos provisorios y otros definitivos.

Ciertas tribus iroquesas envuelven sus difuntos en frazadas, pieles y corteza de árboles y las cuelgan en las ramas de un árbol en un bosque cercano a sus habitaciones, en espera de la Fiesta de los Muertos que tenía lugar en cada generación, es decir, una vez en cada treinta años.

En otras partes, colocaban el cadáver en el tronco hueco de un árbol como entre algunas tribus de los dénés.

Pero la práctica más común era la de ciertas tribus de las praderas de colocar el muerto en una ramada alta o catafalco, cubierto por una canoa, envuelto en una cobertura de corteza de árboles, en pieles o frazadas, o bien encerrado en un ataúd.

En Sud-América también se ha encontrado esta costumbre en varias partes, principalmente entre las tribus de las pampas. Existía antiguamente en Chile, donde todavía se encuentran vestigios de ella.

Entre los huarpes, según Aguiar, este sistema también se practicaba, en ocasión. «Cuando la desgracia azotaba algún hogar, arrebatando a algunos de sus miembros, el amor filial encontraba, según época y lugar, otras maneras de conservar esos caros restos, envolviendo el cuerpo en largas tiras de tela, purificada y perfumada la huesa con yerbas olorosas y balsámicas o *depositándolo sobre caballetes de estacas*, cubiertos los cuerpos de follaje o de esteras tejidas de juncos coloreados» (1).

---

(1) Los Huarpes, ob. cit., p. 291.

Reclús, dice que los chibchas a veces «exponían los cadáveres al sol para que éste los secase, en catafalcos construídos en torno de los templos» (1); pero esto era simplemente preparativo a su entierro en sepulturas de piedra.

Otras maneras de disponer de los muertos también se han practicado; pero solo ocasionalmente, como hemos demostrado en otro capítulo, y aún entre las tribus que las han adoptado, la inhumación ha sido siempre el modo más empleado.

(1) Geographie de la Colombie. ob. cit.



COSTUMBRES MORTUORIAS ENTRE LOS INDIOS DE CHILE

Diversidad de culturas y costumbres mortuorias.—Ignorancia respecto de una gran parte del país.—Las tribus costinas y los conchales.—Los changos.—Túmulos en la región de la costa.—Sepulturas en forma de pozos y fosas.—Los atacameños.—Punta Pichalo y Pisagua.—Tacna y Arica.—Chulpas en Arica.—Antofagasta.—La región atacameña.—La zona central.—La Araucanía.—Conchales.—Sepultura en cistas.—El *pilhuay*.—Entierro con llanto.—Antropofagía entre lps araucanos.—Otras costumbres bárbaras.—El cadáver se sahuma.—El *huampu* o ataúd araucano.—Modo de fabricarlo.—Maneras de señalar la sepultura.—Un entierro presenciado por el autor.—Creencias de los araucanos.—Los *pillis* o ánimas.—Los *machis* o médicos.—Tormentos aplicados a los condenados por brujerías.—Los huilliches, poco conocidos.

Al hablar de Chile, nos referimos a todo el territorio actualmente bajo el dominio de la República, desde Tacna y Arica, hasta Tierra del Fuego. En esta dilatada faja de terreno, larga y angosta, encerrada entre la cordillera y el mar y que abarca más de 38 grados de latitud, o sea más de 4,000 kilómetros, se encuentran indios de las más variadas estirpes, que en tiempos pasados eran más numerosos y más variados aún. No es extraño, pues, que un estudio de sus costumbres

demuestra una diversidad bien grande, según la época y la localidad bajo observación.

Si es verdad que en el suelo chileno no se han encontrado vestigios de una notable civilización como la del Perú o de México, sin embargo han habido naciones como los atacameños y los diaguitas que tenían una cultura bastante desarrollada. Por otra parte, han existido tribús costinas que se pueden colocar entre las más salvajes y atrasadas de la tierra, como los chonos, poyas y fueguinos. Otras como los araucanos, los changos, etc., se encuentran o se encontraban entre medio de estos dos estados culturales y, sin ser propiamente salvajes, no habían todavía salido de la condición de bárbaros.

Sus costumbres mortuorias eran tan diversas como sus orígenes, y hay muy pocas entre todas las que hemos descrito, que no se practicaban en alguna época o en algún lugar de la República.

La inhumación en alguna de sus formas parece haber sido la manera casi universal de disponer de los muertos; pero en algunos casos encontramos entierros segundarios sin saber siempre cuál fué el sistema provisorio empleado. Las clases de sepulturas son bastante variadas; encontramos la sepultación simple, directamente en la tierra; en cavernas, en sepulcros pircados, en cistas, en bóvedas, bajo cairns y túmulos, en urnas, canastos y ataúdes de madera, y finalmente hallamos los cadáveres expuestos en catafalcos o ramadas.

De los ritos relacionados con las ceremonias fúnebres, muy poco sabemos. La región del norte ha sido siempre un libro cerrado en este respecto. Ninguno de los cronistas la incluye en sus relaciones y los viajeros modernos nos dan muy escasas noticias sobre sus pobladores, y lo poco que se puede desprender de su cultura se debe en su mayor parte a las escasas exploraciones que se han efectuado en los últimos años. Del centro del país, menos aún se sabe. Desgraciadamente, ni el Gobierno ni las autoridades del Museo Nacional se han preocupado del estudio de la prehistoria del país, y los pocos

datos que se han podido reunir se deben a la iniciativa particular. Nos es grato dejar constancia que hay una pequeña reacción en este sentido y la fundación de un Museo Arqueológico en Santiago, bajo la dirección de un hombre tan competente y empeñoso como el Profesor Uhle inaugura un nuevo período para las ciencias arqueológicas en Chile, que esperamos será duradero.

De los araucanos, gracias a su valor que los sostuvo por más de tres siglos frente a un enemigo que no los podía dominar, sabemos mucho más. La historia de la conquista y de la colonia se compone en su mayor parte de las constantes guerras que mantenían con los españoles en defensa de su libertad e independencia. Debido a esto, los cronistas todos se preocuparon en dar buenas o malas descripciones de la vida y costumbres de una raza que daba tanto que hacer a los ejércitos del rey y negaba correr la suerte de los demás indígenas del país, quienes desaparecieron rápidamente bajo el yugo del extranjero.

Pueblo viril, que todavía existe en número muy considerable, después de desafiar la lucha de siglos, ha conservado casi intactas muchas de sus antiguas costumbres; y comparando las relaciones de los cronistas con los estudios etnográficos más recientes, se puede formar un cuadro aproximado de su sociología, modo de pensar y costumbres.

De las tribus huilliches apenas sabemos sus nombres, y detalles sobre su cultura o modo de vivir se han perdido para siempre, sepultados en los bosques impenetrables que cubren los lugares donde antiguamente habitaban.

Algo más sabemos de los fueguinos, debido principalmente a los esfuerzos de los misioneros que se han sacrificado en aquellas soledades, y a las diferentes expediciones que han hecho estudios en las regiones más meridionales del continente.

De lo expuesto, se ve que con excepción de los araucanos las noticias respecto de las demás razas o pueblos que han

poblado el territorio chileno se deben más bien a datos aislados, imperfectos y sin coordinación.

Los más antiguos restos son los hallados en diferentes partes de la costa, y nos enseñan que desde tiempos inmemoriales el litoral ha sido ocupado por tribus de pescadores, las que al mismo tiempo se dedicaban a la caza. Sepultaban sus muertos en la vecindad de sus habitaciones y a menudo en los montones de conchas y desperdicios de cocina, sobre las cuales se levantaban sus chozas. Los enterraban tendidos de largo, generalmente de espaldas, en fosas que varían entre medio metro y dos metros de profundidad. La costumbre de sepultar los muertos en posición tendida fué muy generalizada en las costas chilenas y ha llamado la atención de muchos americanistas, por ser contraria a la de sepultarlos en posición sentado o replegado, tan común entre la mayor parte de los pueblos de América. Sin embargo, ocurre que en algunas partes de Chile se encuentran cadáveres sepultados sentados o encogidos. Tal era la costumbre entre los atacameños y se ha encontrado, en ciertas sepulturas de la costa más al sur, como también en la región andina. En algunas partes las sepulturas son incaicas y pertenecen sin duda a la época de esa dominación; pero otras son de diferentes pueblos, sin que sea posible en todo caso saber a cuál ascribirlas.

Los entierros en los kjökkenmöddinger o conchales de la costa no son todos contemporáneos, ni pertenecen todos al mismo estado de cultura; pero todos concuerdan en la posición tendida del cadáver. No sabemos de qué manera estos antiguos pueblos solían fajar o envolver los muertos; pero probablemente lo hacían así como lo han hecho sus congéneres por el mundo entero, en pieles o cueros de animales o de aves. Algunas veces se halla algún vestigio de tal envoltura y los restos de cueros de foca y de aves marinas que se han encontrado ocasionalmente en proximidad de los restos humanos parecen indicar que este modo ha sido el empleado en general.

La mayor parte de las sepulturas de los changos se hallan en estas condiciones. Así han sido las encontradas en Coquimbo, Totoralillo, Caldera, Paposo y Taltal. Más al norte se encuentran en las tumbas del mismo pueblo, restos de telas de lana y tejidos de junco y esparto; pero es indudable que éstos se deben a sus contactos con el pueblo más culto de los atacameños, por la identidad de los artefactos hallados con los de este último pueblo.

D'Orbigny dice que en el año 1830 se descubrió en Cobija, durante las excavaciones que hizo hacer, un gran número de restos indios a tres o cuatro pies de profundidad. Parecían ser de mucha antigüedad. Eran sepultados según sexo, y vestidos. Todavía conservaban el cabello. Eran todos tendidos de largo, costumbre que, según observa, no era general en las razas de América (1). Desgraciadamente no indica de qué manera estaban envueltos.

Por toda la costa, en las caletas más abrigadas, como Quinteros, Cartagena, Pichilemu, Llico, Vichuquén, Penco, Puchoco, Tirúa, etc., etc., se han encontrado conchales; pero no han dado mayor luz sobre la manera de sepultar los muertos, empleada por los antiguos pobladores.

Además del pueblo o pueblos de los conchales, hallamos otros en la costa. Al parecer llegaron con posterioridad; pero su llegada no debe haber estorbado a sus vecinos más antiguos, porque durante una larga época los hallamos contemporáneos. Finalmente, desaparecieron sin dejar más rastros que sus sepulturas, quedando no obstante los primeros pobladores sin haber cambiado su modo de vivir, y sin haber avanzado gran cosa en su cultura.

Este segundo pueblo sepultaba sus muertos en túmulos cónicos, con pircados o cámaras interiores, sentados en cuclillas, envueltos en tejidos a semejanza de las momias peruanas. Sepulturas de esta clase se han encontrado en Tongoy,

(1) D'Orbigny, Alcides. L'Homme Americain. París, 1835.

Punta de Teatinos, Bahía Inglés, al sur de Caldera, Obispito, Mejillones y en Cobija.

«Durante el invierno de 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos de indios pescadores en la Punta de Teatinos, al norte del puerto de Coquimbo, en el departamento de este nombre. Estos túmulos formados, como casi todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierra y piedras, cuando no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono, y su altura dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban» (1). Don Luis Montt, que escribió estos datos y dió un detalle de los objetos hallados en la tumba, desgraciadamente no dice una palabra respecto de los restos humanos hallados en dichos túmulos, de modo que sólo se puede adivinar el modo de su entierro.

Por fortuna, podemos formar una idea por analogía. Hace algunos años vimos abrir una sepultura semejante en Tongoy. Los restos del cadáver (huesos carcomidos) que había sido con toda seguridad colocado en posición encogida, estaban envueltos exteriormente en una tela de lana burda, que parecía tejida de cordeles gruesos. Esta cobertura encerraba otra más delgada, sin ser fina, más o menos de la textura de los ponchos que usa la gente del campo hoy por hoy. Ambos géneros eran de color café obscuro, casi negro. Algunos trozos de un tejido angosto parecía indicar que el atado fúnebre había sido fajado, pero sobre este punto no se pudo estar seguro.

También tuvimos oportunidad de examinar unos pedazos de tela parecida, que estaban en posesión de un señor Arenas, comerciante de antigüedades, que residía en Coquimbo y que había extraído de una ancuviña (sepultura) que halló cerca de la playa, en la bahía de Herradura, al Sur del puerto de Coquimbo.

---

(1) Montt, Luis. Antigüedades chilenas. Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago. Primera y única entrega. Santiago. 1880. p. 5.

La colección del doctor Holz, de Concepción, contenía telas semejantes, procedentes de Obispito, incluía numerosos otros objetos, casi del todo iguales a los hallados en la Punta Teatinos y que tuvimos oportunidad de estudiar cuando formaban parte de la espléndida coleccion de antigüedades chilenas que había logrado reunir el señor Luis Montt (1).

Más al Norte desaparecen los túmulos, y las sepulturas asumen la forma de fosas o pozos. Algunas de ellas son pircadas interiormente y otras no.

Muchas de ellas pertenecen indudablemente a los atacameños y otras probablemente a los changos que habían sido influenciados por la proximidad de una cultura superior a la de ellos.

En una memoria sobre la fauna, flora, geología, etc., de la quebrada de Camarones y el puerto de Iquique el señor Guillermo Acevedo, cirujano del navío de guerra *Presidente Pinto*, habla de las grandes sepultaciones de cadáveres que se encuentran en varios puntos de la costa y de preferencia en la orilla Sur de la quebrada de Camarones y en una extensión bástante considerable en las faldas de los cerros que bordean la marina.

Dice que los cadáveres estaban momificados, envueltos en tela de lana, cubiertos de estera de totora y asegurados con ligaduras del mismo material.

Estaban sepultados con sus armas que consistían de arco, flechas con punta de cuarzo triangular, un saquillo de harina de maíz, un cesto con útiles de tocador, peinetas, ganchos, grandes collares y pulseras formadas de vértebras de peces.

Un cadáver estaba envuelto en pieles de ave de plumaje

---

(1) Esta magnífica colección fué vendida últimamente por la viuda del señor Montt y llevada a la Argentina, pues a pesar de sus empeños no pudo hallar ni gobierno ni particulares que se interesaran en conservarla para el país.

muy vistoso. Los tejidos de lana eran de colores brillantes, verde, rojo, amarillo y café (1).

D'Orbigny, hablando de los atacameños, dice que habitan las costas y valles. Son pescadores y agricultores. Sus tumbas son subterráneas, semejantes a las de los quichuas. Entierran sus muertos en postura sentada.

Las sepulturas se componen de fosas verticales, forradas de pircados de piedra seca. Entierran con los muertos alfarería, cestos, armas, etc., y cubren las sepulturas con ramas y piedras (2).

En Punta Pichalo, cerca de Pisagua se ha encontrado enorme número de restos humanos, sobre todo en la parte Sur y Poniente de la Punta y ántes del estrechamiento, que forma el último promontorio que se interna en el mar.

A muy poca profundidad, a menos de un metro se principia a encontrar los cadáveres momificados. Los restos se encuentran deseminados en gran número por la superficie del suelo, dejados allí por los buscadores de tesoro i de antigüedades.

En esta parte el barranco baja abruptamente al mar, sobre el cual se alza unos veinte metros. Los cadáveres se encuentran en capas superpuestas, encontrándose a veces tres, cuatro o más capas, una encima de otra.

La mayoría de los cuerpos están estirados en sentido horizontal, con la cabeza hacia el Oriente. El sexo se distingue fácilmente a primera vista, porque los hombres siempre tienen los brazos extendidos juntos al tronco y las mujeres llevan las manos cruzadas sobre el pubis.

Los cadáveres están en su mayor parte envueltos en fajas de un género de lana burda y generalmente enrollados además con ponchos gruesos.

---

(1) Acevedo. Guillermo. Memoria sobre la flora, fauna, geología y observaciones médicas entre la quebrada de Camarones y el puerto de Iquique. Archivos del Ministerio de Marina.

(2) L'Homme Americain, ob. cit.

Algunos llevan una especie de turbante de totora tejida o trenzada, otros tienen la cabeza envuelta en un paño.

Además de estas momias, se encuentran otras, sepultadas en posición encogida, como las de los atacameños, y son probablemente de ese pueblo. Estas son casi siempre mejor acondicionadas, y se encuentran a su contorno mayor número de objetos y de mejor clase, que con los otros. Entre las fajas que envuelven el cuerpo y las coberturas exteriores se encuentra con frecuencia una substancia calcárea, probablemente colocada allí como preservativo. A estas momias se les han sacado las vísceras y a menudo se ha rellenado la cavidad abdominal con paños tejidos.

También, algunas de ellas llevan grandes turbantes de entorchados de lana.

Estos entierros o cementerios no sólo se encuentran en el punto indicado sino que se extienden por la orilla de la costa hasta el mismo pueblo de Pisagua y muchos son los restos que se han descubierto en las excavaciones efectuadas dentro de su perímetro. En todo este trayecto se encuentran cadáveres enterrados en las dos posiciones que hemos descripto; pero en la parte alta, tras del pueblo, no se encuentran más que cadáveres acostados de espaldas horizontal mente. Esto también sucede en la planicie que se encuentra entre Punta Pichalo y Pisagua, como a medio kilómetro de este último lugar y donde los entierros son especialmente numerosos. Casi todas las momias están cubiertas de tejidos de lana; pero en algunos casos, y esas parecen ser las más antiguas, los tejidos son reemplazados por esteras de totora y por cueros de lobo.

En esta parte se han encontrado cadáveres de niños pintados de rojo y otros colores, con la cavidad abdominal rellena de estas mismas tierras ocrosas.

El profesor Uhle hizo excavaciones en Punta Pichalo y constató la existencia allí de cuatro períodos, tres de los cuales serían pre-incaicos. La diferencia de cultura en cada pe-

ríodo queda completamente comprobada. Esperamos en breve la publicación de los resultados de sus estudios.

Entretanto nuestros propios conocimientos de la zona y de los restos que se encuentran allí nos convencen que han vivido en contacto dos pueblos diversos, contemporáneos, uno de los cuales ha sido con toda probabilidad el atacameño.

En la vecindad de Tacna y Arica encontramos los mismos dos sistemas de entierro, el uno con el cadáver tendido de espaldas y el otro con el cuerpo encogido como las momias peruanas.

Sin embargo, la mayor parte de las sepulturas en la vecindad de Tacna, sólo contienen cadáveres enterrados en postura sentada. Casi todas estas sepulturas tienen la forma de pozos, algunas pircadas interiormente; pero en general cavadas simplemente en el suelo. En algunas ocasiones se encuentran dos o más cadáveres en el mismo pozo. En estos casos asume la forma de una bota, con una excavación lateral en el fondo donde se coloca uno de los cuerpos. Según Canales se puede conocer los sitios de las sepulturas por ciertas señales muy conocidas: 1.º una depresión circular en el suelo; 2.º cenizas que aparecen cubriendo la sepultura apenas se principia a remover la tierra; y 3.º porque casi siempre a poca profundidad se encuentra una gran piedra o laja que sirve de tapa al cadáver (1).

Este mismo autor describe un cementerio de niños que encontró en la vecindad de la ciudad de Tacna.

«Cosa curiosa. En ese cementerio se abren dos, cuatro, diez o más sepulcros, todos iguales en construcción y contenido: son niños chicos los que hay enterrados allí. Ese sitio lo bautizamos con el nombre de *cementerio de guaguas*.

Los párvulos están en sepulturas hechas de piedra.

Cuatro pequeñas lajas cuadrilongas enterradas vertical-

---

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico, ob. cit., p. 279.

mente, dejan un espacio cuadrado de 60 centímetros de hondura y 40 de ancho; en ese nicho, cubierto por un poco de tierra, está guardado un cadáver. Los cuerpos se hallan envueltos en una tela gruesa de lana o algodón, y no pocos están metidos en una alforja perfectamente conservada, ni más ni menos que los usados hoy por los indios que venden yerbas en todas las ciudades de América. Y todavía más, este envoltorio se ha guardado en una red de soga hecha de totora o batro con mallas como las redes de los pescadores» (1).

En las cercanías de Arica se encuentran sepulturas de distintas clases. Algunos pocos cadáveres se hallan sepultados directamente en las playas en posición estirada. Pero los sepulcros que más abundan son los que tienen forma de pozo pircado de piedras. En algunos de ellos se han encontrado los restos de las cañas con que formaban las bóvedas o techos de las sepulturas.

Los cuerpos están sentados, a veces momificados o desecados; pero con frecuencia no queda más que el esqueleto. Son envueltos en mantas de algodón o de lana.

Otras sepulturas se hallan que hacen recordar las *chulpas* bolivianas. Son construídas sobre la superficie del suelo con adobes, en forma cilíndrica, y cubiertas con un techo abovedad que las hace parecer hornos. El cadáver se encerraba allí en posición sentado, vistiendo sus mejores trajes y rodeado por el ajuar funebre colocado por sus deudos (2).

Sepulturas de tipo atacameño se hallaron en las islas del Alacrán y Santa María al norte de Antofagasta. Muchos de los objetos extraidos de estas sepulturas pasaron a formar parte de la colección de antigüedades del Dr. Otto Aichel quien los llevó a Europa.

En la Chimba, pequeña caleta que forma parte de la bahía de Antofagasta, Sénéchal de la Grange excavó algunas antiguas sepulturas que se han considerado como de changos.

---

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico, ob. cit., p. 279.

(2) El corregimiento de Arica, ob. cit.

Estaban enterrados los cadáveres en posición tendida como los de Pisagua; «cosidos en pieles de foca». Estaban sepultados en la arena que cubre el barranco, a una profundidad de 1 metro a 1 mt. 50 y a una altura de más o ménos 25 metros sobre el mar (1). Los objetos encontrados juntos con los cadáveres eran semejantes a los que nosotros hemos hallado en las sepulturas de los changos en varios puntos de la costa hasta Caldera.

Sénéchal de la Grange también efectuó excavaciones en Calama, Chuquicamata y Chiuchiu y en todas partes halló las sepulturas de tipo atacameño y los describe así: «Buen número de los cadáveres se encuentran en la posición en que habían sido enterrados; sus vestímientos y ajuar fúnebre conservados. Estaban todos más o menos momificados. En una parte del terreno excavado el suelo parece haber sufrido movimientos, los esqueletos y objetos habían sido desplazados y rotos por la presión de la tierra.

Cuando los cadáveres no han sido movidos, se puede observar que han sido enterrados con las piernas redobladas y sujetas sobre el pecho, los brazos igualmente colocados sobre el pecho eran a veces cruzados; la cabeza inclinada. Los cadáveres bien conservados estaban vestidos de mantas o túnicas sin mangas.

Todos tenían suspendidos del cuello y colgando sobre el pecho o la espalda, pequeñas bolsas de lana, rayadas o con dibujos multicolores en el tejido. El conjunto estaba envuelto en una manta de tela grosera y solidamente amarrado con cordeles de lana de llama. El paquete así formado y que a veces contenía otros objetos de pequeñas dimensiones entre las envolturas, se colocaba verticalmente en la tumba, cabeza arriba». (2)

---

(1) Antiquités de la región Andine. ob. cit. Tomo II p. 764.5.

(2) Créqui Montfort, G. de et Sénéchal de la Grange E. Rapport sur une missión scientifique en Amérique du Sud. Nouvelles archives des Missions scientifiques; Tomo XII. p. 81 y sig. Paris 1914.

Años más tarde (1912) el Profesor Uhle pudo hacer nuevas excavaciones en el mismo cementerio de Calama donde antes había explorado Sénéchal de la Grange. Así describe este enterratorio: «El último, en Chunchuri, tiene la extensión de más o menos 600 metros cuadrados, en que, según un cálculo aproximado, se habrán enterrado más o menos 2,500 cadáveres. Por la revolución continua de los entierros más antiguos no hay casi ninguno independiente o intacto. Todo el suelo, hasta la hondura de 1.40 metros, forma una mezcla infinita de tierra, cráneos, otros huesos y numerosos objetos, testimonio de la civilización de diferentes épocas, difíciles de separar para la reconstrucción de la historia antigua. Las excavaciones recientes en que se excavaron sólo unos 55 metros cuadrados con un resultado de más de 1,100 objetos antiguos y más de 200 cráneos y momias» (1).

Es evidente que en Calama, como en Pisagua y Arica existían cementerios ancestrales, donde se sepultaban los muertos generación tras generación en un espacio reducido, que finalmente llegaban a formar verdaderos osarios, quedando revueltos los restos de las diferentes generaciones de una manera inextricable.

En Quillagua sobre los márgenes del río Loa, el Dr. Vergara Flores halló sepulturas del tipo atacameño, pero los refirió, por falta de mayores conocimientos, a los indios aimaras.

En Tocopilla hallamos varios sepulcros o entierros de changos todos con los cuerpos estirados, tipo, que con pocas excepciones es el que predomina en las costas al sur de Tarapacá.

En la región sub-andina de las provincias de Atacama y Coquimbo, se han hallado sepulturas parecidas a las de los valles calchaquies, y en tres o cuatro casos, urnas de greda

1) Uhle Max. Los indios atacameños. Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. Tomo V, número 9. Primer trimestre. Santiago 1913, pp. 105 y siguientes.

que contenían restos humanos. Tres de estas que hemos examinado personalmente, se hallaron respectivamente en San Félix, Vallenar y Paihuano y las reproducimos con sus colores naturales en un trabajo que tenemos listo para la prensa y que versa sobre Alfarería Chilena.

Más al sur, en la parte central del país; excepción hecha a la costa; el modo de sepultar a los muertos parece haber sido bajo túmulos. Hemos citado en otra parte los hallados por el Dr. Fonck cerca de Putaendo.

La misma clase de sepultura se ha encontrado en Quilpué, en Quillota y en los alrededores de Santiago, como también en Angostura de Paine y San Francisco de Mostazal.

En la región central; pero en la costa, cerca de Llo-Lleo y del puerto de San Antonio, el Dr. Oyarzún halló sepulturas en urnas. de que ya hemos dado cuenta; y en la misma zona se encontraron los entierros descritos por Medina como sigue: «Hemos descubierto una vez, en una huaca en la provincia de Curicó, dentro de la vasija figurando bajo el número 208 resto de roedores... y lo que es mucho más raro también dentro de un cántaro el cráneo de un feto». En la explicación de las láminas pue forma el atlas de la obra agrega. «Núm. 208, vasija que contenía los huesos de un niño y varias semillas; extraída de una sepultura de la Patagüilla, provincia de Curicó». También dice: «En la hacienda de La Compañía se han encontrado también dentro de una olla que contenía unas chaquiras, los huesos de un niño» (1).

Sin embargo en toda la zona central, hasta el Bío-Bío sólo se han encontrado unas pocas sepulturas aisladas. Parece que los trabajos agrícolas han borrado todos sus rastros y sólo la casualidad descubre unos restos parciales que generalmente son mirados con indiferencia por las personas que los descubren.

Pasando a la Araucanía nuestros conocimientos son mayo-

---

(1) Aborígenes de Chile, ob. cit. p. 266.

res, debido al hecho que los indios de esta región todavía existen y han sido observados por muchos escritores desde los primeros cronistas.

Aquí como en la zona del norte, los más antiguos vestigios se hallan en la costa, en los conchales de Puchoco, Laraquete, Puerto Yáñez, Quidico, Tirúa, Chile y otros puntos del litoral de las provincias de Arauco y Cautín.

En ellos se encuentran numerosos objetos de piedra tallada y pulimentada; pero los restos humanos solo se hallan fragmentados y todo parece indicar que existía la costumbre de enterrar los muertos en posición estirada. Posteriores a los conchales más antiguos; pero contemporáneas con algunas de ellas son las sepulturas en cistas encontradas en Tirúa e Imperial. Las dimensiones de éstas y los restos hallados en algunas de ellas indican que era general la sepultura del cadáver tendido, aun cuando en algunos casos, las descritas por el padre Amberga, pueden haber servido solo para niños, o bien para entierros segundarios.

Algunas de las piezas de alfarería, halladas en las cistas, o en su vecindad inmediata, nos indican que estas sepulturas pertenecían a aquel pueblo que fué más tarde desalojado por los actuales araucanos o mapuches; porque más al sur, en la región de los cuncos, frente a Osorno y hasta el Canal de Chacao y Golfo de Reloncaví, encontramos la misma clase de objetos y alfarería, que faltan por completo en las sepulturas mapuches. En San Juan de la Costa, entre Osorno y el mar según me informó el Sr. Federico Philippi, se encontraron numerosas sepulturas algunas de las cuales eran formadas de piedras, pero no supo decir si estas eran colocadas a manera de cista.

De todos modos, como hemos alegado en otra ocasión (1), las probabilidades están a favor de que el pueblo más culto que encontraron los mapuches en la región ocupada por ellos

(1) LATCHAM R. E. Los elementos indígenas de la raza chilena. Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo IV. 1912. p. 12 y siguientes.

entre el Bío-Bío y el Calle-Calle, se retiró al sur del río Bueno, donde sus descendientes fueron encontrados por los españoles a tiempo de la conquista.

Otros vestigios funerarios, anteriores a la llegada de los mapuches y que probablemente se deben a la misma raza antigua que hemos mencionado, se hallan en las urnas mortuorias halladas en la región; porque tal costumbre era completamente contraria a la empleada por las tribus araucanas, para disponer de sus muertos, y por otra parte, no hay motivo ninguno para creer que antes de la conquista española, los mapuches hayan conocido la industria de la alfarería.

No es este el lugar para entrar a discutir el origen de los mapuches o araucanos; pero hay toda probabilidad que era una raza intrusa en la región donde la halló los españoles, y que era oriunda de las pampas argentinas del norte del Río Negro.

De todos modos, los pocos restos auténticos de ellos a que se puede atribuir alguna antigüedad, indica que su estado de cultura era bajo. No se hallan en sus sepulturas ni alfarería, ni indicio de tejidos, ambos de los cuales son comunes en las sepulturas post españoles.

Es probable que una de las causas de la escasez de sus restos primitivos se debe al hecho de exponer sus muertos en catafalcos o ramadas, como lo hacían igualmente otras tribus de las pampas. Posiblemente darían sepultura a los huesos una vez desaparecida la carne; pero de esto sólo podemos formar conjeturas.

Por la existencia en el idioma de la palabra *pilluay* (catafalco), empleada por los indios puelches para indicar el alto armazón de ramas, sobre el cual exponían sus muertos, y el significado que tuvo de *andas* para llevar el muerto, nos hace creer que probablemente los araucanos, a su llegada a Chile, también tenían la costumbre de exponer sus muertos, a lo menos mientras duraba la descomposición de la carne, enterrando los huesos talvez posteriormente.

Molina nos relata lo siguiente: «Luego que uno ha muer-

to sus parientes y amigos, sentados sobre la desnuda tierra, al rededor del cadáver, lloran por un gran rato, y después lo exponen vestido de su mejor ropa, *sobre un alto ataud, que llaman pilluay:* así lo tienen toda la noche, la cual pasan parte llorando, y parte comiendo y bebiendo en compañía de aquellos que han venido para consolarlos. Esta junta se llama *curicahuin*, esto es, el convite negro, porque este color es también entre ellos símbolo de luto.

El dia siguiente, y talvez el segundo, o el tercero después de la muerte, llevan el cadáver procesionalmente al *eltun*, o sea al cementerio de la familia, que por lo común es situado en un bosque, o sobre una colina.

Dos jóvenes a caballo, corriendo a rienda suelta, proceden al acompañamiento. Los parientes principales llevan el ataud, el cual es rodeado de muchas mujeres que lloran al difunto a modo de las plañideras de los Romanos. Otra mujer, entre tanto, va esparciendo en el camino, detrás del féretro, rescoldo, para que el alma no pueda volver más a la casa.

Llegados al lugar de la supultura, ponen el cadáver sobre a superficie de la tierra, ocupando la circunferencia, según el sexo, o sus armas, o los instrumentos mujeriles, con gran cantidad de víveres y de vasos llenos de chicha, o de vino, que según su opinión, deben servirle para su tránsito a la eternidad. Entre ellos hay algunos que matan también un caballo y lo entierran en la misma sepultura. Hecho esto se despiden con mucho llanto del muerto, anunciándole un feliz viaje, y depués lo vuelven a cubrir de tierra y de piedras en forma piramidal, sobre la cual derraman chicha en abundancia. Es inútil referir la gran semejanza que se encuentra entre estos ritos funerales y los que se practicaban por los antiguos pueblos del viejo continente (1).

(1) MOLINA, EL ABATE DON JUAN IGNACIO. Compendio de la Historia civil del Reino de Chile. Escrita en italiano y traducida al español y aumentada con varias notas por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Tomo II. págs. 90-91.—Madrid 1795.

Es por demás interesante esta descripción porque nos enseña muchas cosas respecto de las costumbres fúnebres y modo de pensar de los araucanos a fines del siglo XVIII y al mismo tiempo nos deja entrever su posible derivación.

En primer lugar, aprendemos que en aquella época e nombre *pilluay*, todavía se aplicaba a una especie de catafalco alto en que se exponía el cadáver, por pocos días es verdad; pero es probable que antes que se acostumbraba encerrar el difunto en un ataúd, el período que duraba la exposición fuera mucho más largo.

Luego nos enseña que los araucanos, al igual de tantos otros pueblos de América, tenían las costumbre de enterrar los muertos con llanto.

Los araucanos tenían cementerios ancestrales o de familia que servían para toda la agrupación, generalmente pequeña y de todos parientes cercanos.

La narración de Molina nos muestra que les araucanos también creían que el ánima rondaba el lugar de su muerte hasta después del entierro, lo que queda de manifiesto, por los cuidados que tomaban para impedir su vuelta a la habitación, derramando rescoldo que le quemaría los pies si tra tara de volver por el camino por donde seguía el cortejo, único que pudo conocer o traficar.

También deja ver que temían que los espíritus malignos pudieran posesionarse del cuerpo, entrando en él, que sería una gran desgracia; por lo consiguiente tomaban medidas para ahuyentarlos.

Deja de manifiesto la costumbre de enterrar los muertos bajo cairns o túmulos, frecuentemente sin hacer excavaciones.

Entre los otros escritores de la colonia que mencionan el *pilluay*, encontramos a Febres, quien en su «Arte de la lengua general del Reino de Chile», lo escribe *pillùay* y da como significado, andas en que llevan los muertos a enterrar; y Carvallo Goyeneche quien escribe pilguai, una gran caja hecha de tablas gruesas en que entierran los muertos.

Es probable que este último autor haya confundido el ataúd, pues se llama *huampu*, con el anda (pilluay) en que lo llevaban, porque hasta el día de hoy los mapuches emplean los mismos dos términos para expresar los respectivos aparatos.

Gómez de Vidaurre da una relación de los ritos fúnebres de los araucanos que es idéntica con la de Molina (1), por eso no la reproducimos «*in extensa*». Pero, hablando del *pilluay* en vez de llamarlo alto ataud dice: «lo colocan (el muerto) sobre un túmulo alto que llaman *pilluay* y según el sexo le ponen o sus armas o instrumentos femeniles con alguna cosa de comer; en este estado queda ocho o tal vez veinte días hasta que se juntan todos los parientes» (2).

Agrega Vidaurre un dato que ningún otro cronista registra y que recuerda una costumbre común, como hemos visto, entre los indios del Chaco. Dice: «y algunos de la tribu de los *Poyas* para denotar la grandeza de su sentimiento, se cortan un dedo, lo cubren (el muerto) de tierra y piedras, disponiendo todo en forma de pirámide». Es la única noticia de mutilaciones, en señal de duelo, que conocemos respecto de los indios de Chile.

(1) Tan idénticas son estas dos relaciones que es evidente que una u otra fué copiada casi al pie de la letra. Las frases y los términos son iguales y cuando más se ha cambiado una que otra palabra para emplear un sinónimo. Es difícil saber cual de los dos autores ha plagiado al otro de esta manera; porque si es verdad que la obra de Molina vió la luz en 1787 en Bolonia y la de Vidaurre en 1789, queda una publicación anterior anónima, titulada «*Compendio della storia geografica, naturale. e civile del Reyno del Chile.* Bologna MDCCLXXVI 8.ª que ha sido variamente atribuido a ambos autores, pero que por el lenguaje y estilo parece ser de Vidaurre. Por otra parte, en la nota final de su prefacio Vidaurre, anuncia que ya ha salido a luz en italiano los dos ensayos apreciabilísimos del señor don Juan Ignacio Molina, de los cuales valiéndome, yo confío dar a esta mi obra, todo aquel carácter, que me hábía propuesto, y a que no había podido llegar».

2) Gómez de Vidaurre, Felipe. Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile. Historiadores de Chile. Tomo XIV, p. 321. Santiago, 1889.

Como Molina, dice que colocaban el cadáver sobre la tierra, cubriéndolo después con un túmulo de piedras y tierra. Habla del llanto y de la reunión de parientes, que llama *caricahuin*, en casi las mismas palabras de Molina.

Más de un siglo antes, el jesuíta Padre Alonso de Ovalle, había llamado la atención hacia el entierro con llanto practicado por los araucanos y también menciona que la manera de hacer sus entierros era de amontonar sobre el cadáver piedras y tierra en forma de túmulo.

«Quando buelven dela guerra, y se hechan de menos los que quedaron muertos en ella, no es dezible la confusion de llantos, y alaridos que levantan al cielo las mugeres y hijos, y de mas deudos delos difuntos; y aunque está passion es comun en todas las naciones, y tan propia de la naturaleza humana, que por ser tan sociable, siente la falta de los suyos, que le hazian compañía, y mas quando interuiene la dependencia de la sangre, que es fundamento de el amor; pero en las Indias sobresalen mas las demonstraciones de su sentimiento, porque no lloran al difunto en silencio, sino cantando a voz en cuello, de manera que aquien las oye de lexos prouocan mas a risa que a compassion: es muy notable el modo de llorar a sus difuntos; rodean el muerto luego que espira, la muger, las hijas y parientes, y començando a entonar la primera, la siguen las otras, y aun mesmo tono, se van remedando, baxando la vna al, *vi*, quando sube la otra al, *La;* y desta manera prosiguen muchissimo tiempo, de manera que primero se secan y acaban las lágrimas, que cessen de aquel su funesto y triste canto, la cual costumbre conseruan hasta oy los ya christianos, pero no la de abrir el cuerpo para saber el mal que murió, ponerle en la sepultura, comida, chicha, vestidos, y algunas preseas, a montonar sobre la sepultura muchas piedras a modo de piramides, o otras ceremonias de que vsan los gentiles» (1).

(1) OVALLE ALONSO DE. Historica Relacion del Reyno de Chile. Roma, 1646. Libro III, cap. V, p. 98.

El padre Ovalle no nos habla del *pilluay;* pero Usauro Martínez dice que el cadáver se colocaba entre dos maderos y se colgaba en la casa frente al fuego (1).

Quien nos da noticias más seguras sobre la costumbre de exponer los muertos en catafalcos, no provisoriomente, sino como disposición final, a la manera que acostumbraban las tribus de las pampas, es González de Nájera. Nos cuenta que: «Los enterramentos de los caciques son algo levantados de tierra, porque ponen sus cuerpos entre dos grandes artesones cerrados, hueco con hueco, y encajado entre dos árboles juntos, o sobre fuertes horcones, y este es el fin de sus vidas y paraderos de sus cuerpos» (2).

Esto, escrito en 1614, no deja duda que en aquellos tiempos todavía se practicaba esta costumbre, aun cuando al saber de nuestro autor, sólo en los casos de los caciques. Es probable sin embargo, que en épocas anteriores era más generalizada.

Para la gente común «sus entierros son debajo y encima de la tierra, donde aun confirman lo mucho que aman su deber; pues se entierran con un cántaro grande u otra vasija lleno de sus vinos, puesto a la cabecera y un jarrillo pequeño encima dél con que piensan que han de beber en muerte como lo hacían en vida» (3).

Núñez de Pineda habla de colocar el muerto en unas andas, enramadas con hojas de laurel y canelo, y evidentemente refiere al mismo aparato que en años posteriores servía para llevar el muerto a su sepulcro.

Pero aun en la actualidad los araucanos no han perdido la costumbre de exponer el muerto, aunque sea provisoriamente. Hace pocos años hemos visto el cadáver de un caci-

(1) Martínez Usauro. La verdad en campaña.

(2) González de Nájera Alonso. Desengaño y Reparo de la Guerra del Reyno de Chile. Historiadores de Chile. Tomo XVI. Relación III. Cap. IV, p. 50. Santiago 1889.

(3) id. id. p. 49.

que, suspendido de un árbol, en una especie de jaula de cañas. Se había encendido un fuego de leña verde, debajo para desecar y ahumarlo, como más adelante se dirá. El día del entierro se bajó el cadáver y lo colocaban sobre el *pilluay*, construido de horcones plantados en el suelo y que sobresalían un metro más o menos. Atravesados en estos horcones habían palos redondos que sujetaban un cuero de buey o de vaca. Este catafalco estaba adornado de ramas y hojas de laurel y canelo (1).

Guevara pasa en revista las costumbres antiguas y modernas de los araucanos. Dice respecto de los preparativos para el entierro: «Colgados del techo de la habitación hay constantemente unas zarandas de colihues (chusquea quila) que denominan *llangi*. Se baja una, se tiende en ella al difunto envuelto en pieles o en un colchón; se rodea de provisiones, como carne, harina, manzanas y *mudai* (licor); se le echa encima sus piezas de vestir. Por último se suspende y se amarra a las vigas, más o menos cerca del fuego. Algunas familias colocan el muerto fuera de la casa, en una enrramada especial. Este aparato fúnebre se llama en las reducciones del norte *pilluhai* y en las del sur *pillai* (2).

Dice este mismo autor que no se hallan rastros por ahora entre los araucanos de que entrase para la realización del rito final de esperar que la descomposición cadavérica se verificara, como ha sucedido en otros pueblos no civilizados (3) pero como lo hemos demostrado es probable que esa costumbre haya imperado en otros tiempos.

En un libro publicado hace pocos años encontramos unos datos interesantes respecto de la costumbre que describi-

---

(1) Latcham R. E. Ethnology of the Araucanos. Journal of the Royal Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Tomo XXXIX 1909, p. 367.

(2) Psicología del pueblo araucano. ob. cit. p. 263.

(3) Psicología del pueblo araucano. ob. cit.p. 266.

mos (1). El Padre Franciscano, Luis Mansilla, quien recorrió durante los años 1898 a 1904 todas las reducciones mapuches de la frontera, escribe:

«Terminada la vida del hechizado, seguía el velorio, que era lo más ridículo e indecente que pudiera darse en sociedad humana. Jamás sepultaban el cadáver de un (apo-ghúlmen) cacique principal o persona que era de alguna categoría entre ellos, sino después de algunos meses, que a veces se convertían en seis; cadáver que conservaban como el mejor *charqui*, sobre un catrado de varillas de *quila* atadas con *boque*, a que daban el nombre de *pillgai*, o zaranda para secar quesos. Puesto el cadáver en la zaranda lo colgaban sobre el fuego donde hacían su comida diaria, el que permanecía allí todos los días que se empleaban para construír el ataud o sea horadar un gran trozo de *pellín* que fuera capaz de contener el cadáver con todos los enseres que se dirán más adelante.

Durante el espacio de tiempo en que se fabricaba aquella canoa, que nunca estaba terminada antes de ocho o diez días, el cadáver estaba secándose al humo, de lo cual resultaba una descomposición capaz de infestar una ciudad entera.

Concluído que era el ataud de enormes dimensiones, construído en la misma montaña donde escogían el *pellín*, lo llevaban a la casa del difunto arrastrado con bueyes, y colocándolo en un costado de la casa, depositaban en él el cadáver envuelto en un cuero de animal vacuno o caballar y allí lo dejaban todo el tiempo que era necesario para que se reunieran los parientes, vecinos y amigos de todas las tribus circunvecinas y lugares de lejanas regiones que hubieran tenido noticias del fallecimiento de aquel rico de la tribu (apoghulmen).

En todo el tiempo del velorio se comía y bebía a expensa

---

(1) Las Misiones Franciscanas de la Araucanía, por el padre Luis Mansilla. Prefecto de Misiones. Angol, 1904

de los bienes del finado, hasta concluír si fuera posible con el último cordero que le perteneciera.

Era natural que un cadáver conservado de esta suerte sin un preservativo qne impidiera la descomposición, exhalara un hedor pestífero que se percibía desde muy lejos

Concluía el velorio (*monetun*) cuando los bienes del difunto se acababan (1).

Varios otros usos, también tuvieron en la antigüedad, relacionados en la muerte y la disposición de los cadáveres. Por ejemplo, la antropofagía o canibalismo está bien probado entre ellos, cuando se trataba de prisioneros de guerra, a pesar de que algunos de sus apologistas han tratado de poner en duda este vicio.

Los casos conocidos son demasiados y los testigos tan nurosos que es inútil tratar de glosar el hecho. Todos los primemeros cronistas citan casos y no es de suponer que estos sean los únicos. Sus crueldades y costumbres que se encontraban entre ellos a la llegada de los españoles son las mismas que hallamos por toda la América entre pueblos de más o menos el mismo estado de barbarie y aún entre otros más civilizados, como por ejemplo, los aztecas.

González de Nájera, uno de los más serios de los cronistas dice que a principios del siglo XVII «a otros prisioneros los desuellan vivos y en otros experimentan cada día nuevo linaje de tormentos y muertes hasta venir a no dejar memoria de ellos; pues las comen las carnes y beben los huesos molidos, según dije arriba».

Aquí tenemos una aseveración directa no solo de su canibalismo, sino de otra costumbre que solo habíamos encontrado entre los tribus nu-aruac del Orinoco, como en otro lugar dijimos. Continúa nuestro autor: «suelen traer algunos destos bárbaros en estos juegos puestas máscaras de piel

---

(1) Cap. IV.

seca y amoldada de rostros españoles, estimando en mucho las que tienen mucha barba y bigote.

Hacen de las calaveras vasos para beber, pintados de varios colores, teniendo a gran blasón especialmente si la cabeza ha sido de algún español señalado.

Traen algunos hecho guante de la piel seca y dura de mano de español, atada por la muñeca de un palo, sonando dentro del hueco algunas piedresuelas con que van haciendo són conforme al de su baile como con panderetas de niño»(1).

La costumbre de desollar al enemigo ha sido común entre varias naciones, especialmente en Colombia y en México, y la de usar la piel de la cara como máscara también la hallamos en otras partes; pero es nuevo el uso hecho de la piel de las manos y brazos, cosa que no recordamos haber leído respecto de ningún otro pueblo.

Más adelante el mismo cronista, después de citar varios casos concretos de crueldad y canibalismo, resume como sigue: «Por lo cual deseo que se entienda que son estos bárbaros de naturaleza tan inclinados a derramar sangre y comer carne humana que no se encarece todo lo que se debe su crueldad, en llamarlos crueles fieras» (2).

No estamos tan seguros en cuanto a la antropofagía como costumbre general, sin relación a la guerra, que hasta cierto punto se puede llamar ritualística; a pesar de que González de Nájera, no es menos terminante sobre este punto, cuando dice: «son pocos destos bárbaros los que dejan de comer carne humana, de tal suerte que en años estériles el indio forastero que acierta por algún caso a pasar por ajena tierra, se puede contar por venturoso, si escapa de que encuentren con él indios della porque luego lo matan y se lo comen».

El padre Rosales confirma estas noticias, y da otras muy numerosas al respecto. Dice en una parte: «quando ha de

(1) Desengaño de la Guerra. Ob. ct. Rel. VI. Cap. II. p. 56.
(2) Id. id. id. id. p. 60.

hazer una fiesta y borracheras, si no tienen en su tierra algún captivo a quien quitar la vida para solemnizar la fiesta, van a la otra a comprarle, y las viejas y los niños han de comer de sus carnes y labar las manos en su sangre» (1).

Los puelches que habitaron los valles y faldas occidentales de los Andes entre Llaima y Osorno, llamados en aquellos tiempos huilliches serranos, tenían la misma costumbre. Rosales dice que « comíanse en los banquetes los indios cautivos, aunque fuesen niños y mujeres: que ferocidad extraña y poco usada en los chilenos, que lo más que comen es el corazón para hacer demostración de su odio y enemistad, pero estos todo el captivo entero, sin dexar cosa del se lo comían».

La costumbre de guardar el cráneo como trofeo de guerra, o de convertirlo en vaso para beber, es tambien comprobada por numerosísimas citas. A veces lo colocaban en estacas de cañas delante de sus habitaciones, o bien lo guardaban dentro de ellas, sacándolas en ocasión de sus fiestas.

Las quijadas o mandíbulas inferiores, las llevaban como adorno, suspendidas del cuello con cordones o a veces las utilizaban para formar parte de las máscaras, hechas de cabezas de fiieras, que usaban en sus bailes, y durante los primeros tiempos, en sus guerras contra los españoles, para inspirarles miedo.

Utilizaban también otras partes del cuerpo de sus enemigos, «Las canillas de las piernas las descarnan, las maceran al fuego y hacen al punto trompetas con que tocan en aquella celebredad»; dice el padre Miguel de Olivares (2). Todos los cronistas hablan de la costumbre de hacer flautas o pítos de las canillas de los prisioneros de guerra.

---

(1) Rosales, Pedro Diego de. Historia General del Reyno de Chile. 3 Tomos. Valparaíso, 1877.

(2) Olivares, Padro Miguel de, Historia Militar, Civil y Sagrada de Chile. Historiadores de Chile. Tomo IV. Santiago. Libro I. cap. 19.

Para terminar las observaciones sobre las prácticas canibalísticas de los araucanos, citaremos aquí una estrofa de Pedro de Oña:

«Por la espumosa sangre que bebemos
Y por la humana carne que comemos», (1)

La costumbre de comer carne humana llamaban *iloche*. (*ilo*=carne, *che*=gente) o *ilochetunn*, fiesta de carne de gente, y había caído en desuso antes de fines del siglo XVII.

Con el contacto con los españoles, las costumbres mortuorias de los araucanos poco a poco se modificaron; si bien quedaban en pie la mayor parte de sus antiguas supersticiones.

El *pilluay* dejó de ser el sepulcro definitivo de los restos, para tomar el papel de provisorio depósito del cadáver; simple accesorio de las ceremonias funerales. Sin embargo, debido a las supersticiones de los indios, sucedió a veces que el cuerpo se mantenía en este descanso por un tiempo considerable, que variaba entre algunos días y dos o tres meses, según las circunstancias, y esto por dos motivos principales.

Primero, los indios nunca creían que la muerte procedía de causas naturales, sino de brujerías o maquinaciones de algún enemigo oculto, pue podía ser una persona o bien un *huecuvú* o espíritu maligno. Por lo tanto, lo primero que exijía la *lex talonis* o moral vengativo de los indios, era el descubrimiento del malhechor, causante de la muerte. Para este fin, llamaban al *machi* (médico), quien hacía la autopsia del cadáver, y por su arte mágica indicaba el culpable, contra quien se dirijía la venganza de los parientes del difunto. Durante este tiempo, y con frecuencia, hasta la ejecución de la venganza por los deudos, el cadáver quedaba expuesto en el *pilluay*.

Luego había otra causa de demora. A la muerte de una persona de importancia, el entierro siempre se seguía por una

(1) Oña, Pedro de. Arauco Domado. Canto II. Octava 68.

gran fiesta, que duraba varios días y en la cual los banquetes y borracheras figuraban como parte principal. A estos entierros acudían no sólo los miembros de la reducción, sino todos los de la tribu o gens, emparentados con el difunto y en el caso de un personaje de nota, representantes de otros grupos. Para que se avisara a todo esta gente, agrupada en pequeñas aldeas en lugares apartados, para que pudiesen todos acudir a una fecha fija y para que se pudieran hacer los preparativos para alojar y festejarlos durante varios días, se necesitaba tiempo y generalmente la fecha fijada para la ceremonia era quince o veinte días después de la defunción. Entretanto el cadáver yacía en el *pilluay*, esperando el momento de los funerales.

Naturalmente en este lapso de tiempo principiaba a descomponerse el cadáver. Para evitar esto, adoptaban otro recurso, el de desecar o sahumar el cuerpo, quitándole primero las vísceras e intestinos que fueron sepultados aparte o quemados. Para efectuar esta operación, abrian el vientre. Colocado el cadáver sobre el *pilluay* o suspendido en un armazón de quilas sobre un fuego de leña verde, preferentemente de canelo, que da un humo espeso y penetrante a los pocos días quedaba ahumado y hasta cierto punto desecado. Hemos visto cadáveres completamante hollinados que hacía preciso lavarlos antes de que pudieran ser vestidos para los funerales.

En la actualidad se acostumbra encerrar los muertos en un ataúd, antes de enterrarlos; pero esta costumbre parece ser una innovación, aprendida de los españoles.

La forma más antigua del ataúd araucano es la de sus piraguas o canoas, que indudablemente han servido de modelo.

Son fabricados de un tronco de árbol, ahuecado a hacha y fuego. Tienen ocho o diez pies de largo por uno y medio de diámetro. No terminan en punta, sino que los extremos son cortados derechos.

No son, como dicen algunos escritores, un tronco partido

por el medio y cada mitad ahuecada, sirviendo una de ellas de tapa. Los que hemos visto, se forman del tronco entero, y se ha quitado, solo el tercio superior, de modo que el mayor diámetro se encuentra más abajo de los bordes del hueco.

Algunas veces se tapaba con un tablón grueso, rudamente labrado, y probablemente a veces sólo con ramas, porque en algunas ocasiones hemos encontrado la canoa misma en regular estado de conservación sín hallar vestigios de tapa.

Existe en la Biblioteca Nacional dos ataudes de esta clase que entendemos fueron extraidos de un antiguo cementerio indígena de Esperanza, Río Renaico.

Es curioso notar que la lengua araucana no posea un nombre propio ni para canoa ni para ataúd y la palabra *huampu*, empleada para expresar estos dos objetos es derivada del quichua.

Hay dos posibles explicaciones: primero, la canoa o piragua puede haberse introducido en Chile por los incas y luego el nombre que la daban ellos sería adoptado junto con el objeto; o bíén, y lo que nos parece más probable, la costum bre de enterrar en ataudes fué introducida por los españoles y adoptada primero por los yanaconas o indios domésticos traídos desde el Perú y más tarde por los chilenos, que no teniendo nombre propio en su idioma, conservaban la de los peruanos con quienes estaban en íntimo contacto durante los primeros años de la conquista, por ser estos últimos sus maestros y guardianes en las nuevas faenas industriales que fueron obligados a aprender.

Es probable que durante estos años, los españoles mismos tendrían frecuentemente que recurrir a los troncos ahuecados para sus entierros, dada la dificultad de obtener tablas o tablones para fabricar un cajón mejor acondicionado.

Sea como sea, lo que parece seguro es que antes de estar en contacto con las influencias peruanas, directas o indirectas, los indios chilenos no empleaban esta clase de entierro.

Posteriormente, el *huampu* se ha hecho de diferentes for-

mas, con troncos partidos por el medio y ambas partes ahuecadas o bien de tablones toscamente labrados.

La fabricación de tales ataudes, de por sí, sería otro motivo para la demora en el entierro, porqne tomando en cuenta que durante el primer siglo de la ocupación española, las herramientas de metal eran sumamente escasas entre los indios y que se valían de las de piedra o concha, se puede imaginar, cuán lenta sería la operación de excavar un tronco, aun con la ayuda del fuego.

Con la introducción del empleo del ataúd se generalizó más el entierro en el suelo, y el cairn cedió lugar al túmulo, o bien a la sepultura simple sin montículo.

Cuando desapareció la costumbre de levantar montones de piedras o de tierra sobre la tumba, se hizo nccesario emplear algún otro método para señalar el lugar del entierro. Este ha variado según la localidad.

Antiguamente se acostumbraba sepultar el caballo favorito del difunto junto con el cadáver, o dejarlo muerto encima del túmulo. Después se sacaba el cuero que era lo único que se dejaba, mientras la carne la comían los parientes, en la fiesta fúnebre.

A la cabeza y pie de la tumba se plantaban postes en forma de horcón que sostenían un palo atravesado, sobre el cual se tendía el cuero del animal.

Cuando el muerto había sido guerrero, se plantaba una larga lanza a la cabecera de la tumba, para señalar su condición.

Respecto de esta costumbre Smith nos cuenta que: «Solo cuando muere un cacique o un hombre rico hacen grandes fiestas y matan caballos; las almas de la gente pobre no deben andar a caballo, como no lo hacen en vida, y por lo tanto los ritos funerarios para ellos son pocos y sencillos». (1)

Otro modo de señalar las sepulturas, empleado principalmente por las tribus centrales, era la de rodear la tumba

(1) The Araucanians ob. cit. p. 173.

con tablones plantados en forma de cierro, en medio del cual se levantaba una larga lanza cuando el muerto era guerrero.

Más al sur, los sitios donde se enterraban los indios de nota, se marcaban por postes esculpidos de una manera grosera. Algunas de las esculturas representaban seres humanos y para distinguir los sexos se señalaban marcadamente los órganos genitales. Otras veces los postes eran labrados de distinta manera. Una de las formas más comunes era la de la cruz de Malta, pero en vez de tener cuatro secciones iguales, las dos que formaban los costados se dividian en tres ramas, por cortes en forma de V. Mirando esto desde una corta distancia, cada ala lateral, asumía la forma de un ave en posición de volar y parecía una especie de insignia. Probablemente era este emblema que llamó la atención de los españoles y que imaginaron eran representaciones de águilas de dos cabezas.

Los araucanos, al menos en tiempos relativamente modernos, no formaban atados mortuorios, sino que enterraban los muertos vestidos en sus mejores trajes. Siempre colocaban el cadáver en posición tendida, nunca encogido. Entre las tribus costinas los dejaban con la cabeza hacia el occidente y entre las de la región de las montañas, hacia el oriente.

Comentando esta costumbre, algunos autores han imaginado ver en ella un indicio de la dirección en que han venido las migraciones; pero creemos que no indica más que la costumbre de colocar la tierra de los muertos en las regiones más inaccesibles, y que obedece la misma razón que induce a las tribus de las grandes llanuras de colocarla en las nubes o en las estrellas.

En cuanto a los demás ritos o ceremonias poco se han modificado desde antaño y las supersticiones que conservan los indios al respecto son los mismos que hace tres siglos.

La descripción que publicamos hace algunos años (1892)

del entierro de un cacique, que presenciamos por estar en ese tiempo alojado en la reducción en que sucedió la muerte, servirá para ilustrar estas ideas y costumbres, que con pocas variantes son las que se emplean por todas partes entre los araucanos.

«Culapan (tres leones), principal cacique o *apo-ulmen* del *aillarehue* (literalmente *asiento del clan*) de Cautín Alto, había muerto repentinamente de un ataque de apoplegía, durante una fiesta en una aldea vecina. Esta clase de muerte, tan inusitada entre los indios, no habiendo causa visible para explicarla, se imputó inmediatamente a la brujería. El cadáver se llevó a la casa, acompañado por toda la población del *rehue* (reducción o aldea) donde ocurrió la muerte.

Se llamó al *machi* (médico) y se mandó anuncio a todos los toquis (caciques) para que reuniesen sus *conya* (mocetones). El machi llegó un poco antes de anochecer. Vestía a la manera de las mujeres, con una piel de puma sujeta a la cintura y que arrastraba en el suelo por detrás. En la mano derecha llevaba un palito de unas 18 pulgadas de largo cubierto de piel de culebra y adornado de dientes humanos. Le acompañaban dos ayudantes que llevaban sus instrumentos profesionales.

A la puesta del sol, se encendió un fuego por delante de la puerta de la *ruca* (choza), alrededor de la cual se habían reunido más de doscientas personas. De este fuego de canelo verde salía un espeso y penetrante humo que ocultaba completamente la entrada a la ruca.

El machi se paró delante de este fuego, con los brazos extendidos, la cara vuelta hacia arriba, y los ojos sin pestañear, por mas de media hora; inhalando las nubes de humo sofocante que le envolvían, y al parecer completamente inconciente de lo que pasaba a su rededor.

De repente, recobró sus sentidos y entró rápidamente en la choza donde el cadáver se encontraba tendido sobre una cama de cueros. Lo que hizo allí, no lo supo nadie; pero

después de un rato, volvió a salir demostrando señales evidentes de cansancio mental y corporal.

En seguida se sacó el cadáver y se lo colocó sobre un rudo féretro, cerca del fuego. Uno de los ayudantes lo desnudó y en seguida hizo una incisión en el cuerpo, un poco más arriba de la cadera y colocó dos palitos en los labios de la herida para mantenerlos abiertos. Esta operación dejó en descubierto el hígado. El machi quitó la bolsa de hiel y la sacó vaciando el contenido en un platillo de greda. Se juntaron unas pocas brasas y el platillo se colocó en ellas. Cada pocos minutos el machi lo examinaba atentamente.

Los espectadores, cuyo número iba en aumento, estaban sentados en semicírculo a una distancia respetuosa, mirando las operaciones con interés profundo. Solo unas pocas personas, parientes cercanos del difunto, se permitían acercarse en calidad de ayudantes. Todo el contorno se alumbraba con antorchas.

Cuando no quedó en el platillo, otra cosa que un poco de ceniza, se lo quitó del fuego y fué nuevamente examinando por el machi. El sedimiento, que después pude ver, era de un color pardo verdoso.

Terminado el examen, el machi declaró que el muerto había sucumbido a los efectos de *curevunyapue*, veneno negro.

Los parientes ahora insistían en descubrir el envenenador.

Al principio el machi parecía disentir y permaneció sentado en cuclillas delante del fuego, con la cara cubierta por las manos. Luego se vió, sin embargo, que su retraimiento no tenía otro fin que conseguir mayor recompensa. Satisfecha su concupiscencia tomó su resolución; embadurnó la punta de su varilla con el residuo viscoso que quedaba en el platillo y dirigióse a las filas de temblorosos espectadores, que ahora se alejaban unos de otros como temiendo contaminarse con el contacto del criminal y sin saber donde iba a caer el denuncio. A pesar de que cada cual se conoció inocente, temía ser considerado cómplice si fuera encontrado conversando con el hechor.

Sin hacer caso de la conmoción, el machi se movió lentamente entre los grupos, agitando su varilla en toda dirección, gritando en voz desafinada: «*Gunemapun alkine cheu melepi huye?*» «Señor de la tierra ¿dónde está el brujo?» «*Penelelmen chi huye*». «Muéstrame el brujo».

Ante su avance los indios se postraron, cubriéndose las cabezas con sus ponchos, para que el machi no los reconociera.

En más o menos un cuarto de hora hizo el contorno de todos los presentes sin descubrir lo que buscaba.

Volvió al fuego, al cual echó más leña, y quedó parado allí por largo rato perdido en sus contemplaciones.

Entretanto, los indios poco a poco recobraron su tranquilidad. Por fin, el machi tomó una determinación.

Trazó un círculo en el suelo y al centro plantó su varilla.

Tomó, de manos de uno de sus ayudantes, un jarrito de greda, que también colocó dentro del círculo. En este jarro puso un cadejo de cabello cortado de la cabeza del difunto, los recortes de las uñas de las manos y varias hebras sacadas de sus prendas de vestir.

Después de hacer varios pases con la mano sobre el jarro echó en él un palo encendido, repitiendo sus gritos anteriores. En seguida dibujó a la orilla del círculo varias rudas representaciones de animales y aves.

No hallando resultado, tomó ahora su tambor (cultrun) el cual agitó violentamente, haciendo retumbar las piedras que tenía en el interior: sus ayudantes le acompañaban en pitos de caña. En unos pocos momentos principió a bailar frenéticamente, ejecutando unos saltos asombrosos, balanceándose primero en un pie, luego en el otro, marcando el tiempo entretanto con su tambor.

Poco a poco aumentó en furia el baile y a cada momento se ponían más complicados sus movimientos hasta que por fin comenzó a cantar en voz monótona y lúgubre. Estos esfuerzos los mantuvo hasta que su naturaleza no pudo más y

cayó en una especie de cama o trance producido por el absoluto cansancio.

La atención de la concurrencia ahora llegó a su colmo, y cada uno esperaba ansiosamente el momento en que recobrara su conocimiento. En un cuarto de hora, la agitación de sus miembros indicaba que volvía en sí y en poco rato se sentó.

Una vez que se le aclaraban un poco sus facultades tomó de nuevo su varilla y sujetándola sueltamente sobre el centro del círculo, la dejó caer. Como era natural cayó atravezando una de las figuras dibujadas. En seguida, anunció a los atentos espectadores que el cacique había sido muerto por un enemigo que había asumido la forma de una *caita* negra (toro salvaje) y que era necesario sacrificar un animal de éstos, en cuyo caso el malhechor sufriría inmediatamente el castigo de su acción.

Seis jóvenes, parientes del difunto, fueron elegidos para la caza, y con breves preparativos, partieron a dar cumplimiento a su misión, mientras en pequeños grupos los reunidos buscaron sus hogares, quedando sólo los parientes que induljeron en una de aquellas borracheras en que terminan todas las reuniones indias.

Por la mañana temprano aproveché la comparativa tranquilidad para examinar y sacar una copia del círculo y las figuras que el machi había dibujado la noche antes. Representaban respectivamente un caballo, una perdiz, un toro, un gallo, una puma y un buitre.

Era curioso ver que todos los animales se dibujaban con dos manos, pero con una sola pata trasera, mientras las aves todas tenían una sola pata con tres dedos. El diámetro del círculo era de más o menos un metro.

Luego después del amanecer, el cadáver se suspendió en un armazón de cañas, de un gran árbol que había delante de la ruca. Un fuego de canelo verde se encendió debajo, que quedaba a cargo de las mujeres del difunto.

Sólo por la mañana del sesto día volvieron los cazadores,

conduciendo sujeto por dos lazos, un torito negro de más o menos dos años de edad. La víctima se amarró a una firme estaca cerca del lugar donde estaba suspendido el cadáver, y rápidamente circuló la noticia por los ranchos y pronto se reunieron todos los vecinos a lanzar insultos e invectivas al pobre animal.

Entretanto la borrachera no había mermado durante los días de espera y se había cometido toda clase de licencia. El día siguiente se fijó para los funerales. Antes del amanecer, todo el mundo estaba en pie, ocupado en los preparativos para la ceremonia.

Se construyó un ataúd de tablones labrados a hacha. El cadáver (alhue), negro y reseco, se bajó, se vistió en su mejor ropa y se colocó sobre un féretro (pilluay) hecho de palos sobre los cuales se estiró un cuero de vaca. El féretro se adornó de ramas de canelo (su árbol sagrado) de laurel y de mirto.

Los caciques y los jefes de familias ahora trajeron sus ofrendas, consistentes en licores, mantas, pollas, corderitos, quesos, trigo tostado, tortillas u otros artículos de alimento y los colocaban en el suelo cerca del pilluay. Cada uno al depositar su ofrenda lamentaba con fuertes llantos que fueron repetidos por todas las mujeres. Cuando todo estaba listo para el entierro, se formó la procesión fúnebre.

El féretro fué llevado por seis caciques, detrás de quienes venían otros que cargaban el ataúd (huampu), los demás caciques y los parientes del difunto. Seguían las mujeres del cacique muerto y más atrás el cuerpo principal de los acompañantes, más o menos doscientos en número. Desde el momento que se levantó el féretro del suelo, toda la asamblea comenzó a gritar y a lamentar (avavan) y esto se mantenía a intervalos hasta el fin de la ceremonia. La procesión fué encabezada por el machi. El *caita* había sido llevado ya a la sepultura, cavada por jóvenes, con estacas aguzadas y palas de madera. El cementerio (eltun) estaba situado en una pequeña eminencia a como 300 metros de la reducción. Durarante la marcha, varios de los mocetones, montados en sus

mejores caballos y adornados con sus más hermosos trajes, corrían al contorno de la procesión, blandiendo lanzas y gritando a toda la fuerza de sus pulmones para espantar los *huecuvus* (espíritus malignos).

Al llegar a la sepultura, el féretro se colocó al lado de él y dos de los caciques pronunciaron oraciones fúnebres, en elogio del muerto. Fueron interrumpidos frecuentemente por los aullidos y lamentaciones de los deudos y mujeres. Cuando concluyeron, se sacrificó el toro. Fué degollado por el machi, quien recibió la sangre en un vaso de barro que se pasó de mano en mano entre los parientes, cada uno de los cuales tomó un sorbo.

En seguida el machi abrió el cuerpo del animal y sacó el corazón que también fué pasado a los parientes. Cada uno en turno le dió un mordizco y chupó un poco de la sangre, vituperando el animal entretanto. Después de dar la vuelta fué colocado en un bolsón de cuero y colgado al cuello del difunto.

Durante esta ceremonia los jóvenes habían desollado el toro. El cuero se tendió en el fondo de la sepultura.

Esta última tenía unos 8 pies de largo, 5 de ancho y 4 de profundidad. El ataúd se colocó encima del cuero, el cadáver se depositó en él, con la cabeza hacia el este. La tapa, un grueso tablón, se puso en su lugar, sin clavar, pero afianzada por grandes piedras, mientras los llantos y gritos de los deudos aumentaron en volumen.

Los regalos se colocaron en la sepultura, alrededor del ataúd. En seguida se procedió a rellenar el hoyo; cada persona al pasar echaba un puñado de tierra y algunos derramaban un poco de chicha (licor) en dirección a los cuatro puntos cardinales.

Una vez llenada la sepultura, se colocó a la cabeza un *chemamluyi*, o efigie de madera que representaba el muerto. Fué coronado de una especie de adorno que se asemejaba al sombrero de copa de la civilización.

Estas figuras son frecuentemente reemplazadas en la actualidad por una cruz en imitación de los cristianos.

El caballo favorito del cacique fué muerto y dejado encima de la sepultura junto con el cuerpo del toro, y ligeramente cubiertos de tierra. Esto era extraño, porque rara vez dejan la carne y cuando mucho el cuero de los animales muertos en los funerales.

Terminado el entierro, todos los acompañantes volvieron a la reducción, donde las mujeres les tenían preparado un gran banquete. La fiesta y licencia continuó por varios días, durante los cuales sucedieron más de una riña, que por fortuna no tenían consecuencias de importancia». (1)

No es costnmbre ahora, de hacer fiestas al cabo del año como antes, ni generalmente hacer nuevas ofrendas o libaciones sobre las tumbas. Al contrario tienen recelo de acercarse a las sepulturas y las pasan con la vista baja o advertida.

Las ideas de los araucanos respecto de la muerte, sus causas, la vida futura son semejantes en substancia si no en detalle, a las de todas las demás naciones semi-civilizadas.

Los araucanos no reconocen ningún ser supremo con atributos definidos. No tienen templos, ni ídolos, ni culto religioso, ni sacerdocio. La magia tampoco ejerce un papel predominante en su vida diaria, como lo hace entre tantas otras tribus en más o menos iguales circunstancias y recurren a ella sólo en caso de enfermedad, muerte misteriosa u otra calamidad grande.

Aún entonces, es adivinación por medios ocultos por personas que se suponen estar en comunicación directa con algunos de los seres sobrenaturales que creen pueblan la naturaleza.

Las únicas ceremonias que tienen relación con estos espíritus o demonios, que efectuan en reuniones, son rogativas o expiatorias, para pedir protección para sus siembras y cose-

(1) Ethnology of the Araucanos, ob. cit. pp. 365-368.

chas contra las pestes y lluvias, o bien para pedir lluvias en tiempo de sequedad.

La base de sus creencias es una forma primitiva del culto de los poderes de la naturaleza. Los principales fenómenos naturales son imputados a las acciones, generalmente malévolas, de ciertos seres que controlan dichos poderes. Ellos son dotados de las mismas pasiones y sentimientos que los humanos, contra quienes están en constante lucha. Sus antepasados a veces han adquirido poderes o facultades que les permiten dominar o influenciar los seres sobrenaturales y a ellos generalmente dirigían sus rogativas.

Los seres del mundo sobrenatural, los figuran con formas concretas, pero los dotan con la facultad de hacerse visibles o invisibles a voluntad.

La invisibilidad se extiende, bajo ciertas circunstancias, a sus propios cuerpos; porque están convencidos de que sus sueños no son mas que las excursiones nocturnas de su ánima (pilli), a la cual ascriben una forma material aunque invisible. No son invisibles sin embargo a los *pilli* de los demás indios; de modo que cuando han soñado de otras personas, creen verdaderamente que sus *pilli* se han encontrado. Así también cuando sufren de pesadillas, *delirium-tremens* u otra visitación semejante, creen que los seres horribles conjurados por la imaginación excitada, son verdaderos y por lo tanto tienen una prueba palpalble que la naturaleza está poblada de seres malignos y peligrosos, visibles a sus *pilli*.

Tienen la misma prueba de que los muertos frecuentemente vuelven a la tierra, porque sus *pilli* amenudo se encuentran con ellos en sus excursiones nocturnas.

Es preciso tomar muy en cuenta estas convicciones, cuando estudiamos la teosofía y la sicología metafísica de las tribus primitivas. Es común oír relatar uno de estos indios de una manera completamente seria y convencida, el encuentro con uno u otro de los seres sobrenaturales reconocidos que, dentro de ciertos límites generales, puede variar su forma

en cuanto a detalles; de modo que jamás aparece a dos personas en exactamente la misma guisa.

Esta creencia ha conducido a otra superstición que ha afectado considerablemente el bienestar individual de los araucanos. Según sus ideas, nadie fallece de una muerte natural. La muerte se debe a brujerías, envenenamiento u otros medios ocultos, cometido por algún enemigo, en su forma animística; o bien por algún espíritu maligno, que podrá asumir cualquiera forma a voluntad, como la de un lagarto, serpiente, mosca, piedra, rayo, etc. y que por lo tanto, opera con poco temor de ser descubierto.

Hasta no hace muchos años, los condenados de haber causado la muerte de otro por medios ocultos, o por brujerías, fueron justiciados sumariamente, y casi siempre sufrían el suplicio del tormento. Esto daba mucho poder al *machi* (médico adivino) quien podía vengarse de cualquiera injuria verdadera o supuesta, denunciando a su ofensor. No obstante, a veces ellos mismos corrían bastante peligro, debido a la enemistad despertada entre los deudos del denunciado.

La manera de torturar a los acusados de brujería era de amarrarlos a tres estacas clavadas en el suelo en triángulo. A una se ataba el reo, con las manos sujetas detrás de las espaldas. A las otras dos se amarraban los pies de modo que quedaba sentado en el suelo con las piernas bien abiertas. Entre las piernas encendían un fuego, que lentamente le consumía los muslos, el vientre, el pecho y la cara. Esto lo hacían para obligarle a confesar su delito y descubrir sus cómplices.

La muerte era segura en todo caso. Si protestaba su inocencia, moría quemado en medio de los más atroces tormentos; si confesaba el crimen que no había cometido e inculpaba a otras personas, cuyos nombres eran generalmente sugeridos por el machi, su suerte era igualmente segura, sólo más rápida, porque recibía luego el golpe de gracia de algún cuchillo o macana. En este trance y para evitar mayores

sufrimientos, la mayor parte de los acusados, confesaba plano, al ver que era imposible evadir su suerte.

Afortunadamente estos casos eran raros y sucedieron principalmente entre los desamparados; porque los que tenían partido eran defendidos por sus parientes y relaciones y se buscaba una componenda, o facilitaban la evasión del acusado hasta que se había olvidado el incidente.

Generalmente por temor a represalias, o por no querer indisponerse con los posibles defensores, el machi recurre al sistema de inculpar algún *huecubu* o demonio, que se trata de castigar por medios mágicos, como en el caso que presenciamos en Cautín.

Pero los machis no siempre son tan impostores como uno acostumbra de considerarlos y según sus luces son con frecuencia completamente honrados y concienzudos en sus vaticinios y denuncios. Para comprender esto, es preciso colocarse a la altura de ellos y mirar las cosas desde su punto de vista.

El machi (médico o mágico: porque el machi es ambos) es generalmente un individuo, que por su enseñanza, su modo de vivir y su temperamento natural, tiene una disposición nerviosa; frecuentemente cataléptico y dotado de la facultad de hipnotizarse o producir un estado de trance.

Luego hay que considerar también la parte real y verdadera que juega en su vida los sueños.

Cuando el machi se llama para investigar la causa de una muerte, que sólo se hace en el caso de una persona de importancia, por el empleo de drogas potentes, la concentración intensa y el ejercicio corporal violentísimo, se agita de tal manera que finalmente cae en un estado de coma o trance que no tiene nada de fingido y a veces dura por varias horas. Uno de los medios más empleados para producir este estupor es la inhalación de humo de tabaco muy pungente y fuerte. Durante este estado, frecuentemente ve visiones relacionadas con el hecho en que había concentrado su atención. Cualquiera persona, animal, u objeto visto en esta condición, es

considerado el causante del mal. En tales circunstancias, el juicio formado por el machi se justifica y se hace con entera buena fe, siempre que esté convencido de la eficacia y legitimidad de los métodos que ha empleado.

Naturalmente le da mucha oportunidad de vengarse de sus enemigos, si es un individuo poco escrupuloso.

Los machis pueden ser de cualquiera de los dos sexos y durante el último siglo, es probable que la mayor parte han sido mujeres.

Algunas de las antiguas costumbres, sobre todo las más bárbaras de ellas, han caido en desuso, y otras se han modificado; pero no obstante, en las agrupaciones más alejadas de los centros de civilización, las viejas supersticiones todavía mantienen su fuerza.

Al sur del Río Valdivia entramos a la zona de los huilliches de cuyas costumbres muy poco se conoce. En la región de la cordillera, habitaban los puelches y las poyas, desaparecidas ya o fusionadas en el cuerpo de la nación araucana, cuyas prácticas han adoptado. Otro tanto se puede decir de los cuncos, cuya antigua costumbre de sepultar en cistas parece haber durado muy poco después de la invasión española; porque en épocas posteriores también adoptaron los métodos de los araucanos, perdiendo al mismo tiempo sus industrias distintivas.

Más al sur aun, llegamos a los archipiélagos habitados por los chonos y otras tribus afines cuyos restos parecen encontrarse en los alacalufes de las islas que bordean la entrada occidental del estrecho de Magallanes, y cuyas costumbres fúnebres en cuanto se las conoce ya hemos descrito. En la isla grande de Tierra del Fuego, encontramos los yahganes y los onas que tenían costumbres parecidas de que también hemos dado cuenta.

De lo cual se deduce que a pesar de los numerosos pueblos que han habitado el territorio actual de la República de Chile, no encontramos entre ellos costumbres mortuorias que

presenten grandes novedades, o que no se hayan practicado por numerosas otras tribus en semejante estado de cultura por todo el continente.



Las costumbres mortuorias como índice de la Psicología

Del conocimiento de la muerte.—La muerte una continuación de la vida terrenal.—Espiritismo.—Concepciones religiosas y morales del hombre primitivo,—Materialismo y las ideas abstractas.—La compasión no es un sentimiento primitivo,—Las virtudes adquiridas por la enseñanza.—Semejanzas de costumbres imputadas a contactos o influencias extrañas.—Abuso en la aplicación de esta hipótesis.—Analogías lingüísticas.—Analogías etnográficas.—Diferentes orígenes imputados a los americanos a causa de ciertas analogías culturales, etc.—Refutación de semejantes argumentos,—Las mismas condiciones frecuentemente producen el mismo modo de pensar.—Animismo, sus causas y sus efectos.—La evolución de las ideas religiosas.—Semejanzas-—Conclusión.

Broderip dice que «el hombre es el único animal que sabe que tiene que morir»; (1) pero parece que esta idea no puede sustanciarse en principio. El niño nace sin tener idea de la muerte, y después sólo aprende por la enseñanza o por la experiencia y aún así sin comprender su verdadero significado. Cuando crece y llega a mayor comprensión de la idea, generalmente figura la muerte como una continuación de la

---

(1) Broderip. Zoological Relations. Tomo II. Artículo Ancient Dragons.

vida actual en un lugar desconocido, con los mismos placeres y pesares. Es sólo más tarde cuando recibe mayor instrucción y aprende las ideas de otros que sus concepciones se conforman con las ortodojas de su época y la esfera intelectual en que se encuentra.

En igual caso encontramos el hombre civilizado como el salvaje más ignorante; cada uno adquiere sus convicciones, embebiendo el conjunto de las experiencias de sus mayores y antepesados, sólo que estas son mucho más desarrolladas en un caso que en el otro.

El conocimiento de la muerte no es innato sino adquirido, como todos aquellos fenómenos mentales que no son instintivos; por lo tanto, los conocimientos del individuo no pasan más allá de los conocimientos del grupo a que pertenece, salvo en casos excepcionoles, cuando su propia experiencia le lleva a formular nuevas hipótesis tentativas.

Aún después de adquirido el conocimiento de la muerte y la seguridad de que tarde o temprano seguirá el camino de todos los hombres, el salvaje no lo considera un fenómeno natural inherente en la mutabilidad de la naturaleza, sino un simple accidente fortuito, consecuente de la lucha que ve constantemente a su contorno.

Si pudiera desprenderse de los resultados de esta lucha, no concibe razón ninguna para no continuar una existencia sempiterna. Así y todo, sus facultades no imaginan una discontinuidad de la vida, sino simplemente un cambio de residencia de un cuerpo a otro, que puede ser humano o de un animal. Mucho después conceptúa la existencia del ánima aparte del cuerpo, que obliga la creación de un lugar donde pueden habitar los espíritus. Al principio esta morada se suponía en la tierra, en la vecindad del hogar del muerto, quien no se alejaba del escenario de su vida: pero a medida que se acrecentaba el temor de los muertos y se desarrollaba la idea de atribuirlos poderes sobrenaturales, mayor necesidad se sentía en que su morada se encontrara en regiones más alejadas e inaccesibles, de donde sería difícil o imposible volver.

A pesar de esto, no en todo caso quedaban los muertos impedidos de volver ocasionalmente a visitar los lugares que antes habían frecuentado.

En sueños era posible ver y conversar con ellos y de noche, con frecuencia andaban en forma corpórea y visible. Hasta hoy, entre todos los pueblos, aún los más civilizados, encontramos la creencia en las ánimas, en casas y bosques encantados, almas que penan, y otras supersticiones análogas, que indican que las antiguas preocupaciones, en un tiempo universales, todavía sobreviven en la mente de los pueblos y que todos los siglos de progreso intelectual no han podido desterrarlas del todo.

¿Y no encontramos la misma serie de preocupaciones en las ideas ultramodernas del espiritismo científico, que por conducto de *mediums* tratan de ponerse en comunicación con los espíritus de los muertos?

¿Cuánto más hemos avanzado en este terreno que el salvaje? Siempre creemos en una existencia aparte del cuerpo, indestructible o inmortal. Lo único que cambia es el destino último que ascribimos a las almas o espíritus, que varían según las ideas religiosas profesadas por el creyente, y la responsabilidad que las atañen por sus acciones en esta vida.

Estas últimas preocupaciones no perturban al hombre primitivo. No reconoce ningún Ser Supremo, ni tiene ideas definidas sobre el castigo o recompensa en la vida futura. Sus concepciones religiosas son embrionarias y raras veces ha llegado más allá que el poblar de demonios o espíritus malignos el mundo invisible.

Los demonios son sus enemigos más terribles; creen que estan en constante acecho para hacerle perjuicio. Son tanto más terribles en que no tienen forma fija o establecida, sino que pueden asumir la semejanza de cualquier ser viviente u objeto inanimado.

Tampoco se adquieren las ideas abstractas del bien y el mal, sino después de un largo período de evoluciones mentales. El hombre grosero sólo hace distinción entre lo que es

lícito y lo que es ilícito, lo que es permitido y lo que es prohibido; y la única recompensa que desea, o castigo que teme son materiales, sin preocuparse de cuestiones de ética o de metafísica.

Todo sus sentimientos son primitivos y algunos aún en estado rudimentario. La compasión y la humanidad no las comprende, sino en pequeño grado y siempre subordinadas al grupo a que pertenece y las necesidades del momento. La vida que él conoce y comprende es una vida de lucha, de guerra contra la naturaleza y contra sus semejantes, una lucha sorda, continua y sin cuartel.

Todos los que no son de su sangre, son sus enemigos, latentes o activos y su principal ocupación es librarse de ellos, o conquistar de la naturaleza a mano armada lo que necesita para el sosten de si y de su familia. Por toda parte ve la misma lucha sin tregua y sin compasión. El río crece, inunda sus riberas, arrastra enormes piedras en su curso torrentoso, el mar en su furía se lanza contra las peñas que desafían su potencia; el viento arranca de raices o destroza los monarcas de las selvas; la fiera caza su presa y el águila se lanza en persecución de las aves menos dotadas, sin la menor misericordia o escrúpulo.

Todo lo que ve a su contorno le enseña que el fin de la existencia es batallar, matar, sufrir y hacer sufrir a todos los que son sus enemigos naturales.

El niño apenas anda, aprende a pegar a su madre y a considerar a las mujeres como seres inferiores. Después de una batalla, su padre le lleva a ver a los muertos para que los insulte, los pegue o los mutile para crear en él, el espíritu guerrero.

La muerte violenta a mano de algún enemigo no es para el hombre salvaje un hecho excepcional, es una cosa habitual y sistemática, que cae dentro de las transacciiones diarias de su existencia.

Acostumbrado desde joven a mirar la vida de esta manera, considera que la mayor gloria que puede alcanzar es ma-

tar a cuantos enemigos puede. Si cae prisionero a otra tribu no espera ninguna consideración, su suerte está decidida de antemano, y las más de las veces muere en medio de los mayores tormentos.

Las atrocidades que él espera recibir a manos de sus enemigos, también las inflige a cualquier desgraciado que cae en su poder.

Sólo con la lenta evolución de las ideas, cuando la interdependencia de los grupos se hace más necesaria y cuando la nación se desenvuelve de la tribu, principian a modificarse los sentimientos del individuo para con sus congéneres, y desaparecen poco a poco las costumbres salvajes.

Pero este cambio es muy lento. La benevolencia y la compasión son virtudes que aparecen muy tarde en el desarrollo cultural.

Los romanos, a pesar de su civilización, mantenían costumbres que nos hacen estremecer de horror. Qué diremos de la ley, que, a la muerte del amo, condenaba a muerte a todos los esclavos de la casa y aún dentro de un radio de que la casa era el centro. Después del asesinato de Pedanio, 400 esclavos fueron muertos sin que uno solo de ellos hubiera visto siquiera cometer el crimen. (1).

Sin hablar de la Inquisición, qué de horrores y atrocidades no se cometieron en Europa a nombre de la religión; barbaridades no confinadas a un solo culto; sino practicadas igualmente por todas las sectas y en todas las países.

No podemos tampoco decir que en los tiempos actuales las cosas han cambiado de raíz, porque vemos que apenas estalla una guerra y se rasguña un poco la barniz de la civilización, encontramos al hombre salvaje e incompasivo, que comete fechorías con la misma inconsecuencia que los tiempos de antaño, sin tener para ellas las mismas disculpas.

Todas estas consideraciones y hechos deben meditarse antes de formar conclusiones sobre la psicología de los pue-

---

(1) TÁCITO. Annales; Lib. XIV, Cap. 43

blos primitivos y tenerlos bien en cuenta cuando se estudia sus costumbres y el estado mental que las ha motivado.

Otra tendencia demasiado generalizada, que es preciso combatir, es la costumbre de buscar contactos e influencias extrañas para explicar todas las costumbres encontradas, que en algo se asemejan a las de otra tribu o pueblo, por distantes que sean entre si las localidades habitadas por una y otra.

Es verdad que los contactos e influencias existen en muchos casos; pero no al extremo que algunos investigadores quieren.

El etnólogo sabe que casi no hay dos pueblos sobre la tierra entre los cuales no se pueden hallar numerosas analogías de costumbres, de hábitos o de mentalidad. Por separadas que sean las regiones habitadas y por diferentes que sean las épocas en que han florecido, encontramos, por el mundo entero y en todos los tiempos, bajo ciertas condiciones, semejanzas asombrosas, que a veces llegan hasta los detalles y métodos empleados. En la historía humana es dificil hallar una idiosineracia verdaderamente única o exclusiva; siempre encontramos su repetición por alguna otra parte.

Estas analogías con demasiado frecuencia han sido atribuidas a contigüedad o a filiaciones; y se explican muy a menudo por migraciones. Cierto es que en muchas ocasiones se deben a estos medios, pero no siempre, ni aun en la mayoría de los casos.

La causa principal de este estado de ánimo para con las costumbres análogas, se encuentra talvez en el predominio por tantos años de los filólogos, que todo subordinaron á los estudios linguisticos, e insistieron en agrupar los pueblos en familias lingüísticas que a menudo comprendían los elementos étnicos los más heterogéneos. Esto nada tiene de particular; el único mal era cuando sobre la base de una lengua común se derivaban todas las naciones o tribus que la hablaban de un solo origen, haciendo caso omiso de las dificulta-

des que se presentaban en el camino. Así por muchos años, la lengua era el único criterio de raza.

Más tarde cuando este sistema se desacrédito, los etnólogos pretendieron que la más segura señal de un orígen común era la semejanza de costumbres; y las más absurdas teorías se formaron alrededor de estas analogías. Uno y otro padecen del mismo vicio el de ser demasiado absoluto.

Plinio decía, hace muchos siglos, que la cultura, la lengua y los nombres de los lugares permitian trazar las relaciones y migraciones de las antiguas naciones. (1).

Esta proposición tiene mucho de verdad en lo que toca a los nombres geográficos; pero es preciso aplicarla con cuidado. Los nombres de ríos y montañas se comunican del pueblo conquistado a los conquistadores, como vemos en los numerosos nombres geográficos indígenas en uso común en Chile y otros países de América, que han sobrevivido el cambio de ocupantes. Los mismos nombres de los pueblos a veces sólo sufren una pequeña modificación al adaptarse a la nueva lengua. Sucede también que la lengua hablada por los habitantes de un territorio cualquiera cambia dos o tres veces sin que los nombres geográficos sufran grandes modificaciones; como también puede suceder que los más diversos elementos étnicos adquieren una lengua que originariamente les era extraña. No tenemos sino citar el quechua, el guaraní y otras lenguas generales para probar la verdad de este aserto.

Muchas veces es fácil seguir las migraciones y extensión de una lengua, sin poder decir con seguridad cual era el pueblo con quien originó. Estamos en este caso con el araucano. Esta lengua, hablada sobre una extensión de dos mil kilómetros, ahora sólo se conoce en un pueblo, que a todas luces era intruso en el área donde predominaba, y probablemente la adquirió a costo del olvido de la suya propia.

¿Quién nos puede decir ahora, cuál era la lengua original

(1) Plinio. Historia naturalis. Lib III, Cap. 3.

de los mapuches, o quien nos puede asegurar, cual de los diversos elementos étnicos cuyos vestigios hallamos en el suelo chileno, introdujo en el país la lengua que acostumbramos llamar araucana?

Lo único que se puede establecer en este sentido es la afinidad de las lenguas e indicar a cual grupo pertenecen; sin poder siempre demostrar la manera en que un pueblo tal o cual haya adquirido la que hablaba en una época dada. Con frecuencia la historia de una nación, enseña que esta haya cambiado varias veces la lengua hablada y en algunos casos no quedan indicios sobre cual haya sido la suya originalmente.

De manera que, por sí sola, la lengua hablada en un momento dado, no nos da seguridad ninguna sobre el origen o descendencia de un pueblo y sólo a veces es una prueba de contactos o influencias directas con otros que hablan el mismo idioma.

Si no se puede confiar de las analogías presentadas por la semejanza de idioma, menos aún se puede hacerlo, cuando pasamos a otra clase de hechos, como es la de semejanzas de costumbres; que casi siempre se presentan en pequeños números, y sólo en algunos casos prueban la unidad de origen. Estas semejanzas se derivan generalmente de ideas muy simples y son, con frecuencia, independientes de un sistema arbitrario de convenciones transmitidas de un pueblo a otro.

Las analogías son también a menudo exageradas voluntaria o involuntariamente, y en muchos casos, son presentados sin tomar en cuenta las diferencias que existen colateralmente. Las semejanzas sin duda presentan un lado curioso, pero a menudo las verdaderas razones que las motivan son perdidas de vista para dar lugar a preconcepciones.

Sobre ellas Bailly fundó su hipótesis de que los antiguos pueblos de Asia descendían de una fuente común.

La teoría de la gran raza ariana, ahora completamente desacreditada, tuvo su origen en las mismas similitudes.

Larcher, apoyándose en las mismas ideas, dedujo la comunidad de origen de las civilizaciones de la India y el Egipto.

Fundándose en semejanzas reales o imaginarias, hemos visto derivarse los americanos de los fenecios (1), los egipcios (2), los judíos (3), los arios (4), los mongoles (5), los alemanes (6), los polinesios (7) y los japoneses (8) o chinos. Hace poco se trató de probar que los araucanos derivaban su lengua del Congo africano (9) y que los quechuas eran descendientes de los sumeros (10).

Todas estas ideas han sido refutadas y entre los hombres de ciencia es admitido como seguro el origen americano de todas las culturas precolombianas halladas en el continente (11).

Barros Arana resume la cuestión en las siguientes palabras: «Por más que la civilización americana sea esencialmente distinta de la de otros pueblos de diverso origen y por más que esa misma civilización estuviera distribuida en agrupaciones aisladas que habían llegado a rangos muy diversos de cultura, no era imposible hallar entre ellas ciertas analogías

---

(1) Horn Jorge.—De originibus americanis, libro IV. La Haya, 1652.

(2) Valcreux E.—Sur l'origine des americains. Paris, 1773.

(3) Kingsborough Lord.—Antiquities of Mexico. Londres, 1830-45.

(4) López Fidel.—Les races ayrcenes du Perou.9 vols. Paris, 1871.

(5) Ranking.—Historical Researches on the Conquest of Peru by the moguls. London, 1827.

(6) Brasseur de Bourbourg.—Histoires des nations civilisées du Mexique et de l'Amerique centrale durant les scieles anterieurs à Colomb. Paris, 1857. 2 vols.

(7) Posnansky Arturo.—Una Metrópoli Prehistórico du sud América. Berlín, 1914.

(8) Horn Jorge.—De originibus americanis, lib. IV cit. supra.

(9) Barriga José Miguel.—Origen de la lengua araucana. Santiago, 1910.

(10) Patrón Pablo.—Nuevos estudios sobre las lenguas americanas

(11) Véase en esta respecto las obras de Baldwin, Nardaillac, Lubbock, Tylor, Gerard de Rialle, Whitney, Powell Holmes, etc., etc.

que debían tentar a los observadores para pretender descubrir alguna identidad de origen. En efecto, en ciertas ideas religiosas, en varios ritos, en diversos principios de moral, en algunas costumbres y hasta en los procedimientos industriales, se encontraron entre pueblos diferentes y muchas veces muy lejanos, semejanzas de accidentes que con más o menos fundamento habrían podido explicarse como nacidos de una identidad de origen o de antiguas y misteriosas relaciones, si razones de otro orden no se hubieran opuesto a esa asimilación. La observación atenta de los fenómenos de este orden, ha revelado, por otra parte, que esas aparentes analogías no demuestran identidad de origen, ni la influencia de un pueblo sobre otro. La ciencia social ha probado de una manera irrefutable que esas coincidencias son simplemente manifestaciones independientes y espontáneas, efectos de un grado semejante de desarrollo y de cultura y de la similitud fundamental del espíritu humano» (1).

Refiriéndose al mismo tema Lubbock dice: «Yo he tratado de probar que ciertas ideas, que a primera vista parecen arbitrarias e inexplicables, se presentan naturalmente en pueblos muy distintos cuando llegan a un mismo grado de desarrollo. Es, pues, necesario mantenerse en gran reserva, si se quiere tratar de establecer, por medio de estas costumbres, o de estas ideas, un lazo especial entre diferentes razas de hombres» (2).

El gran etnólogo Tylor, abunda en las mismas advertencias y comienza su obra sobre cultura primitiva con la siguiente cautela. «No hay mejor medio de estudiar las leyes del pensamiento y de la actividad humana que buscar, tanto como sea posible, el grado de cultura de los diversos grupos de la humanidad. Entonces no se tarda en reconocer en el

(1) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Tomo I. págs. 17-18. Santiago, 1884.

(2) Lubbock, Sir John. The Origins of Civilization. London, 18.

desarrollo de la civilización una uniformidad casi constante que puede mirarse como el efecto uniforme de causas uniformes» (1).

Otro etnólogo francés, conocido en Chile, donde desempeñó el cargo de Ministro de su patria, refiriéndose a América escribió hace cuarenta años: «Los capítulos precedentes demuestran que la humanidad, en todas partes donde se ha encontrado en condiciones favorables de progreso, ha seguido el mismo itinerario hacia un desarrollo más completo. En un mundo absolutamente separado de lo que se ha convenido en llamar el mundo antiguo, la evolución religiosa se ha operado absolutamente de la misma manera que en el terreno en que se ha preparado la civilización de este último» (2).

Spencer en su Sociología llega a las mismas conclusiones, como lo han hecho cuantos hombres de ciencia se hayan dedicado al estudio de la etnología comparada, llegándose a formular el axioma, que la similitud de costumbres no es suficiente de por sí sola, para establecer ni descendencia, ni contacto, ni influencias culturales.

Cuando las mismas costumbres se encuentran en distintos centros geográficos, aislados unos de otros, sea por grandes trechos donde estas costumbres son desconocidas, o sea por mares que no han podido atravesar ninguno de los pueblos en cuestión; cuando semejantes o idénticas prácticas vuelven a aparecer en épocas cronológicas separadas por un largo período en que eran desconocidas, es legítimo creer que la mente humana, o más bien sus manifestaciones, se repiten bajo circunstancias parecidas. La filiación de las ideas se somete a influencias comunes gobernadas por leyes y es el descubrimiento de dichas leyes en que está empeñada la etnología.

---

(1) TYLOR, EDWARD B. Primitive Culture. Cap. I. London, 1873.

(2) RIALLE, GERARD DE. La Mythologie Comparée. Tomo I. Cap XX. p. 362. Paris, 1878.

El hombre, guiado por sus instintos y por la lenta evolución de sus ideas, adapta su existencia a las condiciones del medio en que vive.

No son solamente los usos, las instituciones y las costumbres que se asemejan y se renuevan en los distintos centros. La misma ley se extiende a las demás apreciaciones de la inteligencia. Cuantos descubrimientos e invenciones no son reivindicados en varias partes a la vez, o bien en épocas distintas sin que haya mediado comunicaciones entre los descubridores.

La estólica, el arco y las flechas, las hachas de piedra, la cerbatana y tantas otras cosas son patrimonio de muchos pueblos que jamás pueden haber sufrido contacto o influencias uno de otro.

El australiano, el esquimal y el salvaje del interior de Colombia todos usaron la estólica; sin que sea posible establecer relaciones entre ellos.

Cuando los primeros europeos llegaron al Cathay encontraron que los chinos conocieron muchos de los grandes adelantos modernos de la civilización occidental y los habían utilizado durante siglos.

Los tejidos del antiguo Perú eran muy semejantes en muchos detalles a los del Asia Menor.

El arco y flechas se conocieron en el centro de Africa y el centro de Brasil.

Para explicar estos hechos no es menester idear contactos que nunca han existido, ni pudieron existir. La única deducción lógica es que las necesidades semejantes producen resultados iguales por donde quiera que sean favorables las condiciones.

Si estas observaciones son válidas para pueblos de diferentes continentes, no lo son menos para los de uno mismo cuando no hay medios fáciles de comunicación con los demás.

El hallar pueblos antropófagos en Norte y Sud-América no es prueba que estos pueblos hayan estado en contacto

con influencias comunes. La sepultura en urnas, común en algunos de los estados meridionales de los Estados Unidos no constituye base para creer que esta costumbre fuera adquirida de los tupi-guaranis que también practicaban la misma forma de sepultura.

Muchas supersticiones, ritos y costumbres comunes a los indios pueblos de Arizona y Nuevo México las hallamos repetidas en la región diaguita sin que este hecho constituya un vínculo de descendencia idéntica. En cuantas partes de América no encontramos las costumbres de descarnar los huesos de los muertos, y quien se atrevería a decir que esta práctica se haya derivado de una fuente única y común. La sepultura en catafalcos se halla igualmente repartida entre las tribus de las praderas del norte como entre las de las pampas del sur; pero no es prudente deducir de este hecho una comunidad de origen.

¿Qué enseñanza podemos sacar entonces de estas analogías?

Simplemente que las condiciones semejantes han conducido a la adopción de las mismas costumbres, bajo el impulso de una evolución mental, que ha seguido por líneas paralelas. En otras palabras, las leyes psíquicas inducen a que el hombre obre en un sentido determinado cuando el conjunto de circunstancias da origen a un estado definido de mentalidad.

El estudio de estas leyes entre los pueblos vivos, nos permite, muchas veces, juzgar del estado de mentalidad de los pueblos desaparecidos, cuyos vestigios los encontramos en sus sepulturas.

Así, cuando aprendimos que la mayor parte de los pueblos primitivos o semi-civilizados, profesan un gran temor a las ánimas y adoptan curiosas costumbres para librarse y protegerse de ellas, y encontramos que muchos pueblos antiguos practicaban estas mismas costumbres, podemos lógicamente suponer que tendrían igual temor a los espíritus y que adoptaban las mismas precauciones contra ellas.

Si encontramos que los indios digger matan a los viejos e inválidos que no pueden mantenerse y que por lo tanto llegan a ser un peligro para la economía doméstica del grupo, no debe extrañarnos encontrar entre los fueguinos la misma costumbre motivada por idéntica causa.

Si tomamos en cuenta el respeto y aún la reverencia con que muchos pueblos miran los restos mortales de sus deudos o antepasados no nos asombramos al saber que algunas tribus del Mississippi, y otros ríos que periódicamente inundan el territorio riberano, en vez de sepultar los muertos y exponerlos a que sean arrastrados por las aguas, los incineran y guardan las cenizas en sus habitaciones.

La idea de que el ánima del muerto se aleja, dirigiéndose a la tierra de los muertos, es causa de que muchos pueblos en diferentes partes del continente, entierran sus muertos dentro de sus habitaciones, para mayor seguridad; porque no creen que les pueda molestar. Pero cuando la superstición del pueblo los hace creer que el ánima no abandona el lugar en que ocurrió la defunción, la cosa cambia y mudan su residencia para evitar todo encuentro con un vecino tan poco deseado.

Aquellas tribus que creen que el ánima vuelve a la habitación que ocupó en vida, destruyen o queman la choza después del entierro, con la idea que no encontrando su casa el ánima se irá a otra parte.

Para defenderse de las ánimas el hombre recurre a dos medios: la persuasión y la fuerza.

En el primer caso se provee al muerto de todo lo que le puede faltar, le hacen sacrificios, se levanta una choza sobre la tumba y se le hace fuego para que se alumbre y se caliente; dejándole periódicamente víveres y bebidas para satisfacer sus necesidades.

Si al contrario se desea alejarlo por violencia o por engaño, se destruye su habitación, se coloca su cadáver en un lugar inaccesible, destruyendo el único camino, o en una localidad donde le costaría mucho salir; se carga la tumba con

piedras, se le rodea de agua, o de una fosa; se mutila o descarna el cadáver, se le amarra en un atado de que no puede salir o se le clavan espinas en las plantas de los pies para que no ande. Pero la manera más segura, practicada con bastante frecuencia, es de quemar o incinerar sus restos, con la idea de que no teniendo cuerpo material, el ánima no puede volver.

Las lamentaciones y llantos que se hacen al momento de la defunción, o aún antes de la muerte, y que pueden renovarse a intervalos más o menos alejados, son destinados a persuadir el espíritu de las buenas disposiciones que le conservan los parientes. Son a menudo combinados con cantos en que se alaba el muerto. El afecto parece tener poco lugar en estas manifestaciones, porque con frecuencia se emplean mujeres o plañideras profesionales. Va sin decir que en la mayoría de los casos los indios se han olvidado el sentido profundo de éste y otros ritos, que para ellos no son ya, más que una formalidad vana que emplean porque la tradición así lo exige.

Se encuentran entre los indios las siguientes ideas sobre el lugar que ocupan las ánimas después de la muerte del individuo: 1.º, se encuentran sobre la tierra, cerca de la sepultura; 2.º, en regiones terrestres más o menos lejanas; al otro lado de las montañas, o del mar, o en el país originario de aquellas tribus que guardan tradiciones de una migración; 3.º, en el cielo, es decir allende las nubes; 4.º, en las estrellas, sol o luna; 5.º, en el centro de la tierra. La manera de conceptuar la vida futura no es menos variada. Para algunos es la continuación de la vida terrestre con sus necesidades y ocupaciones; para otros es solamente una vida más agradable. No faltan los que creen que sus ánimas pasan a otros cuerpos, humanos o de animales, y repiten de nuevo las experiencias que ya han experimentado. Otro grupo, pero éstos son los menos, comprende las teorías de castigo y de recompensa, la suerte en este caso depende del rango del individuo y del valor (virtud primordial) que ha desplegado

sobre la tierra. Hay a veces distintos lugares destinados a los buenos y malos; pero en este orden de ideas, muchas tribus han sido influenciadas por sus contactos con los cristianos.

El shaman o el médico es el intermediario obligado eutre los espíritus y los vivos y es él el único que tiene poder de facilitar el pasaje de las ánimas al otro mundo (1).

Volvemos a insistir que en principio, las costumbres mortuorias tienen su nacimiento en las supersticiones que se han levantado alrededor de las diferentes concepciones de las ánimas. El animismo es la base de toda la serie de prácticas y creencias curiosas que hemos pasado en revista. Muchas de las supersticiones relacionadas con estas ideas son absurdas y dañinas, miradas bajo la luz de la civilización moderna y a menudo perduran mucho después de que su significado original haya sido olvidado. Pero entre los pueblos primitivos todavía conservan en gran parte su alcance y propósito primitivos.

Como hemos visto el empeño principal es librarse de las ánimas, de cuya existencia no tienen la menor duda y que son miradas con temor y recelo. Muchas de las prácticas que ponen en juego para contrarrestar sus influjos, son simplemente mágicas, el gran recurso de los primitivos contra todo lo que no comprenden.

La magia incluye los resultados de dos principios psíquicos. Por una parte puede buscar la ayuda de seres espirituales, ánimas, demonios u otros seres sobrenaturales en cuyo caso su teoría forma parte de aquella de la religión; por la otra, y este es el caso más frecuente en América, trata de prevenir y subsanar los males a que está sujeta la humanidad, por medio de sus aplicaciones simpáticas, que en general son manifestaciones simbólicas, relacionadas con sus

---

(1) KOCH THEODOR. Zum Animismus der Südamericanischen Indianer. Internationales Archiv für Ethnographie, 1914.

ideas sobre causa y efecto. Así, la magia no es más que un desarrollo mal comprendido de la filosofía natural.

La evolución de las ideas animísticas con su acompañamiento de prácticas mágicas originan las primeras ideas de la religión; pero sólo después de largas transiciones aparece la idea de un Ser Supremo o Causa de Causas.

Es muy difícil determinar hasta qué grado las religiones incipientes ejercen una influencia moral sobre los actos ordinarios de los creyentes. En muchos casos el elemento moral apenas entra, y en otros más avanzados, el cumplimiento estricto de ciertas ceremonias propiciatorias o expiatorias parece ser considerado suficiente para contrapesar una vida egoísta o malvada.

Al estudiar estas cuestiones, las relaciones de los misioneros, antiguos y modernos son frecuentemente las únicas noticias que nos quedan respecto de las prácticas y creencias de ciertos pueblos. Estas son del mayor valor, pero el investigador imparcial no debe dejarse llevar por la descripción de las deidades paganas como demonios y la tendencia de mirar las religiones indígenas como productos esenciales del engaño y maldad del diablo; y puede ver en ellas las etapas representativas de la evolución teológica y moral, en su lento camino hacia la civilización.

Al considerar las hechicerías y prácticas mágicas de los indios, no debe suponerse que los individuos de la tribu se componen solamente de embusteros y engañados; o que hay gran diferencia intelectual o moral entre los hechiceros activos y sus coadjutores pasivos; ni debe creerse que una parte considerable de sus ceremonias thaumatúrgicas representa un engaño intencional o aun voluntario. Debe recordarse que la condición intelectual del pensador primitivo es afectada por su modo de pensar habitual, que lo verdadero y lo ficticio se confunden constante e invariablemente y que las influencias místicas son las que según su inteligencia, dominan toda acción propia o ajena, especialmente en aquellas ceremonias donde tales influencias son las buscadas.

Luego es preciso tomar en cuenta los diferentes grados de evolución en que se encuentran los diversos pueblos y tribus aun cuando muchas veces se hallan vecinos.

Algunos poseen sólo ideas religiosas de las más primitivas según las cuales los animales, vegetales, minerales etc, son dotados de volición y poderes semejantes a los de los seres humanos. Otros ascriban a los fenómenos de la naturaleza poderes a veces sobrenaturales que terminan en la deificación de estas agencias.

La tercera etapa del desarrollo psíquico-religioso se alcanza cuando se forma un concepto espiritual de la deidad la que pierde para siempre su antigua forma corporal y materialista.

Los pueblos primitivos de la tierra y entre ellos los indios de América se encuentran en la primera y segunda de estas etapas y no se halla en sus ideas religiosas más que un germen de un estado más avanzado.

Powell decía que la raza roja y la raza blanca en cuanto a su condición psíquica y sus creencias religiosas son separadas por un golfo tan ancho, que muy pocos representantes de una u otra raza pueden cruzarlo con entera comprensión.

Aún es difícil a veces expresar el verdadero significado de algunas creencias y estados de ánimo, por faltar en los idiomas más avanzados, términos que indican con exactitud la idea que encierran y a menudo se incurre en confusiones y malas interpretaciones debido a las descripciones erróneas o imperfectas transmitidas.

En cuanto a las costumbres mortuorias practicadas por las diferentes tribus indias de América, vemos que no se diferencian en esencia de las practicadas en otras partes del mundo, por tribus y naciones que se encontraban o se encuentran en más o menos semejantes circunstancias. Cada costumbre, rito o creencia que encontramos en este continente ha tenido su réplica en otras partes o en otros tiempos.

Si es el abandono de los muertos a los elementos naturales de destrucción, sin sepultura, los cafres de Africa lo ha-

cían no hace muchos años. Los caribes al igual de los hindúes echaban los cadáveres a los ríos. La desecación de los muertos no sólo se ha practicado en América sino que en la Polinesia era la manera más común de disponer de ellos y volvemos a encontrar la costumbre entre los guanches de las Islas Canarias. Casi no se conoce pueblo o tribu que en una época no ha tenido la práctica de acompañar el cadáver con ofrendas de alimentos, bebidas y todos los objetos que podría necesitar en la otra vida; indicio seguro que por todas partes se ha considerado la vida futura como una continuación o réplica de la actual y donde regían las mismas necesidades. Los andamaneses sepultaban el muerto en posición sentada como también los hotentotes. Los daneses, los griegos, los tártaros y muchos otros pueblos cuando llegaron a la edad de bronce, incineraban los cadáveres, costumbre que era muy corriente en la India, donde también sacrificaban a las viudas en los funerales del marido.

En Islandia no hace mucho se clavaban alfileres en los piés de los difuntos para impedir que volviesen; de la misma manera que el chaqueño los clava con espinas con el mismo propósito.

El bretón y el araucano ambos derraman cenizas y rescoldo tras el cortejo fúnebre creyendo que el ánima se quemaría si tratara de volver sobre ellas. Los tártaros a semejanza de muchas tribus americanas destruyen la habitación ocupada por el difunto, para que no tenga donde guarecerse si trata de permanecer en la vecindad. Las mismas ideas respecto de las ánimas y de las maneras más eficaces de preservarse contra ellas se encuentran diseminadas en todos los continentes y se hallan todavía latentes entre las clases ignorantes de aquellas naciones que se jactan de ser las más cultas.

El estudio de todas estas costumbres y supersticiones, sobre todo tratándose de pueblos que no han dejado más restos que sus sepulturas, es la mejor y a veces la única manera de formar un criterio respecto de su evolución psicológica

y al mismo tiempo nos da un concepto; si no completo al menos aproximado de su estado material, en una palabra nos da el índice de su verdadero estado cultural; enseñándonos la existencia de costumbres que de otro modo ignoraríamos; pero que podemos explicar y clasificar por sus analogías con las de otros pueblos mejor conocidos.



BIBLIOGRAFIA

DE OBRAS CONSULTADAS Y NO MENCIONADAS EN EL TEXTO

---

1. *Acosta, José de.*—Historia natural y moral de las Indias. Sevilla, 1590.
2. *Acuña, Cristóbal de.*—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Madrid, 1641.
3. *Ambrosetti, Juan B.*—Costumbres y supersticiones de los Valles Calchaquíes. Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo XLI, p. 41 y sig. Buenos Aires, 1896.
4. *Ambrosetti, Juan B.*—La Civilización Calchaqui. Congreso Internacional de Americanistas. XII sesión. París, 1900.
5. *América Pintoresca.*—Descripción de viajes al nuevo continente por los modernos exploradores Carlos Weiner, Dr. Crevaux, D. Charnay. Barcelona, 1884.
6. *Anderson, Alex C.*—Notes on the Indian tribes of British North America and the northwest coast. Histo-

rical Magazine I[er] serie, vol. VII. New York and London, 1863.

7. *Andrews, Joseph.*—A Journey from Buenos Aires through the provinces of Cordova, Tucuman and Salta, thence by the desert of Carauja to Arica and subsequently to Santiago de Chile and Coquimbo in the years 1825-26. London. 1827.

8. *Arriaga, Pablo José de.*—Extirpación de la idolatría del Perú. Lima, 1621.

9. *Atwater, Caleb.*—The Indians of the Northwest, their manners, customs, etc., etc. Columbus, 1859.

10. *Azara, Félix de.*—Voyages dans l'Amérique méridionale. Traducida por C. A. Walckenaer. París,1804.

11. *Baegert, Jacob.*—Nachrichten von der amerikanischen Halbinsel.

12. *Bahnson.*—Gravskicke hos amerikanske Folk. Copenhague, 1892.

13. *Ballet, J.*—Les Caraïbes. Congreso Internacional de Americanistas. Sesión I. Nancy, 1875, tomo I.

14. *Barrat, Joseph.*—The Indians of New England and the Northeastern provinces: a sketch of the life of an Indian hunter, ancient traditions relating to the Etchemin tribe, etc. Middletown. Conn. 1851.

15. *Barros Arana, Diego.*—Los Fueguinos. La Lectura, tomo I. Santiago de Chile, 1884.

16. *Beach, Wm. W.*—The Indian miscellany: containing papers on the history, antiquities, arts, languages, religions, traditions and superstitions of the american aboriginies. Albany, 1877.

17. *Beau (Le).*—Avantures, ou voyage curieux et nouveau parmi les sauvages de l'Amérique Septentrionale. Amsterdan, 1738, 2 vols.

18. *Bell, A. W.*—On the native races of New Mexico. Journal of the Ethnological Society of London. New series, vol. I, London, 1869.

19. *Betzanos, Juan de.*—Suma y narración de los Incas. Biblioteca Hispano-ultramarina. Madrid, 1880.
20. *Bibra, Ernst von.*—Reise in Südamerika. Mannheim, 1854, 2 vols.
21. *Bollaert, William.*—Observations on the Indian tribes in Texas. Journ. Ethnol. Soc. London. Vol. II, 1850.
22. *Bollaert, William.*—Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Equador, Peru and Chile. London, 1860.
23. *Boscana, Jerónimo.*— Chinigchinich: a historical account of the origin, customs and traditions of the Indians at the missionary establishment of St. John Capistrano, Alta California; called the Acagchemem Nation. New York, 1846.
24. *Bricknell, John.*—The natural history of North Carolina. With an account of the trade, manners and customs of the Christian and Indian inhabitants. Dublín, 1737.
25. *Brinton, Daniel G.*—Notes on the Floridian Peninsula, its literary history, Indian tribes and antiquities Philadelphia, 1859.
26. *Bruch, Carlos.*— Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. Buenos Aires, 1911.
27. *Bruhl.*—Die Culturvölker Alt-Amerikas. Cincinnati, 1875-87.
28. *Candelier.*—Río Hacha. París, 1893.
29. *Cardus.*—Las Misiones Franciscanas entre los infieles de Bolivia. Barcelona, 1886.
30. *Carli, J. R.*—Lettres américaines, dans lesquelles on examine l'origine, l'état civil des anciens habitants de l'Amérique. Boston, 1788, 2 vols.
31. *Castelnau, F. de.*—Viaje a los países centrales de la América del Sur. Madrid, 1861.
32. *Catlin, George.*— Letters and notes on the manners

customs and condition of the North American Indians. New York and London, 1844, 2 vols.
33. *Chaix, Paul.*—Histoire de l'Amérique Méridionale au seizième siècle. 1ere partie Perou. Geneve, 1853, 2 vols.
34. *Cobo, Bernabé.*—Historia del Nuevo Mundo. Sevilla 1890-1895. Escrita en 1653.
35. *Córdova, A. de.*—A voyage of discovery to the strait of Magellan: with an account of the manners and customs of the inhabitants, and of the natural productions of Patagonia. London, 1820.
36. *Córdova, Rev. P. Fray Diego de.*—Crónica de la religiosissima provincia de los doze apostoles del Perú de la orden de N. P. S. Francisco de la regular observacion dispuesta en seys libros, etc. Lima, 1651.
37. *Cordovez, A. Marcial.*—Los indios chonquis. Actes de la Société Cientifique du Chili. Santiago, 1906.
38. *Cox, Guillermo Eloy.*—Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia. *Anales de la Universidad de Chile.* Tomo XXIII, 1863.
39. *Cornilliac, J. J. J.*—Anthropologie des Antilles. Congrès International des Americanistes. Premiere session. Vol. II. Nancy, 1875.
40. *Crevaux.*—Voyages dans l' Amerique du Sud. París, 1883.
41. *Dixon, George.*—Voyage autour du monde, et principalement à la côte nord-ouest de l' Amérique fait en 1785-88 à bord du King George et de la Queen Charlotte, par les caps. Portlock et Dixon. Traduit par Lebas. París, 1789. 2 vols.
42. *Dobrizhoffer, Martin.*— Historia de Abiponibus, equestri, bellicosaque Paraquariae natione. Viena, 1784.
43. *Dorman, Rushton M.*—The origin of primitive superstitions and their development. Philadelphia, London, 1881.

44. *Eder.*—Descriptio provinciae moxitarum in regno peruano. Budae, 1791.

45. *Egede, Hans.*—Des altein Grönlands neue Perlustration. Copenhagen, 1742.

46. *Ehrenreich, Paul.*—Anthropologische Studien überdïe Urbewohner Brasiliens. Braunschweig, 1897.

47. *Ehrenreich, Paul.*—Beitrage zur Vôlkerkunde Brasiliens. Veröffentlichungen aus dem Königlichen Museum für Völkerkunde. Tomo II. Berlín, 1891.

48. *Ellis, Henry.*—Voyage to Hudson's Bay, made in 1746-47 for the discovery of the northwest passage. London, 1748.

49. *Famin, César.*—Chili, Paraguay, Uruguay, Buenos Ayres. París, 1852.

50. *Fernández P., Juan Patricio.* - Relación historial de las misiones de los indios que llaman chiquitos, que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús de la provincia de Paraguay. Madrid, 1726.

51. *Figueira, José H.*—Observaciones y noticias interesantes o curiosas sobre la República O. de Uruguay. Los cairns de Uruguay. Boletín de Enseñanza Primaria. Tomo XVIII. p. 309 y sig. Montevideo, 1898.

52. *Friederici, Georg.*—Skalpieren und ahnliche Kriegsgebränche in Amerika. Stuttgart, 1906.

53. *Friederici, Georg.*—Die Amazonen Amerikas. Leipzig, 1910.

54. *Frézier, Amédée François.*—Relation du voyage de la Mer du Sud aux côtes du Chili et du Perou, fait pendant les années 1712-14. París, 1716

55. *Gallardo.*—Los Onas. Buenos Aires, 1910.

56. *Gibbs, George.*—Tribes of Western Washington and northwestern Oregon. Contributions to North American Ethnology. Vol. I. Washington, 1877.

57. *Graphic Sketches* from old and authentic works, illustrating the costume, habits, and character of the aborigines of America. New York, 1841.

58. *Guevara, José.*—Historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata. (Pedro de Angelis). Tomo II. Buenos Aires, 1836.

59. *Hale, Horatio.*—Iroquois book of rites. Philadelphia, 1883.

60 *Hartt, Carlos F.*—Contribuçoes a ethnologia do Valle do Amazonas. Archivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro. Vol. VI, p. 1. y sig. Río de Janeiro, 1885.

61. *Heckewelder, John G. E.*—An account of the history manners and customs of the Indian nations who once inhabited Pennsylvania and the neighbouring states. Philadelphia, 1819.

62. *Hennepin, Louis.*—Description de la Louisiane, nouvellement decouverte au sud ouest de la nouvelle France. París, 1683.

63. *Herrera, Antonio de.*—Descripción de las Indias Occidentales. Madrid, 1726-30. 4 tomos.

64. *Histoire* des navigations aux terres australes. Contenant çe que l'on scait des moeurs et des productions des contrées découvertes. París, 1756. 2 vols.

65. *Hoffman, Walter J.*—Miscellaneous ethnographic observations on Indians inhabiting Nevada, California and Arizona. 10th annual Report of the Hayden survey. Washington, 1878.

66. *Instrucción* contra las ceremonias y ritos que usan los indios conforme al tiempo de su infidelidad. Reimpresión. Revista Histórica. Tomo I, p. 19. y sig. Lima, 1906.

67. *Ixtlilxochitl, Fernando d'Alva.*—Histoires des chichimèques ou des anciens rois de Tezcuco. Edición Ternaux Compans. París, 1840, 2 tomos.

68. *Jackson, Sheldon.*—Our barbarous Eskimos in Northern Alaska. Metropolitan Magazine. Vol. XXII, N.o 3. New York. Junio, 1905.

69. *Jesuit Relations* and allied documents. Travels and explorations of the Jesuit missionaries in New France 1610-1791. Vols. I-LXXIII. Cleveland 1896-1901. Edición, Reuben Gold Thwaites.

70. *Jolis, Giuseppe.*—Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco. Faenza, 1789.

71. *Jone, Strachan.*—The Kutchin tribes. Smithsonian Report for 1866. Washington, 1867.

72. *Keller, Franz.*—The Amazon and Madeira rivers. London, 1874.

73. *Koch Grünberg, Theodor.*—Die Anthropofagie der Südamerikanischen Indianer. Internationales Archiv für Ethnografie. Leiden, 1899.

74. *Koch Grünberg, Theodor.*—Zwei Jahre unter der Indianern. Berlín, 1909.

75. *Koch Grünberg, Theodor.*—Zum Animismus der Sudamericanischen Indianer. Suplemento del Tomo XIII del Internationales Archiv für Ethnographie. Leiden, 1900 y 1914.

76. *Koch Grünberg Theodor.*—Anfänge der Kunst im Urwald. Berlín, 1905.

77. *Kaslowsky, Julio.*—Tres semanas entre los indios guatós. Excursión efectuada en 1894. Revista del Museo de la Plata. Tomo VI, 1895. La Plata.

Kaslowsky, Julio.— Algunos datos sobre los indios bororos. Id. id. Tomo VI.

78. *Krause.*—In den Wildnissen Brasiliens. Leipzig, 1911.

79. *Lafitau, Joseph François.*—Moeurs des sauvages ameriquains, comparées aux moeurs des premiers temps. 2 tomos. París, 1724.

80. *Láfone Quevedo, Samuel A.*—Catálogo descriptivo e ilustrado de las huacas de Chañar-Yaco. Revista del Museo de la Plata.. Vol. IV. pág. 352 y sig. La Plata, 1892.

81. *Larimer, Sarah L.*—Capture and escape; or life among the Sioux. Philadelphia, 1870.

82. *Las Casas, Bartolomé.* Historia de las Indias. 4 tomos. Madrid, 1875-76.
83. *Lawson John.*—A new voyage to Carolina; containing the exact description and natural history of that country, together with the present state thereof; and a journal of a thousand miles travel thro several nations of Indians. London, 1709.
84. *Lee, Nelson.*—Three years among the camanches. Albany, 1859.
85. *Lery.*—Histoire d'un voyage fait en la terre de Brésile, dite Amérique. Genf, 1600.
86. *Letres Edifiantes* et curieuses concernant l'Asie, l'Afrique et l'Amérique. Publiées sous la direction de M. Louis Aimé Martin. 2 tomos. París, 1838-41.
87. *Lista, Ramón.*—Viaje al país de los Onas. Buenos Aires, 1887.
88. *Livingston, Farrand.*—Notes on the Alsea Indians. American Anthropologist. April-june, 1901.
89. *Long, John.*—Voyages and travels of an Indian interpreter and trader, describing the manners and customs of the North American Indians. London, 1791.
90. *Lozano, Pedro.*—Descripción chorográphica del terreno, ríos, árboles y animales de las dilatadísimas provincias del Gran Chaco Gualamba; y de los ritos y costumbres de las innumerables naciones bárbaras e infieles que le habitan. Córdova (España), 1733.
91. *Mc. Intosh, John.*—The origin of the North American Indians: with a faithful description of their manners and customs. New York, 1853.
92. *Mc. Kenney, Thomas L.*—Sketches of a tour to the lakes, of the character and customs of the Chippeway Indians, and of incidents connected with the treaty of Fond du Lac. Baltimore, 1827.
93. *Mc. Lean, Rev. John.*—The Indians, their manners and customs. Toronto, 1889.

94. *Mansilla, Luis.*—Las Misiones Franciscanas de la Araucanía. Angol, 1904.

95. *Marcano, Dr. G.*—Ethnographie Précolombienne de Venezuela: Vallees d'Aragua et de Caracas. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris. 2.[d] serie, tomo IV. 1889-1893.

96. *Medina, José Toribio.*—Los Conchales de las Cruces. Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico de Chile. «La Revista de Chile», vol. I. Mayo a Diciembre pp. 10-19. Santiago, 1898.

97. *Mellet, Julien.*—Voyages dans l'interieur de l' Amérique Méridionale. París, 1814.

98. *Moreno, Francisco P.*—Viaje a la Patagonia Austral. Buenos Aires, 1879.

99. *Morgan, Lewis H.*—Ancient Society, or researches in the lines of human progress from savagery, through barbarism to civilization. New York, 1877.

100. *Morice, A. G.*—The Western Dénés. Their manners and customs. Proceedings of the Canadian Institute. 3.[a] serie, vol. VI, núm. 2. Toronto, 1889.

101. *Nadaillac, Marquis de.*—L'Amerique Prehistorique. París, 1883.

102. *Nelson, William.*—Indians of New Jersey. Paterson. N. J., 1894.

103. *Niblack, A. P.*—Coast Indians of Southern Alaska and Northern British Columbia. Report of the United States National Museum for 1888. Washington, 1890.

104. *Nicolay, Charles G.*—Oregon territory: a geographical and physical account of that country and its inhabitants with its history and discovery. London, 1846.

105. *Nordenskiöld, Erland.*—Ethnographische und Archäologische Forschungen im Grenzgebiet zwischen Peru und Bolivia, 1904-1905. Zeitschrift für Ethnologie. Tomo XXXVIII, p. 80 y sig. Berlín, 1906.

106. *Nordenskiöld, Erland.*—Indianlif. Stockholm, 1910

107. *Nordenskiöld, Erland.*—De Sydamerikanska Indianernas Kulturhistoria. Stockholm, 1912.
108. *Nordenskiöld, Erland.*—Indianer och hvita. Stockholm, 1911.
109. *Núñez Cabeza de Vaca, Alvaro.*—Comentarios. Valladolid, 1555.
110. *Nuttal, Thomas.*—A journal of travels into the Arkansa territory, during the year 1819. With occasional observations on the manners of the aborigines. Philadelphia, 1821.
111. *Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de.*—Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar océano. Publícala la Real Academia de la Historia, 4 vols. Madrid, 1851-55.
112. *Palafox, Jean de.*—L'indien ou portrait au naturel des indiens. Relations de divers voyages curieux, qui n'ont point été publiées. París, 1672.
113. *Parker, Snow.*—Dos años de crucero en la Tierra del Fuego, las islas Falkland, Patagonia y el Río de la Plata. Madrid, 1861.
114. *Paulin, Rev. P. Fray Antonio.*—Historia Coro-gráphica Natural y Evangélica de la Nueva Andalucía, provincias de Cumaná, Guayana y Vertientes del Río Orinoco. Madrid, 1779.
115. *Pauw, Cornelis de.*—Recherches philosophiques sur les américains, ou memoires interessants pour servir a l'histoire de l'espece humaine. Londres, 1771.
116. *Pernetty, Antoine Joseph.*—Histoire d'un voyage aux iles Malouines, fait en 1763-64, avec des observations sur le détroit de Magellan et sur les Patagons. París, 1770, 2 tomos.
117. *Petitot, Rev. P.*—Les Déné-Dindjiés. Congrès International des Americanistes. 1.ere session. Nancy, 1875. t. II.
118. *Perrin du Lac, F. M.*—Voyages dans les deux Louisianes, et chez les nations sauvages du Missouri, par les Etats-Unis en 1801-1803. Paris, 1805.

119. *Perrot, Nicolás.*—Mémoire sur les moeurs, costumes et religion des sauvages de l'Amérique Septéntrionale, publié pour le premiere fois par le R. P. J. Tailhan. Leipzig y París, 1864.

120. *Posada Arango, Dr. Andrés.*—Essai éthnographique sur les aborigenes de l'etat d'Antioquia en Colombie. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris. 2.ª serie, tomo I. 1873-1878.

121. *Preuss.*—Die Biegräbnisarten der Amerikaner und Nordostasien. Königsberg, 1894.

122. *Quiroga, Adán.*—Excursiones por Poman y Tinogasta. Boletín del Instítuto Geográfico Argentino. Tomo XVII, p. 499 y sig. Buenos Aires, 1896.

Quiroga, Adán.—Monumentos megalíticos de Colalao. El mismo boletín, tomo XIX, p. 37 y sig. Buenos Aires, 1898.

123. *Ramírez, Baltasar.*—Descripción del reino del Perú, del sitio, temple, provincias, obispados y ciudades, de los naturales, de sus lenguas y trajes. Escrito en 1597. Relaciones Geográficas de las Indias. Perú, tomo II, apéndices p. CXXI. Madrid, 1885.

124. *Reiss, W. und Stubel A.*—Das Todtenfeld von Ancon in Peru. Berlín, 1880-1887.

125. *Restrepo Tirado.*—Los Chibchas. Bogotá, 1895.

126. *Restrepo Tirado.*—Los Quimbayas. Bogotá, 1912.

127. *Rivero, M. E. y Von Tschudi J. J.*—Antigüedades peruanas con atlas. Viena, 1851.

128. *Rivet, Dr. P.*—Les Indiens Jibaros. L'Anthropologie. París, 1908.

129. *Rosen, Eric von.*—The chorotes Indians in the Bolivian Chaco. Stockholm, 1904.

130. *Ross, Bernard.*—The Eastern Tinneh. Smithsonian Report for 1866. Washington, 1867.

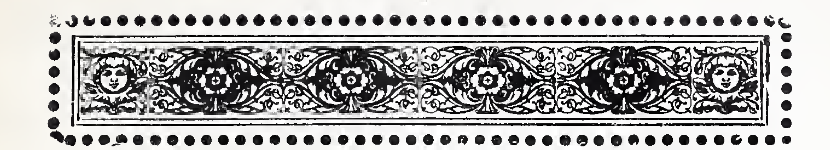
131. *Ruidiaz de Guzmán.*—Argentina. Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata. Escrita 1612. Buenos Aires, 1882.

132. *Saville, Prof. E.*—The Antiquities of Manabí; Ecuador New York, 1907.
133. *Schmidt, Max.* Indianer Studien in Zentral-Brasilien. Berlín, 1905.
134. *Schmidel, Ulrich.*—Histoire Veritable d'un voyage cu rieux, Nuremberg. 1599. Ed. Ternaux compans. Pa rís, 1837.
135. *Schoolcraft, Henry R.*—Information respecting the History, condition and Prospects of the Indian tribes of the United States. 6 tomos. Philadelphia, 1851-57.
136. Id. Personal Memoirs of a residence of thirty years with the Indian tribes on the American frontiers. A. D. 1812-1842. Philadelphia, 1851.
137. *Schomburgk, Richard.*—Reisen in British-Guiana. Leipzig, 1847–48.
138. *Schumacher, Paul.*—Ancient graves and shell-heaps in California. Smithsonian report for 1874. Washington, 1875.
139. *Shea, John Gilmary.*—The Indian tribes of Wisconsin. Collections of the Wisconsin State Historical Society. Vol. III. Madison, 1857.
140. *Sievers.*—Süd und Mittelamerika. Leipzig y Vienna, 1903.
141. *Somers, A. N.*—Prehistoric Cannibalism in America Popular Science Monthly. Vol. XLII. New York, 1893.
142. *Spencer, Herbert.*—The Principles of Sociology. 8 vols. London, 1888.
143. *Stearns, Winifrid A.*—Labrador: a sketch of its people its industries and its natural history. Boston, 1884.
144. *Steinen, von der Karl.*—Durch Central-Brasilien. Leipzig, 1886.
145. Id. Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens. Berlín, 1894.
146. *Stevenson.*—Historical and descriptive narrative of twenty year's residence in South America. 3 vols. London, 1829.

147. *Sutcliffe, Thomas.*—Sixteen years in Chile and Peru from 1822-1839. London, sin fecha.
148. *Swan, James G.*—Haidah Indians of Queen Charlotte's Islands, British Colombia.
Smithsonian Contributions to knowledge. Vol. XXI. Washington, 1874.
149. *Tanner, John.*—A. Narrative of captivity and adventures during thirty years residence among the Indians in North America. Prepared for the press by Edwin James. New York, 1830.
150. *Thouar, A.*—Explorations dans l'Amérique du Sud. París, 1891.
151. *Thurn, Everard F. im.*—Among the Indians of Guiana. London, 1883.
152. *Torres, Luis María.*—Los primitivos habitantes del Delta del Paraná. Buenos Aires, 1911.
153. *Treutler, Paul.*—Fünfzehn Jahre in Süd-Amerika an den Ufern des Stilles Oceans. Leipzig, 1882.
154. *Tweedie, Mrs. Alec.*—Mexico as J. saw it. 2.º edición. London, 1911.
155. *Tylor, Edward.*—Anthropology. London, 1881.
156. Id. Primitive Culture. London, 1873.
157. *Uhle, Max.*—Pachacamac. Philadelphia, 1903.
158. *Val, Eugène A.*—Notice sur les indiens de l'Amérique du Nord. Paris, 1840.
159. *Villa Gómez, Pedro de.*—Carta pastoral de exhortación e instrucción contra las idolatrías de los Indios del Arçobispado de Lima. Lima, 1649.
160. *Viguier, Dr. C.*—Notes sur les indiens de Paya. Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris. Tomo I. 2ª serie. 1873-1878. París, 1878.
161. *Voyages* d'un philosophe ou observations sur les moeurs et les arts des peuples de l'Afrique, de l'Asie et de l'Amerique. Yverdon, 1768.
162. *Weddel.*—Voyage dans le nord de la Bolivie. París y Londres, 1853.

163. *Wood, John G.*—The uncivilized races of men in all countries of the world, being a comprehensive account of their manners and customs and of their physica , mental, moral and religious characteristics. 2 tomos. Hartford, 1870.

164. *Zerda, Dr. Liborio.*— El Dorado. Estudio histórico, etnográfico y arqueológico de los chibchas, habitantes de la antigua Cundinamarca y algunas otras tribus. Bogotá, 1883.



INDICE

PÁGS.

